UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA

TESIS DOCTORAL

El texto cifrado en la obra de David Mitrani Arena

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Giuliana Della Valle

Directora

Evangelina Soltero Sánchez

Madrid

© Giuliana Della Valle, 2022

Universidad Complutense de Madrid

Facultad de Filología

Tesis Doctoral

EL TEXTO CIFRADO EN LA OBRA DE DAVID MITRANI ARENAL

Memoria para optar al Grado de Doctor

presentada por

Giuliana Della Valle

Directora

Evangelina Soltero Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

Facultad de Filología

Programa de Doctorado en Literatura Hispanoamericana

TESIS DOCTORAL

EL TEXTO CIFRADO EN LA OBRA DE DAVID MITRANI ARENAL

Memoria para optar al Grado de Doctor

PRESENTADA POR

Giuliana Della Valle

Directora

Evangelina Soltero Sánchez

Madrid 2023

EL TEXTO CIFRADO EN LA OBRA DE DAVID MITRANI ARENAL

ELEMENTOS TRANSTEXTUALES PARA CRUZAR EL UMBRAL DE LA CENSURA

DEDICATORIA

A mis hijos Alberto, Federico, Iole y Davisito, esencia de una feliz existencia y, por lo mismo, el mejor atajo hacia la inmortalidad

A mi esposo, de su fanática número uno

A mis padres, refugio puntual

A Pina, mi abuela, con la esperanza de que algún día me revele la fuente de la juventud de la que suele beber

A tía Cristina tan al sur y tan al centro de nuestra vida

A Lucio, mi adarga legal

A Luigi, a su sonrisa tan cálida como un abrazo cálido

A tía Leila, siempre conmigo, lloviéndome fe

A tío Francesco, cuya simpática manera de subestimarme me ha hecho más fuerte

Gracias a mi directora, Evangelina Soltero Sánchez, porque me acogió desde un principio, porque, aceptando con paciencia mis tropiezos y retrasos, me empujó siempre a seguir y por ser una de las pocas personas que amerita el manido halago: ser humano increíble.

A Francesca Pippi, directora de la Escuela Media "Cecco Angiolieri" quien, con la liberación laboral, me regalo el valioso tiempo.

Al profesor Antonio Melis, donde quiera que esté, Moisés que me enseñó la Tablas de la Ley donde, parodiando proféticamente a Jesús, se leía: "Amarás la cultura hispanoamericana como a ti misma".

Gracias a mis padres que decidieron tenerme, aun cuando eran jóvenes recién graduados con un porvenir caudaloso y sin un centavo en los bolsillos.

A mis niños, indistintamente: agua, aire, fuego, tierra.

A mis amigos, quienes sólo estando ahí amortiguan mis caídas;

A mis queridísimos enemigos que, para molestarlos, me empujan a seguir.

TABLA DE CONTENIDOS

DEDICATORIA **9**

AGRADECIMIENTOS **11**

RESUMEN EN ESPAÑOL **15**

*OBJETIVOS GENERALES 15

OBJETIVOS 15

*OBJETIVOS ESPECÍFICOS: 15

HIPÓTESIS 15

RESUMEN EN INGLÉS **16**

*GENERAL OBJECTIVES 16

OBJECTIVES 16

*SPECIFIC OBJECTIVES: 16

HYPOTHESIS 16

INTRODUCCIÓN **19**

ASÍ SE ENTERRÓ LA PRENSA **31**

EL SILENCIO DE LOS MEDIOS 32

LA OPINIÓN DE LOS PODEROSOS 61

CONTRA LA REVOLUCIÓN NADA **161**

PLEAMAR DE LA UTOPÍA 162

EL DISCURSO DEL REY 183

JUEGO DE TRONOS 207

EL COMANDANTE SÍ TIENE QUIEN LE ESCRIBA 228

HEREJE INADVERTIDO **255**

SÍNTOMAS SIN CAUSAS 256

MARGINAL PERO INSTRUIDO 289

CONCLUSIONES **311**

CURRICULUM **321**

SIGLAS **333**

BIBLIOGRAFÍA **335**

RESUMEN EN ESPAÑOL

*OBJETIVOS GENERALES

OBJETIVOS

Hacer un análisis diacrónico de la literatura social de la Cuba post-revolucionaria, incluyendo sus diferentes etapas, escritores más significativos, características más destacadas. Dentro de ese contexto someter la literatura de David Mitrani Arenal a un análisis semántico desde las estructuras más simples del texto narrativo: el lenguaje con todos sus componentes, hasta la más compleja: cuento, novela.

*OBJETIVOS ESPECÍFICOS:

HIPÓTESIS

Todo sistema opresivo, sea social o cultural, genera un arte de doble lectura; ocurrió en la Rusia estalinista, en la Italia fascista, en la Alemania nazi, en la España de Franco. Al escritor, disidente o apologético, pero libre por índole, le urge expresarse y para ello, si se lo impiden, hallará un modo de hacerlo. Dejará su verdad dispersa en palabras, frases sediciosas, símbolos, pergeñada en una lectura del texto que, tal vez refiriéndose a un universo distópico, remitirá a la situación actual que lo oprime. Cierto que la libertad sería considerada mejor terreno para el creador, pero esta es una opción no siempre disponible para él. La cárcel creativa engendra una estética distinta que convertirá cualquier intento de interpretación en acto lúdico. El artista obligado a ser comercial, pero cuya índole no lo es, deslizará una historia cifrada detrás de la narración que para sobrevivir está obligado a vender. Asimismo, quien escribe compulsado por un sistema opresivo, también escribirá su denuncia con las mismas palabras y las mismas estructuras narrativas con que silencia la opresión. Los lectores entienden, pero no saben explicar. El escritor no quiere explicar, no sabe explicar, tiene la intuición, eso sí, de cómo sortear la tapia y el alambrado que lo nimba.

RESUMEN EN INGLÉS

*GENERAL OBJECTIVES

OBJECTIVES

To make a diachronic analysis of the social literature of post-revolutionary Cuba, including its different stages, most significant writers, most outstanding characteristics. Within this context, to submit David Mitrani Arenal's literature to a semantic analysis from the simplest structures of the narrative text: the language with all its components, to the most complex: story, novel.

*SPECIFIC OBJECTIVES:

HYPOTHESIS

Every oppressive system, whether social or cultural, generates an art of double reading; it happened in Stalinist Russia, in Fascist Italy, in Nazi Germany, in Franco's Spain. The writer, dissident or apologetic, but free by nature, is urged to express himself and, if he is prevented from doing so, he will find a way to do so. He will leave his truth dispersed in words, seditious phrases, symbols, conceived in a reading of the text that, perhaps referring to a dystopian universe, will refer to the current situation that oppresses him. It is true that freedom would be considered better ground for the creator but this is an option not always available to him. The creative prison, generates a different aesthetic that will turn any attempt of interpretation into a playful act. The artist, who is forced to be commercial but whose nature is not commercial, will slip a coded story behind the narrative that he is forced to sell in order to survive. Likewise, the one who writes, compelled by an oppressive system, will also write his denunciation with the same words and the same narrative structures with which he silences the oppression. The readers understand but cannot explain. The writer doesn't want to explain, he doesn't know

how to explain, he has the intuition, however, of how to get around the wall and the fence that nimbles him.

INTRODUCCIÓN

Cuando en 1997, llegó a mis manos la antología de cuentos cubanos *A labbra nude* —una de las primeras publicadas en Italia que reuniese a los entonces jóvenes narradores cubanos—, no podría imaginar que cinco años más tarde, dando un giro total a mi porvenir (al que en algún momento pensé anclar en la música), estaría volando a La Habana para escribir una tesis sobre la poesía oral improvisada, más conocida en Cuba como repentismo. Comenzaba así, mientras diseccionaba uno de sus géneros artísticos más tradicionales, un largo romance con la perla del caribe. Varios proyectos investigativos más tarde y, como se diría en buen cubano, con más de un viaje a la Isla en mis costillas, me hallé sumergida hasta la médula (o por lo menos hasta donde puede hacerlo una extranjera) en su cultura. Más allá de su poesía oral, comencé a descubrir los secretos de su música, sus bailes, su lenguaje. Letras de canciones que antes escapaban a mi comprensión y que, por la misma razón, me conducían por parajes equívocos, se revelaron ante mí. Recuerdo que fue una gratísima sorpresa descubrir que donde de niña yo había escuchado «aguanta la *mela*», en realidad se decía «guantanamera»[1]. Del baile, de la que, si bien con resultados discretos, fui una obstinada practicante, supe que más de un gesto —proverbiales en la rumba y, por carambola, en el son y la salsa—, escondían sensuales significados, asociados a deidades afrocubanas, a Changó, a Oshún, a Yemayá. Descubrí los pícaros enigmas detrás de la guaracha de Ñico Saquito, *Compay Gato* —que alguna vez, en mis tiempos de residir en Granada, escuchara en la voz del gitano Peret—; los montunos de Matamoros; los dobles sentidos de los textos de Faustino Oramas "El Guayabero", y alcancé, con algo más de fatiga, a desentrañar las letras de la Nueva Trova, las de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Sarah González.

En cuanto a *A labbra nude*, me di a rastrear la obra de los autores que la componían, los textos originales en español y, así, encontré, entre otros, los de David Mitrani

[1] Hago referencia aquí a la popular tonada que solía usar Joseíto Fernández para cantar las redondillas de José Martí

Arenal que sinceramente por su amenidad y su amargo cinismo me cautivaron desde el mismo inicio.

Si para una italiana seria, criada en Trieste, fue difícil asimilar el carácter perennemente, más que festivo, fiestero de la Isla, y adaptarme a que la condición elíptica de su tiempo (el de los cubanos) no sólo era un eufemismo para designar la consagración de la impuntualidad sino, además, el desdén absoluto hacia los cronogramas y agendas de trabajo; más difícil todavía fue apreciar la insondable cantidad de códigos que, tras el enunciado ágil y risueño, se ocultaba. Se podría decir del cubano que, sí, es abierto, pero —aunque pueda parecer un oxímoron— cifradamente. Si pudiera calcularse la frecuencia con que, con el único fin de encriptar el lenguaje, aparecen frases de doble sentido y tropos populares en su habla cotidiana, probablemente el número superaría por ancho margen a los del resto de los hispanohablantes. El cubano, si debe hacer una crítica política, no dice (o no decía): «Fidel Castro» o «Fidel» a secas, sino que se lleva la mano a la barbilla, indicando una barba, y dirá: «el tipo» o «quien tú sabes». El cubano no dice: «hay crisis económica» sino «la cosa no está fácil» y, para añadir que el modelo es inviable, dirá: «esto no hay quien lo arregle». Para referirse a la escasez de comida, agrupará las yemas de los dedos y, mientras se lo lleve a la boca, se lamentará: «esto está perdido». Para decir que alguien está vendiendo carne de vaca[2], dirá «carne de…» y, sin concluir la frase, hará el signo de los cuernos con la mano. Así, serían incontables los ejemplos, a los que se suman, por supuesto, aquellos legados por la madre España, como el de truncar los refranes más conocidos, decir «donde manda capitán…» privándolo de «no manda soldado», o «árbol que nace torcido» sin terminar con «jamás su tronco endereza», etc. Vale aclarar que al describir tales procederes no nos estamos refiriendo, por mucho que pueda parecerlo, al choteo, característica del humor cubano analizada a mediados del siglo pasado por Jorge Mañach:

[2] En Cuba, dada la escasez de ganado vacuno, tanto el sacrificio como el comercio de su carne está, bajo severa pena, prohibido, de modo que su venta sólo puede hallarse en el mercado negro y divulgarse tan secretamente como si se tratase de estupefacientes.

> Si le pedimos, pues, al cubano medio, cubano "de la calle" que nos diga que entiende por choteo, nos dará una versión simplista, pero que se acerca bastante a ser una definición porque implica lógicamente todo lo que de hecho hallamos contenido en las manifestaciones más típicas del fenómeno. El choteo —nos dirá— consiste en "no tomar nada en serio" (Mañach, 1955, pág. 50).

Si bien todavía hoy tal aseveración rebosa de actualidad, no es tal el punto que deseamos tocar para destejer aquel otro hermetismo coloquial al que se acude para enviar con discreción mensajes disidentes. Consideramos que, si bien la jocosidad desde tiempos inmemoriales ha sido inherente a la identidad cubana, su excesiva codificación es un hecho relativamente más reciente.

A José Martí, el intelectual más influyente de la historia de Cuba —y su apóstol[3] hasta que la doctrina criolla-bolchevique decidiese que no era un adjetivo suficientemente laico—, se debe una de las menos estereotipadas y más fervientes definiciones de la identidad cubana:

> El cubano, indómito a veces por lujo de rebeldía, es tan áspero al despotismo como cortés con la razón. El cubano es independiente, moderado y altivo. Es su dueño y no quiere dueños. Quien pretenda ensillarlo, será sacudido (Martí, Obras completas 2, 1991, pág. 278).

Sin embargo, si bien certero y elegante Martí, estamos ante una definición de otra época, libre de la influencia de uno de los fenómenos más relevantes del siglo XX cubano que marcó para siempre a sus coterráneos: el surgimiento y desplome del hombre nuevo.

La Revolución, desde varios puntos de vista, transformó profundamente el lenguaje. Ya desde sus primeros años, empeñada en injertar igualitarismo en la retórica, favoreció el registro coloquial por encima de palabras y expresiones formales como «Gracias señor», «Perdone usted», «Estimados señores». El propio

[3] El calificativo se debe a Jorge Mañach quien a principios del siglo XIX novelara la vida de José Martí, titulando su obra José Martí, el apóstol.

Fidel Castro, salvo en muy raras ocasiones, utilizaba escasamente el tratamiento de 'señores'[4], y daba prioridad a 'compatriotas' 'ciudadanos', 'amigos', 'compañeros' (Castro, 2017), costumbre extendida luego a los funcionarios criollos y al resto del pueblo.

Del coloquialismo como necesario atributo de la soberanía, de la roturación feroz del campo semántico cubano y la diseminación del nuevo decir, dan fe los famosos versos de Nicolás Guillén:

> *Tengo, vamos a ver,*
> *tengo el gusto de ir*
> *yo, campesino, obrero, gente simple,*
> *tengo el gusto de ir*
> *¡es un ejemplo!*
> *a un banco y hablar con el administrador,*
> *no en inglés*
> *no en señor*
> *sino decirle compañero como se dice en español.*
> (Guillén, Tengo, 1964, pág. 22)

La influencia, pues, del registro fidelista —sintaxis sencilla, "sancochador" de vocablos cultos con locuciones y fraseos populares— ejerció una influencia decisiva en el devenir del castellano de la Isla. Sus consignas fueron tan imitadas como sus descalificaciones. Los opositores y disidentes eran, según el argot fidelista, «gusanos», «agentes del imperialismo», «contrarrevolucionarios», «mercenarios de la mafia de Miami», «basuras», y ya, en su vejez, después de los eventos del 11 de septiembre de 2001, «terroristas»; el rico, como igual lo llamaba el pueblo, «ricachón»; el astuto, «camaján»; el usurero, «garrotero»; el delator, «chivato»; sus enemigos de la comunidad cubana de Miami, «mafiosos».

[4] Es importante señalar que mientras más cerrados los círculos y de mayor nivel cultural, su retórica se volvía menos populista. Por ejemplo, su discurso en el Club Rotario de La Habana, el 15 de octubre de 1959, se dirige a los presentes del siguiente modo: Honorable señor Presidente; Señores directivos del Club Rotario; Señores miembros.

En su ensayo *La encrucijada del lenguaje*, un encandilado Oscar Collazos, después de asegurar que toda realidad genera su propio lenguaje —en lo que coincidimos, sin embargo—, llega a decir del lenguaje fidelista:

> … se traduce una manera de decir, un discurso literario, un ordenamiento y una reiteración verbal, una modelación de la palabra en el plano del discurso político que, a su vez, podría ser la fuente de un tipo de literatura cubana dentro de la revolución. O, para complementar, se podría pensar (…) cómo la tradición oral, esa zona oculta y subterránea, menospreciada, se presenta como posibilidad de creación, como posibilidad de una creación lingüística muy especial (Collazos, 1970, pág. 21).

¿Se proponía, acaso, el escritor colombiano canonizar la retórica de Castro? ¿O se trataba tan sólo de un ejemplo infeliz, horneado con el afán de exponer su compromiso con Cuba? Como quiera que haya sido, Vargas Llosa aprovecharía ese desliz hiperbólico para contraatacarlo y hacerlo trascender como descabellada propuesta.

En cuanto a la influencia del verbo fidelista en la retórica oral, no le faltó razón a Collazos. La Revolución, alimentada de aquel torrente discursivo, en su crecida, acarrearía una facundia sintagmática que todavía hoy perdura. Llamaría al político: «dirigente revolucionario» o «cuadro político»; a los estudiantes de Escuela Primaria y Secundaria, «pioneros»; a los países que mantuviesen relaciones con Estados Unidos: «lacayos del imperio»; al subsidio soviético, «ayuda desinteresada». Del mismo modo, la cuna burguesa sería estigmatizada, mientras enorgullecería el «origen humilde». En el arco de diez años, con la incitación a la apatía religiosa y el asentamiento del materialismo, desaparecieron todas las frases relacionadas con las suprimidas fiestas navideñas, se desterraron, entre muchas otras, las exclamaciones «¡gracias a Dios!», «si Dios quiere» «¡Ave María!», «¡lo juro por Dios!»; y, amputado de su fragmento divino, «¡alabado sea el señor!» se quedaría en un explosivo «¡alabao!»; si un revolucionario incomodaba a alguien, pedía, para vaciar el lenguaje de cualquier connotación evangélica: «disculpa», no

«perdón», todo, como si de pronto Dios, por decreto gubernamental, se borrase de lo que fue primero: el verbo. Pero aun de los gestos se exiliaría la mácula clerical. Persignarse se consideraría flojera ideológica, cuando no un gesto ridículo[5]. De alta costura dentro del habla revolucionaria, muy socorridos en arengas e, incluso, en conversaciones serias, serían el «trabajo voluntario», el «espíritu de sacrificio», «ser un Patria o Muerte», «persona abnegada» o, los negativos: «blandengue», «vive bien», «acomodado».

Además de tales influencias, otro motivo que probablemente contribuyera a soslayar la compostura del lenguaje, podría haber sido el éxodo masivo de profesionales e intelectuales. Descremada la clase alta y considerado el verbo educado una afección retrógrada, lo campechano entró en su apogeo hasta homologarse como el único registro auténticamente cubano.

En cuanto al lenguaje de la prensa, los medios informativos transitaron vertiginosos y coactados a la estatalización. El periódico *Granma*, nacido en octubre de 1965, fundió a *Hoy* con *Revolución* y, declarado órgano oficial del Partido Comunista Cubano, devino arquetípico para sus copias: *Juventud Rebelde* y, más tarde, *Trabajadores*. Así, bajo la regencia revolucionaria:

> … la línea editorial generalizada exigía una expresión escrita que imitara la alocución verbal más agitadora, que apelara a esa emoción previa al combate que anula la posibilidad de discutir órdenes, que impidiera cualquier desvío hacia la ponderación. Endurecer el lenguaje en la prensa se convirtió en un objetivo esencial para el adoctrinamiento y, en la medida que esto se lograba, la fuerza del mazo útil caía contra su principal enemigo: el periodismo literario (Salado, 2016, pág. 36).

[5] A tal extremo se temió en Cuba aludir a cuanto fuese religioso que, en un acto público, mientras se leía el testamento político de José Antonio Echeverría, mártir de la lucha revolucionaria, un funcionario suprimiría, con gran enfado del propio Fidel Castro, la parte en la que debería leerse: «Confiamos en que la pureza de nuestra intención nos traiga el favor de Dios para lograr el imperio de la justicia en nuestra patria». Después de tal exclusión, Fidel Castro en su intervención diría: «¿Seremos nosotros, compañeros, tan cobardes, y seremos tan mancos mentales, que vengamos aquí a leer el Testamento de José Antonio Echeverría y tengamos la cobardía, la miseria moral, de suprimir tres líneas, sencillamente porque esas líneas hayan sido expresión, bien formal de un modismo, o bien de una convicción que a nosotros no nos toca analizar, del compañero José Antonio Echeverría? ¿Vamos a truncar lo que escribió? ¿Vamos a truncar lo que creyó? ¿Y vamos a sentirnos aplastados, sencillamente por lo que haya pensado, o lo que haya creído en cuanto a religión? ¿Qué clase de confianza es esa en las ideas propias? ¿Qué clase de concepto es ese de la historia? ¿Y cómo concebir la historia de manera tan miserable? (Castro, Universidad de La Habana, 13 de Marzo 1962)»

Del influjo de tales advenimientos, de su densa telaraña, tampoco la literatura pudo huir, aunque, previsiblemente, de manera distinta. Mientras el periodismo, desde el 1959 hasta hoy, se ha mantenido invariable en su estilo apologético y editorialista, la poesía y la prosa han seguido su propia metamorfosis, a veces comprometiéndose, dándole mejor ropaje a la palabra fofa del oficialismo; otras, siendo más objetivos, pero sin aventurarse en explicitar o siquiera "implicitar" las causas.

Mientras los poetas, amurallados por los ladrillos del tropo, han podido abrirse camino en las editoriales nativas; los narradores, aprovechando las mismas flexibilidades de la censura, lo han hecho, sin traicionar la esencia de la ficción literaria, desmitificando la realidad, usurpando artísticamente el papel de la prensa, y, a la vez, sin tocar puntos neurálgicos ni mencionar nombres principales. Podría parecer que las descripciones descarnadas de la descomposición social imperante sería suficiente alegato para considerarlas lanzazos directos al corazón de la imagen rosada del socialismo, sin embargo, dado que esta larga crisis ha sido oficialmente considerada, por un lado, consecuencia directa del colapso del bloque socialista y de su mercado, y, por el otro (¡vaya novedad!), del embargo de los Estados Unidos de América, entonces la consecuencia de tal denuncia, una vez huérfana de responsables autóctonos, se presenta extraña al régimen, como un producto foráneo, importación dentro de la frontera. Por tal razón, por tales reglas de juego que intuitiva o conscientemente conoce el creador, señalar con el dedo de la palabra al vértice de la pirámide, culpable de la disfunción económica de la Isla, sólo podría concretarse por medio de sutiles códigos.

Por motivos derivados del propio contexto cubano, existen escasos precedentes de la lectura profunda de la narrativa publicada específicamente en el ámbito socialista de la Isla. Poco se ha indagado por el resto del iceberg, por las claves para descubrir la parte sumergida de una literatura que, si bien a veces se nos presenta como un grito desesperado, mezcla de expresionismo y surrealismo; por otra, se empeña en

ocultar con tenacidad las razones de su horror, en difuminar el dedo que señala responsables.

Una lectura directa de un texto impreso en un ámbito donde la censura campea, sería incapaz de hacernos entender su connotación y nos haría pasar por alto, sobrevolarlos, con poco que advertir desde la celeste lejanía, los guiños, las señas secretas que el propio autor ha incrustado en él. Aun aquellos estudiosos que, lejos del alcance de las represalias del gobierno, han tratado el asunto, lo han hecho referenciando textos explícitos, publicados, como sólo habría sido posible, por editoriales extranjeras (el estudio de la obra de Cabrera Infante es un perfecto paradigma, también la de Reinaldo Arenas o, para ser más contemporáneos y, salvando las distancias, la de Zoe Valdés); lo que, por otro lado, resulta totalmente comprensible porque un mensaje encriptado, una segunda lectura del texto narrativo, sólo se encuentra allí donde la interdicción encarcela la palabra: una lectura que, no pudiéndose revelar públicamente por escrito, se mantendrá en secreto, como un delicioso chisme entre escritor y crítico.

Los análisis transtextuales de obras producidas dentro del régimen y publicadas por él mismo, resultan inexistentes, pues, teniendo la prosa ensayística y la crítica menos campo de maniobrabilidad para aventurarse en discursos connotativos, la propia censura también se ha encargado de socavarla. Quien descubra el entresijo de una obra, si crítico oficialista, lo ocultará una vez que el mal está hecho, es decir, después de que el libro haya sido publicado; y, si disidente, lo aplaudirá en privado por temor a las consecuencias. Así, análisis exhaustivos de obras cripto-desobedientes no suelen, salvo raras excepciones, salir a la luz dentro de las fronteras nacionales; y, por otra parte, en el ámbito foráneo tampoco interesa hacerlo. Quizás por ahorrarse la fatiga de desmenuzar su objeto de estudio, y prescindiendo así de escrutinios histórico lingüísticos, los estudios extranjeros que más abundan sobre la literatura cubana hacen énfasis casi siempre en obras publicadas fuera de Cuba, aquellas que, instaladas allende el mar y liberadas de herméticos subterfugios, gozan el privilegio de lo explicito.

Con el desmoronamiento del bloque socialista de Europa del Este que comienza a gestarse en 1985 cuando Mijaíl Gorbachov asciende a los más alto del PCUS, y concluye en 1989 con la caída del muro de Berlín, Cuba entró en la peor crisis económica de su existencia republicana y, con ella, por razones en las que ahondaremos más adelante, brota una nueva generación llamada por los críticos: *los novísimos*[6].

Parece ser que fuera el escritor Eduardo Heras León quien usaría el término para referirse a lo que él llamaría una "explosión creativa", y que sería el investigador Salvador Redonet Cook quien lo popularizaría (Redonet, 1993); lo cierto es que, de haber sido al inicio un reducido grupo de muy jóvenes escritores, cuentistas casi todos, que asistían a los talleres literarios más céntricos de La Habana, poco a poco se fueron considerando novísimos aquellos que tanto Redonet como otros críticos como Arturo Arango y Francisco López Sacha fueron descubriendo aquí y allá por todos los rincones de la Isla. En esta generación que escribía sin ataduras formales o lingüísticas, que detonó, que rompió las cadenas de los temas fláccidos y desabridos que hasta entonces habían inundado la literatura cubana, que, en fin, expresaba el descontento y la desilusión de todo un pueblo, podríamos enmarcar a David Mitrani Arenal cuyo libro *Modelar el barro* representa, junto a otros que fueran publicados contemporáneamente en medio de la "crisis del papel", una ruptura con la anterior literatura post-revolucionaria.

El propio nombre que la Editorial Letras Cubanas diera a la colección: Pinos Nuevos[7], presagiaba un cambio en la manera de abordar los más escabrosos temas y de cómo las políticas editoriales los enfrentarían a partir de aquel momento. Que *los novísimos* se convirtiera en un movimiento que, escribiendo sobre, y muchas

[6] Ya en fecha tan temprana como 1962 se había utilizado el término para nombrar a un grupo de poetas cuyos poemas salieran publicados en una compilación de título Novísima poesía cubana (Simo, 1962).

[7] Con este nombre se conoce el discurso que José Martí diera en el Liceo Cubano en Tampa, el 27 de noviembre de 1891, conmemorando el vigésimo aniversario del fusilamiento de los estudiantes de medicina por parte del gobierno español en Cuba. La versión taquigráfica se debe a la cortesía del señor Francisco María Gonzáles. En este discurso Martí compara la nueva generación de cubanos a los pinos nuevos que, erguidos ante la tempestad, habría de presenciar mientras recorría la costa de la Florida.

veces desde la marginalidad, desmontara la imagen edulcorada que la anterior literatura, con frecuencia en busca de prebendas, había estampado de la sociedad cubana, se debió, como casi siempre ocurre en la historia, a una coyuntura política favorable, a una apertura que el régimen, constreñido desde el exterior por Mijaíl Gorbachov, años antes hiciera: una especie de *glasnost* caribeña, llamada *proceso rectificación de errores y tendencias negativas* que en el ámbito literario (y de las artes en general) no sería más que una renovación de los filtros de la censura que, a partir de entonces, permitiría el flujo de una más amplia gama de textos. Aun así, si bien a partir de entonces se permitieron libertades estéticas —a nivel de lenguaje y a nivel de mensaje incluso—, otros asuntos sensibles que podrían dañar la mismísima esencia del proyecto socialista se mantuvieron vedados. Así, dentro de la libertad de narrar ambientes sórdidos de prostitutas, criminales, policías corruptos, que evidenciaban el colapso de la sociedad perfecta que alguna vez se pretendió dibujar, quedó trazada una gruesa, bien visible e infranqueable línea roja. Todavía hoy se tolera aludir a cómo las bondades prometidas por el socialismo se han ido a pique, pero escudriñar su causa real y culpabilizar, como sería plausible, a quienes desde hace más de cinco décadas timonean la barca social, podría considerarse una herejía mayor que le garantizaría al atrevido escritor, siendo generosos los servicios secretos cubanos, un cálido lugar en la hoguera del olvido. Hoy, en el momento que se escriben estas páginas, y como demostraremos más adelante, la paranoia contra los intelectuales podría parecernos más relajada, pero sería una falsa apreciación: la represión no sólo ha cambiado de forma, sino que se ha hecho más cínica. Si antes, en los primeros veinte años de la revolución, abiertamente y desafiando cualquier opinión democrática, el régimen reconocía encarcelar a un intelectual por expresar ideas contrarrevolucionarias, hoy, lo hace con mayor sutileza. Mientras el gobierno de Fidel Castro gozó del consentimiento y apoyo de la URSS, del monolítico bloque socialista, y de la izquierda occidental, violó sistemáticamente, sin preocuparse del "qué dirán", los derechos de libertad de expresión y castigó, mediante dudosos procesos judiciarios, a quienes se le oponían o —como simple medida profiláctica— a los sospechosos de hacerlo. Basta recordar las palabras de Ernesto Guevara (el

Che), en diciembre de 1964, cuando, después de leer un discurso, arquetipo de las ideas más progresistas de los sesenta, unos minutos más tarde, llegado su derecho de réplica en la ONU ante los ataques de otros gobiernos, confesara con poco recato:

> Nosotros tenemos que decir aquí lo que es una verdad conocida, que la hemos expresado siempre ante el mundo: ¡Fusilamientos, sí! Hemos fusilado, fusilamos y seguiremos fusilando hasta que sea necesario. Nuestra lucha es una lucha a muerte (Guevara E., 1964).

Las medidas adoptadas después de 1959 que amordazaban la palabra fuese oral o escrita en nombre de salvaguardar la Revolución, han sufrido poquísimos cambios a lo largo de más de cincuenta años. Fuera de Cuba, sin embargo, mucho ha cambiado. Ya los socios económicos de la Isla son otros y los intercambios con ellos ya no tienen un precio político. Así, el régimen cubano, todavía genéticamente fidelista, se esconde más que antes para hacer lo mismo de siempre. Se podría añadir que, con la conclusión de la Guerra Fría y la decepción, fragmentación y deserción de la izquierda a nivel mundial, la atención hacia Cuba ha declinado más que su propia economía. Los propia Norteamérica, tan agresiva como preocupada en los tiempos inaugurales de la Revolución, mantiene en la práctica un solitario gesto hostil: el embargo, y éste, a su vez, sigue siendo el pretexto de todos los males, la coartada del régimen.

Desde 1959 hasta hoy, muchos intelectuales han sido víctimas de la mano dura de los Castro, otros se han dejado reclutar. Algunos, después de haber mantenido una postura distanciada y no pocas veces crítica, al final se han alineado en defensa de una causa en la que no creen y sucumbido a los sobornos revolucionarios, entre ellos el más codiciado: el Premio Nacional de Literatura. Si bien la literatura de los vendidos no podría considerarse manifiestamente comprometida como sucedía con el Realismo Socialista y sus epígonos de las primeras décadas de la Revolución, la presencia regular de tales intelectuales en debates políticos donde otros apostrofan a los enemigos de Cuba, los hace aparecer como aliados del régimen.

Todavía sobre la cabeza de los que no callan pende el hacha del verdugo censor y, si insistieran en gritar, el verdugo judicial. Por ello, aun cuando la lectura de algunos autores cubanos contemporáneos pueda parecer libérrima, bajo el barroquismo marginal y sensual, bajo la suciedad y los experimentos estructurales, siempre subyacerán, escamoteados, temas tabúes, cuestionamientos que no pueden ejercerse libremente porque el único enfoque concedido al escritor es fenoménico: nominar las ramas secas del árbol moribundo, pero no mostrar la raíz enferma. Para culpar las penurias económicas, siempre, solícito, acudirá el villano del norte; y para procesar al opositor, una legislación minuciosamente estudiada, un *modus operandi* que, habiendo egresado de la escuela estalinista, ha sabido adaptarse a los tiempos y encubrir incluso su linaje bolchevique.

Pesquisar cómo el escritor, harto de ser silenciado, intenta sortear la cárcel de la censura sin ser visto; rastrear las sutilezas de las que se vale para, sin arriesgar excesivamente su pellejo, delatar la verdadera causa de los males, es lo que justifica esta investigación y será a lo dedicaremos las próximas páginas.

Se utilizan consignas mágicas. Se dicta el pensamiento, se dicta la opinión. Se determina lo que hay que pensar y cómo hay que pensar sobre un tema determinado.

A quien critica se le tilda de saboteador, francotirador, terrorista. Adjetivos no faltan.

No se habla al intelecto, a la razón, sino a la voluntad, a la pasión.

Hans Karl Maeder, *El lenguaje en el Estado totalitario*

La historia de la literatura cubana, posterior a 1959, no es sólo la escrita por la revolución cubana, aun cuando esta última se haya empeñado en que así fuese, porque habría que añadirle el fragmento más amplio de ella misma: la historia no escrita por la revolución cubana. Dentro de esos ricos episodios sumergidos, está el de la censura, del que, siendo el tema que nos ocupa, se impondría conocer sus más significativos detalles.

No todas las dictaduras engendran a la par el acallamiento de la prensa y el de la creación artística. La más ideologizadas, como el fascismo italiano, el nazismo alemán, y el comunismo estaliniano, se cuentan entre los que ejercieron una fuerte imposición de límites estéticos al arte. Sin embargo, la primera censura, la de la prensa, por razones lógicas, antecede a la artística. La velocidad de reacción del arte ante los eventos históricos coetáneos ocurre más lenta que la del periodismo. La literatura, por ejemplo, urge reflexión, el escritor necesita madurar la idea, elegir lenguaje, narrador, puntos de vistas, bocetar personajes, interrelaciones, trama, subtramas, y, luego, el arduo camino de pulirlo todo. El poema suele superar en agilidad al cuento, y este último, por razones obvias, a la novela. El poeta, ante el hecho conmovedor, desgrana versos que enseguida quiere lanzar al ruedo, a engrosar la conmoción de sus semejantes: a loar o a condenar, a reír o a llorar. En este sentido, el de la premura, muchas veces iguala el bardo al periodista. La novela, siendo de mayor aliento y de estructura más compleja que el relato, llega más tarde al evento histórico que atestigua y juzga.

En el caso de Cuba, a partir de 1991, como ya habíamos apuntado, quizás por el afán de proyectar la imagen de una sociedad más abierta, la escritura aceptada y promovida comienza a ofrecer rasgos menos complacientes —más crudos— del

país. Mientras la prensa, obligada a encubrir, edulcora la disfunción del modelo; a la narrativa, por considerarse ficticia, se le permite, bajo ciertas reglas, exponerla. Razones de peso para que el escritor goce de semejante privilegio, serían las cortas tiradas del libro cubano y su consumo por una élite cada vez más escasa. A esto habría que añadir, por supuesto, que un libro publicado por una editorial nacional debería pasar forzosamente por rigurosos filtros podadores de gruñidos inconvenientes. Al escritor, eso sí, se le permite menor libertad al hablar. Sus declaraciones orales, por su naturaleza objetiva, tendrán más peso que su escritura. El discurso en una conferencia o en una intervención pública o ante la prensa extranjera podría criminalizarse. Por ello, un buen medidor de lo que será libre de decir el narrador, y aun el poeta, dentro de un sistema totalitario, lo es, sin duda alguna, el periodismo, pues, antes que censura a la literatura habrá censura a la prensa.

Según un proverbio, atribuido al escritor Lisandro Otero, en el capitalismo nunca se sabe qué va a pasar, mientras que en el socialismo uno nunca se entera de lo qué pasó. Esto refleja con cuanta eficacia ciertos estados alcanzan a soterrar sus más espinosas interioridades e impiden que se filtren hacia el presente e, incluso, hacia la posteridad. No obstante, por ejemplo, la verdad sobre la Gran Purga estalinista de 1930, sobre los miles de ejecutados o enviados a los *gulags*, saldría a la luz años más tarde. El discurso secreto de Nikita Khrushchev de 1956, al principio publicado en Belgrado y Washington, sólo se publicaría íntegramente en 1988 en la URSS. Lo mismo se podría decir del holocausto judío perpetrado por los nazis alemanes, cuyos terribles detalles se vinieron a saber años después. Aun así, que los pormenores factuales vengan a saberse con tal retraso sólo indica el tremendo celo con que los regímenes totalitarios suelen guardar sus secretos y alfombrarlos con el bombardeo de su propaganda. Ello incluye tanto el fascismo de Mussolini y el nazismo de Hitler como el comunismo europeo y asiático. La columna vertebral del escamoteo de las verdades ha sido siempre el colaboracionismo mediático. Con la propaganda ideológica distraen y adoctrinan; con laconismo, esconden. Por ello, si bien en «gran medida inferimos el espíritu de una nación a partir de su lenguaje, y

que proverbios, palabras, inflexiones gramaticales transmiten a los sentidos del público más pureza y precisión que cuanto pueda hacerlo el individuo más sabio» (Emerson, 1950, pág. 438), también es cierto que la salud de sus libertades la adivinamos por los párrafos de su prensa.

En un sistema social, altruista de dientes hacia afuera, la coacción emerge solapada a través de frases eufemísticas. El término interdicto funciona como espada envainada. Así, un recurso retórico, cuyo fin sería limar aspereza verbal, atenuar su impronta desagradable, si empleada con maldad, podría tanto agitar bajas pasiones como aplacar sediciones.

La presencia del eufemismo (o su ausencia) suele manejarse a favor del espíritu perverso. En el ámbito político, consagrado por la discreta diplomacia y por lo que hoy llamamos "políticamente correcto", el eufemismo podría considerarse excusable, pero, cuando para encubrir arbitrariedades y deslizar coacciones, se propaga a los órganos mediáticos, o cuando, reemplazándolo por la crudeza, se evade para avivar las llamas del fanatismo masivo (limpiezas étnicas, linchamientos, venganzas), no podría ser otra cosa que actitud inquisitoria.

Pasando revista a cuando se recurre a él, hallamos cómo detrás de la retórica de la prensa cubana a veces pueden concurrir contemporáneamente el drama humano y la intimidación. El informe típico de una depuración, publicada en el periódico *Granma*, se remataba:

> Como ha sido práctica en todos los años de Revolución, en nuestro país nadie, con independencia de sus responsabilidades y méritos, puede violar la ley. Quien lo haga recibirá inexorablemente el peso de la justicia revolucionaria (Barredo, 2006, pág. 1).

Más adelante veremos cómo la frase: «como ha sido práctica en todos estos años» remite directamente a dos medidas extremas: larga condena en la cárcel o pena capital; así como «inexorablemente el peso de la justicia», a la ausencia de garantías. Tonos, sin duda alguna, desmedidos para quien debería mostrar un mínimo de

imparcialidad, para quien no debería presumir la culpabilidad del imputado antes del juicio.

Este mecanismo de intimidación ha sido, durante decenios, como veremos más adelante, un estilo al que desde muy tempranas fechas se acogieron los revolucionarios para contener la reacción. Así, todavía hoy, condicionada por las tantas purgas y añejada por la retórica que le ha antecedido y sucedido, la lectura entre líneas permite reconocer que un lapidario «liberado de sus funciones» impreso en el periódico *Granma*[8], indica, en la traducción popular, que al funcionario "le han partido las patas" o ha pasado al llamado "plan pijama" y que probablemente, siguiendo el protocolo, será interrogado en los calabozos de Villa Marista[9]. Si, en cambio, el *Granma* anuncia que el compañero «pasará a desempeñar otras funciones», significa que su corrupción (o su ineficiencia) ha sido ligera y que el hombre, según el argot cubano, "se ha caído para el lado".

Cuando Carlos Aldana, el ideólogo del Partido Comunista, cayó en desgracia en 1992, se explicó que había presentado «deficiencias en su trabajo y graves errores personales en el desempeño de sus funciones». Aunque el *Granma* informaría que Aldana había favorecido el enriquecimiento ilícito del gerente general de la firma Audiovisuales Caribbean, SA, Eberto López, no daría detalles si el propio Aldana se había corrompido (Vicent M., 1992). Con el canciller Roberto Robaina, en el 1999, la Nota del Consejo de Estado, lacónica y sin reproches, anunciaba: «queda liberado del cargo en tanto se le asignen nuevas funciones» (Vicent M., 1999) y, de alguna manera, quién sabe por cuáles razones, más adelante se le "pasaba la mano" con un «realizó los mayores esfuerzos para cumplir las tareas con las cuales en su momento se le responsabilizó». Tres años después, acusado de deslealtad y de auto-proclamarse primer candidato al poder luego de la transición post-castrista, "Robertico" sufriría la expulsión deshonrosa del partido; las imputaciones —

[8] Órgano oficial del Partido Comunista Cubano (PCC) desde el 1965.

[9] Sede de los calabozos del Departamento de Operaciones de la Dirección de Contrainteligencia del Ministerio del Interior. Creada en 1963, equivalente a la Lubianka de Moscú.

difundidas a los militantes comunistas a través de un video y al pueblo a través de filtraciones— vendrían de Raúl Castro que terminaría espetándole que no permitiría que gentes como él arruinasen la revolución una vez que ellos, los fundadores, hubiesen desaparecido (Vicent M., 1999). Curiosamente en el mismo filme, el propio Raúl, célebre por su sinceridad, rememoró que Aldana había ambicionado lo mismo, convertirse en un Gorbachov cubano y que él mismo, Raúl, al amenazarlo con colgarlo de una guásima, lo había ablandado y obligado a confesar toda la verdad (Vicent M., 1999). Ante tales advenimientos, por supuesto, la prensa cubana no diría ni esta boca es mía.

El 21 de junio del 2006, de la expulsión de Juan Carlos Robinson del Buró Político, se dijo:

> …en la sentencia quedó demostrado que Robinson, en franco proceso de debilitamiento ideológico, con abuso de su cargo, olvido de sus altas responsabilidades y de la probidad exigida para un cuadro revolucionario, hizo uso de sus influencias con el propósito de obtener beneficios y se le imputaron ciertas manifestaciones de prepotencia y altanería, abuso de poder y ostentación del cargo, indiscreciones y reblandecimiento en sus principios éticos (Barredo, 2006, pág. 1).

Más tarde, Robinson sería condenado a doce años de privación de libertad.

Ya siendo Raúl Castro presidente del Consejo de Ministros, el 2 de marzo del 2009, echan a rodar varias cabezas —y algunas muy para abajo—: dos vicepresidentes del Consejo de Ministros, su secretario, y seis ministros[10]. Aparte de los rumores, poco se añadió sobre esas decisiones. Por ejemplo, jamás se dijo que Otto Rivero, responsable del despilfarro de millones de dólares, afectado por los intensos interrogatorios de la contrainteligencia, atentó contra su propia vida más de una vez. Los nombres que más saltaron a la vista entre los caídos en desgracia fueron

[10] Se trataba de: Carlos Lage Dávila, Secretario del Consejo de Ministros; José Luis Rodríguez García, Vicepresidente del Consejo de Ministros y ministro de Economía y Planificación; Otto Rivero Torres, Vicepresidente del Consejo de Ministros; Raúl de la Nuez Ramírez, ministro de Comercio Exterior; Alejandro Roca Iglesias, ministro de Industria Alimenticia; Alfredo López Valdés ministro de la Industria Pesquera; Felipe Pérez Roque, ministro de Relaciones Exteriores; Fernando Acosta Santana, ministro de la Industria Sideromecánica; Alfredo Morales Cartaya ministro de Trabajo y Seguridad Social.

los de Carlos Lage y Felipe Pérez Roque. Al día siguiente, el retirado Fidel Castro, para borrar cualquier falsa impresión, reflexionaría que jamás había subestimado la inteligencia humana, ni la vanidad de los hombres y que ambos cuadros habían sido justamente castigados no por su ausencia de valor personal, sino por haberse engolosinado con la «miel del poder» por la que no habían hecho sacrificio alguno (Castro, 2009). Entre las líneas del comandante, hermético más que nunca, se leía ambición, complot, felonía, pero en concreto, ningún detalle. Al pueblo como siempre, veterano en esas lides de imaginar, sólo le quedaba interpretar las profecías de su soberano mientras aguardaba pacientemente a que algo más claro goteasen los chismes.

De los numerosos saneamientos que desde el mismo 1959 llevó a cabo Fidel Castro, algunos levantarían más revuelo que otros, e igual habría periodos francamente con pocos "tronados". En los primeros cinco años de Revolución, además del ajusticiamiento de los criminales batistianos, miles fueron procesados por rebelarse y muchos apartados por no acatar órdenes revolucionarias. El término traición y/o contrarrevolución, con sus rigurosas sanciones, se amplió gradualmente; primero, destinada a quienes se oponían por las armas, después aplicada también a quienes cuestionasen las versiones oficiales de los hechos.

Entre 1965 y 1980, apaciguadas las discrepancias en calabozos y paredones de fusilamiento, hubo cero alzamientos armados y, al menos públicamente, pocos procesos por corrupción, pero a finales de los ochenta, justo cuando colapsaba el socialismo real en Europa del Este, se hicieron más frecuentes los caídos en desgracia. Particularmente habría dos casos a los que se les daría mayor publicidad. Del primero, Luis Orlando "Landi" Domínguez, presidente de la Aereonática Civil, el propio Fidel Castro, en una larga intervención televisiva, expondría hasta el más ínfimo detalle del porqué se había destituido. Ocurrió en el 1987, cuando, iniciado

el Proceso de Rectificación[11], Cuba, orbitando según las pautas elípticas del PCUS[12], montaba el paripé de que también el espíritu de Gorbachov llegaría hasta los cimientos de la Isla. Le tocó a Landi que, sí, era corrupto, pero, habiendo tantos como él, probablemente la verdadera razón sería convertirlo en chivo expiatorio. El Comandante en Jefe leería en vivo algunas cartas enviadas al *Granma* que demostraban el regocijo popular por que esta vez al fin estuviesen "pasando la cuchilla bien bajita" (Santos, 1987). El segundo caso más sonado, literalmente espectacular, que daría la vuelta al mundo, despertaría mayor interés entre los cubanos que la telenovela de turno. Se trataba de la Causa 1 de 1989, que en junio de ese mismo año pondría en el banquillo de los acusados, entre otros muchos militares, al General de la Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Héroe de la República, Arnaldo Ochoa.

La función comenzaría con una información aparecida en el *Granma*:

> Nos vemos en el desagradable deber de informar que el general de división Arnaldo Ochoa Sánchez, quien ha recibido del partido y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias importantes responsabilidades y honores, ha sido arrestado y sometido a investigación por graves hechos de corrupción y manejo deshonesto de recursos económicos (Román, Información, 1989, pág. 1).

Dos días después, una editorial en el mismo periódico, en aras de preparar la opinión pública para la aplicación de severas puniciones, anunciaba:

> …por su larga estancia en el exterior, su jerarquía militar, su prestigio, sus constantes movimientos, las altas responsabilidades y la confianza de que disfrutaba, le permitieron encubrir el proceso de descomposición moral que poco a poco, tuvo lugar en él y en los hechos en que iba incurriendo.
>
> […]

[11] Versión cubana de la Perestroika soviética

[12] Partido Comunista de la Unión Soviética

> Este tipo de traición conduce siempre, tarde o temprano, a la traición política.
>
> […]
>
> …los hechos a que nos referimos implican su responsabilidad en corrupción de oficiales subordinados y su condición a hechos delictivos; uso indebido, apropiación, malversación, despilfarro y malgasto de divisas convertibles, y afán desmesurado de acumular y manejar fondos.
>
> Además, lo que constituye un hecho más grave y sin precedentes en la historia de la revolución: Ochoa y algunos funcionarios del ministerio del Interior en conexión con él, hicieron contactos con traficantes internacionales de drogas, concertaron acuerdos, intentaron y es posible que hayan, incluso, cooperado con algunas operaciones de tráfico de drogas en las proximidades de nuestro territorio.
>
> [...]
>
> …en nuestra patria nadie absolutamente, por grandes que sean sus méritos, alta que sea su jerarquía, podrá violar impunemente los principios y leyes de la revolución.
>
> Puede haber quienes violen esos principios y esas leyes, pero el peso inexorable de la justicia revolucionaria caerá sobre ellos. Una verdadera revolución no admitirá jamás la impunidad (Román, Una verdadera Revolución, 1989, pág. 1).

Se puede notar que el sofisma: "corrupción termina en traición", se desliza como una imputación; lo que nos recuerda forzosamente el lenguaje del incorruptible Robespierre, durante aquella otra revuelta, dirigido a los miembros de la Convención Nacional el 5 de febrero 1794, al proclamar que todo acto corruptor era contrarrevolucionario y que su máxima principal era guiar al pueblo con la razón y a los enemigos con el terror (Robespierre, 2005). Los primeros revolucionarios, menos prejuiciados, soslayaban los eufemismos y llamaban al terror por su nombre.

Volviendo a la Causa No 1, el 22 de junio se volvería a repetir un mensaje que allanaría la bienvenida a la pena capital:

> Ningún prejuicio, ningún falso pudor nos impedirá poner al desnudo crudamente los hechos, juzgar los mismos ante la opinión del pueblo y después ante los tribunales de justicia, para sancionar ejemplarmente a los culpables (Román, Sabremos lavar, 1989, págs. 3-4).

Si ya en tiempos del imperio romano, la mota *unum castigabis, centum enmendabis*[13] era óptima para apaciguar; si los edictos de reyes y señores feudales amenazaban con decapitar a los subversivos; ahora un «sancionar ejemplarmente» supliría tales arcaicas disposiciones y un hombre fusilado cumpliría la misma función que una testa expuesta en la punta de una pica. Así, cercanos a la emisión del veredicto final del caso Ochoa, otro editorial, invocando la implacabilidad de los jueces, clamaba:

> El enemigo trata de pescar en río revuelto, trata de aprovechar este episodio para regar a manos llenas su babosa y repugnante infamia. Frente al proceso político y judicial más limpio que se pueda concebir, afirman que los acusados están drogados, que de modo mecánico aceptan los cargos.
>
> […]
>
> Ochoa, lo mismo que Antonio de la Guardia y su grupo, expusieron al país y a la revolución a mortales peligros, no sólo porque Cuba podría ser acusada con pruebas irrebatibles de estos hechos, sino porque socavan la moral y el prestigio de la revolución…
>
> […]
>
> El mal debe ser arrancado de raíz; el ultraje tiene que ser ejemplarmente lavado; no puede haber vacilación o duda en momentos que son decisivos (Román, Ni una sola piedra, 1989, pág. 1).

Resulta interesante que el órgano oficial del gobierno —además de usar los mismos argumentos que el Fiscal utilizaría dos días después— se delatase diciendo que estaban:

[13] Castigarás a uno, corregirás a cien.

> frente al proceso político y judicial más limpio que se pueda concebir

Entonces ¿se trataba o no de un juicio político? Y si lo fuese ¿cómo podría ser limpio?

La vista oral del juicio sumarísimo, convenientemente editado, sería transmitido en diferido por la televisión cubana. El Tribunal Militar Especial formado por tres generales, daría luz verde al fiscal, General de Brigada Juan Escalona, y poco espacio a unos tímidos abogados defensores de menor rango que se avergonzaban de interceder por los acusados. Sin la presencia de la prensa extranjera, el redactor Pablo Socorro, que cubría el proceso por orden del gobierno, antes de enviar las versiones a la prensa debía entregarlas a Fidel Castro, que las modificaba, tachando o añadiendo, según su propio criterio (Aznarez, 2019). Los encausados, salvo en algunos detalles irrelevantes, reconocieron todas las imputaciones y algunos pidieron para sí mismos el más severo de los castigos. No hubo que averiguar nada. El Fiscal, al mejor estilo de Roland Freisler y Andrei Vyshinsky, de tanto en tanto los llamaba narcotraficantes, delincuentes, traidores, y equiparaba sus delitos a eventos tan desmedidos como el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Todo dirigido a menguar el valor humano de los encausados, a humillarlos.

Durante el informe oral conclusivo del 4 de julio de 1989, en el culmen de su inspiración, el fiscal Escalona, sin quererlo seguramente, revelaría en parte los verdaderos motivos de la purga:

> A quien primero traiciona Ochoa es, precisamente, a Fidel, de quien no basta decir, en sólida argumentación técnica, que es su Comandante en Jefe.
>
> Ochoa sabe, como nadie, que está traicionando un símbolo, una historia de limpieza jamás empañada por una mentira (...) Al atentar contra la credibilidad de Fidel, Ochoa, y con él todos los demás encartados, clavaron a la patria y al pueblo un puñal en medio de la espalda (...) Fidel es nuestra voz, es nuestra representación, a quien acudimos en los momentos difíciles (...) (Reguera, 1989, págs. 3,4)

Ergo, una de las imputaciones fantasmas, no contempladas en el código penal, será la de haber herido al patriarca, al mito, a la Revolución cosificada. Los culpables también tendrán que acarrear ese fardo, pero, por suerte, con la posibilidad de lavar, con sus vidas si fuera menester, la sacra imagen enfangada.

Párrafos después, Escalona, incitando también la animadversión de los televidentes, manifiesta que era evidente que, «más allá de cualquier tecnicismo de carácter legal», por encima de las probadas imputaciones, la falta mayor de Ochoa era haber traicionado a su pueblo (Reguera, 1989). Ergo, traidor del pueblo le llama Escalona al acusado. Stalin —conviene recordar— solía llamar a las víctimas de su paranoia: "enemigos del pueblo". Los Tribunales Populares nazis (*Volksgerichtshof*), a cualquiera que disintiera, así fuera con un chiste, los denominaba *volksverrat* (traidores al pueblo).

El resto de cuanto diría el Fiscal sería coincidente con los artículos premonitorios de la prensa oficialista y coherente con la índole profiláctica del proceso. Escalona diría que en el juicio había quedado evidenciada «la delicada situación en que la traición de Ochoa» había colocado a Cuba, que había lesionado el prestigio de la Revolución, una de las pocas armas frente a la agresividad del imperialismo (Reguera, 1989).

La patria estaba en peligro y, cuando es así, los sacrificios humanos, como en tiempos de Robespierre, están a la vuelta de la esquina. La revolución cubana se sentía como la francesa, acosada, y debía guillotinar para que el mundo, sobre todo el Imperio del Norte, supiese que seguía inmaculada.

Sólo el hecho de que fuese un juicio político explicaría por qué el Fiscal daba saltos mortales para convertir el delito de tráfico de droga[14] en actos hostiles contra un Estado extranjero (Estados Unidos, México, Colombia, Panamá) que, dado que podrían haber desembocado en una guerra, se convertía en traición a la patria y,

[14] El artículo 190 del Código Penal cubano vigente en 1989, no preveía la pena de muerte para el tráfico de drogas. La pena máxima a la que se arriesgaba quien traficase con grandes volúmenes de estupefacientes podía llegar a 15 años de privación de libertad (Ley No. 62, 1998).

como de sobra se sabía, sancionado duramente. Así, alquimista jurídico, transmutando corrupción simple y llana, en delito mayor, Escalona, para eximir de infamias y vejaciones a más de diez millones de cubanos y, sobre todo, a su líder, solicitó al tribunal la pena capital para Arnaldo Ochoa y otros siete encartados.

A propósito de actos hostiles cometidos contra países extranjeros, conviene recordar que Cuba, explícitamente reconocido, más allá de su colaboración en numerosas acciones militares en países tan remotos como el Congo, Argelia, Etiopía, Angola, Siria, fue además por muchos años una constante formadora de guerrilleros que, entrenados en sabotaje y terrorismo, armaba y expedía hacia más de un país latinoamericano. Los Tupamaros de Uruguay, los sandinistas de Nicaragua, el Frente Farabundo Martí de El Salvador, el M-19 de Colombia, el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, los montoneros de Argentina, el MIR de Chile, todos, bajo órdenes directas del comandante cubano Manuel Piñeiro Losada alias Barbarroja[15], polarizaron las sociedades latinoamericanas y desencadenaron conflictos que cobraron cientos de miles de víctimas (Benemelis, 2002). De modo que, delante de tales tragedias, considerar el tráfico de droga como un acto hostil hacia otro Estado, podría parecer una travesura infantil.

El redactor de *Granma*, José de la Osa, rubricaría el 6 de julio un artículo en primera página cuyo título: «La pena que pide el fiscal es justa; ninguno debe merecer el perdón; la Revolución será más fuerte que nunca; deben ser castigados como pidió el fiscal» (de la Osa, 1989, pág. 1), alentaría incontrastablemente a la inmisericordia. Al día siguiente, sin embargo, el Tribunal Militar Especial, más compasivo que De la Osa, les perdonaría la vida a tres de los acusados, entre ellos no estaría Arnaldo Ochoa. Del resto de los impugnados, ninguno, como era de esperarse, saldría inocente. Todos serían encarcelados.

[15] El 6 de junio de 1961, creado el Ministerio del Interior, Manuel Piñeiro es designado Vice Ministro a cargo de la Dirección M de Inteligencia y al frente de los movimientos del departamento de Liberación Nacional, rebautizado en 1974 como Departamento América del Comité Central de Partido Comunista, a través del cual coordinaría todas las acciones subversivas de la izquierda latinoamericana.

Revisando la cronología de ciertos hechos, no podría excluirse que el ultraje al Comandante en Jefe haya sido la razón de más peso en el caso. Ya desde 1978, en el programa de la CBS: *La conexión de Castro*, el congresista Lester Wolff, presidente del Comité de Narcóticos de la Cámara de Representantes, a la pregunta de su entrevistador, Mosley Safer, de si consideraba al jefe del gobierno cubano involucrado al tráfico de drogas, respondería:

> Sí, por distintas fuentes hemos sabido de una conexión entre Fidel Castro y una corporación bancaria norteamericana que se vincula muy estrechamente al tráfico de cocaína en los Estados Unidos[16] (CBS, 1978).

En noviembre de 1982, la prensa norteamericana publica que dos miembros del Comité Central del PCC y otros dos altos oficiales estarían entre los imputados en la Corte Federal de Miami por tráfico de estupefacientes desde Colombia a Estados Unidos. Los oficiales cubanos, que obviamente no se atreverían a sacar más nunca un pie fuera de su país, estarían acusados de usar la Isla, desde 1978 hasta abril de aquel año, como puente del narcotráfico. Los involucrados, según fuentes de la DEA, serían René Rodríguez Cruz, presidente del ICAP (Instituto de Amistad con los Pueblos); el vicealmirante y jefe de la marina de guerra cubana, Aldo Santamaría Cuadrado; el ex embajador de la Isla en Colombia, Fernando Ravelo Renedo, y el también ex miembro de aquel cuerpo diplomático, Gonzalo Bassols Suárez (Thornton, 1982).

Pese a las numerosas pruebas, siempre que a Castro se le inquiriera sobre el asunto, lo negaría con firmeza. Por ejemplo, cuando en enero de 1985, Jimmie L. Hoagland, le preguntara sobre el asilo en Cuba del narcotraficante Robert Vesco; el presidente cubano explicaría que la presencia de aquel señor en la Isla se debía a una petición de José Figueres, ex presidente de Costa Rica, y añadiría:

---

[16] Yes, from a variety of sources we have learned of a connection between Fidel Castro and an American banking corporation that tied very closely to cocaine trafficking in the United States.

> ...si nos pregunta también si tenemos negocios de drogas, le puedo asegurar categóricamente que no tenemos ni él más mínimo negocio de drogas y que jamás este país ha estado en negocio de drogas, ni ha recibido un centavo de drogas (Castro, Entrevista con The Washington Post, 1985).

Resulta notable que desde 1982, Robert Vesco, ciudadano norteamericano, viviese en Cuba y que ya desde el 1978 mantuviese relaciones con Carlos Ledher, un verdadero peso pesado del narcotráfico.

En marzo del 1985 la congresista Mervin Dimally, volvería sobre el punto:

> Permítame comenzar con la primera pregunta. El Secretario de Estado testimonió ante el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara y, la semana pasada, un funcionario de la Agencia para el Control de Estupefacientes, así como el Cónsul de la Embajada de Estados Unidos en México, dijeron que cuentan con pruebas de que existe una relación entre Cuba y Colombia para los narcóticos.

Respuesta de Castro:

> Hay un mandamiento de la ley de Dios que dice: "No levantar falsos testimonios ni mentir". Esto se le debía recordar constantemente a la actual Administración de Estados Unidos. Creo, además que el pueblo y el Congreso de Estados Unidos merecen un poco más de respeto.
>
> Es absolutamente imposible que Estados Unidos y el Departamento de Estado puedan tener una sola prueba en este sentido; pienso que realmente son métodos sucios, infames, una forma deshonesta de política exterior.
>
> Si nos atenemos a los hechos, Cuba en estos 26 años tiene un expediente intachable en este aspecto (Castro, Entrevista M. Dymally y J. Elliot, 1985).

De la *Playboy*, en agosto de 1985, partiría la misma insistencia sobre el asunto:

> El secretario Schultz sostiene que Cuba tácitamente deja pasar el tráfico de drogas, permitiendo que sobrevuelen pequeños aviones de contrabandistas.

Respuesta de Castro:

> Mire, nuestro país es el lugar que los contrabandistas más temen, ellos hacen cualquier cosa para evitar aterrizar en Cuba o parar en nuestras costas, porque tienen mucha experiencia en cuanto a las consecuencias y conocen las rigurosas medidas adoptadas en el país (Castro, Entrevista con Playboy, 1985).

En abril de 1989, durante la causa en su contra en la Corte Federal de Jacksonville, Florida, Lehder mencionaría con persistencia la relación comercial de los Castro con varios narcotraficantes conocidos, entre ellos Vesco.

Otra vez en julio de 1991, Lehder, en el juicio a Jorge Noriega, ex dictador de Panamá imputado por narcotráfico, testificaría que Raúl Castro habría colaborado con el Cartel de Medellín para introducir cocaína en Estados Unidos y que él mismo habría viajado a la Isla entre 1981 y 1983. Además de los Estados Unidos y algunos países latinoamericanos, también, y a petición de los propios norteamericanos, la Unión Soviética de Gorbachov presionaba a Fidel Castro para que suspendiese su participación en el narcotráfico con el Cartel de Medellín. El líder soviético llevaría en la agenda de su viaje a La Habana, en febrero de 1989, tal espinoso asunto (Benemelis, 2002). Así, la Causa No 1 comienza a gestarse en abril y, como habíamos visto, sale a la luz en julio. Todo apunta, pues, a una operación dirigida a limpiar los nombres de la más alta dirigencia de la Isla.

Más allá de que una prensa nacional libre que hubiese hecho honradamente su trabajo habría avivado con mucha probabilidad una pesquisa o, incluso, habría podido conducirla ella misma; más allá de que así habría tomado menos tiempo en descubrirse que el territorio cubano estaba sirviendo de trampolín para inundar a los norteamericanos con drogas; más allá de todo esto, y aun sin disponer de la información norteamericana, también algunas otras relevantes contradicciones podría haber sacado a flote esa prensa de las propias palabras de su gobernante. Por ejemplo, que las operaciones con drogas —si nos atenemos a las fechas de las entrevistas a Castro— al parecer habrían comenzado, como mínimo, en 1980 y que, sin embargo, sólo en 1989, después de ser advertidos reiteradamente por sus enemigos acérrimos, los cubanos pudieron "desenmascararlas". La prensa cubana,

hasta el día de hoy, jamás ha criticado la incompetencia de la contrainteligencia cubana de aquel entonces; jamás ha cuestionado que presidente cubano aceptase en Cuba a un reconocido y buscado traficante como Robert Vesco; jamás ha tenido en cuenta los testimonios de los narcotraficantes que han confesado haber negociado con el mismísimo ministro de las FAR; jamás ha analizado a fondo —algo de dominio público— las excelentes relaciones de las FARC (narco-guerrillas colombianas) con el gobierno de la Isla; tampoco ha señalado con "espíritu crítico" el hecho de que ni Raúl ni Fidel ni el Fiscal respetasen el principio de obediencia y subordinación[17] de la Ley Militar para exculpar a algunos oficiales que sólo cumplían órdenes de sus superiores.

Ante tal absoluto mutismo mediático, Fidel Castro se encargó de punir sin contemplaciones a quienes supuestamente lo habían afrentado. Reunió al Consejo de Estado y obligó a cada uno de sus integrantes a mancharse las manos. Las penas de muertes fueron ratificadas unánimemente. En los veredictos, uniformes en contenido y estilo, se aludió en general al nombre del traicionado jefe de gobierno, a la patria en peligro, al castigo ejemplarizante, y, otra vez, a la voluntad popular:

> Severo Aguirre del Cristo: Ellos se burlaron de la revolución, del pueblo y de todas las prédicas del compañero Fidel.
>
> […]
>
> José Ramón Balaguer: … es un acto de traición a la patria, al pueblo, a Fidel (…) Pusieron la seguridad de la revolución en peligro. La moral de la revolución, nuestra arma más poderosa, puesta en tela de juicio…
>
> […]
>
> Vilma Espín: El enemigo agazapado preparaba el momento de demostrar al mundo que Cuba sí participaba en el narcotráfico y que Fidel ha mentido cuando

[17] La ley No 22, ley de los delitos militares, los artículos 7 y 8 sancionan la insubordinación y la desobediencia a las ordenes de los superiores (Ley No 22, 1979).

reiteradamente lo ha negado (…) ¿de qué hubiera sido capaz el gobierno norteamericano además de desmentirnos?

[…]

José Ramón Fernández: (…) me pronuncio porque a los condenados, vulgares transgresores de la ley, hijos desagradecidos de la patria que no han sabido mantener la dignidad y el honor de nuestra Revolución, se les ratifique la sanción impuesta por los tribunales como medida efectivamente ejemplarizante.

[…]

Guillermo García Frías: …han puesto en grave peligro los destinos del país…

Considero que este ejemplarizante proceso ha hecho que todos los revolucionarios se revisen a sí mismos profundamente...

En lo que a mí respecta, quiero ratificar en esta reunión mi fidelidad a los principios de honestidad que nos ha enseñado la revolución, y a los compromisos que tenemos con nuestro pueblo, con la patria y con Fidel.

[…]

Armando Hart Dávalos: Estoy de acuerdo con que la decisión final debe tomarse en función de los mejores criterios políticos (…) Esta decisión vigorizará a nuestra revolución (…) Nuestras decisiones van a lograr que hasta nuestros enemigos más poderosos conozcan mejor y sepan con claridad contra qué tipo de pueblo están luchando.

[…]

Armando Acosta Cordero: (…) el clamor de todo el pueblo es que se cumpla la sentencia de fusilamiento de los acusados.

[…]

Orlando Lugo Ponte: (…) éste es el proceso más limpio, digno y ejemplar que se haya llevado a cabo en cualquier lugar, donde no ha habido un solo elemento que

> se le haya ocultado al pueblo (…) he tenido la oportunidad de reunirme, junto con los cuadros de la ANAP[18] y otros organismos, con miles de campesinos y familiares, y puedo asegurar aquí la profunda indignación que ellos sienten por la puñalada que (…) le han clavado al pueblo, al Partido, a las gloriosas e invictas Fuerzas Armadas Revolucionarias, a los combatientes del Ministerio del Interior y, sobre todo, a usted, compañero Comandante.
>
> […]
>
> Abelardo Colomé Ibarra: ¡Cuán hondo han herido a Fidel! ¡Cuánto daño le han hecho! ¡Cuánto lo han hecho sufrir! (Román, Reunión del Consejo de Estado, págs. 3-7)

En su alocución, Raúl Castro revelaría, vaya sorpresa, que su hermano había «estado conduciendo este proceso», con la salvedad de haberlo hecho a través de las instituciones creadas por la Revolución y sustentándose en la más estricta legalidad socialista (Román, Reunión del Consejo de Estado, 1989).

El fisgoneo e influjo del Poder Ejecutivo sobre las decisiones jurídicas serían reconocidos por Castro mismo, al confesar que había tenido bastantes contactos con el Fiscal y con el Tribunal, pero, eso sí, sin ejercer la más mínima influencia. Confesaría que, una vez transcurrido el juicio oral, le había preguntado al tribunal los puntos de vistas sobre el juicio, porque lo fundamental era saber qué pensaban ellos. El tribunal, según Castro, había tomado su decisión con absoluta libertad, reconociendo, sin embargo, que sí, como era lógico había influido al Fiscal porque el Fiscal era parte del Estado que velaba por el cumplimiento de las leyes.

De los tres jueces de la presidencia que debían dictar sentencia, a saber: General de División Ramón Espinosa Martín, General de División Julio Casas Regueiro, General de División Fabián Escalante Font, ninguno era graduado en leyes, en contradicción con el artículo 21 de la Ley de los Tribunales Militares:

[18] Asociación Nacional de Agricultores Pequeños.

> Los Presidentes y Jueces profesionales de los Tribunales Militares deben estar habilitados para el ejercicio de la abogacía por título expedido o revalidado por universidad o institución oficial autorizada (Ley No. 3, 1977).

Por otro lado, según el artículo 22 de la misma ley:

> El Presidente y los Jueces profesionales y legos de la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo Popular son elegidos por la Asamblea Nacional del Poder Popular, a propuesta de los Ministros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de Justicia conjuntamente, de entre los militares que se encuentran prestando el servicio militar activo (Ley No. 3, 1977).

Dado que el fiscal Juan Escalona Reguera fungía como Ministro de Justicia, y Raúl Castro como Ministro de las FAR, eso nos llevaría a la incongruencia de que los jueces, además, hubiesen sido elegidos por los acusadores. Fidel Castro era, desde la cúspide de su gobierno, juez, jurado y fiscal al mismo tiempo.

Otro momento que reflejaría la naturaleza unipersonal de las decisiones, sería cuando el líder de la Revolución reconociera que sabía lo que pensaba el pueblo, pero que a él eso no le importaba, no era un factor determinante; mejor que existiese coincidencia entre el pueblo y los gobernantes, pero lo que no podía existir necesariamente era la necesidad de hacer lo que la opinión pública pidiese o que la opinión pública pensase (Castro, Intervención en el Consejo de Estado, 1989).

Tales palabras contrastaban llamativamente con otras, tantas veces blandidas por el propio líder en los albores de su rebelión:

> Esta vez (…) por primera vez un pueblo manda; por primera vez los hombres que tienen las armas en la mano se inclinan reverentes ante el pueblo de Cuba.
>
> [...]
>
> …desde que vemos que quien manda aquí es el pueblo nos sentimos llenos de admiración y de emoción de ver a un pueblo mandando. Y ahora sí que van a ver lo que es un pueblo mandando… (Castro, Sancti Spiritus, 6 de enero de 1959)

> ¿Sería justo que la ambición o los personalismos viniesen aquí a poner en peligro el destino de la Revolución? ¿Qué es lo que le interesa al pueblo, porque el pueblo es quien tiene que decir aquí la última palabra? (Castro, Ciudad Libertad, 8 de enero de 1959)

> ¿Nosotros? ¿Qué vamos a hacer nosotros en contra de la voluntad del pueblo, si toda la fuerza de la Revolución se basa en el respaldo del pueblo? ¿Qué fuerza tendría la Revolución el día que actuara contra lo que el pueblo quisiera? ¿Quién se va a prestar, señores, a otra cosa, y menos nosotros, porque esa ha sido nuestra filosofía: exclusivamente hacer lo que el pueblo quiera… (Castro, 19 de octubre de 1959)

Más adelante, en su intervención, luego de haber dicho que el proceso se había caracterizado por su «excepcional limpieza», claridad, equidad, que la información había sido amplísima, añadiría Castro que sólo no se habían publicado «algunas cosas» desagradables, de carácter moral, demasiado escandalosas, que implicaban a personas inocentes; y que igual habían decidido no hacer públicos «algunos errores» de Ochoa, violaciones de ciertos principios en la esfera internacional que podrían haber ocasionado mucho daño al país. Una gran parte de la intervención, haciendo referencia a la guerra en Angola[19], específicamente a la batalla de Cuito Cuanavale, Fidel Castro la dedicaría a demostrar que había sido la dirección del Partido Comunista (o sea la de él como Primer Secretario) quien había tomado las más importantes decisiones tácticas en aquel conflicto y que, por lo tanto, Arnaldo Ochoa había sido un incapaz, indiferente ante las situaciones más críticas de la guerra y preocupado por contactar con jefes de la droga. En cuanto a la fecha inaugural del delito, Castro informaría que los imputados habrían estado haciendo operaciones desde principios de 1987 y que las acusaciones internacionales contra Raúl Castro habían cobrado fuerza en febrero de 1988 (Castro, Intervención en el Consejo de Estado, 1989), sin mencionar extrañamente las acusaciones que desde

[19] Cuba estuvo enfrascada en la guerra civil angolana desde 1975 hasta el 1988, peleando del lado de las MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola) de tendencia izquierdista durante el periodo de lucha anticolonialista y luego, a partir de 1977, proclamado marxista-leninista.

mediados de los ochenta venía recibiendo su gobierno por parte de los Estados Unidos.

Gracias a este proceso, a la inusual cantidad de información que se ofreció (si bien sesgada) y pese al acatamiento de la prensa (órgano del Partido del que Castro era el Primer Secretario), a través de las intervenciones, televisadas e impresas, se reafirmó cómo en el modelo político cubano el poder ejecutivo podía colocarse por encima del judicial sin que una línea acerca de ello, cuestionándolo, fuese publicada, sin que ningún político se escandalizase y sin que el propio pueblo reaccionase.

En el punto más dramático de su intervención, Castro preguntaría retóricamente si Ochoa, el principal acusado, había tenido oportunidad de salvarse, a lo que respondería que sí, Ochoa tuvo oportunidad de salvarse, pudo haberlo hecho en la primera conversación con Raúl Castro; si entonces se hubiese sincerado y dicho la verdad, habría sido exonerado. Resulta destacable cómo un jefe de gobierno asegura, declara a los cuatro vientos y sin enrojecerse, que habría eximido magnánimamente de culpas a uno de los acusados, que en sus manos estuvo la salvación de éste. Un planteamiento de tal dimensión sugiere que la aplicación de la pena capital pudo haber sido también obra suya.

Si nos remontáramos a los inicios de la Revolución, cuando todavía no todos los medios habían sido intervenidos, y echásemos una ojeada a los Tribunales Revolucionarios, los que, escasos de garantías, en sólo dos meses habían fusilado a cientos de personas y encarcelado a decenas de miles, hallaríamos que, por ejemplo, en marzo de 1959, desde su nuevo cargo de Primer Ministro[20], al que había ascendido el 17 de febrero de ese año, Castro reconocería públicamente su intromisión en el juicio a los aviadores en el que se procesó a un grupo de 43 militares de la fuerza aérea del antiguo ejército batistiano.

[20] En Cuba Fidel Castro, jefe de estado en la práctica, era el Primer Ministro y existía también el cargo de Presidente de la República ocupado por Osvaldo Dorticós; luego de creada la nueva constitución en 1976, desaparece el cargo de Primer Ministro y el jefe de estado pasa a llamarse Presidente del Consejo de Ministros, cargo en el que Fidel Castro se instala.

Lo cierto es que la celebración del proceso, como en otros casos, bien pudo haberse pasado por alto. En la misma ciudad de Santiago de Cuba, pocos días antes, los rebeldes habían pasado por las armas, sin juicio previo, a por lo menos 37 militares del ejército batistiano y 33 civiles. Tales procederes, unido a los linchamientos, fueron parte de la cotidianidad en toda la Isla. Baste decir que durante los veinte días que duró el juicio a los aviadores, los Tribunales Revolucionarios de otras provincias condenaron a muerte a decenas de exmilitares y delatores.

Por orden de Raúl Castro, sin embargo, las vidas de algunos aviadores se habían escatimado para juzgarlas legalmente, en la que se esperaba fuese una puesta en escena, un escarmiento a los pilotos (Cuba, 2001).

En el célebre juicio, el Fiscal Antonio Sánchez Cejas conseguiría «probar que la aviación de Batista, en general, había ocasionado ocho muertos y dieciséis heridos en la población civil campesina, sin poder relacionar ninguno de dichos muertos y heridos con los vuelos realizados por los acusados, según los documentos capturados a la Fuerza Aérea» (Comisión Internacional de Juristas, 1962, pág. 202).

No obstante, el Fiscal terminaría su imputación pidiendo la pena capital para diecinueve aviadores, veinte años de cárcel para nueve artilleros y diez años para quince mecánicos. En otras circunstancias, la petición, sin mayores revuelos, habría sido confirmada por el Tribunal y la sentencia ejecutada sin mucha dilación. El tiro, sin embargo, le saldría por la culata a los "directores de la obra".

En los días siguientes, los abogados defensores[21] conseguirían desmontar la acusación de genocidio del Fiscal, delito no contemplado en ningún código penal cubano. Los testigos del Fiscal harían declaraciones completamente preparadas por él mismo y, ante la presión de los abogados, terminarían reconociéndolo. A un ladrón que se hallaba en un hospital en calidad de preso, porque había recibido

[21] La defensa la constituía el abogado Arístides D'Acosta, capitán del antiguo ejército y profesor de la Escuela de Cadetes; los profesores de la Escuela de Derecho de la Universidad de Oriente, Carlos Peña Jústiz y Jorge Paglieri; y los abogados: Augusto Portuondo Bello, Recaredo García y Sigfrido Solís de León.

varios perdigonazos mientras robaba caballos, Sánchez Cejas lo presentó como víctima de los bombardeos; un anciano al que le faltaba un brazo, dijo primero haberlo perdido por la metralla de una ametralladora calibre cincuenta, para después terminar confesando que el Fiscal lo había obligado a decir semejante barbaridad (Cuba, 2001). La esposa de uno de los aviadores, presente durante el juicio, narraría más tarde que a los mecánicos no se les había llevado a Santiago como acusados, sino como testigos y, ya estando en Santiago, se les incluiría también en la acusación (Comisión Internacional de Juristas, 1962, pág. 198). Uno de los miembros del Tribunal, el comandante Antonio Michell Yabor, rememoraría que, en las sesiones, prolongadas por más de veinte días, el Fiscal había presentado «una serie interminable de pruebas en su mayoría falsas» (Comisión Internacional de Juristas, 1962, pág. 202).

El 2 de marzo de 1959 el presidente del Tribunal, comandante Félix Lugerio Pena, dándole lectura a la sentencia, declararía que, de acuerdo con las pruebas, no había podido justificarse plenamente y sin que cupiese la menor duda, quiénes o quién de los acusados que allí se juzgaban fuesen los que habían producido las muertes, lesiones y daños:

> Considerando que este Tribunal, consciente de la responsabilidad que asume ante la Revolución, ante el pueblo y ante la historia, pero convencidos ante la nobleza de su proceder inspirado por los postulados democráticos que, de honestidad, amor, equidad y justicia, han inspirado este movimiento revolucionario, ejemplo digno para todos los pueblos de América y del mundo, fallamos que debemos absolver y absolvemos a todos y cada uno de los acusados en este proceso, disponiendo al propio tiempo la libertad de los mismos (Cuba, 2001, págs. 107, 109).

Después del veredicto, el Fiscal, herido por el fracaso, saldría a arengar al pueblo desde la estación de radio CMKC y hasta altas horas de la noche habría grupos de cientos de personas recorriendo las calles de Santiago, vociferando «Abajo la sentencia del Tribunal que juzgó a los aviadores». Los manifestantes llegarían hasta donde se hospedaban los familiares de los acusados y, allí, a gritos, pedirían

fusilamientos y penas de cárcel para los imputados (Torres, Actuará como Fiscal..., 1959).

El jefe militar de Santiago de Cuba, comandante Manuel Piñeiro, alias Barbarroja, daría órdenes de no liberar a los acusados. Esa misma noche, en transmisión televisiva y radial, Fidel Castro anunciaría su descontento, calificando a los exonerados de asesinos y, en consecuencia, desestimando el fallo.

El Fiscal Cejas solicitaría entonces la revisión del juicio. Este recurso, contemplado en el artículo 100 de la ley penal del Ejército Libertador —la que regía en aquel caso—, debería respetar igualmente el artículo 107 de la misma ley que establecía que:

> El recurso de revisión se acomodará a las reglas establecidas en el título anterior para la segunda instancia, pero no se admitirán pruebas y las alegaciones de las partes se limitarán a la cuestión de derecho y equidad, admitiendo como base los hechos que se declaren por la sentencia recurrida que no podrá ser alterada en este punto por el tribunal (Torres, Actuará como Fiscal..., 1959, pág. 6B).

A la mañana siguiente, Fidel Castro en persona formaría, con hombres de su absoluta confianza, un nuevo tribunal presidido por el comandante Piñeiro y nombraría como Fiscal al mismísimo ministro de las Fuerzas Armadas, comandante Augusto Martínez Sánchez[22] (Comisión Internacional de Juristas, 1962, pág. 203).

De nada valdría que los letrados defensores le enviasen al Primer Ministro una carta, firmada incluso por el abogado que lo defendiese en el juicio de 1953, solicitándole las necesarias garantías procesales:

> Estimamos que las declaraciones publicadas hoy han sido hechas sin conocimiento total de la sentencia dictada, cuyos resultados dice probados, y protestamos de que

[22] En un inicio para ese papel había sido asignado el capitán auditor Juan Escalona Reguera, pero luego sería relevado (Torres, Actuará como Fiscal..., 1959, pág. 6B).

> se califique de asesinos a quienes han sido exonerados y declarados inocentes por un tribunal revolucionario (Torres, Actuará como Fiscal..., 1959, pág. 6B).

Los abogados también se quejarían de que *Oriente*, único periódico local no intervenido por los rebeldes, se negase a publicar los alegatos en favor de los defendidos, insertando, en cambio, con gran extensión, los alegatos acusatorios del Fiscal.

El 5 de marzo, en el juicio de revisión, se ejerció una enorme presión sobre los abogados defensores; el nuevo Fiscal se concentró en atacarlos y descalificarlos personalmente ante la pasividad del Tribunal y el deleite de la turba presente en la sala. Contado por *Noticias de Hoy*, Martínez Sánchez calificó de «asesinos y criminales a los acusados», trató «duramente al abogado de la dictadura batistiana D'Acosta y explicó cómo su labor se concretaba en defender a los más connotados asesinos del pasado régimen, que debería abochornarse de vestir el uniforme verde olivo que llevaba» (Martín, 1959, pág. 3). Los letrados defensores protestarían ante le Colegio de Abogados diciendo que habían tenido que ejercer su misión en un ambiente de coacción, con un público que, encimado e incitado en su contra, los hacían blanco de ataques injustos, convirtiéndolos de defensores en acusados. A cierto punto, uno de los abogados defensores, el doctor Arístides D'Acosta Calheiros, se había visto obligado a abandonar la sala luego de los insultos y provocaciones de las que había sido objeto por parte del fiscal, el Ministro de Defensa, doctor Martínez Sánchez:

> … las quejas de los abogados defensores no encontraron eco en el Tribunal, quien permitió las demostraciones que llegaron a ser de verdadera hostilidad contra los letrados (Torres, Nueva censura, 1959, pág. 6B).

El implacable comandante Augusto Martínez Sánchez pediría pena de muerte para 22 aviadores; 30 años de cárcel para siete imputados; 10 años para doce; 2 absoluciones y dos años para otros dos. Sería el arzobispo de Santiago de Cuba, Enrique Pérez Serantes, quien, intercediendo ante Fidel Castro, lo convencería de

no fusilar a ninguno de los procesados. Entonces las penas se conmutarían a treinta, veinte, y dos años de cárcel.

Los comunistas alabarían la certera y enérgica condena del premier a la «exoneración de los aviadores criminales de guerra» y reproducirían fragmentos de su intervención televisiva del 6 de marzo:

> No caben más que dos posturas: Revolución o Contrarrevolución. La adopción de términos medios es imposible. Por eso el pueblo revolucionario, por instinto, por su fino olfato, insiste en que se fusile a los aviadores (Rodríguez, Veré al grupo reaccionario, 1959, pág. 3).

Mientras, por otro lado, los rojos cargarían contra la prensa "seria" asegurando que el juicio de los aviadores, artilleros y mecánicos había servido para «subrayar» a los que defendían la Revolución y a los que la atacaban de frente, de lado o solapadamente:

> No se trata sólo de abogados —como los llamó Fidel— que piden garantías para aventar insidias y abordar los asuntos jurídicos con marcada intención política, con declarada hostilidad contrarrevolucionaria, sino de organismos que se aprovechan del incidente (…) para dividir el campo de la Revolución y confundir a la opinión pública con poses formalistas contrarias al espíritu de Justicia (Rodríguez, La prensa "seria", 1959, pág. 1).

A *La Marina*, su adversario, lo tacharían de pro-imperialista, seguidor de una línea política habilidosamente manejada por retrancas y contra-revolucionarios, y, coincidiendo con el líder de la Revolución, concluiría:

> A esos que engolan la voz o mueven la pluma para justificar o defender a los aviadores, mecánicos y artilleros de la tiranía, pronto los veremos atacando las medidas de la Revolución y poniéndose al servicio del imperialismo yanqui… (Rodríguez, La prensa "seria", 1959, pág. 3).

El poeta Nicolás Guillén, militante del PSP y futuro Premio Nacional de Literatura, describiría cómo el pueblo santiaguero —estudiantes y obreros lanzados a las calles— había impuesto su ley o, lo que era lo mismo, la de la justicia:

> ¿Iban los asesinos que habían hecho eso (…) a volver a codearse con las personas decentes de Cuba? (…) Si se había fusilado a Sosa Blanco y a Mirabal y a cientos de asesinos de toda laya a sueldo del tirano ¿salvarían éstos otros su pellejo o su libertad? ¡Ah, no; eso no! (Guillén, Peor que un crimen, 1959, pág. 1).

Decía Guillén que la gente había amanecido tranquila porque habría nuevo juicio. La sentencia monstruosa había sido revocada. El milagro era obra de Fidel Castro que la había rechazado en los más enérgicos términos. Fidel no aceptaba que «esa aristocracia del ejército batistiano, esos señoritos de la tiranía» cuyos desmanes superaron en crueldad a las de otros que, sin embargo, estaban «pagando su diaria cuota de culpa ante el pelotón de fusilamiento, eludieran la condena»:

> ¡Al banquillo otra vez! El héroe de la Sierra, el genuino jefe de la Revolución —y, además, por fortuna, jefe de gobierno— ponía sin vacilar todo el peso de su autoridad y su prestigio en el platillo del castigo revolucionario. Gran gesto salvador. Porque la absolución de esos bárbaros hubiera sido un crimen imperdonable (Guillén, Peor que un crimen, 1959, págs. 1, 3).

Después de viajar a Santiago de Cuba, allí, el 11 de marzo, Castro explicaría su ira, haciendo notar con énfasis anafórico que el incidente de los pilotos había servido para demostrar lo que era la irresponsabilidad, la falta de patriotismo, la conducta de aquellos elementos de la sociedad que «vivían desvinculados por completo del dolor y de los sentimientos del pueblo»:

> ¿Qué ocurrió a raíz de la sentencia que absolvía a los pilotos criminales? ¿Qué ocurrió? Pues recibo la noticia por los periódicos: "Absueltos los pilotos." ¿Qué hice? ¿Cómo reaccioné? Es cierto que se trataba del Primer Ministro, es cierto que tengo una responsabilidad oficial, pero también es cierto que antes que Primer Ministro, y primero que Primer Ministro y siempre antes que Primer Ministro, seré revolucionario (Castro, Santiago de Cuba, 11 de marzo de 1959).

Y reconoció Fidel Castro que sabía que algunos lo criticarían porque él, siendo Primer Ministro, estaba interfiriendo en las decisiones de los Tribunales Revolucionarios, pero no le importó. Jamás se habría perdonado a sí mismo que esos pilotos hubiesen sido puestos en libertad. Se trataba de una cuestión que afectaba la seguridad del pueblo, así que, «sin vacilaciones de ninguna índole» declaró el fallo erróneo y que el Ministerio Fiscal debía apelar la sanción:

> Si cuando el criminal de guerra es sancionado, tiene derecho a apelar o a pedir una revisión del juicio, ¿por qué el pueblo —el pueblo que son ustedes, el pueblo que sufrió los bombardeos, el pueblo que sufrió la tiranía— no va a tener derecho también a pedir que una sentencia errónea se rectifique, a pedir que un juicio erróneo se rectifique? (Castro, Santiago de Cuba, 11 de marzo de 1959)

De uno de los abogados defensores, Arístides D'Acosta, oficial del antiguo ejército, pero limpio de culpas, diría:

> Pero este señor ni peleó en el frente. No tuvo oportunidad de probar lo que era. Posiblemente si hubiera estado al frente de la tropa, hubiera sido tan asesino como Sánchez Mosquera o hubiera sido tan asesino como Sosa Blanco; si no, basta con ver el entusiasmo, el fervor y el interés con que ha defendido a los criminales de guerra. Si fuera un hombre con sentimientos humanos, no hubiera demostrado tanto calor al defender a esos asesinos (Castro, Santiago de Cuba, 11 de marzo de 1959).

Un mes más tarde, en abril, el comandante Félix Lugerio Pena, aparecería muerto en su auto con un balazo en el pecho y en una nota achacaba el suicidio a problemas personales. En diciembre del mismo año, el comandante Antonio Michell Yabor, se exiliaría en Miami. A finales de 1964, después de haber sido destituido por Fidel Castro, el comandante Augusto Martínez Sánchez intentaría suicidarse disparándose al pecho. Más nunca regresaría a la vida pública.

Este podría ser el epílogo de una brevísima secuencia de arbitrariedades que denota, más que nada, cómo ciertos regímenes políticos, lo que no pueden con la ley, lo consiguen con la fuerza; y cómo este mismo proceder, dirigido a desanimar el

disentimiento, una vez afianzado socialmente, desempeña un papel preponderante en el acatamiento ciego. Como dijera Jean-Jacques Rousseau: «El más fuerte no es nunca suficientemente fuerte para ser el amo, si no transforma la fuerza en derecho y la obediencia en deber». No obstante, sin subestimar el papel de la intimidación, no se puede pasar por alto la domesticación profesional de periodismo la que, según Roberto Álvarez Quiñones, ex periodista de *Granma*, sería una cultura enraizada en el cerebro del periodista, una práctica que "pasa a los genes" y nos pone en presencia de una Genética Social de la Manipulación (Cuellar, 2009). Quiñones mismo nos cuenta que en sus tiempos de estudiante existía en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana una asignatura, Cable Internacional, que instruía en cómo reescribir ("lavar") noticias provenientes de agencias extranjeras. Durante los exámenes se repartían cablegramas de EFE, AFP o AP que cada alumno debía redactar "correctamente". De acuerdo con cómo limpiase el "veneno capitalista" y lo sustituyese con la propaganda castrista, obtenía mejor o peor calificación (Cuellar, 2009).

Cabría preguntarse, llegados a este punto ¿cuál fue el camino que un proceso social iniciado con una Revolución redentora debió recorrer para eliminar las más básicas libertades? ¿Cómo todo un pueblo pudo ser guiado hasta semejante trampa y por qué contribuyó a ello?

La narrativa publicada por la Revolución sobre cómo y por qué la prensa independiente fue silenciada, suele ser tan sesgada como distorsionada. Allí donde hubo expropiación calculada y ordenada desde lo alto, escribirán: «extinción paulatina por abandono de sus propietarios e intervención de sus trabajadores»; allí donde hubo uso, más que lícito, de la libertad de expresión, escribirán: «cruzada reaccionaria».

Cuando el flujo de información extremadamente controlado y manipulado empaña su propia objetividad, cuando sus fragmentos más veraces han sido enmarañados adrede, entonces queda a los investigadores reconstruir el rompecabezas, desechar las piezas falsas, encontrar las verídicas y, sobre todo, las faltantes. Para cumplir tal meta habría que escudriñar en cuanto documento relevante pueda proveer el modelo censurador, desde los propios discursos e intervenciones de quienes encabezan la rigurosa regencia hasta las publicaciones periódicas, manuales instructivos, libros y —en caso de existir— testimonios escritos y video-gráficos que delaten una irregularidad con respecto a la narrativa que nos brinda la propaganda.

Procediendo así, por su relación estrecha con la historia y la historia de la censura, se podrían entender los aciertos y desaciertos estéticos de cualquier manifestación artística desarrollada dentro del totalitarismo y condicionada por él. Sólo un estudio de la Cuba no oficial podría abrirnos la puerta a la comprensión de la que, siguiendo las veleidades de la suerte revolucionaria, ha marchado aherrojada, enmudecida muchas veces, de su mano: la literatura. Siguiendo el tortuoso sendero que recorriese la Revolución hasta llegar a ser lo que fue, y para poder entender en toda su extensión y profundidad el *modus operandi* de la censura, se impondría, por supuesto, destacar al menos los momentos más importantes que precedieron a la

cancelación de la libertad de prensa y a la posterior limitación de la creación artística.

En Cuba, desde el 1902, año en que se funda la República, hasta el 1959, que triunfa la Revolución fidelista, la libertad de prensa sólo fue esporádicamente vapuleada, pero en general, aunque sin un historial inexpugnable, puede considerarse buena. En los casos de los gobiernos de Mario García Menocal, Gerardo Machado Morales y Fulgencio Batista Zaldívar, tendría sus momentos más bajos:

> Los tres reprimieron y corrompieron periodistas y cerraron órganos de prensa. Machado y Batista impusieron eventualmente la censura previa decretando «estados de excepción» (Martínez, La pistola sobre la mesa, 2007, pág. 147)

Cabría subrayar, sin embargo, que a lo largo del período que precedió al régimen fidelista, aún con gobiernos dictatoriales, en literatura y arte la libertad de expresión fue absoluta.

Apenas a veinte años de fundada la República ya había en Cuba varias revistas de gran circulación, entre ellas *Bohemia*, *Social* y *Carteles*, y alrededor de una docena de periódicos, nacionales y locales. Entre los primeros había dos muy significativos: *El Heraldo de Cuba*, liberal, y *La Discusión*, conservador. Lo que no era poco para una población de sólo dos millones de habitantes (Martínez, La pistola sobre la mesa, 2007). A medida que el país construía su democracia, crecía su población y el número de publicaciones periódicas fue en aumento. Así, antes del 1959, sólo en La Habana, circulaban 21 periódicos, 28 revistas, y había una veintena de noticieros radiales y televisivos. El resto de las provincias aportaban 36 periódicos, 36 revistas y 16 noticieros. A estos medios se le sumaban tres noticieros cinematográficos. La tirada de los periódicos en la capital alcanzaba los doscientos veinte mil ejemplares diarios. Entre las revistas se destacaban las ya mencionadas *Bohemia* y *Carteles*, la humorística *Zig Zag* y aquellas dirigidas al público femenino: *Ellas*, *Romances* y *Vanidades*. Entre los periódicos más significativos encontramos a *Prensa Libre*, *Avance*, *El Crisol*, *Diario de la Marina*, *Excelsior*, *El País*, *El Mundo*, *Información*, *Ataja*, *Alerta*. En cuanto a las otras provincias, en Santiago de Cuba estaban el *Diario de*

Cuba y *Oriente*; en Holguín, *Norte*; *La voz del Pueblo*, en Guantánamo; *El Camagüeyano* y *El Sol de Cuba*, en Camagüey; *El Comercio* y *La Correspondencia*, en Cienfuegos; *El Pueblo*, *La región* y *El Justiciero*, en Ciego de Ávila; *El Sol* y *La Voz*, en Morón; *El Fénix*, en Sancti Spíritus; *El Villareño* y *El Pueblo*, en Santa Clara; *Adelante*, *El Imparcial* y *El Republicano*, en Matanzas; *Vocero Occidental*, en Pinar del Río. Había además publicaciones periódicas en lengua inglesa e incluso en chino. Figuraron como principales noticieros de la radio: CMQ; RHC; Radio Progreso; Radio Reloj; Unión Radio y COCO. Los más importantes de la televisión fueron CMQ-TV (Canal 6); CMBF-TV (Canal 4), y El Mundo en TV (Canal2). Los tres noticieros cinematográficos de aquel período se nombraron *América-El País*; *Cineperiódico*, y *Noticiero de Las Villas* (Marrero, 2018).

La Constitución de 1940 —la misma que Fidel Castro había prometido repetidamente restituir— en su Artículo 33 del Título Cuarto (De los Derechos Fundamentales) establecía:

> Toda persona podrá, sin sujeción a censura previa, emitir libremente su pensamiento de palabra, por escrito o por cualquier otro medio gráfico u oral de expresión, utilizando para ello cualesquiera o todos los procedimientos de difusión disponibles.
>
> Sólo podrá ser recogida la edición de libros, folletos, discos, películas, periódicos o publicaciones de cualquier índole cuando atente contra la honra de las personas, el orden social o la paz pública, previa resolución fundada de autoridad judicial competente y sin perjuicio de las responsabilidades que se deduzcan del hecho delictuoso cometido.
>
> En los casos a que se refiere este artículo no se podrá ocupar ni impedir el uso y disfrute de los locales, equipos o instrumentos que utilice el órgano de publicidad de que se trate, salvo por responsabilidad civil (Constitución..., s.f.).

Si bien aquella Constitución tampoco ofrecía una cobertura total a la libertad de expresión, sobre todo por lo dicho en su segundo párrafo, la convertía en una más

seria aspiración de lo que sería después de 1959, donde lo político terminaría por predominar por encima de los aspectos morales, y, ante la ausencia de un protocolo penal, el papel de las autoridades judiciales sería suplantada por el poder ejecutivo.

Volviendo al presente, habla a las claras —de cuánto se ha deteriorado la libertad de expresión en la mayor de las Antillas— el hecho de que la Constitución de 2019, en su artículo 32, inciso h, mantenga que la creación artística se promueve conforme «a la política cultural del Estado y los valores de la sociedad socialista» y que, con respecto a la libertad de prensa, el artículo 55 delegue sólo en el Estado los principios de organización y funcionamiento para todos los medios de comunicación social de los que es dueño (Popular A. N., 2019). Con todo, mientras la Constitución consagra la rígida ideologización artística y la completa privación de independencia expresiva, la ley penal ofrece la cara más severa y pragmática del sistema. La Ley 88, conocida como "Ley Mordaza", por ejemplo, pretextando la defensa contra el embargo, condena hasta a ocho años de cárcel al que intente «quebrantar el orden interno, desestabilizar el país y liquidar al Estado Socialista y la independencia de Cuba», así, atorando el menor el asidero de la crítica, encarcela a quien «acumule, reproduzca o difunda, material de carácter subversivo», «colabore por cualquier vía con emisoras de radio o televisión, periódicos, revistas u otros medios de difusión extranjeros», «el que directamente o mediante tercero, reciba, distribuya o participe en la distribución de medios financieros, materiales o de otra índole» que lleven a la subversión (Cuenca A. M., 2013). Por otro lado, en el 2018, apretando la tuerca hasta la última rosca, se decretó la Ley 370, "El Azote" que, descrita como instrumento de seguridad y soberanía informática, en realidad le subordinaba al Estado el flujo informativo de la red, vedando las libertades de la plataforma digital (Decreto-Ley No. 370, 2019). Como último ejemplo, tenemos todo el Código Penal, Ley 62, y dentro de ella, el título *Delitos contra la seguridad del estado*, que contempla poner ante el pelotón de fusilamiento al que se alce en armas para cambiar el régimen político o la Constitución socialista (artículo 98.1) y a los que «tumultuariamente y mediante concierto expreso o tácito, empleando violencia, perturben el orden socialista o la celebración de elecciones o referendos, o impidan

el cumplimiento de alguna sentencia, disposición legal o medida dictada por el Gobierno, o por una autoridad civil o militar en el ejercicio de sus respectivas funciones, o rehúsen obedecerlas, o realicen exigencias, o se resistan a cumplir sus deberes» (artículo 100); como alternativa, si tales últimos requerimientos fueran pacíficos, las penas oscilarían entre quince y veinte años de privación de libertad. En cuanto a la "propaganda enemiga", el artículo 103.1, refiere que se puede ganar hasta ocho años en la sombra el que «incite contra el orden social, la solidaridad internacional o el Estado socialista, mediante la propaganda oral o escrita o en cualquier otra forma»; o quien la «confeccione, distribuya o posea»; y, el «que permita la utilización de los medios de difusión masiva» para tales fines, incurre en sanción de privación de libertad de uno a cuatro años. Habría que añadir que muchas veces las autoridades, no hallando una base legal a la represión, estilan, mediante oscuras artimañas, involucrar a los disidentes políticos en delitos comunes y, aprovechándose precisamente de la falta de cobertura periodística, tienen vía libre para recurrir al maltrato y a la tortura.

Irónicamente, si leyes similares hubiesen existido desde 1953, ni Fidel Castro ni ninguno de los asaltantes al cuartel Moncada habrían sobrevivido a su primer fracaso. En general, tal pareciera que todo el andamiaje legal cubano, desde las leyes penales hasta la ley electoral, estuviesen diseñadas para garantizar que en ningún aspecto fundamental la democracia pueda ganar terreno.

Aun cuando por el camino muchas medidas revolucionarias se fueron ajustando y modificando de acuerdo a las circunstancias con la meta final de encerrar y echarle el cerrojo definitivo a las libertades, consideramos que la etapa que comienza con el triunfo revolucionario, el 1ro de enero de 1959, y concluye el 30 de junio del 1961 con las conocidas *Palabras a los intelectuales* de Fidel Castro, ha sido no sólo la más intensa por la cantidad de hechos que acaecieron sino, además, la etapa que definiría para siempre la política gubernamental hacia la cultura y la prensa. En ese esmirriado período de poco más de un año, la Revolución abatió la prensa

independiente y subordinó el rumbo de la creación artística a la brújula gubernamental.

Si bien con respecto a la Revolución de los Sóviets de 1917, el estilo con que Castro erradicaría la prensa independiente podría considerarse más cauteloso y, paradójicamente, más autoritario; su justificación coincidiría al ciento por ciento con la bolchevique cuyos cabecillas primero dirían, a las claras, que la libertad de prensa permitía a las clases ricas envenenar la opinión pública y sembrar confusión en la conciencia de las masas, de modo que no era posible dejar un arma de tal naturaleza en manos del enemigo (Reed, 1967). Así, Vladimir Ulianov (Lenin), firmaría un decreto extraordinario y provisional para poner coto a la prensa, prometiendo, sin embargo, que, una vez consolidado el nuevo orden, se suspendería tal medida. Pero cuando la izquierda social-revolucionaria y el ala más democrática del bolchevismo solicitaran la derogación del decreto, Trotsky alegaría:

> Durante la guerra civil, el derecho a emplear la violencia sólo compete a los oprimidos (…) La victoria sobre nuestros adversarios no es todavía completa y los periódicos para nosotros constituyen un arma. En estas condiciones, la prohibición de los periódicos dañinos es una medida de legítima defensa.
>
> […]
>
> La posición de los socialistas ante el problema de la libertad de prensa debe reflejar exactamente su posición ante el problema de la libertad de comercio. El poder democrático hoy organizado en Rusia exige la abolición total de la dominación privada de la prensa, lo mismo que la de la industria. El poder soviético debe confiscar todas las imprentas (Reed, 1967, págs. 221, 222).

Lenin en plena armonía con Trotsky subiría a la tribuna y ante el Sovnarkom (el Soviét de los Comisarios del Pueblo) apoyaría las palabras de su camarada:

> La guerra civil aún no ha terminado; todavía tenemos al enemigo frente a nosotros; por eso es imposible derogar las medidas de represión dirigidas contra la prensa. Nosotros, los bolcheviques, siempre hemos dicho que cuando tomáramos el poder

> suprimiríamos la prensa burguesa. Tolerar la existencia de la prensa burguesa significa renunciar a ser socialistas.
>
> […]
>
> Ahora que la insurrección ha terminado, no tenemos el menor deseo de suprimir los periódicos de los otros partidos socialistas, salvo en caso de que excitaran a la sublevación del ejército o a la desobediencia hacia el Gobierno soviético.
>
> Pero no les permitiremos, so pretexto de libertad de prensa socialista, que se adueñen, con la ayuda solapada de la burguesía, del monopolio de las imprentas, las tintas de imprimir y del papel. Estos instrumentos han pasado a ser propiedad del Estado soviético (Reed, 1967, pág. 222).

Si bien las propuestas de Lenin y Trotsky prevalecerían y traerían como consecuencia que, durante más de setenta años, hasta su fin, no habría libertad de prensa en el Estado erigido por los bolcheviques, lo cierto es que tal decisión sería al menos discutida y votada en el Sóviet de Comisarios del Pueblo. En el caso cubano, la supresión sería menos diáfana, más taimada, y no especificada por decreto alguno. En ambos casos, cubano y ruso, hubo, sin embargo, una base ideológica común.

La tesis de que Fidel Castro no tuviese un programa comunista desde el mismo inicio y que, por tanto, su radicalización habría sido un proceso gradual y posterior, ha sido sugerida por más de un investigador. Por ejemplo, para Wright Mills:

> El gobierno cubano, a mediados de 1960, no es "comunista" en ningún sentido. El Partido Comunista, como partido, no plantea ninguna seria amenaza para el futuro político de Cuba. Las principales figuras del gobierno cubano no son "comunistas", ni siquiera pro-comunistas tal como he conocido el comunismo, por experiencia, en América Latina y a través de mi investigación por lo que se refiere a la Unión Soviética (Mills, 2019).

Pero si se revisan cronológicamente las publicaciones cotidianas del primer año de Revolución, se infiere que, en el proceso de confiscación de los medios de difusión

masiva, un protagonista decisivo fue el Partido Socialista Popular y no se podría subestimar para nada la estrecha comunicación que, tras bambalinas, sostenía con el líder revolucionario. Se sabe que, desde los primordiales días de enero, con la anuencia de Castro y bajo la tutela de Ernesto Guevara, abiertamente comunista, se establecería en el cuartel de La Cabaña un programa para los soldados del Ejército Rebelde que, a juzgar por los textos que conseguimos revisar, criticaba el prejuicio del anticomunismo y deslizaba el veneno antinorteamericano en más de una página (Guevara, Díaz, & Jiménez, 1960). A cargo de estos "cursos de capacitación" estarían los hombres del PSP: Víctor Pina y Ramón Nicolau González; mientras que otros connotados comunistas (Flavio Bravo, Osvaldo Sánchez, Ángel Arturo Álvarez Lombardía, Gervasio Rieumont Sotolongo), serían fundadores y arquitectos de los servicios secretos cubanos más tarde conocidos como la Seguridad del Estado. Tampoco podría considerarse casual que las argumentaciones de Castro, adjuntas a las medidas de su gabinete, pareciesen sacadas del programa del PSP o, incluso, dictadas por su Comité Central. Mientras los bolcheviques, con respecto a la prohibición de los periódicos burgueses, habían sostenido que los poseedores de las imprentas y del papel no podían seguir siendo los fabricantes todopoderosos de la opinión pública (Reed, 1967, pág. 221), Castro, calcándolos, argüía:

> La única limitación a la libertad de prensa que hay en Cuba, es la que deriva del hecho de que, siendo los periódicos empresas tan costosas, son contados los ciudadanos con riqueza suficiente para disponer de ellos y poder emitir sus opiniones. Así, la mayoría de los periódicos refleja exclusivamente la opinión de los intereses poderosos, capaces de mantener a la "gran prensa" (Zayas J., Acotaciones, 1960, pág. 14)

Si bien *Noticias de Hoy*, el órgano informativo del PSP, no era entonces el más leído ni el más influyente —ni siquiera a la izquierda, donde predominaba *Revolución*—, sí, a través de él, podemos deducir cuál habría sido la estrategia política que desde un inicio adoptaron los comunistas para imponer su agenda. Las páginas de *Hoy*, además de evidenciar un recóndito filosovietismo y una ferrosa voluntad de roer los lazos Cuba-Estados Unidos, alentaron prácticas radicales que, a largo plazo,

provocarían la estalinización de la sociedad criolla. El resto de las fuerzas revolucionarias, aun siendo más nutridas —incluido el propio Movimiento 26 de Julio, engendro de Fidel Castro— aparecían como piezas menores sobre el tablero político maniobrado por este esmirriado y astuto partido que, sin prácticamente haberse ensuciado las manos en la etapa insurreccional e, incluso, gozar de mucha aversión entre rebeldes y líderes sindicalistas, consiguió poco a poco consolidarse en puestos claves del gobierno e influir profundamente en sus líderes hasta arropar ideológicamente a cuantos habían contribuido a deponer a Fulgencio Batista.

El proceso cubano sería inicialmente considerado por la mayoría de sus ejecutantes sólo una lucha anti-dictatorial, una revolución nacionalista y de independencia económica cuyos objetivos se limitarían a las cinco leyes que su líder había expuesto en su alegato de defensa en 1953[23] que incluía:

1. El restablecimiento de la Constitución de 1940 como verdadera ley suprema del Estado;
2. la concesión inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años;
3. conceder a los obreros y empleados el 30% de las utilidades de las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluidos los centrales azucareros;
4. conceder a los colonos el 50% del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres o más años de establecidos;
5. y ordenar la confiscación de los bienes malversados por todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida (Castro, La historia me absolverá, 2007, pág. 27).

Pocos revolucionarios podían haber concebido que el llamado Proyecto del Moncada, conciso por demás, se escabullese por una vereda más radical. Se creía al pie de la letra cuanto había impreso en aquel folleto que secretamente, bajo el título de *La historia me absolverá*, habría de circular de mano en mano, creando

[23] El primer intento de Fidel Castro de derrocar la dictadura de Fulgencio Batista aconteció el 26 de julio de 1953 cuando al frente de un grupo de jóvenes armados intentara tomar los cuarteles Guillermón Moncada de Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo. Después del fallido intento, caerían en combate seis asaltantes, mientras otros cincuenta y cinco, más dos personas ajenas a los acontecimientos, serían asesinadas por las fuerzas del ejército batistiano. Fidel Castro se rendiría y sería sometido a juicio; condenado a quince años de prisión, saldría libre dos años después al decretarse una amnistía.

conspiradores y aliados, mientras su autor y la *Generación del Centenario*[24] permanecían tras los barrotes.

Así, siete años después, mientras Fidel Castro hacía su parsimoniosa marcha triunfal desde Santiago de Cuba hasta La Habana, había poco qué temer: la era de la democracia al fin había llegado. Los barbudos hablaban de restablecer la Constitución de 1940 para finiquitar, de una vez por todas, la odiada tiranía batistiana; se hablaba de repartir tierras a los campesinos, algo que aliviaría la miseria del campo y crearía fuentes de trabajo; se hablaba de confiscar los bienes malversados, asunto que, aunque más delicado, habría de afectar únicamente al dictador y a sus corruptos compinches; se hablaba, finalmente, de favorecer a los obreros, aumentar salarios. Nada inquietante, todo por todos y para el bien de todos.

Años más tarde, en 1985, Fidel Castro confesaría que aquel programa, el del Moncada, ya era socialista, porque él mismo, mucho antes redactarlo, también lo era:

> Yo te conté que, desde varios años antes de 1951, yo tenía no solo una formación revolucionaria sino una concepción marxista-leninista, socialista, de la lucha política, y que ya tenía, incluso, en esa temprana fecha, una concepción estratégica de cómo llevarla a cabo; te conté que un núcleo reducido de los que organizamos el Movimiento 26 de Julio ya teníamos esa formación (Beto, 1985, pág. 227).

Lo más sensato sería dar crédito a tales tardías confesiones del Comandante en Jefe, pero cómo hacerlo cuando, por ejemplo, en 1965 dijo:

> Cuando el 26 de Julio ¿qué éramos? No podíamos llamarnos marxista-leninistas (Castro, Santa Clara, 26 de julio del 1965).

[24] Precedida por la Generación Revolucionaria, activa entre 1920 y 1930; la Generación del Centenario toma su nombre de la fecha en que sus integrantes deciden asaltar dos fortalezas militares del ejército batistiano, año 1953, cuando precisamente se cumplían cien años del nacimiento de José Martí, considerado por los propios rebeldes el autor intelectual de tal insurrección.

Ante tamaña retracción sólo se nos ocurre pensar que probablemente Castro se refiriese a que al inicio de la lucha carecía de un conocimiento profundo de la doctrina comunista. El testimonio de Alfredo Guevara, un hombre muy cercano a Castro desde los años de la Universidad y quien fuera militante del Partido Socialista, habla bien claro de que ya en 1953, no sólo el máximo líder, su hermano y Abel Santamaría, sino también otros asaltantes del Moncada consumían literatura marxista:

> Cuando el asalto al Moncada, quien limpia las casas, porque tenía acceso a ellas, soy yo. Me detienen unos días después, pero alcancé a limpiar las casas, porque allí había textos marxistas. Ellos estaban estudiando el marxismo. No quiere decir que todos los asaltantes al Moncada supieran esto, pero era parte de la evolución intelectual de Fidel, de Raúl, de Pedrito, de Léster[25]… (Estupiñán, 2009, pág. 11)

Asimismo, Guevara confirmaría que Castro, una vez triunfada la revolución, escondería sus verdaderos propósitos políticos:

> Estábamos en un momento, en aquella época quiero decir, en el que había que definir las opciones de la Revolución. El plan de Fidel es la opción socialista. Simplemente, está ganando tiempo (Estupiñán, 2009).

Si, efectivamente, todo hubiese ocurrido como Guevara refiriese y Fidel Castro le confesara a Beto, podríamos deducir que lo que Castro llamó «concepción estratégica» había consistido básicamente en mantener escondidas sus intenciones de construir el socialismo y, a la vez, en punir a quien intentase desenmascararlas. Ello explicaría la obsesión con que en el primer año de su mandato Fidel Castro combatiría, por una parte, el anticomunismo y, por la otra, las acusaciones de la metamorfosis roja del proceso. Tal pareciera que, prohibiendo el agravio a los comunistas y promoviendo su aceptación, estuviese sencillamente sentando las bases sicosociales para dar el salto final. Más de una vez, en nombre de la "estrategia", Fidel Castro justificaría la deshonestidad política, equivalente a la

[25] Los nombres referidos por Alfredo Guevara serían: Fidel Castro, Raúl Castro, Pedro Miret, Léster Domínguez.

máxima: «el fin justifica los medios». Esta teoría de ocultación se refuerza por la respuesta que diera a William Moyer de la PBS en 1977:

> Yo sí era comunista. Yo personalmente era comunista, eran mis convicciones.
>
> Desde que yo era estudiante... Yo primero empecé siendo un socialista utópico, estudiando la economía política capitalista. Después, cuando tuve contacto con los materiales marxistas, me sentí realmente ganado por esas ideas.
>
> […]
>
> Los dirigentes principales teníamos ideas socialistas, pero todavía nuestro pueblo, realmente, no tenía una conciencia socialista (Castro, El principal problema..., 1977).

Con similar criterio de la mentira utilitaria, el líder cubano evalúa la actitud de Ernesto Guevara cuando las autoridades mexicanas lo detienen:

> Ya te digo que el Che, con espíritu de mártir en la época romana, se confiesa comunista; cree que es su deber de revolucionario expresar sus ideas, y eso realmente complicó la situación, porque armaron un gran escándalo en torno a eso (Borges T., 2011, pág. 244).
>
> […]
>
> El Che no sigue la táctica que hay que seguir en ese momento, y complica las cosas (Borges T., 2011, pág. 245).

Lo cierto es que después del éxito guerrillero, los propósitos fundantes de la rebelión se habrían de alcanzar en relativamente poco tiempo. Se restituyó la Constitución de 1940 aunque llamándole Ley Fundamental de la República y haciéndole varias inmediatas modificaciones, una de ellas —para poder fusilar sin muchas restricciones— reintroducía y hacía añadidos a la pena de muerte y, otra, permitía recuperar los bienes mal habidos. Así, en un par de meses, con penalizaciones retroactivas, los revolucionarios tuvieron luz verde para confiscar malversaciones batistianas y, contemporáneamente, ajustarles cuentas a los sicarios

y delatores que habían servido a la tiranía. Con la promulgación de la ley de Reforma Agraria, en mayo, se expropiaría el exceso de tierras de los terratenientes y se repartiría a los campesinos. Justicia social pura, aunque dura. A pocos dentro de Cuba, sin embargo, se les habría ocurrido timbrar a la Revolución con el cuño socialista. Las acusaciones, las sospechas del extraño rumbo que emprendía el proceso, partirían justamente por la súbita presencia de los militantes del PSP en ciertos puestos directivos.

Con la visión propia de los acalorados tiempos de la Guerra Fría, los intelectuales criollos sabían la disyuntiva a la que se enfrentaba la patria:

> Cuba, por donación de Fidel y de sus hombres, por voluntad entera de todo su pueblo, entra en una encrucijada histórica vital que va a señalar su destino: hacia la cumbre o hacia el abismo. El propósito de los conductores está ya dicho o repetido: Democracia, libertad, honestidad, justicia. Si la voluntad y la acción de los cubanos buenos se aprieta y se estrecha alrededor de esas consignas, no es ilusión ni utopía esperar que sobre la Cuba del mañana domine la Cruz de Cristo y no la Estrella de Moscú (Riego, 1959, pág. 4A).

En aquel exacto momento en que se ponía en guardia Estados Unidos y sacudían su traspatio latinoamericano, una pregunta flotaba en el aire y carcomía los sesos de más de un politólogo: ¿Cuál sería el carácter de esa vociferada Revolución? Para el líder soviético Nikita Khrushchev, por ejemplo, al inicio no estaba claro, no sabía de Fidel Castro, ni quién era ni por qué luchaba, ni siquiera podría imaginar un nexo futuro entre Cuba y la URSS; los últimos reportes que fluyeron de los comunistas cubanos hacia los soviéticos informaban que se trataba de un burgués que probablemente trabajase para la CIA (Khrushchev, 2002). Y no era de extrañar que los soviéticos hubiesen recibido tales informes; sólo al último momento y con pocos de sus cuadros contribuyeron los del PSP a una lucha en la que no habían creído y, por eso, más tarde, porque no fueron los rectores de la revuelta, su escalada hacia la cúspide revolucionaria habría de ser subrepticia. En 1953, días antes del juicio a

los asaltantes al cuartel Moncada, cuando Batista los culpase de ese hecho y los declarase ilegales, publicarían en la semi-clandestina *Carta Semanal*:

> Hoy, el Gobierno, para justificar en el exterior las medidas antidemocráticas adoptadas y en el interior la persecución particular a los comunistas, acusa a nuestro Partido de haber tomado parte en la aventura de Oriente. Pero todo el mundo, incluso el Gobierno, está convencido de la falsedad de esa acusación. Todo el mundo sabe que el Partido Socialista Popular ha sido el más resuelto oponente de las aventuras, el que más empeño ha tomado en mostrar a las masas que ese es un camino falso. Todo el mundo sabe que el Partido Socialista Popular es el único que ha señalado el camino justo para resolver la crisis cubana: el camino de rechazar resueltamente las aventuras, el terrorismo y las "expediciones", el camino de rechazar las "componendas" y el aislacionismo, [...] (PSP, 1953, pág. 2) citado por Carida Massón (2013)

Por entonces, los ideólogos criollos del PSP, siguiendo a pie juntillas la teoría leninista, consideraban la lucha armada un método equivocado, ineficaz, encomendándose exclusivamente a las huelgas y manifestaciones obreras; por ello se opondrían a la línea del M-26-7[26]:

> … la conducta comunista entre 1952-1958 no engaña a nadie: Fidel Castro es estimado por el estado mayor del Partido Comunista como un romántico exaltado, a quien no es conveniente atacar, pero a quien hay que darle lecciones de estrategia revolucionaria. La primera lección, repetida insistentemente, estriba en lo siguiente: la única arma capaz de destruir la tiranía no es la guerra de guerrillas, sino la acción de masas, la huelga general (Canels, 1959, págs. 66, 109).

Los comunistas, a propósito, también se habían opuesto al Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE) fundado por el presidente de la FEU[27] José Antonio Echeverría, organización que igual ejecutaba esbirros de la tiranía y había intentado el 13 de marzo de 1957 ajusticiar a Fulgencio Batista asaltando el

[26] Movimiento 26 de Julio.

[27] Federación Estudiantil Universitaria.

mismísimo Palacio Presidencial. Los comunistas infiltraron el DRE y, a través de uno de sus espías, Marco Rodríguez Alfonso, delataron a la cúpula de su dirigencia (Fructuoso Rodríguez Pérez, Juan Pedro Carbó Serviá, José Machado Rodríguez, Joe Westbrook Rosales) que sería acribillada a balazos por la policía batistiana (Blanco, 2019). Sólo mucho después los comunistas verían la eficacia de sumarse a la lucha armada y, en marzo del 1958, un puñado de los suyos, al frente de Félix Torres, se alzaría en Yaguajay.

Y para el gobierno norteamericano ¿quién era Fidel Castro? Un enigma. Durante la etapa insurreccional se enfrentaron al dilema de apoyar a un dictador (Fulgencio Batista), pero aleado, o, en nombre de la democracia quitarle la ayuda a ese dictador y, en consecuencia, facilitar la victoria de quien a la larga podría convertirse en un enemigo. La administración de Eisenhower, ante la crítica adversa de la prensa, la opinión pública, y el mismo Congreso, decidió, en marzo de 1959, interrumpir el envío de armas a Batista y, como un modo de no intervenir en los asuntos internos de la Isla, prohibió que las tropas norteamericanas del Programa de Asistencia Militar (MAP) se involucrasen en acciones contra los rebeldes (Roy Richard Rubottom, 1958).

En 1957, enviado por el *New York Times*, Herbert Mathews, habiéndose adentrado en la que él llamaría la "jungla" y habiéndose encontrado con el líder de los alzados, allí, en su propio hábitat de la Sierra Maestra, escribiría del joven Fidel Castro que tenía ideas sólidas sobre la libertad, la democracia, la justicia social, sobre las elecciones, el restablecimiento de la Constitución, y, aunque también mostrase solidez de ideas económicas, un economista las podría considerar débiles[28] (Mathews, 1957). Tal fue la primera imagen, casi adorable, que llegó a los norteamericanos de boca de uno de los más reputados diarios de aquel inmenso

[28] He has strong ideas of liberty, democracy, social justice, the need to restore the Constitution, to hold elections. He has strong ideas on economy too, but an economist would consider them weak.

país y, por supuesto, el efecto de tan autorizada impresión perduraría y, en el mundo de la política, convencería a sabios y profanos.

Dos años después, sabiéndose incluso que los barbudos coordinarían acciones con los comunistas (Carlos Rafael Rodríguez, pocos meses antes del desenlace final, subiría hasta la Sierra Maestra con tal propósito), sólo algunos norteamericanos desconfiarían de las poses democráticas del líder rebelde. Como señalara Charles Shaw —otro de los primeros periodistas norteamericanos en conocer a Castro—, la principal tarjeta de presentación de Fulgencio Batista, la única quizás, había consistido en su anticomunismo y, por lo mismo, en señalar a los revolucionarios como comunistas o como simpatizantes de estos, que le entregarían Cuba a la Unión Soviética para establecer una cabeza-puente soviética en el hemisferio occidental a sólo noventa millas de su peor enemigo. Así, la agencia norteamericana *Universal Research and Consultants Inc.*, trataba de convencer a los norteamericanos de que el Movimiento 26 de Julio era una conspiración comunista y que sus dirigentes o bien eran comunistas o víctimas del engaño de éstos (Shaw, 1959). En ese sentido la historia daría la razón a quienes Shaw calificaría de "propagandistas de Batista", y sería precisamente Fidel Castro el hombre que, en un abrir y cerrar de ojos, desplazaría la Guerra Fría hacia el hemisferio occidental.

En los primeros días de enero, sin embargo, con la Revolución recién sacada del horno, Fidel Castro hablaba de asuntos totalmente ajenos a los paradigmas de la praxis leninista:

> Si hay un gobierno malo que roba y que hace más de cuatro cosas mal hechas, pues, sencillamente, se espera un poco y cuando llegan las elecciones se cambia el mal gobierno; porque para eso los gobiernos en los regímenes constitucionales democráticos tienen un período de tiempo limitado (Castro, Santiago de Cuba, 1ro. de enero de 1959).

…

…si se acepta la teoría de que algún derecho pueda suprimirse, lo más cómodo para una revolución entonces sería suprimir el derecho de todo el mundo a hablar, sin excepción, y hablar exclusivamente los hombres del Gobierno Revolucionario. Mas, como eso no sería democrático, como esa no es nuestra filosofía, sencillamente el derecho de opinar y de hablar lo tienen todos por igual (Castro, La Habana, 8 de mayo de 1959)

…

Libertad de prensa hay ahora, porque sabe todo el mundo que, mientras quede un revolucionario en pie, habrá libertad de prensa. Quien dice libertad de prensa, dice libertad de reunión; quien dice libertad de reunión, dice libertad de elegir sus propios gobernantes libremente.

[…]

Cuando un gobernante actúa honradamente, cuando un gobernante está inspirado en buenas intenciones, no tiene por qué temer a ninguna libertad. Si un gobierno no roba, si un gobierno no asesina, si un gobierno no traiciona a su pueblo, no tiene por qué temer a la libertad de prensa…

[…]

…cuando los gobernantes se han granjeado la enemistad de su pueblo, pueden concebir la estupidez, la injusticia, de negarles a los ciudadanos el derecho a reunirse.

Cuando un gobierno ha sido incapaz e inmoral, entonces es solamente cuando se le ocurre negarles a los ciudadanos el derecho de votar... (Castro, Camagüey, el 4 de enero de 1959)

…

Si los dictadores se decidiesen a venir aquí, pues es más fácil venir aquí que contestar a la prensa libre en los países que ellos oprimen, porque lo primero que hacen los dictadores es acabar con la prensa libre, establecer la censura... No hay duda de que

> la prensa libre es la primera enemiga de las dictaduras (Castro, Estados Unidos, 17 de abril de 1959).

Para algunos resultaba difícil asegurar si entonces Castro hablaba con franqueza. Si nos atuviésemos a las declaraciones que haría años más tarde y que ya hemos expuesto aquí, podríamos concluir que sencilla y llanamente mentía.

El concepto Revolución, con o sin calificativos, al inicio se presentaba como un territorio sin fronteras definidas. Aun para muchos de sus más altos exponentes, entre ellos Camilo Cienfuegos, era algo en lo que se creía, que se juraba defender con la vida, que los identificaba, pero su completa conceptualización permanecía a oscuras, atrapada en un cascarón intuitivo, en una especie de fe en un dios que a nadie se había revelado. Se decía qué había hecho y habría de hacer la Revolución; sin embargo, su naturaleza programática se ignoraba. Los planes del caudillo, suponiendo que los tuviese, se mantenían dentro de un sobre lacrado.

En aquellos días primordiales, cuando el fervor patriótico desbordaba el pecho cubano, la prensa daba una cálida y unánime bienvenida a los rebeldes:

> Tras siete años inacabables de lobreguez, de angustia, de dolor, ha vuelto la luz al cielo de la patria (…) La revolución ha triunfado. La recuperación democrática del país está en marcha. El tránsito de una situación de oprobio a una de decoro se ha realizado en la mínima trepidación posible gracias al orden impuesto desde los primeros instantes por las milicias revolucionarias y a la cálida exhortación de todos los jefes para que nadie se entregue a la venganza ni al desbordamiento de sus pasiones (Quevedo, De las tinieblas a la luz, 1959, págs. 28, 29).

Se publicaban fotos de Fidel Castro que, imitando la Marcha hacia Roma de Mussolini, iba recogiendo gente por el camino en su largo recorrido hacia la capital. Disciplinados taquígrafos copiaban sus infinitos y vibrantes discursos; estaciones de radio, periódicos, revistas, lo entrevistaban, preparaban el terreno para su entrada triunfal a La Habana. Trabajadores, organizaciones, partidos, negociantes, antiguas figuras políticas aclamaban al líder inobjetable. Las notas de gratitud serían tan numerosas como similares:

> Cuba entera vibra de emoción y entusiasmo ante la presencia y las hazañas de sus héroes. Asombra conocer el ingente esfuerzo de un puñado de hombres sencillos que, arrastrando penalidades y sufrimientos increíbles y con medios muy escasos, dio feliz culminación a la nueva gesta libertadora, devolviéndonos al concierto de las naciones democráticas y soberanas (Sixto, 1959, pág. 5A).

Derrocada la dictadura de Fulgencio Batista, se confiaba, pues, en un regreso al pluralismo, a la libertad de pensamiento, al progreso social. La prensa, al fin libre, confiaba en el líder insurrecto para garantizar tales conquistas y porque era la decisión unánime del pueblo cubano «ya que cuando muchos habían vacilado, cuando la fe activa y militante en los destinos de la patria faltaba en tantas conciencias aletargadas, cuando la desesperación y el desánimo cundieron frente a la tiranía más vil y feroz que se recuerda, el forjador del Movimiento 26 de Julio tuvo confianza en las reservas inagotables de aguante, desinterés y heroísmo que estaban intactas en los corazones de millares de ciudadanos cubanos», era pues lícito y urgente conceder al líder supremo de la revolución un crédito proporcional a las grandes realizaciones que debía acometer (Quevedo, No es la decisión..., 1959).

Los comunistas, leyendo con precisión el momento histórico, se frotaban las manos, reconociendo que el gobierno revolucionario provisional tenía un poder y un acatamiento tal que nunca antes ningún otro en la historia de Cuba había tenido, y eso creaba condiciones favorables para que la revolución «completase su obra». Apenas salidos de la sombra, en el primer número de enero de *Hoy*, llegarían a pedir, con acierto agorero, punir ejemplarmente a los esbirros y cómplices de la tiranía, responsables de crímenes y torturas; la recuperación de los bienes nacionales malversados; dar pasos para la Reforma Agraria; mejorar los salarios; eliminar la discriminación racial; atender la instrucción pública y tomar medidas —lo mejor sería nacionalización— para hacer más eficaces los servicios públicos: teléfonos, electricidad, ferrocarriles, aviación, etc. Los comunistas, además, proponían la restitución de la Constitución de 1940 para garantizar la democracia y, ya al final de la editorial, planteaban la necesidad de buscar nuevos mercados en

países tales como los remotos estados socialistas (Rodríguez, El derrocamiento..., 1959).

El flamante Presidente de la República, el jurista Manuel Urrutia a quien Fidel Castro mismo, en un alarde de total desinterés y para darle un viso democrático a la rebelión, había instalado, aseguraba que su gobierno sería básicamente «nacionalista» (Pineda, 1959). Sólo mucho más tarde se escribirían y exclamarían definiciones más sofisticadas que este axioma lacónico e incompleto. Más de una vez, en esos primeros años a la Revolución, se le llamó martiana, pero el propio Martí, años antes inspirador del asalto al cuartel Moncada y chispa espiritual de los rebeldes, declinaba en las invocaciones de Fidel Castro quien, muy de vez en vez, disparaba algún que otro aforismo o narraba paralelismos entre sus hazañas y las de la guerra independentista para legitimarse como continuador de quien los cubanos llamaban el Apóstol:

> Hacemos aquí en nuestra patria lo mismo que estarían haciendo en este momento Maceo, Máximo Gómez, Martí y todos los que nos dieron nuestra independencia (Castro, La Habana, 15 de enero de 1959).
>
> ...
>
> He hablado de estas ideas no porque me mueva ninguna ambición de tipo personal, ni siquiera ambición de gloria, porque, al fin y al cabo, la ambición de gloria no deja de ser una vanidad, y como dijo Martí: "Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz (Castro, Caracas, 23 de enero de 1959)."

Cierto que, además, intentó conciliar el marxismo con el ideario de Martí. Por ejemplo, a la décima medida que, en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels aconsejaban después de una acción despótica: *régimen combinado de educación con producción material*, el castrismo acomodaría el pensamiento martiano:

> Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas, pero por la mañana, la azada (Martí, OC, 2010, pág. 81).

Dada la recurrencia ocasional de Fidel Castro a los aforismos de José Martí, los artífices del modelo, para barnizarlo de "martianidad" y hacerlo digerible ante un pueblo recién salido de una tiranía y que también se repugnaba ante cuanto oliese a comunismo, tomaron estos hechos como material probatorio de que el líder era, ni más ni menos, la prolongación histórica del Apóstol. Sin embargo, recurrir al arsenal epigramático de José Martí, tanto en oratoria como escritura, había formado parte de la retórica cubana desde la misma fundación de la República, era una técnica, habitual en políticos y ciudadanos comunes, que reforzaba conceptos. El líder máximo de la Revolución, pues, no sería más ni menos martiano que cualquiera de sus coterráneos. El ideario del Apóstol, tan respetuoso de la dignidad humana, tan imposible de trasvasarse a la cruda práctica, no bastaba para proveer de una doctrina de acción a los Tribunales Revolucionarios ni de misiones de linchamientos a las enardecidas masas que vitoreaban a los rebeldes. Salvo un puñado de frases, tales como «Ser culto es el único modo de ser libre» (Martí, Obras completas, 2011, pág. 185), empleada en la alfabetización y en los planes educativos, el arsenal martiano sería sencillamente insuficiente para combatir la reacción interna, para apoyar las reformas en la agricultura, las expropiaciones de los corruptos, los contra-ataques mediáticos; insuficiente para construir un hombre nuevo, ateo, belicoso y con exacerbadas paranoias conspirativas. Un exceso martiano en la doctrina podría, incluso, ser contraproducente, estimular empatías del hombre nuevo con los disidentes, con el enemigo. Difícil imaginar cómo podría haber ayudado a un miliciano, en el arduo instante de apretar el grillete, un pensamiento como:

> El deber de un patriota que ve lo verdadero está en ayudar a sus compatriotas sin soberbia y sin ira, a ver la verdad (Martí, Obras Completas, 1991, pág. 28).

Opuesto al revanchismo y hasta al odio hacia el peor enemigo, las recetas retóricas de Martí podrían congelar las balas en el aire, detener castigos, generar, en cambio, reprobación, miradas de reproche hacia los verdugos:

> Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos.
>
> […]
>
> De altar se ha de tomar Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella (Martí, Obras completas, 2001, pág. 58).

Por otro lado, el modo en que Fidel Castro concebía los medios de prensa estaba en las antípodas de lo martiano; mientras para Martí la palabra era para decir la verdad, no para encubrirla, y la prensa un vigía que lo desentierra todo; la guía doctrinaria de Castro parecería ser una mezcla del pragmatismo de William James y el nacional-socialismo de Joseph Goebbels, donde sólo lo útil, lo que conviene, es verdad. Si algo era verdad, pero no útil, habría que considerarla mentira, no existente; y si algo fuese mentira, pero conveniente, entonces podría asumirse como una verdad, aunque ello pulverizase la moral y la ética:

> Este cinismo a ultranza explica por qué Castro y los medios cubanos siguen insistiendo, medio siglo después, en que el barco *La Coubre* fue saboteado por la CIA, cuando el sentido común y opiniones de expertos independientes revelan la improbabilidad de que Washington sabotease e hiciese volar en pedazos un barco que llevaba 35 tripulantes franceses, un reverendo también francés y un fotógrafo norteamericano. A todas luces se trató de un accidente al manipular la carga de las 1,492 cajas de explosivos —80 toneladas—, de las cuales 525 cajas eran de potentes granadas de diferentes tipos y las restantes eran de municiones, todas procedentes de Bélgica.
>
> Pero en el funeral de las víctimas, el 5 de marzo de 1960, sin tener una sola prueba —no se hallaron nunca—, el dictador acusó a la CIA de sabotaje … (Cuellar, 2009)

Para el Apóstol, el concepto Revolución estaba bien definido: librar a su patria de la colonización española; mientras, el fin de las relaciones económicas desiguales entre colonia y metrópoli, así como la obtención de plenos derechos políticos, serían lógicos desprendimientos de la secesión. De tal manera, Revolución se identificaba simple y llanamente con independencia de España y fundación de una república

democrática. Los conceptos martianos y fidelistas se encontrarían, sin embargo, en un vértice común: el anti-imperialismo, el impedir la influencia neocolonial de Estados Unidos.

Los revolucionarios, milicianos y cuadros civiles, quizás por desconocimiento o, más tarde, por miedo a decir lo indebido, no se detendrían a definir el proceso del que tan activamente tomaban parte, no al menos con sus propias palabras, no al menos con claridad, sólo se encomendaban a los discursos públicos de Fidel Castro como único plan de acción, como única ley. Pero el líder también un día decía una cosa y después decía otra, un día alababa a alguien y después lo vilipendiaba, y todo sin avergonzarse de su incoherencia.

Lo cierto es que sólo un partido, el único sobreviviente a la vorágine del ascenso y caída del tirano Batista, conocía el camino: el PSP. Su Buró Ejecutivo, bien pronto, el 11 de enero, expuso una cabal lectura de la conveniente situación: las fuerzas armadas, completamente en manos de los rebeldes, tenían el poder de designar y aprobar los cargos civiles; su poder no estaba restringido por ninguna ley o Constitución, a no ser la suya propia:

> Nunca antes, en ningún momento de la historia de Cuba, hubo un gobierno con tal libertad y tales posibilidades para decidir y actuar. Las condiciones políticas creadas son tales que el gobierno provisional puede actuar y decidir, sin otras limitaciones que su propio programa, las orientaciones o presiones de las organizaciones revolucionarias y la movilización popular, que tanto y tan seriamente puede influir en la situación (Rodríguez, Tesis..., 1959, pág. 2).

Dado que, según ellos, la cuestión civil-militar no tenía sentido, abogaban por lo que en los días futuros garantizaría el pleno control social desde lo más alto de la pirámide revolucionaria:

> Se habla de que esas fuerzas nuevas, revolucionarias, deben encerrarse en los cuarteles y desentenderse de los problemas políticos que afectan el desarrollo de la revolución.

[…]

> Las fuerzas militares de hoy están constituidas en su núcleo fundamental y decisivo, por los civiles que tomaron las armas para combatir a la tiranía. En su mentalidad, esas fuerzas son tan civiles como aquellas que, gracias, en parte decisiva, a la lucha armada de esos civiles que forman en las fuerzas militares, ocupan los ministerios y otros cargos del gobierno (Rodríguez, Tesis..., 1959).

Y proponía, entre otras medidas urgentes, la nacionalización de los servicios públicos en manos de compañías extranjeras, la Reforma Agraria esbozada ya en la Sierra Maestra, la modificación de la Constitución de 1940 con la eliminación del precepto que establecía la indemnización previa y en efectivo en los casos de confiscación de propiedades:

> Nosotros no proponemos ahora eliminar el principio general de la indemnización en los casos de confiscación. Pero las condiciones de que esa indemnización sea previa y en efectivo puede constituir un obstáculo serio y mayor para toda acción real de reforma de la estructura semi-colonial del país.
>
> Si ese requisito se observa, la tierra prometida a los campesinos, precaristas, arrendatarios, aparceros y soldados del Ejército Rebelde en la Ley Agraria dictada en la Sierra Maestra no le llegaría hasta dentro de 20 o 25 años (Rodríguez, Tesis..., 1959).

Muchas de tales proposiciones, como veremos más adelante, coincidirían casi textualmente con las palabras que más tarde pronunciaría la más alta dirigencia revolucionaria, incluido Fidel Castro.

Sin duda alguna, la brújula de PSP indicaba una dirección definida, pero, por lo pronto, para salvarse de malintencionadas acusaciones y quedar con las manos libres para actuar, clamaría con más insistencia que nadie por la cohesión social. Después de haber salido de la clandestinidad a la que el régimen anterior los había confinado, bajo el titular «Unión: tarea de ahora» declararía el PSP, a voz de cuello, que para llevar a cabo las tareas inaplazables de la Revolución había que consolidar

la unidad de todos los elementos, sectores y tendencias revolucionarias (Marinello, El derrocamiento, 1959). Tal declaración, pacificadora, patriótica en apariencia, sembraría irónicamente la semilla de cerrar espacios a la oposición política. También Castro y sus más cercanos acólitos se harían eco de tal lema y clamarían hasta el cansancio una unidad en nombre de la cual se condenaría con rigor cualquier tendencia pluralista, cualquier opinión desalineada.

Las filas del PSP desde el mismo día del triunfo, sin embargo, tratarían de alejar cualquier sospecha de que el proceso persiguiese metas socialistas, sus propuestas y la puesta en práctica de ellas, eran sólo medidas "revolucionarias", ni más ni menos; al mismo tiempo atacarían el anticomunismo, calificándolo, otra vez, de divisorio y, lo más grave (y astuto), contrarrevolucionario.

Carlos Rafael Rodríguez, entonces director de *Hoy*, definiría el anticomunismo como el último reducto imperialista para lograr la división de las fuerzas revolucionarias (Rodríguez, El anticomunismo es el último reducto..., 1959). En su ataque a la revista *Bohemia*, que solía publicar artículos contra la ideología de Marx y Lenin, el PSP, creando, como el tiempo demostraría, cortinas de humo, diría que el vocerío contra los comunistas era una floración artificial, alimentada, impulsada e impuesta por los círculos dominantes del imperialismo norteamericano, que era principalmente funcional, un instrumento para contener la revolución cubana, su empuje, y dividir las fuerzas democráticas que habrían de ser su sostén (Rodríguez, El dilema..., 1959).

Blas Roca, primer secretario del Partido Comunista, definiría la "campaña anti-comunista de *Bohemia*" como contrarrevolucionaria y pro-imperialista (Roca, "Bohemia"..., 1959) pese a que la revista se alineaba perfectamente con el castrismo, dedicase extensos reportajes a los protagonistas de la gesta emancipadora y estimulase el ajusticiamiento de los criminales, torturadores y delatores del régimen depuesto.

Sin amilanarse ante las acusaciones, los del PSP alentaron el avance de medidas radicales y modificaciones a la Constitución que se pretendía restaurar. Por ejemplo, el 4 de marzo, pedirían la depuración del gabinete, la remoción de quienes estorbaban el avance de la revolución, los llamados «elementos retranca y de mentalidad *plattista*»[29]. Dictaban, además, la línea a seguir con una serie de pasos que, si bien a veces coincidían con los del M-26-7, otras confluían, sin el menor pudor, con los del modelo soviético. En el segundo paso, por ejemplo, sugerían organizar un completo aparato de información para descubrir a tiempo las conspiraciones y aplastar a las víboras en el nido antes de que pudiesen morder a los hombres honrados. En el cuarto paso urgían la aplicación definitiva de la Reforma Agraria, dándole el golpe mortal al latifundio y repartiéndole tierras a los campesinos, pero también pedían reorganizar y centralizar los organismos estatales para comprar las cosechas y asegurar que los campesinos recibiesen precios mínimos remunerativos por sus productos, salvándolos así de la inhumana explotación de los almacenistas, acaparadores e intermediarios. Pedían la creación de cooperativas agrarias y darles, además, facilidades y ayuda estatal. Veían la formación de cooperativas como algo que llegaría gradualmente, aunque, por lo pronto, podrían crearse cooperativas en las grandes unidades de producción agraria que se expropiasen a los personeros, agentes y esbirros de la tiranía. Esas cooperativas un temprano ejemplo para el campesinado. Demandaban estatalizar las tierras de producción de arroz y arrendarla a precios módicos al capitalista agrario (Rodríguez, El peligro principal..., 1959).

Por mucho que, para disipar sospechas, ellos mismos lo negasen, el ascenso de los militantes del PSP dentro de los puestos claves de la Revolución era una realidad, lo que no pasaría inadvertido ni dentro ni más allá de las fronteras cubanas. Nombres como Alfredo Guevara, Osvaldo Sánchez, Clementina Serra, Vicentina

[29] Los "retrancas" serían los ministros conservadores, opuestos al radicalismo, y los "plattistas" —haciendo alusión a la Enmienda Platt, que hasta el 1934 permitía constitucionalmente la intervención militar norteamericana en Cuba—, se refería a los ministros considerados pro-norteamericanos. En realidad, todo el que no fuera radical sería catalogado con tales términos por el PSP, desde el presidente Manuel Urrutia, pasando por el ex premier José Miró Cardona, hasta llegar a los ministros Roberto Agramonte Pichardo, Rufo López Fresquet, Manuel Ray Rivero, Manuel Fernández García y Elena Mederos.

Antuña, Isidoro Malmierca, Joaquín Ordoqui, Edith García Buchaca, Flavio Bravo, Osmany Cienfuegos, entre otros, se requerían como cuadros revolucionarios por encima de otros con más méritos guerrilleros.

Los redactores anti-comunistas, sin embargo, no se atrevían a tomar posiciones decididas ante el PSP. Dada la cantidad de semejanzas entre la línea de este partido y el programa revolucionario, los fustigadores del comunismo corrían el riesgo de ser estigmatizados como contrarrevolucionarios y, por tanto, enviados a prisión.

En abril, apenas unos días antes de la visita no oficial del Primer Ministro cubano a los Estados Unidos, un largo despacho del embajador norteamericano en La Habana llegó a la Casa Blanca informando que, bajo la benevolente tolerancia de Fidel Castro y protegido tanto por la hostil actitud de este contra los Estados Unidos como por su drástico programa de reformas socio-económicas, el comunismo crecía en Cuba y se filtraba exitosamente hacia los sectores de la vida pública. Añadía que tal esfuerzo iba dirigido a colarse en las Fuerza Armadas y que tanto Ernesto Guevara como Raúl Castro estaban relacionados con la ideología marxista. Estimaba el embajador que casi toda la prensa responsable no sentía simpatía alguna por el comunismo, pero ser anti-comunista se había igualado, jugada propagandística de los rojos, con ser pro-norteamericano, tendencia impopular en aquel momento debido a los virulentos ataques de Fidel Castro contra los Estados Unidos. El despacho atribuía el éxito del comunismo a las siguientes razones:

> (1) los comunistas cooperaron hasta cierto punto con otros grupos revolucionarios para derrocar el régimen de Batista y, por lo tanto, se ganaron el derecho a existir abiertamente después del primero de enero; (2) los comunistas, hasta la fecha, no se han opuesto al régimen de Castro en ningún tema fundamental; Castro ha atacado a los Estados Unidos más incluso de lo que ellos hubiesen querido, y su radical programa económico-social se compara con los objetivos comunistas en muchos aspectos; (3) los comunistas estaban listos con personas entrenadas para

> llenar los vacíos creados por el derrocamiento de Batista, especialmente en el campo del trabajo[30] (Braddock, 1959).

En realidad, había un desconocimiento profundo por parte de los norteamericanos sobre la relación del líder de la Revolución con el PSP. Cierto, como hemos apuntado, que los comunistas miraron con desdén el esfuerzo armado de Castro, que tampoco prácticamente combatieron, pero eso no significa que hubiesen hecho asco a contactar con el M-26-7, incluso antes de decidirse a mandar algunos escopeteros a las montañas. Ya en noviembre de 1956, cuando precisamente se preparaba la expedición del Granma, varios comunistas habían viajado a México para contactar al jefe del grupo. En estos encuentros, Castro conocería a Flavio Bravo, Osvaldo Sánchez Cabrera, Ñico López y Lázaro Peña, y con ellos coordinaría el apoyo del PSP a la lucha revolucionaria (Blaquier, 2009). Algunos autores colocan en aquellos encuentros a Nikolai Leonov[31], parte del personal diplomático soviético de entonces en México, lo cual parece poco probable. Leonov, que había conocido casualmente a Raúl Castro un año antes del asalto al Moncada, cuando ambos regresaban de Europa —uno hacia Veracruz y el otro hacia La Habana—, se toparía, otra vez accidentalmente, con el menor de los Castro en Ciudad México en el verano de 1956 y por medio de éste conocería a Ernesto Guevara. No parece, sin embargo, que los revolucionarios pusiesen al corriente a Leonov de los detalles de sus planes ni que la amistad fuese más allá de un intercambio de pareceres y libros. Hasta donde se sabe, la Unión Soviética no se involucró ni en la preparación de las acciones revolucionarias ni en su posterior desarrollo. Pero si, por un lado, podría Khrushchev haber ignorado quién era Fidel Castro en 1959, por el otro, podría presumirse que sus servicios de inteligencia, que habían reclutado desde los tiempos de Stalin a militantes del PSP, estuviesen con mucha probabilidad al

[30] (1) the Communists did cooperate to some extent with other revolutionary groups in overthrowing the Batista regime and thereby won the right to exist openly after January 1; (2) the Communists have not had to oppose the Castro regime on any fundamental issue to date; Castro has attacked the United States as much as even they could have wished, and his radical social and economic program parallels Communist objectives in many respects; (3) the Communists were ready with trained people to move into many of the vacuums created by the overthrow of Batista, especially the labor field.

[31] Años después llegaría a ser un alto oficial de la KGB.

corriente de los pasos del M-26-7 y habrían incluso elaborado un perfil más completo de su líder. ¿Para qué los rusos habrían necesitado a Leonov si tenían, por ejemplo, a Osvaldo Sánchez?

La actitud de Castro, previa a su visita a los Estados Unidos, estaría propulsada por el áspero giro que el 12 de enero de 1959, con respecto a la Revolución cubana, diera la opinión pública de aquel país. Las ejecuciones sumarias y, sobre todo, ágiles, ordenadas por los Tribunales Revolucionarios, hicieron pensar a más de uno que la Isla adolecía de garantías procesales. La agencia *Associated Press* propagaría la noticia de setenta y cinco fusilados en un mismo día en Santiago de Cuba y ese mismo día el senador Wayne Morse, de Oregon, describiría las ejecuciones como un «baño de sangre», llegando a decir que la venganza estaba a la orden del día y que aquella era la vieja táctica de matar a quienes no estuviesen de acuerdo.

En pocos días otros se sumaron a denunciar la barbarie. El representante Emanuel Celler de Nueva York declararía: «No enviamos al general Leonard Wood y a Teddy Roosevelt para rescatar a Cuba de la opresión española en 1898, sólo para que ese infeliz país ahora se sumerja en un baño de sangre». Víctor L. Anfuso, miembro del Comité de Agricultura de la Cámara de Representantes, dirigiéndose retóricamente a Castro proclamaría: «Señor Presidente, deseo notificarle que, a menos que se establezca pronto una forma democrática de gobierno en Cuba y se permita que florezcan allí instituciones libres, seré el primero en presentarme ante el Comité de Agricultura de la Cámara, del cual soy miembro, y ante el Congreso de los Estados Unidos para pedir la reducción drástica la cuota azucarera cubana. Quizás Castro pueda entender mejor ese tipo de lenguaje, ya que los llamamientos basados en la justicia y la moral no parecen surtir el efecto deseado en él». Wayne Hays, de Ohio, solicitó que el Congreso enviase a Castro un mensaje advirtiéndole sobre las posibles consecuencias de enjuiciar y ejecutar criminales de guerra sin observar las debidas garantías procesales. Hays sugirió, salvo que Castro cumpliese con la petición, restringir el turismo o imponer un embargo a Cuba. El Congreso clamaba por restablecer la "ley y el orden" enviando marines a Cuba (Richardson, 1982).

Si bien la secretaría de Estados Unidos plantearía que su país no intervendría en las cuestiones internas de Cuba, limitándose tan sólo a influenciar constructivamente a través de canales diplomáticos (Rivero J. I., Mantiene Estados Unidos..., 1959); la prensa, publicando cuanto decían los congresistas, personajes conocidos que ocupaban las primeras planas, fue el eco perfecto de las denuncias y amenazas. La revista *Time*, que solía ofrecer reportajes fotográficos de las ejecuciones, en su número del 26 de enero mostraba la imagen de un Fidel Castro irracional, ávido de sangre. Bajo el titular: «El visionario vengativo» escribiría:

> El rifle del verdugo estalló en Cuba la semana pasada, y en todo el mundo las voces que, con esperanza, vitoreaban por una nueva democracia, se detuvieron. Los hombres que acababan de celebrar una revolución popular para restituir viejos ideales —de democracia, justicia y gobierno honesto— han adoptado las mismas arrogantes herramientas de la dictadura. El ejército rebelde cubano, instado por el pueblo, disparó a más de 200 hombres de la caída dictadura de Batista, condenados sumariamente en tribunales parciales bajo los cargos de torturadores y asesinos en masa. La constitución, un documento humanitario que prohíbe la pena capital, fue anulada.
>
> […]
>
> El único hombre que pudo haber silenciado los pelotones de fusilamiento fue Fidel Castro Ruz, el abogado, luchador y visionario de 32 años que encabezó la rebelión. Pero Castro no estaba de humor para la piedad (The vengeful..., 1959, pág. 41)[32].

La imagen construida por *Time*, describía a rebeldes que servían de defensores, jueces y acusadores al mismo tiempo, fusilamientos en masa, fosas comunes,

[32] The executioner's rifle cracked across Cuba last week, and around the world voices hopefully cheering for a new democracy fell still. The men who had just won a popular revolution for old ideals—for democracy, justice and honest government—themselves picked up the arrogant tools of dictatorship. As its public urged them on, the Cuban rebel army shot more than 200 men, summarily convicted in drumhead courts, as torturers and mass murderers for the fallen Batista dictatorship. The constitution, a humanitarian document forbidding capital punishment, was overridden.

[…]

The only man who could have silenced the firing squads was Fidel Castro Ruz, the 32-year-old lawyer, fighter and visionary who led the rebellion. And Castro was in no mood for mercy.

hombres que suplicaban no ser fusilados. Además de 70 fusilados en Santiago de Cuba la revista añadía al inventario:

> En Camagüey fueron fusilados 19 presos, en Matanzas doce, en Santa Clara 30, en Cienfuegos ocho. Casi todos fueron rematados por tiros de gracia: dos balazos calibre 45 en la cabeza de un hombre ya muerto (Alexander, 1959)[33].

Así las cosas, cuando en La Habana un periodista norteamericano le preguntase a Castro su opinión sobre los planteamientos de los congresistas, el malhumorado líder respondería que, si a los estadounidenses no les gustaba lo que pasaba en Cuba, podían enviar a los marines, que iba a haber 200 000 gringos muertos (Phillips, 1959). Esta frase, que Castro, sin negar haberla dicho, lamentaría que saliese a la luz, encendió el ánimo de los norteamericanos. En lo adelante tampoco el premier cubano se ahorraría expresiones contra los Estados Unidos:

> Aquí se han querido poner las cosas que quien no sea un vendido y un incondicional miserable de los norteamericanos, entonces es un comunista; pues yo no soy comunista, ni me vendo a los norteamericanos, ni recibo órdenes de los norteamericanos…
>
> […]
>
> En el caso de Batista, todo el mundo sabe que Batista les decía a los soldados que a él no había quien lo derrocara, que estaba fuerte, porque los norteamericanos lo apoyaban, y le mandaron la misión militar y le mandaban aviones, todo eso es una verdad (Castro, La Habana, 15 de enero de 1959).

Castro tampoco mentía del todo. La opinión pública oficial norteamericana, representada por la prensa, el Congreso, y el Departamento de Estado, había callado hipócritamente ante la corrupción de Batista, ante la naturaleza anticonstitucional de su gobierno y, sobre todo, ante los cientos de torturados y asesinados a lo largo

[33] By noon 70 prisoners had died. The Santiago rebels also sentenced ten men to ten-year jail terms and acquitted 47. In Camagüey 19 prisoners were shot, in Matanzas twelve, in Santa Clara 30, in Cienfuegos eight. Almost all were followed by a coup de grace —two .45 slugs fired into the head of a man already dead.

de los siete años que duró su dictadura[34]. Sólo la Revolución había devuelto a los periódicos el nombre de Cuba y la condena a los juicios de guerra parecían ser un mero pretexto, si bien no para la prensa, sí para los senadores y representantes, de cuyas airadas críticas los periódicos fueron el rebote, el transmisor al pueblo norteño de la hostilidad. En los orígenes de tal reacción política había obviamente una preocupación más seria: el posible desvío de la Revolución hacia el comunismo.

Los encendidos discursos de Castro que prometía fusilar a criminales y delatores ante las multitudes enardecidas que coreaban: ¡Paredón!, se hicieron más frecuentes. El líder quería demostrar ante los ojos del mundo que gozaba del consentimiento masivo:

> Pero dicen que estamos fusilando a los batistianos, que no se someten a juicio, toda una propaganda, ¿para qué? Para pintar ante el mundo a la revolución cubana como una revolución incivilizada.
>
> […]
>
> Cuando en días recientes se empezó a discutir en la prensa internacional la cuestión de los fusilamientos de los esbirros, le dije a un grupo numeroso de periodistas: "Si ustedes quieren saber cómo piensa el pueblo, vengan conmigo a Pinar del Río, donde será la próxima concentración multitudinaria, y en presencia de ustedes le voy a preguntar al pueblo qué es lo que quiere" (EXCLAMACIONES DE: "¡Paredón!"). Porque nosotros no estamos haciendo otra cosa —y desde hace siete años no hacemos otra cosa— que interpretar los sentimientos del pueblo cubano (Castro, Pinar del Río, 17 de enero de 1959).
>
> …

[34] La cifra de 20 000 muertos atribuida a la represión del régimen de Fulgencio Batista y publicada por primera vez en la revista *Bohemia* el 6 de enero de 1959 (Quevedo, Saldo del régimen de Batista, 1959), que después serviría como referente a periodistas, historiadores, y al propio Fidel Castro; ha sido desmentida por más de un investigador considerándola decididamente inflada por la propaganda. Pese al titular de la publicación, las muertes publicadas por *Bohemia*, que incluía víctimas de ambos bandos, sumadas una por una, llegaban a 898.

> Imaginad, señores periodistas de todo el continente, señores representantes diplomáticos acreditados en Cuba, imaginad un inmenso jurado, imaginad un jurado de un millón de hombres y mujeres de todas las clases sociales, de todas las creencias religiosas, de todas las ideas políticas, que yo le voy a hacer una pregunta a este jurado, yo le voy a hacer una pregunta al pueblo. Los que están de acuerdo con la justicia que se está aplicando, los que están de acuerdo con que los esbirros sean fusilados, que levanten la mano (LA MULTITUD LEVANTA LA MANO UNÁNIMEMENTE).
>
> Señores representantes del Cuerpo Diplomático, señores periodistas de todo el continente: ¡El jurado de un millón de cubanos de todas las ideas y de todas las clases sociales, ha votado!
>
> A los que sean demócratas o a los que se llamen demócratas, les digo que esto sí es democracia, que esto sí es respetar la voluntad de los pueblos. Los que sean demócratas o los que quieran presentarse como demócratas, ¡que respeten la voluntad de los pueblos! (Castro, Palacio Presidencial, 21 de enero de 1959)

La prensa cubana, libre entonces, cuando no celebraba los fusilamientos a la par de las multitudes, los presentaba con acrítica tibieza. Los mismos jubilosos reportajes fotográficos que la revista *Bohemia* publicaría de los ejecutados en los paredones y en las calles, las transmisiones televisadas de juicios y fusilamientos, así como los reportes diarios de los periódicos, se convertían en pruebas tan objetivas como atroces ante el mundo civilizado. La réplica foránea alimentó el fuego de la contrarréplica castrista:

> Que los congresistas norteamericanos se metan en los problemas de su país; que los congresistas norteamericanos condenen los linchamientos de negros allá en el sur de Estados Unidos, que nosotros no nos metemos en sus problemas; que los congresistas norteamericanos se metan en sus problemas, que aquí nadie les pidió opinión a ellos (…) que ellos lo que hicieron fue mandar tanques y mandar bombas y mandar aviones a la tiranía. Y eso sí que es un crimen, y eso sí que fue un asesinato (Castro, Pinar del Río, 17 de enero de 1959).

Tal vez por esta razón, pese a que el embajador norteamericano en La Habana propondría adoptar una línea positiva y amistosa hacia Cuba e inflexible hacia el comunismo —dado que este último trataba de abrir una brecha entre la Revolución y los Estados Unidos—, el presidente Dwight D. Eisenhower, que había reconocido el gobierno revolucionario, no recibiría al jefe de estado cubano cuando arribase a Washington y encomendaría esa misión al vicepresidente Richard Nixon.

En abril aún no había salido promulgada la Ley de Reforma Agraria, sólo se había anunciado sus puntos fundamentales. Esta ley, que expropiaría a muchos terratenientes de muchas tierras, sería el impacto primigenio contra la primera ficha del dominó de una larga fila que se iría desplomando una a una hasta llegar al punto definitivo y sin retorno del embargo económico, la ruptura de relaciones diplomáticas con Estados Unidos y la alianza de Cuba con la URSS.

Al momento de partir hacia el futuro enemigo, el 15 de abril de 1959, la única mella revolucionaria sobre los posesiones estadounidenses había ocurrido en marzo de ese año, la confiscación de 250 caballerías de tierras de la *Cuban Land Tobacco Leaf Company* en La Martinas, Pinar del Río y, aunque en un acto ante diez mil campesinos el Primer Ministro anunciaría el fin de la aparcería (Rodríguez, El latifundio, 1959), lo cierto es que la ley que lo permitiría se decretaría dos meses después, el 17 de mayo.

Allá en Estados Unidos, bien para consolidar los acuerdos azucareros con su mejor socio económico, o bien para ganar tiempo en momentos en que se sentía más vulnerable, Fidel Castro afirmaría que el comunismo en Cuba no tenía ninguna posibilidad de éxito. El corresponsal de *La Marina* reportaría feliz desde Washington que el líder cubano ya podía regresar satisfecho a la Isla porque en sólo dos días, en un ambiente de júbilo, había conquistado las simpatías del pueblo, la prensa y las autoridades de los Estados Unidos; de asombrosa, habría calificado un vocero de la cancillería norteamericana, la impresión causada por Castro ante los senadores (Esteban, 1959, pág. 1A).

La llegada del premier criollo había ocupado la primera plana de los más importantes diarios norteamericanos y desplazado noticias tan importantes como la visita de Nixon a la Unión Soviética. Los periodistas del país norteño estaban sorprendidos ante la personalidad del líder rebelde y también, por si fueran pocas las buenas noticias, la duda del rumbo comunista de la Revolución se despejaba: el propio Castro lo había asegurado ante los congresistas y la Asociación Americana de Editores de Periódicos:

> "Ya he dicho en forma muy clara que no somos comunistas".
>
> "No soy comunista y no creo que los comunistas tengan posibilidad alguna en Cuba debido al programa de gobierno de la Revolución. Prueba de que la revolución cubana no es comunista, lo constituye el hecho de que la Iglesia Católica la apoya" (Esteban, 1959, pág. 8B).

Después de una reunión con miembros de las comisiones de Relaciones Exteriores del Senado y de la Cámara de Representantes, el senador Mike Mansfield, dirigente demócrata, referiría que Castro había dicho que los comunistas avanzaban sobre estómagos hambrientos. El senador John M. Butler, del partido Republicano, comentaría a los periodistas que Castro había afirmado que no proyectaba expropiación o confiscación futura alguna y que las únicas propiedades confiscadas hasta ese momento sólo habían sido las mal habidas. Otro senador, el demócrata George A. Smathers, comentaría que Castro había declarado que no habría elecciones hasta que la revolución no hubiese terminado, dentro de tres o cuatro años. Este mismo senador diría de Castro que era tan brillante como orador que bien podría estar en el Senado y que, aunque varios miembros del Congreso consideraban infundado acusar de comunista al joven, no se podría descartar que, habiendo rojos en su gobierno, bien podría convertirse en prisionero de ellos (Esteban, 1959). Como quiera que fuese, las palabras de Fidel Castro fueron tranquilizadoras. Más de un congresista quedó convencido de sus sinceros sentimientos democráticos y sólo, como dijera el presidente de la Comisión de

Relaciones Exteriores del Senado, James William Fullbright, habría que ver si sus actos se ajustaban a sus palabras (Esteban, 1959).

Por las declaraciones de quienes lo escucharon hablar en tales encuentros, se puede inferir que el abracadabra retórico del premier criollo fue patentizar su espíritu liberal y repetir que nadie más que los rebeldes deseaban elecciones y que querían que la Revolución fuera un ejemplo para América Latina, que el ideal de democracia —a la que llamaba humanismo— era dar al pueblo todas las libertades y una senda para satisfacer sus necesidades (Berrellez, 1959); y cuando a Castro se le preguntó sobre Nikita Khrushchev respondió que los rebeldes estaban contra el comunismo y las dictaduras de todo tipo, cualquiera fuese su naturaleza: dictador de clase, dictador militar, dictador de oligarquía (Berrellez, 1959).

Las versiones taquigráficas del gobierno cubano publicadas en el mes de julio de 59, que recogería gran parte de las intervenciones de Castro, dan fe de cuáles fueron algunos de los puntos fundamentales que tocaría el Premier. Ante la Asociación de Periodistas y Editores diría que era un «hombre de opinión popular» que tenía «gran fe» en ella y en la libertad, que no se necesitaba otro sistema para gobernar, y que en Cuba se resolvían los problemas hablando y «persuadiendo» al pueblo:

> En los países donde los Dictadores oprimen, lo primero que hacen es acabar con la Prensa Libre, estableciendo la censura; porque no hay duda que ella es el primer enemigo de las dictaduras (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 6).

Y más adelante, sentando un antecedente de la importancia que la propaganda cobraría para su revolución en los próximos años, revelaría su meta principal al visitar los EE. UU:

> Tal vez muchos crean que hemos venido a los EE. UU. por dinero y quiero explicar que no hemos venido aquí por eso. Muchos gobernantes han venido aquí en busca de dinero, pero yo estoy más interesado en la opinión pública que en el dinero y no quisiera que el objetivo de mi viaje fuera confundido (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 8).

Vale señalar que, si bien Fidel Castro expresara la importancia vital de los Estados Unidos para Cuba, tampoco se cuidó de bosquejar, allí mismo, la historia de las relaciones entre ambos países, de lo injusto que, en un tiempo, fue la Enmienda Platt y de las desigualdades del intercambio comercial:

> Cuba, el país pobre tiene que comprar a los EE. UU. el país grande, rico y desarrollado, más que lo que los EE. UU. compra a Cuba; la nación rica se está enriqueciendo más de la nación pobre que la pobre de la rica (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 12)

Y expuso su programa económico que, con base en el desarrollo Industrial y la Reforma Agraria, haría producir las tierras «olvidadas» para reducir la importación de alimentos, eliminaría el desempleo, crearía poder adquisitivo y estimularía, a su vez, el mercado interno. Expresaría la necesidad de comprar maquinarías y fábricas:

> No hay otro camino excepto que algún buen amigo nos dé $1000,000,000 cada año para que todo el mundo esté sentado en su casa y tengan para comprar todo lo que necesitan (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 13).

A la pregunta de cuál era el futuro para las industrias norteamericanas en Cuba, Castro sería categórico:

> La industria cubana y la norteamericana no tienen que preocuparse en lo absoluto (…) Los industriales tienen más garantías y seguridad que en ningún otro tiempo (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 23)

En cuanto al suministro de armas a países latinoamericanos, Castro diría que suprimiría a cualquier grupo que pretendiese invadir a cualquier país, tomando como base a Cuba.

En Boston, en conferencia de prensa, a la pregunta sobre por qué había cierta confusión con la situación cubana, Castro se extrañaría:

> No me explico por qué hay confusión, creo haber aclarado la situación cubana. En Cuba ocurrió una revolución, las fuerzas militares fueron derrotadas, estamos

> organizando la administración y estableciendo ahora las bases para una democracia real, con elecciones libres, con la participación de partidos políticos, organizados por ellos mismos, partidos que la tiranía disolvió (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 54).

Añadiría Castro que si los revolucionarios hiciesen elecciones la ganarían fácilmente, que, más que elecciones, sería un plebiscito en el que se sabrían de antemano los resultados. Por otro lado, había que cambiar el Código Electoral porque, como estaba, sólo servía a «la maquinaria política»:

> Estamos tratando de que las elecciones sean efectuadas lo antes posible; si se le pregunta al pueblo en este momento se comprueba que no está interesado en elecciones (Castro, ¡No he venido..!, 1959, pág. 55).

En Cuba, la parte en la que Castro se refirió al comunismo con aversión resonó como dulce música en los oídos de muchos. Por ejemplo, el *Diario de la Marina*, calificaría de contrarrevolucionaria la ideología de la hoz y el martillo porque, el gran líder, allá, en Nueva York, en un programa televisado de costa a costa, había expresado la necesidad de alimentar los estómagos vacíos y alejar de Cuba del fantasma rojo (Rivero J. I., El comunismo, 1959).

Según sus connacionales, Fidel Castro podría regresar a su patria feliz del deber cumplido, pues había dejado una estela de simpatías entre los norteamericanos y, lo más relajante, había definido allí que la revolución era humanista (otras veces le había llamado martiana, nacional, o incluso *cubanísima como las palmas*). Algunos documentos de la época —clasificados hasta hace muy poco—nos ofrecen, sin embargo, una percepción más templada, distinta casi siempre, por parte de los políticos norteamericanos. Nixon, que sostuviera una conversación a puertas cerradas con Castro, diría:

> Mi propia valoración de él como hombre es algo confusa. El único hecho del que podemos estar seguros es que posee esas indefinibles cualidades que lo convierten en un líder de hombres. Pensemos lo que pensemos, él va a ser un factor importante en el desarrollo de Cuba y muy posiblemente en el de los asuntos latinoamericanos

> en general. Parece ser sincero. También es increíblemente ingenuo acerca del comunismo o está bajo su sometimiento; supongo que sea lo primero y, como ya he insinuado, sus ideas sobre cómo dirigir un gobierno o una economía están menos desarrolladas que las de cualquier figura mundial que he conocido en cincuenta países.
>
> Pero debido a que tiene el poder de dirigir, al que me he referido, no tenemos más remedio que al menos tratar de orientarlo en la dirección correcta[35] (USA D. o., Document 287, 1959).

Un análisis realizado por el Departamento de Estado resaltaba que, por su aparente franqueza y sinceridad, Castro había conseguido disipar muchas de las críticas levantadas contra él en la prensa y en el público en general, pero de sus discursos y declaraciones se desprendía que estaba más preocupado por los fines que por los medios y que no tenía la misma idea de derecho y legalidad que había en los Estados Unidos, porque parecía confundir el rugido de las masas con el gobierno de la mayoría. El análisis concluía:

> Sería un grave error subestimar a este hombre. Con toda su apariencia de ingenuidad, falta de sofisticación e ignorancia en muchos asuntos, es claramente una personalidad fuerte y un líder nato de gran valentía y convicción personal. Si bien ciertamente lo conocemos mejor que antes, Castro sigue siendo un enigma y debemos esperar sus decisiones sobre asuntos específicos antes de asumir una visión más optimista que hasta ahora sobre la posibilidad de desarrollar una relación constructiva con él y su gobierno[36] (Document 292, 1959).

---

[35] My own appraisal of him as a man is somewhat mixed. The one fact we can be sure of is that he has those indefinable qualities which make him a leader of men. Whatever we may think of him he is going to be a great factor in the development of Cuba and very possibly in Latin American affairs generally. He seems to be sincere. He is either incredibly naive about Communism or under Communist discipline— my guess is the former and as I have already implied, his ideas as to how to run a government or an economy are less developed than those of almost any world figure I have met in fifty countries.
But because he has the power to lead to which I have referred, we have no choice but at least to try to orient him in the right direction.

[36] It would be a serious mistake to underestimate this man. With all his appearance of naiveté, unsophistication and ignorance on many matters, he is clearly a strong personality and a born leader of great personal courage and conviction. While we certainly know him better than before, Castro remains an enigma and we should await his decisions on specific matters before assuming a more optimistic view than heretofore about the possibility of developing a constructive relationship with him and his government.

En referencia a una nota de Roy Rubottom[37] fechada el 7 de mayo y enviada a la Casa Blanca, se señalaba:

> El viaje de Castro a los Estados Unidos, aunque sin duda fue un verdadero éxito desde el punto de vista de Castro, no fue tan claramente fructífero desde el punto de vista de los Estados Unidos (…), sus respuestas a las preguntas relativas al comunismo, las elecciones y las prácticas democráticas dejaron mucho que desear.
>
> Los otros viajes de Castro han sido notablemente menos satisfactorios desde el punto de vista de los Estados Unidos. Sus declaraciones en Venezuela fueron francamente dañinas. En Buenos Aires, el Gobierno argentino lo mantuvo lo suficientemente en secreto para evitar declaraciones seriamente irresponsables (…) En general, los viajes de Castro a otros países han revelado claramente su tendencia a intervenir en los asuntos internos de los países que visita y su propensión a pasar por encima de los gobiernos responsables en su llamado a los pueblos a levantarse virtualmente en una guerra de clases[38] (USA D. o., Document 304, 1959).

En resumen, Rubottom concluiría que Castro seguía siendo un entresijo y que Estados Unidos debería evitar convertirlo en mártir, como ciertamente ocurriría si lanzasen un ataque serio contra él o si fuera asesinado por algún político oportunista en Cuba o en otros lugares. A cinco meses del triunfo revolucionario, los norteamericanos continuaban con la guardia alta, inquietos, preocupados con Castro, sopesando incluso la idea de eliminarlo. Cosa algo distinta sucedía en la Isla donde hombres cercanos a él creían firmemente que fuese anticomunista. El embajador norteamericano Philip Bonsal, luego de una conversación con el comandante Humberto Sorí Marín, ministro de la Agricultura del Gobierno

---

[37] Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos desde 1957 hasta 1960.

[38] Castro's trip to the United States, while undoubtedly a real success from Castro's standpoint, was not such a clear cut gain from the point of view of the United States (…), his replies to questions relating to Communism, elections and democratic practices left much to be desired.
Castro's other trips have been notably less satisfactory from the United States standpoint. His statements in Venezuela were downright harmful. In Buenos Aires he was kept sufficiently under wraps by the Argentine Government to avoid any seriously irresponsible statements (…) In general, Castro's trips to other countries have clearly revealed his tendency to intervene in the internal affairs of the countries which he visits and his proclivity for going over the heads of the responsible Governments to the people in his appeal to rise up virtually in a class warfare.

Provisional Revolucionario, referiría que éste consideraba a Castro firmemente anticomunista, que creía que Castro arremetería contra ellos en el momento propicio, pero que por ahora, siguiendo la misma infalible táctica militar de sólo enfrentar un adversario a la vez, Castro deseaba más que nada avanzar con su "revolución" y para ello necesitaba el máximo apoyo popular, incluido el de los comunistas (USA D. o., Document 285, 1959).

Fidel Castro se encargaría de seguir alimentando su distanciamiento con la ideología marxista-leninista. A su regreso de un viaje que lo vio visitar, además de los Estados Unidos, otros países latinoamericanos como Uruguay, Argentina y Venezuela, el 8 de mayo ante alrededor de medio millón de almas en la Plaza Cívica de La Habana, diría:

> Yo no sé si las calumnias contra nuestra Revolución de que es comunista o de que está infiltrada de comunismo se deben únicamente al propósito de que nosotros no persigamos a los comunistas o no fusilemos a los comunistas. Yo no sé de qué forma se podrá hablar, yo no sé de qué forma se podrán definir las ideas de una revolución, para que no se intrigue, para que no se calumnie más de lo que se está calumniando y para que cesen de una vez los ataques infames contra nuestra Revolución…
>
> […]
>
> ¿Puede acusarse a nuestra Revolución de comunista? ¿Pueden confundirse los ideales de nuestra Revolución?
>
> ¿Es que no hemos hablado lo suficientemente claro sobre la doctrina del Movimiento 26 de Julio? ¿Es que nuestros propósitos no están nítidamente perfilados?
>
> […]
>
> ¿Es que acaso alguien puede pensar que encubrimos oscuros designios? ¿Es que acaso pudiera alguien afirmar que hemos mentido alguna vez al pueblo?
>
> […]

> Entonces, ¿por qué cuando decimos que nuestra Revolución no es comunista, por qué cuando probamos que nuestros ideales se apartan de la doctrina comunista, que la Revolución Cubana no es ni capitalista ni comunista y que es una revolución propia, que tiene una ideología propia, enteramente propia, que tiene raíces cubanas, que es enteramente cubana y enteramente americana, por qué entonces ese empeño en acusar a nuestra Revolución de lo que no es? (Castro, La Habana, 8 de mayo de 1959).

Diez días después, el 17 de mayo, sería promulgada la Ley de Reforma Agraria que proscribiría el latifundio, limitando la máxima extensión de tierra en posesión de una persona natural o jurídica a treinta caballerías. Las tierras expropiadas serían otorgadas a particulares en extensiones no menores de dos caballerías o se entregarían íntegras a cooperativas agrícolas. Para evitar la especulación, la tierra recibida sólo podría transmitirse a través de la venta al Estado, herencia o por permuta. De acuerdo con la Ley, todos los propietarios afectados serían indemnizados en "Bonos de la Reforma Agraria" redimibles en veinte años, con interés anual no mayor del 4.5 %.

Los norteamericanos le pondrían mala cara a esta medida. El juego se ponía serio. En una conversación sostenida con Ernesto Dihigo, embajador cubano en Washington, Roy Rubottom y Phillip Bonsal expresarían que los Estados Unidos entendían el deseo y la necesidad de la Reforma Agraria; de hecho, la habían apoyado en países como Japón, India, Corea y Formosa, donde había contribuido al crecimiento económico y a la estabilidad política; sin embargo, en el caso cubano ¿cuál sería el efecto que tendría sobre la producción azucarera? ¿podrían los nuevos propietarios —carentes de capital, tecnología, y habilidades administrativas— seguir cumpliendo los compromisos acordados con el mercado estadounidense? Otra fuente de preocupación norteamericana, la que al final habría de prevalecer, sería la compensación por las expropiaciones. Bonsal comentaría que las firmas norteamericanas, operativas en la Isla tanto en las malas como en las buenas, habían defendido la presencia de Cuba en el mercado norteamericano y ahora, viendo

amenazadas sus inversiones, creían que deberían ser escuchadas antes de enfrentar tan drástica medida (USA D. o., Document 310, 1959).

El mucho nerviosismo que se respiraba tanto en la prensa del Norte como entre sus políticos estaba más que justificado. En 1959, el 47% de los cañaverales cubanos estaba en manos de trece latifundios estadounidenses (Beruff, 1970), que también poseían tierras para el tabaco y la ganadería. El monto de las inversiones norteamericanas en Cuba ascendía a ochocientos millones de dólares.

Fidel Castro, brincando los canales adecuados y para deshacer los infundios de una posible merma productiva, llegó a proponer, en una misiva dirigida a Ezra Taft Benson, secretario de la Agricultura de los Estados Unidos, el suministro de ocho millones de toneladas de azúcar para el 1961 (Rodríguez, Ofrece Castro abastecer..., 1959). Por supuesto, Benson respondería que el abastecimiento de azúcar se hacía por canales privados, no gubernamentales. El PSP diría que Estados Unidos, «impotente para ofrecer el más mínimo testimonio sobre la supuesta incapacidad cubana para producir todo el azúcar que sea necesario», había declinado la propuesta del premier cubano (Rodríguez, Rechaza EE.UU oferta, 1959). Como dato curioso, la zafra cubana de 1960 no superaría las seis toneladas de azúcar (García, 1994).

Pese a la incerteza de que la Isla pudiese cumplir sus compromisos productivos y con la esperanza de conseguir que la Ley de Reforma Agraria se enmendase, la administración norteamericana decidió no recomendar al Congreso, para ese año, ninguna modificación a la Ley del Azúcar que garantizaba a Cuba una participación de alrededor de tres millones de toneladas de ese producto en el mercado norteño. Sin embargo, el 11 de junio, Phillip Bonsal entregaría en La Habana al canciller cubano Roberto Agramonte un mensaje en el que básicamente expresaba la preocupación de los norteamericanos por la producción azucarera cubana y, además, aunque reconocían la facultad de un Estado de expropiar para propósitos públicos, consideraban que este derecho debería acompañarse de la obligación por

parte de ese Estado de pagar una pronta, adecuada y efectiva compensación (Domínguez, 1999).

Los comunistas calificarían el mensaje de insolente intervención en los asuntos nacionales; acusaría a los norteamericanos de atribuirse el derecho de ser "consultados" y, por supuesto, resaltaría la justeza de la indemnización dado que las empresas norteamericanas habían multiplicado enormemente sus ganancias explotando el suelo cubano y a su gente, lo que hacía intolerable satisfacer el pago de las expropiaciones siguiendo el capricho de su Gobierno (Rodríguez, Insolente nota, 1959). Fidel Castro respondería relajadamente al embajador estadounidense en La Habana, asegurando que, si bien la producción de azúcar decaería ligeramente, Cuba no fallaría en cumplir con la cuota y, en cuanto a la compensación, alegaría que el gobierno revolucionario carecía de recursos para pagar de inmediato y que, por otro lado, tampoco podía esperar a tener dinero para llevar a cabo la Reforma Agraria, la que era una cuestión de vida o muerte (USA D. o., Document 320, 1959).

La Reforma Agraria también tuvo sus opositores dentro del gobierno revolucionario, lo que provocaría más de una sustitución. Apenas unos días después de promulgada, el Consejo de Ministros se dedicaría a la renovación del Gabinete. En lugar de Humberto Sorí Marín[39], ministro de Agricultura, se designaría al comandante Pedro Miret; por Elena Mederos, del Bienestar Social, entraría Raquel Pérez de Miret; a Roberto Agramonte, el canciller, lo sustituiría Raúl Roa. Se nombraba para Salubridad, supliendo a Julio Martínez Páez, al señor Serafín Ruiz de Sárate, y para Gobernación, por Luis Orlando Rodríguez, a José Naranjo (Rivero J. I., Dejan el gabinete..., 1959).

Un mes después, el oficialismo anunciaría que el comandante Pedro Luis Díaz Lanz había sido destituido como Jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria debido a su

[39] Este comandante de la revolución abandonaría el país días después y, en marzo de 1961, tras desembarcar en Cuba con armas y explosivos, sería capturado y luego ejecutado

incapacidad y nepotismo, que había repartido cargos entre su parentela y que, además, había mantenido a veinte aviadores batistianos dentro de la fuerza aérea. Raúl Castro acusaría a Lanz de narcisismo y exhibicionismo, llegando a decir que era un "pepillito" que le rendía culto a su rostro y que se había bordado estrellas en el uniforme al estilo de los batistianos (Rodríguez, Sustituido el Jefe de la Fuerza Aérea, 1959). El *Diario de la Marina* diría, en cambio, que Lanz había renunciado y que en su carta exponía su temor a la infiltración comunista (Rivero J. I., Renuncia Pedro L. Díaz Lanz..., 1959).

Declarado desertor y traidor, Lanz conseguiría escapar hacia los Estados Unidos y poco después, el 13 de julio, ante el Subcomité de Seguridad Interna del Senado, declararía que Fidel Castro era «el comunista más fuerte» de la Isla (Baulch, 1959). El periódico *Revolución* —voz del M-26-7 y, por extensión, del Gobierno— replicaría que la supuesta infiltración "comunista" no era más que un pretexto, que tal imagen estaba siendo fabricada con muy aviesos propósitos, para preparar una invasión quizás (Franqui, En defensa..., 1959).

Se presumía, pues, que Estados Unidos invadiese Cuba. El recuerdo de Jacobo Árbenz en Guatemala, su erradicación con esfuerzo combinado de la CIA y fuerzas internas guatemaltecas todavía estaba fresco en la memoria; también Árbenz, sin ocultarlo, había amontonado comunistas entre sus asesores y había llevado a cabo una Reforma Agraria que perjudicaba los intereses *United Fruit Company*. Ese temor podría explicar el por qué Fidel Castro retrasase sus verdaderas intenciones, escondiese su programa político, y, a la vez, se empeñase en castigar a quien lo insinuase. Quizás sintiese todavía la necesidad de afianzarse dentro y encontrar una alternativa internacional antes de convertir el M-26-7 al marxismo y romper con el hegemónico vecino del norte. En tanto, al parecer, la única opción seguía siendo, al tiempo que lo negaba, seguir hacia adelante con el socialismo. Tarea nada fácil de conseguir cuando más de un intelectual y político cubano sospechaba que se les

quería pasar gato por liebre. Tony Varona[40] meses atrás, en enero, había advertido del peligro rojo, que, gracias al equivocado concepto de que dentro de la democracia podían mantenerse todas las ideas, se aceptasen incluso aquéllas que la socavaban y la desconocían (Rivero J. I., Advertencia..., 1959). Varona sería uno de los políticos que iría contra la Reforma Agraria:

> Entendemos, expresó, que es conveniente terminar con el latifundio en el país, pero hay que conocer cuáles son las tierras productivas. No basta que las tierras cambien de manos. Y consideramos que tiene que cumplirse el artículo 24 de la Constitución, que plantea que el traspaso de las tierras tiene que hacerse por los Tribunales y pagarse su precio (Rivero J. I., Advertencia..., 1959, pág. 6B).

Y, claro, este veterano político que se había opuesto a Batista, también entendía que las elecciones constituían la única forma democrática y popular de decidir el poder político, que sólo aquellos que albergaban sentimientos fascistas la despreciaban, que sería preferible los vicios de las democracias a las intemperancias de la dictadura. Varona sería otro que tendría que abandonar el país.

Por cómo se sucedían los hechos, tal pareciera que ni siquiera el mismísimo Presidente de la República podría mostrar su repulsa al marxismo sin que su Primer Ministro tomase nota de ello y le hiciese pagar por tal imprudencia. El 13 de Julio, casi contemporáneamente con las declaraciones de Díaz Lanz en los Estados Unidos y refiriéndose con tibieza a él, Manuel Urrutia, entrevistado en un programa televisivo de la CMQ, diría que el Gobierno de Cuba debía hacerle presente a los norteamericanos su disgusto porque el Senado recibiese a un traidor cubano y desertor del Ejército para que diese informaciones que debería dar al pueblo cubano. En cuanto a su relación con Fidel Castro, el Presidente aseguraría que, por estar del mismo lado, no tenía ninguna desavenencia con él:

[40] Manuel Antonio de Varona Loredo, presidente del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, fue el 7° Primer Ministro de Cuba entre 1948 y 1950, Gobierno de Prío Socarrás, y se desempeñó como presidente del Senado cubano. En 1960 Varona se exilió en los Estados Unidos.

> Hay muchos interesados en que haya discrepancias entre los revolucionarios. No sé a qué se debe el rumor de que yo estoy desavenido con el doctor Castro. Todas las medidas revolucionarias que ha tomado este Gobierno las he suscrito yo, pero con una circunstancia. Yo tengo diez días para vetar una ley o para sancionarla. Todas las leyes de carácter revolucionario las he sancionado el mismo día en que las acordó el Consejo de Ministros. Esto demuestra que yo estoy plenamente con la Revolución (Rivero J. I., "Los comunistas han hecho...", 1959, pág. 1A).

Respondiendo a una pregunta de Conte Agüero (su entrevistador) acerca del periódico *Hoy* que lo había llamado desleal, el Presidente respondería:

> No he podido comprender todavía en que consiste esa deslealtad. Si es deslealtad a Rusia, no tienen razón, porque nunca le he ofrecido lealtad a Rusia. Ahora, si es deslealtad a Cuba, veo difícil que ellos puedan demostrar eso. Lo que sí es cierto y de lo que quiero hablar es esto: Creo que los comunistas le hacen un daño horrible a Cuba. La mayor parte del periódico "Hoy" está dedicada exclusivamente a tratar los intereses de Rusia. Yo declaro a plena responsabilidad que los comunistas en Cuba quieren crearle un segundo frente a la Revolución. Eso es criminal. Y por eso he dicho siempre que rechazo el apoyo de los comunistas y creo que los verdaderos revolucionarios cubanos deben rechazarla abiertamente (Rivero J. I., "Los comunistas han hecho...", 1959, pág. 8A).

Ante el grave asunto de estar en la mira del mismísimo Presidente de la República, los comunistas ripostarían con extensión y repetida intensidad, declarando el ataque falso e injustificado, igualándolo a las maniobras del enemigo:

> Como es sabido, el imperialismo norteamericano —que es el animador del complot contrarrevolucionario contra Cuba— recurre al anticomunismo goebbeliano para encubrir sus planes. En nombre del anticomunismo arma las pandillas de Batista, Trujillo[41] y compañía; en nombre del anticomunismo agita el caso del traidor Díaz

[41] Rafael Leónidas Trujillo Molina fue un dictador dominicano que apoyó a Batista con dinero, armas y hombres; y después le dio protección en Dominicana. Trujillo fue utilizado por el gobierno estadounidense para intentar derrocar al entonces naciente gobierno revolucionario de Fidel Castro. Por su parte, Fidel Castro amenazó con derrocar a Trujillo.

> Lanz contra nuestra Revolución; en nombre del anticomunismo se lanza a una sucia y extensa campaña de propaganda contra Cuba (Popular B. E., 1959, pág. 1).

Para los pesos pesados del marxismo criollo, el provocador Urrutia los agredía no porque fuesen agentes de "Rusia" o de cualquier país, o porque fuesen "totalitarios", pues no había partido más "anti-totalitario" que el comunista; los agredía porque los comunistas habían sido combatientes resueltos contra la tiranía (Roca, El anticomunismo..., 1959, pág. 1), y terminaban concluyendo:

> No sabemos si el doctor Urrutia ha sido confundido o ha actuado por otras razones y motivos.
>
> Cualquiera que sea su razón, sus manifestaciones injustificadas, calumniosas y extemporáneas contra nuestro Partido, no ayudan a Cuba ni a la Revolución (Roca, El anticomunismo..., 1959, pág. 5).

Coincidentemente, después de tal batería de réplicas, en una maniobra que perseguía abatir al Presidente, en la mañana del 17 de julio, Fidel Castro renunciaría a su cargo de premier[42]. El impacto estaba garantizado. Apenas se supo la noticia, la nación se sacudió. El pueblo se echó a la calle. La primera reacción había sido de estupor, luego la consigna «no admitimos la renuncia» comenzó a regarse «como el fuego sobre una estela de pólvora». «¡Qué se quede Fidel!» «¡El que tiene que irse es el otro!», se decía. En los alrededores del Palacio Presidencial espontáneamente, comenzaron a agolparse cientos de ciudadanos. Allí mismo, junto a las aceras, comenzaron a pintarse letreros, que luego se enarbolaban entre aplausos. Su lenguaje no podía ser más definitivo: «Más vale comer harina de pie antes que pollo de rodillas», «Fidel, renuncias, ¿para qué?», «Contigo hasta la muerte». «Que se vaya el otro». Docenas de guaguas llevaban letreros en los que se leía: «fuera los traidores del Gobierno». En declaraciones brindadas al pueblo de Cuba, Conrado Bécquer, dirigente del sindicato azucarero, pidió en nombre de 500,000 trabajadores

[42] Es importante señalar que cuando el 16 de febrero de 1959, Castro se incorporó al gabinete en calidad de Primer Ministro impuso condiciones que para cumplirse llevaría a reformar el artículo 146 de la Constitución de 1940; así, quien desempeñase ese cargo sería el verdadero Jefe de Estado, el máximo responsable del ejecutivo; para el Presidente quedaba sancionar o rechazar las leyes.

azucareros, la renuncia del doctor Manuel Urrutia Lleó, y amenazó Conrado con que, una actitud contraria a ese anhelo, lo haría conducir hasta la capital a su ejército de trabajadores en demanda de la presencia del líder de la revolución cubana al frente de los destinos de la nación (Rodríguez, "La actitud del señor Presidente...", 1959). Después vino el colofón, la presencia televisiva de Fidel Castro que, declarándose «enemigo de teatralismos y dramatismos», explicaría:

> Antes que nada, quiero decir al pueblo que yo no soy hombre que renuncio. Renunciar a la lucha, jamás. Nadie nos vio nunca vacilar. Renunciar a un cargo que no es un premio, que no es una prebenda, que no es sino un lugar de trabajo donde está cumpliendo con el deber, que es un lugar de honor, sino de esfuerzo y de trabajo, naturalmente que no lo hubiera hecho si no me hubiera visto en la imperiosa necesidad de hacerlo.
>
> […]
>
> …debo decir lo siguiente: que la renuncia obedece a la imposibilidad por mi parte de continuar ejerciendo el cargo en las actuales circunstancias, dadas las dificultades con el señor Presidente de la República (Rivero J. I., "A la Revolución no he renunciado...", 1959, pág. 5B).

A la pregunta de si las discrepancias con Urrutia habían sido ideológicas o funcional, Castro respondería:

> De tipo moral. De tipo cívico. De tipo revolucionario. Porque, en definitiva, todos estamos en el deber de coincidir con los mismos principios. Y esta actitud mía surge de la consideración de hechos que son irreparables. El hecho que haya tomado yo esta iniciativa es porque es la única que debo tomar, si es que debo privar al país de males, de daños innecesarios e injustificados (Rivero J. I., "A la Revolución no he renunciado...", 1959, pág. 5B).

De los muchos rodeos y muchas palabras con las que Castro resaltaría con ahínco su propio desinterés por los cargos públicos y su sola preocupación por la suerte del país, podríamos extraer que las diferencias con Urrutia se reducían a que el Presidente, a raíz de la necesidad del cambio de ministros, cuyas sustituciones

pasaban por su firma, solicitó un mes de vacaciones, intentando demorar así la ingente medida; a que el Presidente, a diferencia de los ministros, no se había rebajado el sueldo de 100,000 pesos anuales ni renunciado al salario que el régimen anterior había dejado de pagarle como magistrado; a que el Presidente se había comprado una residencia, dando una pésima imagen del gobierno revolucionario; a que el Presidente había utilizado el chantaje poniendo condiciones a la firma de las leyes; a que el Presidente, en su entrevista televisiva (y ahí vamos al pollo del arroz con pollo) no desmintió las declaraciones de Díaz Lanz ante el Congreso norteamericano y, para colmo, coincidiendo con tales declaraciones, decidió erigirse en campeón de la lucha contra el comunismo. Urrutia, según Fidel Castro, tenía preparado su plan, su traición (Rivero J. I., "A la Revolución no he renunciado...", 1959).

Al estudio televisivo, durante la intervención del líder revolucionario, llegaría la noticia de la dimisión de Urrutia. En tanto, frente al Palacio Presidencial, en la acera del Parque Zayas, desde las once y media de la noche se había aglomerado un numeroso público dando gritos de «¡Que se vaya!» «¡Que se vaya Urrutia!». Poco después el público, cada vez más nutrido, se trasladaría a la Avenida de las Misiones, llenando el frente de la entrada principal de Palacio desde cuya terraza norte hablaría el ministro de Educación e interino de Estado, doctor Armando Hart quien informaría que el Consejo de Ministros, reunido en sesión extraordinaria, había aceptado la renuncia de Urrutia y para sustituirlo había elegido a Osvaldo Dorticós Torrado. La concurrencia prorrumpiría en clamores de aprobación. El nuevo elegido saldría a la terraza de Palacio y diría conmovido que aceptaba el cargo a pesar de ser consciente de sus incapacidades personales y de entender que esas responsabilidades eran más altas que las posibilidades de su propio destino personal y, por ahí, seguiría diciendo:

> El Consejo ha adoptado esta decisión por entender unánimemente que las declaraciones y los pronunciamientos formulados por el doctor Fidel Castro hace sólo unos minutos concuerdan con la más absoluta verdad histórica, y aprovecho esta ocasión para, en nombre del pueblo de Cuba, exhortar al doctor Fidel Castro

> para que como líder máximo de la Revolución continúe en el desempeño del cargo de Primer Ministro y en consecuencia en la jefatura política del Gobierno, que la historia, los hechos y su personalidad revolucionaria le encomiendan forzosamente (Rivero J. I., Designado anoche..., 1959, pág. 2A).

Castro, como lo imponía su propio plan, retomaría el cargo el 26 de julio y volvería a dirigir el país. Años más tarde, él mismo recordaría este evento del siguiente modo:

> No hubo problemas con las primeras leyes de la Revolución, pero este juez [Manuel Urrutia] era lo que podríamos llamar realmente un presidente de derecha, lo cual llevó en un momento a un conflicto serio; empieza a hacer declaraciones anticomunistas, haciendo el juego a las campañas de Estados Unidos, a los periódicos más reaccionarios, a los sectores más reaccionarios, y a crear divisiones entre las fuerzas revolucionarias –esto fue un poco más adelante–, y se establece un conflicto. Digo: bueno, ¿qué hacemos nosotros? El pueblo estaba con nosotros, todo el pueblo (…) Yo digo: ¿cómo se resuelve esto?, esto no se puede resolver por la fuerza, no se puede. ¿En qué situación vamos a caer si se produce un conflicto entre la fuerza revolucionaria y el Presidente, que tengamos que destituirlo? Vamos a dar toda la apariencia de un golpe de Estado en este país. Yo pensé mucho, medité mucho sobre aquello (Beto, 1985, pág. 227).

La Revolución, como quiera seguiría con su paso trepidante. Hasta ese momento, no sin levantar sospechas, en ciertos puntos se había seguido bastante al pie de la letra el manual de instrucciones de Marx y Engels; sobre todo en lo referente a las confiscaciones (mayormente bienes malversados) y nacionalizaciones. Se había dictado la Ley No 22 que intervenía la *Cuban Telephone Company* y anulaba los aumentos de tarifas telefónicas; se nacionalizaron las empresas de transporte Cooperativas de Ómnibus Aliados, S.A (COA) y de Ómnibus Metropolitanos, S.A (OM); se rebajaron los alquileres hasta un 50%; se declararon públicas todas las playas; se rebajaron los precios de las medicinas… (José Bell, 2006). La línea castrista, entonces, como reconocieran los viejos comunistas, era también la del PSP. Fue a través de su órgano de noticias que mostraron su apología a Fidel Castro, su

incondicionalidad y sus más excelsas adulaciones, al tiempo que intentaban, como lo hacía el propio líder, desenfocar la etiqueta marxista. Los comunistas apoyaron con ardor las reparticiones de tierras, los fusilamientos, las confiscaciones y cuando, allá, en los Estados Unidos, el premier había hecho sus críticas al modelo comunista y al líder soviético Nikita Khrushchev, no habían dicho ni esta boca es mía, al contrario, habían descrito el viaje del líder como una misión que había servido para despertar simpatías en el Imperio y ansias liberadoras en los países latinoamericanos y, por supuesto, siguieron en lo suyo, ensalzando a los soviéticos al tiempo que alentaban el animadversión hacia los norteamericanos:

> La revolución que festejamos ha significado a todas luces, una derrota del imperialismo y su política en Cuba. El gobierno de los Estados Unidos dio a Batista aviones, ametralladoras, hombres y rifles. El embajador Smith fue el sigiloso corredor en la obra de desangrar al pueblo de Cuba y ametrallar ciudades y campos por los procedimientos puestos en acción por Hitler (Marinello, El anticomunismo..., 1959, pág. 2).

Usando la tesis de que Batista había odiado a los comunistas, alegaban que quien levantase la bandera del anticomunismo, no hacía otra cosa que actuar como el antiguo tirano y conspirar contra la Revolución (Marinello, El anticomunismo..., 1959); ante periódicos como el *Diario de la Marina*, en perenne estado de alerta por el peligro rojo, levantaron el mazo, golpearon cotidianamente y, en sintonía con Fidel Castro, mintieron:

> Nadie ha dicho que esta revolución cubana es comunista. Ni nadie lo ha pretendido. Lo que sí es cierto es que se trata de una revolución democrática, de una lucha nacional liberadora.
>
> […]
>
> Pero el pueblo está claro y las fuerzas democráticas y revolucionarias están conscientes de la provocación y la rechazan. Porque ¡no es comunismo, señores provocadores: es anti-imperialismo! Dicho de otra manera: una revolución democrática de liberación nacional (Rodríguez, No es comunismo, 1959, pág. 1).

Aun así, los comunistas dejarían claro que sus planes de agarrar el poder estaban en marcha, que sería tonto no pensarlo, que el proceso revolucionario desembocaría en la abolición definitiva de la explotación del hombre por el hombre o, lo que es lo mismo, en la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción:

> …durante treinta y cuatro años nuestro Partido ha estado diciendo a través de todos los medios de publicidad y propaganda que aspira a que las clases nacionales, con el proletariado a la cabeza, establezcan su poder para aplicar, primero, el programa de la liberación nacional y la revolución agraria y, después, el programa del socialismo.
>
> […]
>
> No podemos prever cuando ocurrirá eso ni la forma en que tendrá lugar el proceso hacia el socialismo.
>
> […]
>
> El propio gobierno revolucionario, bajo la jefatura y dirección de Fidel Castro, puede, dándole entrada a la clase obrera, evolucionar en ese sentido (Rodríguez, No levantar falsos testimonios, 1959, pág. 1).

El PSP había sido tajante, sincero; sin embargo ¿qué habrían de hacer para conseguirlo? Una de las más acertadas exégesis de la estrategia roja para establecerse en el poder, la tendría el intelectual y escritor Parés Canels que, en un extenso artículo publicado en *Bohemia*, a un mes del triunfo revolucionario, haría notar que, huido Batista, el comunismo había dado un primer paso elemental: se declara fidelista, lo que no sorprendía, pues la hipnosis causada por la victoria había sido tan unánime que todos se hicieron fidelistas; así, destruidos los partidos tradicionales, prevalecía una realidad histórica: la ausencia de fuerzas políticas fuera del fidelismo. Sin embargo, inmediatamente se echa a ver que esta eliminación no es total: un partido —y uno solo— flota: el Socialista Popular, y lo hace porque desde el primer momento realizó el acto cínico de declararse más democrático y fidelista que el propio Movimiento 26 de Julio (Canels, 1959):

> El estado mayor comunista, en todos los países, exige la práctica democrática más radical, porque la misma le deja las manos libres. Las derechas —por derecha debe entenderse prioridad del orden sobre la justicia, por izquierda debe entenderse prioridad de la justicia sobre el orden— precisamente porque no se sienten comprometidas espiritualmente por los postulados democráticos, habitualmente saben oponer una mejor estrategia a la infiltración comunista. Las izquierdas, esclavas de un concepto democrático abstracto, prefieren, a veces sin darse cuenta, la victoria abstracta del principio, aunque en la práctica los enemigos del principio destruyan la democracia (Canels, 1959).

Los integrantes de este movimiento, en su mayoría pertenecientes a una izquierda variopinta, caen en la trampa de sus propios principios:

> Somos demócratas y por esa razón en Cuba pueden pugnar libremente todos los credos y todas las ideas. (Franqui, En defensa..., 1959, pág. 1).

Poco a poco, a lentos giros de tornillo como inexorable garrote vil, el desafuero de los milicianos —que con Ernesto Guevara a la cabeza continuó fusilando ya fuera esbirros, ya disidentes— comenzó a desvertebrar la oposición física y verbal, y los hombres del PSP fueron asumiendo roles claves dentro de las filas revolucionarias. Un hecho marcaría el comienzo de una guerra abierta y sin cuartel contra la izquierda democrática que dentro de los mismos rebeldes se oponía al rumbo que estaba tomando la Revolución.

El 19 de octubre, uno de los oficiales de más prestigio dentro de las fuerzas rebeldes, Hubert Matos, a cargo de la comandancia de la provincia Camagüey[43], solicita su renuncia a Fidel Castro a través de una carta en la que expresaba que no deseaba convertirse en obstáculo de la Revolución y que, teniendo que escoger entre adaptarse o arrinconarse para no hacer daño, lo honrado y lo revolucionario era irse, porque, según Matos, todo el que había tenido la franqueza de hablar con Fidel

[43] De acuerdo a la división político administrativa vigente en 1959, la isla de Cuba por aquel entonces estaba dividida en seis provincias: Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Las Villas, Camagüey, Oriente. En cada provincia había una comandancia, esto da una idea de la relevancia de Hubert Matos dentro del esquema militar del Ejército Rebelde.

Castro del problema comunista, debía irse antes de que lo quitasen. El comandante sostenía que si se quería el éxito de la Revolución había que decir hacia dónde y cómo se iba (Rivero J. I., Se dirige..., 1959).

Ya, meses atrás, Carlos Rafael Rodríguez, quien a la postre sería uno de los principales moldeadores de la economía post-insurreccional, nos daría un indicio de que probablemente los Castro, advertidos por los guardianes del PSP, habrían puesto en remojo al comandante Hubert Matos. Refiriéndose a un discurso pronunciado en Camagüey por el alto oficial del Ejército Rebelde, y luego de reconocer al comandante como uno de los más nobles combatientes de la Sierra Maestra, Carlos Rafael agregaba que, sin embargo, los prejuicios políticos le impedían a Matos interpretar con exactitud la postura comunista; diría de Matos que, si bien era un anti-imperialista declarado, su discurso demostraba cómo la obra continua y perversa de ese mismo norte «revuelto y brutal» que él combatía sin desmayo lo había influido, haciéndolo caer en la trampa del anticomunismo con el que querían cortar el proceso de liberación; concluyendo que, dejarse arrastrar por el anticomunismo —«divisa para castrar el impulso de las revoluciones, justificación para todos los crímenes y traiciones»—, implicaba un «grave quebranto para la revolución» porque si, por una parte, «deslindar los límites políticos» de la revolución y rechazar la falsa etiqueta "comunista" que sus enemigos querían adjudicarle, era lícito y necesario, por la otra, sucumbir al maccarthismo político, repetir los ataques manidos al comunismo, en un empeño por quitarse aquella etiqueta, era no sólo innecesario, sino injusto y peligroso (Rodríguez, En torno a un discurso, 1959).

¿Peligroso? ¿Para quién? De la carta de Matos se infiere que, al menos parcialmente, él sabía los riesgos a que se exponía:

> Pues bien, si después de todo esto se me tiene por un ambicioso o se insinúa que estoy conspirando, hay razones no sólo para irse, si no para lamentarse de no haber sido uno de los tantos compañeros que cayeron en el esfuerzo.
>
> […]

> …por lo que te pido, no como el comandante Huber Matos, sino sencillamente como uno cualquiera de tus compañeros de la Sierra —¿te acuerdas?—, de los que salían dispuestos a morir cumpliendo tus órdenes, que accedas a mi solicitud cuanto antes, permitiéndome regresar a mi casa en condición de civil, sin que mis hijos tengan que enterarse después, en la calle, que su padre es un desertor o un traidor (Rivero J. I., Se dirige..., 1959, pág. 5B).

Según narra el propio Hubert en sus memorias, pudiendo huir, no lo hizo; tenía los medios para hacerlo, pero prefirió enfrentar lo que viniese, denunciar desde el estrado del imputado el advenimiento del comunismo (Matos, 2002). Acusado de urdir una conjura, el 21 de octubre sería apresado junto con otros oficiales. El comandante Camilo Cienfuegos viajaría desde La Habana expresamente para tal propósito. Una hora después llegaría también Fidel Castro a Camagüey, se pasearía por la ciudad y, allí, en el regimiento Agramonte, ante la turba que lo había acompañado, pronunciaría un discurso culpabilizando a Matos:

> Estaba preparando el camino, estaba preparando no el camino de la patria, sino su camino, el camino de Hubert Matos, y lo preparaba con arte, lo preparaba con esmero. Y la reacción sabía su posición. La reacción, que es hábil; la reacción, que es aguda; la reacción, que anda vigilando las debilidades de los revolucionarios, sabía que la debilidad de Hubert Matos era el afán de publicidad y el afán de encumbramiento, que la debilidad de Hubert Matos era la ambición.
>
> […]
>
> …¿qué hacía Hubert Matos? Conspirar, atar cabitos. Y cuando se consideró lo suficientemente fuerte, alentado por la propaganda de la reacción, alentado por los halagos de la reacción, que estaba tentándolo, que estaba halagándolo a ver si conseguían obras de él, ¿a qué se dedicaba? ¡Se dedicaba a acusarnos a nosotros de comunistas! (Castro, Camagüey, 21 de octubre de 1959).

Fidel denunciaría un complot de mayor envergadura que relacionaba al comandante Matos con los desertores más recientes de entonces:

> No solo eso: en vísperas de la traición de Díaz-Lanz, Hubert Matos lo había visitado en su casa, y nosotros guardamos silencio y lo pasamos por alto; en vísperas de la traición de Urrutia, Hubert Matos había estado alentando los propósitos de Urrutia, y Urrutia los propósitos de Hubert Matos, sin embargo, lo pasamos por alto. Eso y otras muchas cosas más pasamos por alto (Castro, Camagüey, 21 de octubre de 1959).

Como orador, a Fidel Castro le sucedería Camilo Cienfuegos, quien, en muestra de incondicionalidad a su jefe, también denunciaría la conspiración:

> El compañero Hubert Matos, se había entregado a una mala causa. Y lo sentimos doblemente, porque junto a él, engañados, llevó a un grupo de valiosísimos, honrados, honestos y valientes compañeros que no conocían, que no sabían de la actitud indigna de Hubert Matos.
>
> […]
>
> Eso nace en la ambición y nace en la cobardía, porque ahí está la carta escrita en que Hubert Matos conmina a Fidel Castro para que diga hasta dónde va a llegar la revolución cubana. No es necesario decir aquí hasta dónde va a llevar Fidel Castro la revolución cubana. Esta revolución irá hasta sus límites finales.
>
> […]
>
> Esta revolución, como en los días de la guerra, tiene sólo dos caminos: ¡Vencer o Morir! Y sabemos que hay decenas, cientos de compañeros en el Ejército Rebelde que saben que esta Revolución es cubanísima (Cienfuegos, 1959).

Para colmo, en la tarde de ese mismo día, el desertor Pedro Luis Díaz Lanz habría de sobrevolar La Habana y habrían de sucederse otros hechos violentos que arrojarían el saldo de dos muertos y decenas heridos. El *Diario de la Marina*, para ofensa del propio Castro, fijaría en treinta y seis los heridos, mientras que la prensa fidelista, los fijaría en cuarenta y siete. Los revolucionarios culparían a Lanz de haber bombardeado la población civil; así saldría publicado en *Revolución* y *Noticias de Hoy*. Sin embargo, según reportes del *Diario de la Marina* y de la *Associated Press*,

cuyas fuentes serían los altos mandos de la policía, los aviones intrusos habrían sido perseguidos por cazas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que, sin éxito, habrían descargado sus ametralladoras, al tiempo que algunos milicianos desde Ciudad Libertad y el Palacio Presidencial habían disparado con armas pesadas y ligeras cuando la avioneta los había sobrevolado. En las calles habaneras, además, algunos desconocidos arrojarían granadas desde varios automóviles. La policía desmentiría que las explosiones se debiesen a bombas lanzadas desde lo alto (Rivero, Repórtase normalidad, 1959). Lo verdaderamente confirmado habría de ser que Lanz había dejado caer bultos de hojas mimeografiadas en las que advertía:

> Muchos se habrán preguntado qué me llevó a tomar la determinación de renunciar a mi cargo. Pues bien Uds. conocen y escuchan sobre las ideas y pensamientos izquierdistas de Fidel, Raúl, Guevara, etc., a través de la Radio y la Televisión. Uds. no han podido, como pude yo, escuchar de los propios labios de Fidel sus intenciones de introducir un sistema como el que existe en Rusia. En mi presencia en un vuelo de regreso de la Sierra Maestra escuché como Fidel conversaba con Núñez Jiménez, Alfredo Guevara y la Srta. Celia Sánchez, diciéndoles que él mantendría engañado al pueblo de Cuba y lo mantendría a su favor mientras ganaba tiempo con el objeto de organizarse militarmente para que cuando el pueblo comprendiera el engaño, poder dominarlo por la fuerza y que entonces mataría, si fuere necesario, no a un grupito sino a más de cuarenta mil personas para lograr sus propósitos. Yo juro ante Dios que esto es cierto y el tiempo se encargará de demostrarlo (Lanz, 1959).

Hoy, además de retratar a Lanz como un criminal, llamándolo el Hubert Matos de varios meses atrás, llamaría a ambos cobardes que, por la mala causa que los identificaba, habían balaceado a la población regando las calles capitalinas con sangre. Bajo el titular «Ametrallada criminalmente la población de La Habana» escribirían:

> Los habaneros comentaban que no era nada casual tampoco que, precisamente ayer, volara sobre la capital un avión de los mismos que se utilizara por Batista en el bombardeo de numerosas poblaciones, lanzando disparos y hojas mimografiadas

> repletas de calumnias y firmadas por el Hubert Matos de varios meses atrás, Pedro Luis Díaz Lanz (Rodríguez, Ametrallada, 1959, pág. 1).

En una lectura radial por la Cadena Oriental de Radio, horas después del presunto bombardeo a La Habana, el Director del periódico *La Palabra*, José Pardo Llada[44], cargaría contra los tres villanos de moda (Lanz, Urrutia, y Matos):

> Los tres —cada uno en su momento— se proclamaron campeones del anticomunismo.
>
> […]
>
> Desconocieron, torpe o malévolamente, que no puede ser comunista un Gobierno que crea un mayor número de pequeños propietarios rurales; un Gobierno que no establece ningún tipo de limitación de libertad de expresión y de prensa; un Gobierno que, contra la doctrina comunista, netamente internacionalista, proclama, con orgullo, su nacionalismo revolucionario.
>
> […]
>
> … se declaran anticomunistas porque con ese pretexto, esa bandera y esa consigna pretenden vestir de cierto ropaje doctrinal todas sus pequeñas miserias, todos sus intrascendentes personalismos, todas sus mezquinas limitaciones y resentimientos (Llada, 1959, págs. 9,12).

El propio Castro en comparecencia televisiva repetiría al día siguiente que había habido un plan coordinado entre Matos y Lanz y, en lo que sería un preludio de otros muchísimos ataques contra la prensa no favorable a él, implicaría al *Diario de La Marina* en los eventos, acusándola de poseer con antelación una copia de la carta-renuncia de Matos (Rivero, Concentrará..., 1959). Lo cierto es que la carta de renuncia de Matos, levantando ronchas en la cúpula revolucionaria, sólo saldría publicada íntegramente el día 24 de octubre, acompañada, hecho más irritante aun,

[44] En marzo de 1961, opuesto al rumbo socialista que tomaba la Revolución, salió de Cuba en un viaje supuestamente periodístico y, en su primera escala, en México, se quedó y decidió no regresar a la Isla. Finalmente se radicaría en Colombia.

de una carta abierta de María Araluce, esposa de Matos, al premier, en la que se podría leer:

> Y muy importante es que todo el mundo en Cuba teme por la vida de Hubert Matos. Que lo creemos a usted capaz de mandarlo a matar y después decir que fue él que se quitó la vida.
>
> […]
>
> Después de esto doctor Castro, préndame, fusíleme o ignóreme o haga lo que crea más inteligente, porque de usted yo no dudo nada (Rivero J. I., Se dirige..., 1959, pág. 5B).

Al día siguiente, *La Marina* publica una declaración de la propia María Araluce en la que narra cómo Castro había urdido toda la trama, ordenando las arengas por radio.

Por tales motivos, los ataques a la prensa se recrudecerían. El 26 de octubre, cientos de miles de cubanos se darían cita frente a los balcones del Palacio Presidencial. Un caudaloso río humano se extendería, rugiente y voraz, desde las puertas del palacio hasta desembocar en el muro del Malecón y desparramarse allí como impetuoso abanico. En aquel acto, organizado para protestar contra el ataque aéreo de Díaz Lanz, el líder de la revolución diría:

> Para hablar claro, digo que los culpables de esas bombas no son solo los que las lanzaron, son los que las instigaron desde aquí, son (…) como Pepín Rivero[45], el "Diario de la Marina", el periódico "Avance"... Son, sobre todo, esos que desde el periódico "Avance" han estado instigando el terrorismo, han estado instigando la mano criminal de los contrarrevolucionarios. Los culpables no son solo los que tiran las bombas, sino quienes los alientan; los culpables no son solo los traidores, sino quienes los alientan, los cohonestan y se solidarizan con ellos.
>
> […]

[45] José Ignacio Rivero, director del *Diario de la Marina*.

> La prensa contrarrevolucionaria recogió los argumentos de Díaz-Lanz acusándonos de comunistas, y recogió los argumentos de Hubert Matos acusándonos de comunistas. El plan aquel terminó lanzando bombas, y este hubiera terminado provocando un río de sangre en nuestro suelo, porque la posición de uno y otro fue igualmente calumniosa e igualmente traicionera (Castro, La Habana, 26 de octubre de 1959).

La paciencia de la Revolución se había agotado y se creía llegado el momento de iniciar la ofensiva definitiva contra la prensa nacional, no sólo desde los órganos de prensa leales, que desde los primerísimos días de enero se habían enfrascado en ello, sino desde las voces más altas y convincentes de los rebeldes, enclavadas en los estudios televisivos, en las estaciones radiales, y en las tribunas.

Más dura, sin embargo, y, si se quiere, barbárica, sería la manera en que el premier abordaría el tema del sedicioso de turno: Hubert Matos. Después de anunciar que se reiniciarían los implacables Tribunales Revolucionarios, Fidel Castro con su proverbial uso de la "democracia directa", inquiriría al pueblo:

> Y aunque los tribunales serán los que decidan en última instancia y de acuerdo con las leyes sobre la pena que corresponda a cada uno de los culpables, quiero consultar la opinión del pueblo; ¡que levanten la mano los que crean que los que invadan a nuestro país merecen la pena de fusilamiento! (APLAUSOS Y EXCLAMACIONES DE: "¡Paredón!"); ¡que levanten la mano los que crean que los terroristas merecen la pena de fusilamiento! (EXCLAMACIONES DE: "¡Sí!" CON LAS MANOS EN ALTO); ¡que levanten la mano los que crean que los que tripulan avionetas sobre nuestro territorio y bombardean nuestro pueblo, merecen la pena de fusilamiento! (EXCLAMACIONES DE: "¡Sí!" CON LAS MANOS EN ALTO); y, por último, ¡que levanten la mano los que opinen que los traidores como Hubert Matos merecen la pena de fusilamiento! (EXCLAMACIONES DE: "¡Paredón!" y "¡Fusilamiento!" CON LAS MANOS EN ALTO) (Castro, La Habana, 26 de octubre de 1959)

Camilo Cienfuegos, dato curioso, habiendo hablado antes que su jefe en aquel enardecido acto, a diferencia de otros oradores, si bien pronunciaría uno de los

discursos más vibrantes que se le hubiese escuchado jamás, no mencionaría a Hubert Matos ni lo condenaría directamente. No se sabe por qué, en relación al sedicioso, Camilo no se comportaría como lo había hecho en el regimiento Agramonte. Sería la última vez que el Héroe de Yagüajay, Señor de la Vanguardia, le hablase a su pueblo. El 28 de octubre el avión en que viajaba de Camagüey a La Habana desaparecería para siempre. También de esta muerte, un mes después, Fidel Castro se las apañaría para culpar al reo Hubert Matos:

> Es cierto que es culpable de lo de Camilo. Es cierto, porque, aunque es imposible escrutar en los designios del hombre, es evidente que hay una relación directa entre los hechos de Camagüey, la traición de Camagüey, y la pérdida del compañero Camilo Cienfuegos (…) Y es cierto también que al compañero Camilo no podrá jamás medírsele su extraordinario valor comparándolo con la miseria moral de un simple traidor. (DEL PUBLICO LE DICEN: "Que pague con su vida. ¡Paredón!") (Castro, La Habana, 27 de noviembre de 1959)

Para el tema que nos atañe: el nacimiento de la censura; lo más significativo de aquella histórica fecha del 26 de octubre, en la que disertara más de un orador, sería la furia verbal de los hermanos Castro y Ernesto Guevara contra la prensa, llamándola hipócrita y traidora. Guevara, refiriéndose a *Avance* y al *Diario de la Marina*, mencionaría un hecho paradójico:

> … ahora estábamos acusados de intento de asesinato en una celda, de intento de asesinato a quien podíamos llevar al paredón por traidor a la Revolución (Rodríguez, La nación..., 1959, pág. 5).

Raúl, acerca de la benevolencia revolucionaria, haría notar:

> … no matamos, no torturamos, no ofendemos, pero ¡fusilamos! (Rodríguez, La nación..., 1959, pág. 5)

Con las palabras de Fidel Castro, estatuto en carne y hueso de la política rebelde, comenzó a avizorarse la tormenta que a la opinión disidente habría de sobrevenirle en los meses próximos:

…en nuestra capital se reúne en número mayor el burócrata desplazado, el político que vino aquí a traer, a parar; y, en fin, existe la mayor circulación posible de los órganos de la contrarrevolución; es decir, de ciertos periódicos que se publican legalmente y hacen descaradamente campañas contrarrevolucionarias...

[…]

Yo sé que el pueblo incluso se queja. Yo sé que el pueblo dice: paredón (EXCLAMACIONES DE: "¡Paredón, paredón!"). Yo sé que los guajiros se reúnen y afilan sus machetes y agitan sus machetes. Yo sé que el pueblo quiere medidas contra esos señores.

[…]

Es decir que para ellos la postura es cómoda: no les pasa nada por combatir la Revolución (…) Allí los suyos lo aplauden como si fuera una proeza escribir un mamotreto insolente y calumnioso por el que no le pasa nada, ni le ocurre nada (EXCLAMACIONES).

[…]

Yo lo digo, en cuanto llegue su oportunidad… Yo no me apuro mucho... (APLAUSOS). Yo lo digo, lo que interesa es el milagro, no el santo (RISAS).

[…]

Vean cómo esta Revolución es distinta a otras revoluciones. En otras revoluciones el pueblo ha aplicado su mano dura. En otras revoluciones a muchos señores que andan haciendo abiertamente su campaña contra el pueblo, ya los habrían fusilado o los habrían llevado a la guillotina, como los llevaban en la Revolución Francesa. Sin embargo, el pueblo tiene que saber cuándo haya de necesitar una medida severa, porque realmente lo exijan los intereses de la nación y de la colectividad… (Castro, La Habana, 26 de octubre de 1959).

El asalto final a la libertad de opinión acababa de comenzar. Vale aclarar que desde el mismo 1 de enero fuerzas revolucionarias habían confiscado más de un periódico alegando que estos habían pertenecido a personeros de la tiranía batistiana, entre

ellos los diarios *Mañana*, *Pueblo, Ataja*, y las emisoras *Circuito Nacional Cubano* y *Cadena Oriental de Radio*, propiedad de Batista. El diario *Tiempo de Cuba*, en cambio, fue incendiado por la turba enfurecida y resentida (Marrero, 2018). El conocido periódico *Alerta*, que había incluso publicado artículos del joven Fidel Castro cuando en 1952 aspiraba a ser diputado, fue clausurado no por su contenido sino porque su dueño, Ramón Vasconcelos, había sido ministro del gobierno de Batista. Tanto Vasconcelos como Emilio Palomo, director del periódico, para librarse de represalias personales, huirían al extranjero. En las instalaciones de *Alerta*, al día siguiente de su desaparición, se comenzaría a imprimir *Revolución*, órgano del M-26-7, popularmente conocido como el "periódico de Fidel". También numerosos periódicos de otras provincias como *El Camagüeyano*, *El Villareño*, *Diario de Cuba*, acusados de cooperar con la tiranía, habían sido rápidamente confiscados mientras el resto de la prensa, en parte embelesada por los sucesos, en parte considerando justo que cerrasen a quien había sido declaradamente batistiano, hizo silencio (Fernández Cuenca, 2016). El director del más antiguo periódico de la región oriental, *Diario de Cuba*, pidió ingenuamente que se le devolviera su periódico, pero su deseo jamás sería cumplido (Fernández Cuenca, 2016). *El Camagüeyano*, habiendo prestado sus talleres para la impresión del oficialista *¡Adelante!*, sería después desplazado por éste en los primeros días de abril de 1959. Solicitarlo de vuelta al gobierno tampoco rindió frutos (Rivero J. I., Solicítase..., 1959). El pretexto que blandiría el Ministerio de Bienes Malversados para intervenir cuanto periódico se le antojase serían los subsidios otorgados a estos por el gobierno de Batista. La lista de los subvencionados había sido publicada por *¡Adelante!* en Camagüey y, en La Habana, por *Revolución*, ambos libelos del M-26-7 y, allí, salvo *Prensa Libre*, aparecían directores y subdirectores de los más importantes periódicos del país con las cifras de dinero que recibían: Joaquín Claret, *Información*, 24 mil pesos mensuales; Gastón Baquero, *Diario de la Marina*, 16 mil; Raúl Alfonso Gozne, *El Mundo*, 16 mil; Ramón Vasconcelos, *Alerta*, 17 mil; Alfredo Hornedo, *El Crisol*, 12 mil; Raúl Rivero, *Diario Nacional*, 10 mil; Cristóbal Díaz , *Excelsior-El País*, 20 mil; José López Vila boy, *Mañana*, 10 mil; Rolando Masferrer, *Tiempo en Cuba*, 10 mil;

Octavio R. Costa y Francisco Valdés Gómez, *Pueblo*, 14 mil y Alberto Salas Amaro, *Ataja*, 12 mil (Marrero, 2018). De este modo, habiendo sido beneficiados por la dictadura anterior, se les podría considerar, también a ellos, una especie de malversadores.

Podría afirmarse, pues, que el cierre de los periódicos desafectos (o potencialmente desafectos) al oficialismo fidelista, había formado parte del comportamiento revolucionario desde mismo día del triunfo, y la clausura del resto, los más leídos en la Isla, sólo había sido aplazada hasta que apareciesen pretextos más convincentes o se ideasen métodos más sutiles.

Tres días después de la histórica concentración en La Habana, a cientos de kilómetros de la capital, en el parque Martí de Cienfuegos, se alzaría una fogata alimentada por los órganos de prensa que atentaban contra el espíritu revolucionario: *Life*, *Time*, *Diario de la Marina*, *Avance*, *La Opinión Nacional*. La llamada "Operación candela" concluiría con las cenizas del holocausto depositadas en un ataúd cubierto de flores y coronas (Borges R., 1959).

El 18 de noviembre, los Castro; el comandante Augusto Martínez Sánchez, convertido en ministro del Trabajo; el comandante Efigenio Ameijeiras, jefe de la policía; Carlos Franqui[46], director del periódico *Revolución*; entre otros oficiales del Ejército Rebelde, participan (se inmiscuyen) en el X Congreso Obrero de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC). Cerca de tres mil delegados, procedentes de más de 1,700 sindicatos, llevaron la voz y las inquietudes de la población laboriosa a las sesiones del Palacio de los Trabajadores (Quevedo, Bajo la bandera..., 1959). Precisamente al hacer su entrada Carlos Franqui, tronarían aplausos y un delegado pediría un «voto de condenación» para *Prensa Libre*, *Avance* y *Diario de la Marina*. El Secretario General Provisional de la CTC, David Salvador,

[46] En 1965, Fidel Castro funde *Hoy* y *Revolución* en un solo periódico: *Granma*, dirigido por uno de los hombres fuertes del PSP: Isidoro Malmierca; entonces empieza la amargura de Carlos Franqui que, menospreciado, decide en el 1968, después de viajar fuera del país, romper con la *Revolución* y escribir libros anticastristas.

pediría ante la asamblea que se pusiese de pie quien estuviera en contra, lo que naturalmente nadie haría; así, el acuerdo se consideró tomado "por unanimidad" (Rivero J. I., Inaugurado anoche..., 1959). Al tomar la palabra, Salvador expresaría:

> No hemos venido a este Congreso a demandar aumentos de salario o reducción de jornadas. Hemos venido a reconocer que la tarea fundamental del trabajador es apoyar la Revolución, consolidarla e impulsarla… Hemos venido a propagar que los trabajadores aporten el cuatro por ciento de sus salarios a partir del primero de enero, para ayudar a la industrialización del país (Quevedo, Bajo la bandera..., 1959, pág. 60).

Y el líder sindical recomendaría organizar pelotones de obreros y obreras en todos los centros de trabajo; y propondría, además, que los obreros construyesen las viviendas de los "hermanos campesinos" así fuese preciso trabajar sábados y domingos. Finalmente, Salvador pediría reflejar en el informe un voto de condena contra el gobierno norteamericano por su política hacia Cuba (Rodríguez, Voto..., 1959). Raúl Castro, tomando la palabra, criticaría las agencias de noticias extranjeras y al diario *Prensa Libre*, advirtiendo que continuarían "sacudiendo la mata", frase popular que alentaba al comandante en jefe a deshacerse de los "frutos podridos" del árbol revolucionario[47] (Rivero J. I., Inaugurado anoche..., 1959).

Abrirles fuego a las agencias noticiosas (norteamericanas) y a su uso por parte de la prensa nacional, también formaba parte de la guerra mediática del M-26-7. Días antes del Congreso Obrero, *Revolución* criticaba a *Información* y a *El Crisol* por escudarse detrás de las agencias cablegráficas para expresar sus puntos de vista contrarrevolucionarios y, así, día a día le daban cabida a cuanta mentira, canallada o calumnia que se escribiese contra Cuba en Estados Unidos (Fernández Cuenca, 2016).

[47] Dicha en modo imperativo: «¡Fidel, sacude la mata!», esta frase, nacida del pueblo cubano, sería muy utilizada por el comentarista radial José Pardo Llada.

La intervención de Fidel Castro ante los sindicalistas, como la de su hermano menor, si bien más extensa, siguió idéntica estrategia. Diría que las mismas plumas que estaban contra la Revolución estaban al servicio de los grandes intereses enemigos:

> Y los muy desvergonzados, son ellos los que vienen a pregonar aquí los cables que se hacen en el extranjero, los "clisés" que se fabrican en el extranjero contra nuestra Revolución, las mentiras que se inventan en el extranjero contra nuestra Revolución, los que pregonan la prédica de los enemigos foráneos de la patria y del pueblo cubano.
>
> […]
>
> Se pasan hablando en los editoriales de libertad de expresión, mientras les niegan a los periodistas el derecho a emitir libremente su opinión en un órgano donde trabajan muchos, donde trabajan 200 y trabajan 300 y solamente uno tiene derecho a escribir y hablar. A eso le llaman democracia (Castro, X Congreso de la CTC, 1959).

De la versión taquigráfica del discurso, se infiere, además, que, a la hora de conformar la candidatura del ejecutivo obrero y violando los principios democráticos sindicales, la voz cantante la llevó todo el tiempo Fidel Castro quien propuso el voto de confianza a David Salvador, hombre fuerte del M-26-7, para que eligiese a los candidatos.

De cualquier manera, dado que ya desde el mismo 1ro de enero, la tropa de Castro (su movimiento-ejército) constituía el núcleo del nuevo estado y de los sindicatos, el control vertical de la organización proletaria, al estilo militar, la despojaba del carácter democrático que, por ejemplo, sí habían tenido los soviets de la Revolución Rusa (Ramírez, 2016). Los obreros, en lo adelante, responderían a una cadena ordeno-mando donde en lo más alto estaba el Primer Ministro. No podría negarse que la Revolución, sí, contaba con el apoyo popular, pero que los trabajadores apoyaran, no era lo mismo que decidiesen, impusiesen su dictadura de clase o gobernasen por medio de sus propios órganos de mando, porque, una cosa es apoyar, y otra muy distinta, decidir, ejercer el poder (Ramírez, 2016).

No era de extrañarse, pues, que hasta los líderes obreros se comportasen como meros vasallos del ejecutivo gubernamental y que hasta con palabras del premier justificasen sus actos sindicales. Por ejemplo, en su intervención después de recibir el voto de confianza, David Salvador diría:

> Voy, como dijo el compañero Fidel, con el bisturí a la cura del movimiento sindical cubano. Nada de paños calientes, ni de curitas de mercurio cromo. Yo espero que mañana me apoyen también cuando se esté produciendo la operación que hay que producir aquí (Rodríguez, Otorgado el voto..., 1959, págs. 4, 7).

No hay pruebas de que los comunistas fueran conscientes de que la burocracia rebelde había confiscado también la iniciativa proletaria, de que los obreros, ya desde el mismo enero de 1959, se habían transformado en meros peones del gobierno. No hay pruebas de que los comunistas, más que un modelo socialista puro, pretendiesen o se contentasen con un estalinismo criollo. Lo cierto es que la adulteración del movimiento sindical, una verdad más grande que un castillo, sería disimulada por los militantes del PSP una y otra vez, y ellos mismos no sólo se encargarían de consagrar los amplios poderes de Castro para soslayar y hasta negar la independencia del movimiento obrero, sino que se convertirían en aliados y actores de la burocracia rebelde.

En esa primera etapa de la Revolución, el movimiento-ejército de Castro, desideologizado todavía, era suficiente para ejercer el control social a través de las masas trabajadoras, pero, al parecer, tomaba con cautela una alianza abierta con los comunistas. Tenía sentido entonces que, no sin quejarse, los del PSP quedasen apartados de la dirección de los sindicatos. El CNDD[48], dirigido por Ursinio Rojas, tan temprano como en enero, en misiva dirigida a David Salvador, había reprochado a la Sección Obrera del 26 de Julio que, sin consultarlo democráticamente, hubiese formado el Comité Provisional de la Dirección de la CTC. En este Comité, por supuesto, todos los integrantes eran del M-26-7. Los

[48] El Comité Nacional por la Defensa de las Demandas Obreras y la Democratización era una organización sindical fundada por los comunistas.

comunistas, elevando también su plañido al presidente Urrutia y a Fidel Castro, expresaron su preocupación por lo que estaba ocurriendo, que negaba la democracia sindical y reeditaba el repudiado método de, sin contar con los obreros, designar dirigentes desde arriba. Los comunistas, invocando las palabras y deseos del caudillo, sólo estaban interesados en la unidad, en la reconstrucción democrática del movimiento sindical y en la victoria de la Revolución (Rodríguez, Abrir brechas..., 1959).

En el X Congreso no les fue mejor a las huestes del PSP en la cacería de puestos directivos. «Luego de una intensa pugna originada por el empecinamiento con que David Salvador» y algunos de sus compañeros quisieron imponer candidatos comunistas para el ejecutivo, prevaleció la tesis de la mayoría de las Federaciones de Industria de excluirlos (Rivero J. I., Hay..., 1959). Aunque casi todos los integrantes del 26 de Julio, bajo el lema: «Humanismo Verde Olivo Revolucionario», fuesen partidarios de una candidatura sin rojos, una pequeña facción[49] de este movimiento abogaría por un «pacto de unidad» con ellos (Rivero J. I., Clausurada..., 1959).

El sindicato del Partido Auténtico también se opondría a que el PSP tomase posiciones en el ejecutivo sindical; sus delegados alegarían que no admitirían ser gobernados por ningún imperialismo, «ni el de Washington ni el de Moscú», y en pleno Congreso habían alertado que cualquier pacto que se hiciese con los rojos sería peligroso para la soberanía que tanta sangre había costado; aceptarlos sería preparar el dogal que asfixiaría a la Patria (Rivero J. I., Pactar..., 1959).

Volviendo a la intervención de Castro, debería añadirse que esta fue un llamado, más que a unificarse, a estandarizarse articuladamente en pelotones, batallones, al servicio de la Revolución. Algo que no era más que las milicias obreras, ya propuestas en la concentración del 26 de octubre y que, una vez más, traía a la

[49] A este grupo del M-26-7 le habían puesto como mote los "melones", nombre que en Cuba se la da a la sandía, verdes por fuera y rojos por dentro, en alusión a su condición de esconder sus ideas marxistas.

memoria otras fuerzas paramilitares: los camisas negras del fascismo italiano, los camisas pardas del nazismo y, la primera de todas, las milicias obreras que bajo decreto formaron los bolcheviques el 10 de noviembre de 1917. Castro llamó a purificar, moralizar y fortalecer la CTC para poder contar con ella a la hora de enfrentarse a los poderosos enemigos y advirtió el negro destino que, de caer la Revolución, les aguardaría a todos, clase obrera incluida:

> Todos recordamos la revolución de los esclavos de Roma, que cuando los sublevados fueron derrotados los caminos que conducen a Roma fueron alumbrados con las hogueras de los cadáveres de los vencidos.
>
> Esta es una revolución generosa, pero si la revolución fuera vencida no habría que esperar generosidad cuando los bárbaros tomaran de nuevo el poder.
>
> Que no se crea en términos medios, porque si se pierde la revolución no habrá términos medios (Rodríguez, Otorgado el voto..., 1959).

El asunto de la libertad de prensa seguía siendo la piedra en la bota del rebelde mayor; la idea de irle para arriba con el hacha en la mano y extirparla definitivamente estaba a la vuelta de la esquina. En tanto, las próximas víctimas, como si existiese un futuro y la salvación fuera posible, se defendían. *La Marina* lamentaría el asedio verbal del premier y las demostraciones agresivas, insultos y amenazas que, motivados por tal proceder, se sucedían contra ella en varias ciudades y poblados del país. Además, denunciaría el boicot económico del que estaban siendo víctimas, las amenazas a los lectores, a los anunciantes, con el propósito, declarado públicamente por inductores y ejecutores de esa campaña adversa, de matar a *La Marina* "por anemia". Se fingía respetar la libertad de prensa al tiempo que se atentaba, por medios oblicuos, borrar la existencia de un periódico más que centenario. Sólo por haber ejercido el derecho de opinión y de crítica, *La Marina* se veía duramente atacada por el premier, lo mismo en la tribuna pública que en la televisión y la radio:

> Hay muchas maneras de mediatizar la libertad de prensa y hasta de suprimirla. Una de ellas es la que acabamos de mencionar. Se pretende asfixiar económicamente al

> DIARIO, colocar contra él a ciertos elementos exaltados de la población y sustituir a este periódico independiente por un órgano oficial más… (Rivero J. I., Ante la agresión..., 1959, pág. 1A).

El decano de la prensa cubana dejaría bien claro que estaba con la Revolución si ello significaba libertad, democracia, justicia social y colaboración de clases, reguladas por el Estado en nombre del bien común; y contra ella, si por Revolución se entendía:

> …la abolición de la propiedad privada y la colectivización de los medios de producción, la muerte de la libertad, la dictadura por la fuerza, del desdén absoluto por la libertad mayoritaria de la nación, el odio de clases, el hacer causa común con las fuerza totalitarias rojas y la utilización de Cuba como una quinta columna encargada de crear a las fuerzas de la democracia los conflictos peores para dividir y debilitar la unión de los pueblos llamados a librar al mundo de la noche roja (Rivero J. I., El Diario..., 1959, pág. 1A).

Prensa Libre llamaría a los redactores oficialistas escoria que había sobrenadado entre las blancas espumas de la Revolución, «pseudorrevolucionarios que no pelearon en ningún frente, que no arriesgaron nada y que en la hora de la victoria emergieron airados y procaces, para desatar toda la violencia que no emplearon en la guerra», y en sus palabras *Prensa Libre* se erguía, avalada por haber estado, cuando Batista, en la primera línea de combate de la trinchera periodística. Presumía de que sus redactores habían sido encarcelados, golpeados, amenazados, llevados a los tenebrosos calabozos de los Servicios de Inteligencia Militar (SIM). *Prensa Libre* afirmaba estar con la Revolución, pero con la de la honestidad, la justicia social, la afirmación de la soberanía, la de la consolidación de las libertades —entre ellas la libertad de expresión— y de la democracia; de modo que los ataques virulentos de los auto-titulados órganos gubernamentales —esbirros sin que nadie se los pidiera— ni la asustaría ni la callaría, que ya en tratar con ellos tenía experiencia (Fernández Cuenca, 2016).

El 20 de noviembre, *Combate*, órgano oficial del Directorio Revolucionario[50], a través de una carta abierta: «La conspiración de la prensa», conminaba a sus homólogos pro-fidelistas a formar un frente común contra la «cruzada de los reaccionarios» (Padrón, 2015). El PSP respondería al clamor el 24 de noviembre, diciendo que *Avance*, el *Diario de la Marina* y *Prensa Libre*, «al amparo de una ilimitada libertad de prensa», cuya existencia negaban, habían reabierto una campaña de agitación y propaganda reaccionaria que se coordinaba con las de la SIP[51], las agencias imperialistas de noticias y los libelos antirrevolucionarios. Tachando al *Diario de la Marina*, una vez más, de reaccionario y anticubano —ayer con el yugo español, hoy con el neo-anexionismo y el plattismo—, decían que el gobierno revolucionario no fingía —como aseguraba *La Marina*— respetar la libertad de prensa, sino que la respetaba en medida exagerada:

> La libertad de prensa que defiende el *Diario de la Marina*, es la libertad de los reaccionarios, de los enemigos de la revolución, de hacer impunemente propaganda contra ésta y de negarle a los revolucionarios la libertad de contestarles (Roca, El "Diario...", 1959, pág. 1).

Revolución, el principal órgano del Gobierno, alabardero de Castro, se sumaría al clamor con varios artículos contra el *Diario de la Marina*, especialmente en su sección, escrita bajo seudónimo, «Al Pan, Pan y al Vino, Vino» (Fernández Cuenca, 2016). El periódico de Carlos Franqui también sostendría un cáustico contrapunteo con el de los Carbó: *Prensa Libre*. El segundo defendería, como era de esperarse, el derecho a la oposición pues consideraba que:

> Sería absurdo esperar que todos ofrecieran su incondicional respaldo y acatamiento a todas y cada una de las medidas oficiales, por muy revolucionarias y justas que estas puedan ser (Carbó U., 1959, pág. 1).

---

[50] El Directorio Revolucionario 13 de marzo, fundado el 24 de febrero de 1956 como Directorio Revolucionario por José Antonio Echeverría, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, era dentro de la Revolución, después del Movimiento 26 de Julio, la segunda fuerza guerrillera en importancia.

[51] La Sociedad Interamericana de Prensa, es una asociación de propietarios, editores y directores de diarios, periódicos y agencias informativas de América. Los integrantes de la SIP representan más de 1300 periódicos y revistas.

Prensa Libre manifestaba que la «contradicción, la pugnacidad, el albedrío» deberían florecer donde quiera que viviesen los hombres libres, por eso en Cuba tenía que haber oposición y merecer el respeto de los gobernantes revolucionarios:

> No acusen de "trujillistas" ni de "rosablanqueros[52]" ni de "criminales de guerra" a todos los cubanos que pretendan discrepar, como si ello fuera un delito infamante. No sean torpes. Permitan que se canalice el sentimiento oposicionista, bien sea este débil o poderoso. Que en definitiva la Revolución que tanto pretenden defender podrá seguir adelante, aun teniendo enfrente a esta categoría de contrincantes (Carbó U., 1959, pág. 2).

Los redactores de *Revolución* responderían con la misma retórica que a lo largo del proceso revolucionario había servido y serviría en lo adelante para intimidar disidentes y cohibir a creadores artísticos. Dos frases, las utilizadas para encabezar editoriales, serían elocuentes: «Oposición es contrarrevolución» y, el clásico dilema sin matices que venía rodando desde los tiempos de la Revolución Francesa, «Revolución o contrarrevolución» (Fernández Cuenca, 2016). Humberto Medrano firmaría un largo artículo en el que reiteraría su comunión con las leyes revolucionarias, lo justo de apoyarlas:

> …todos lo que no teníamos vínculos con un pasado bochornoso, ni intereses espurios, ni bienes mal habidos que proteger, estuvimos y seguimos estando al lado de la implantación de esas medidas reivindicadoras (Medrano, Lo que se debate, 1959, pág. 1).

Pero, lamentaba Medrano, que ciertos voceros oficialistas, tomando el rábano revolucionario por las hojas del servilismo, hubiesen empezado a lanzar improperios a todo el que se atrevía a oponer un reparo. Eso sí que no estaba bien:

[52] Se refiere a los integrantes de la organización La Rosa Blanca, fundada para combatir el régimen de Castro en enero del 1959, bajo la orientación y dirección del doctor Rafael Díaz-Balart, excompañero de estudios y hermano de la primera esposa de Fidel Castro.

> Porque entre los derechos que la revolución estaba obligada a restaurar se encuentra el derecho de todo ciudadano a expresar sus opiniones y a decir, dentro del marco indispensable del respeto a los funcionarios y del respeto a las leyes, lo que creyera conveniente. En una palabra: el sagrado derecho a discrepar.
>
> Porque sin ese derecho no existe la democracia, ni existe la libertad.
>
> Y por ese camino no se va a ninguna parte. O mejor dicho, se va derecho a la dictadura
>
> […]
>
> La política interna del gobierno revolucionario, su política exterior y la conducta pública de los propios gobernantes son susceptibles también de errores y equivocaciones. Y es preciso que se permita hablar de ellos, discutir serenamente sobre ellos, para rectificarlas o ratificarlas según se pruebe que existe o no razón al impugnarlas (Medrano, Lo que se debate, 1959, pág. 10).

Carlos Franqui, eco caligráfico de los Castro, se mantendría en sus trece y, a la diáfana exposición de *Prensa Libre*, antepondría jacobinamente la letanía de su disyuntiva, quien no aceptase la Revolución representaba la antítesis: Contrarrevolución (Fernández Cuenca, 2016).

En cuanto a Hubert Matos y demás oficiales involucrados en la renuncia masiva en Camagüey; sometido a juicio el 11 diciembre, el proceso en su contra sería monopolizado por Fidel Castro. El tribunal militar, el fiscal y hasta los funcionarios a cargo de las tareas auxiliares, habían sido seleccionados por él (Matos, 2002).

Durante el proceso, el premier cubano, testigo acusador —con vía libre para hacer, decir y tomarse cuanto tiempo quisiera—, se encargó, primero, como seguiría haciendo en el futuro con otros defenestrados, de relativizar los méritos militares de Matos, de recordar viejas rencillas entre él y el acusado, viejas insubordinaciones, y de resaltar con interminables recuentos históricos su valía, la de Fidel. También en aquella ocasión atacaría a la prensa, aconsejando agarrar por los cuernos «el truquito del comunismo», el fantasma recurrido para hacerle el juego al enemigo:

> …y vamos aquí a desenmascarar el argumento, porque basta ya, que es una postura muy cómoda venir a pararse aquí a acusar de comunista a la Revolución para que mañana todos los cables de la UPI, de la AP y el periódico *Avance* y el *Diario de la Marina* y toda la prensa contrarrevolucionaria se dedique a rodar por Cuba y a rodar por el mundo la versión, para buscar como buscan reacciones del mundo, la ayuda del extranjero... (Y la luz se hizo, 1960, pág. 41)

[…]

> No tienen derecho a acusar de comunista a la Revolución, primero porque no se le puede llamar, científica ni teóricamente una revolución comunista; segundo, porque es un acto contra los intereses de la Patria, es un llamado al extranjero contra la Patria… (Y la luz se hizo, 1960, pág. 47)

La única acusación sostenible que pesaba sobre Matos y el resto de los oficiales había sido la de haber sugerido, carta mediante, que la Revolución estaba siguiendo el camino del comunismo; verdades que Castro negaría una y otra vez hasta el cansancio. Sólo, gracias a la brillantez de los abogados defensores, que demostrarían la ausencia de pruebas de algo más grave (una conspiración, un motín, un alzamiento en armas), los acusados consiguieron librarse del pelotón de fusilamiento, pero, aun así, no sería suficiente para quedar impunes. Hubert Matos descontaría, hasta el último día, una larga pena de veinte años de cárcel.

En *Lunes de Revolución*, suplemento cultural de *Revolución* y dirigido Guillermo Cabrera Infante, el 14 de diciembre, rubricado por Gregorio Ortega, militante del PSP y futuro director del Noticiero Nacional, saldría un artículo de tres páginas y a cinco columnas con copias fotostáticas incluidas, que retomaba el enfoque con el que *Hoy* arremetía contra *La Marina*. Ortega iniciaba diciendo:

> En «Carta sin sobre» dirigida a Fidel Castro, el director del «Diario de la Marina», José I. Rivero, se refiere a los «principios» que siempre ha sostenido ese periódico, a lo que siempre ha representado «ideológicamente en nuestra sociedad».
>
> Nos consideramos obligados con nuestro pueblo a esclarecer cuáles son esos «principios», cuál ha sido esa «representación ideológica» (Ortega, 1959).

Después de tal introducción, el autor le pasa factura histórica a *La Marina* que, por supuesto, buena parte de ella, debe pagar su director José Ignacio Rivero, alias Pepinillo, aun cuando se trate de hechos anteriores a su nacimiento. Entonces con las tachas de su abuelo Nicolás y de su homónimo padre —desgracia que aprovecha Ortega— debe cargar el director de *La Marina*: público admirador de Franco, Mussolini y Hitler, opositor de la huelga de 1935, injuriador de próceres y mártires. De tales pecados —si así cupiera llamarse— Pepinillo sólo había cometido unos pocos: haber publicado un artículo, firmado por Gastón Vaquero, en el que se decía que el golpe de Batista era un bien, el haber callado el asesinato y la tortura de los asaltantes del Moncada y, en cambio, haber condenado el ataque al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957. Después de adjuntarle un currículo, enriquecido con los méritos de sus parientes a Pepinillo, Ortega concluía de *La Marina*:

> Ya sabemos que ha representado ideológicamente: la esclavitud colonial, el terror de los voluntarios, el fascismo, la tiranía. ¿Quién puede extrañarse con semejante historia, de la cual se confiesa fiel continuadora, que hoy sea el vocero de la más negra contrarrevolución?
>
> Si hoy ataca al Gobierno Revolucionario, sólo puede deberse a que el Gobierno encabezado por Fidel Castro expresa los más profundos intereses nacionales.
>
> ¡Grave sería que lo defendiera! (Ortega, 1959, pág. 10)

El 20 de diciembre, durante la asamblea de empleados del comercio celebrada en el teatro Blanquita, donde estarían presentes Fidel Castro, Carlos Franqui y Augusto Martínez Sánchez, entre otros. El Secretario General de la CTC, David Salvador amenazaría con confiscar y hasta fusilar a los periodistas que no se alineasen con la Revolución (Carbó S. , Confiamos en los cubanos..., 1959). Salvador no hacía más que intimidar al estilo habitual del M-26-7 y —como más adelante veremos— su líder máximo.

La sucesión de eventos y, sobre todo, de criterios revolucionarios, demuestran con nitidez que entre el M-26-7, los sindicatos y el Premier, existía una misma y coordinada línea propagandística. Así que no es sorprendente que Carlos Franqui ya hubiese escrito en *Revolución* que el deber de todos era evitar el derramamiento de sangre, pero si eso llegara a ocurrir, los responsables, materiales e intelectuales, directos e indirectos, serían castigados con el paredón (Fernández Cuenca, 2016).

Regresando a la asamblea de trabajadores del comercio, en su intervención Fidel Castro anunciaría que habría de dictarse una ley para confiscar las propiedades de los contrarrevolucionarios y, efectivamente, dos días después, modificando una vez más el artículo 24 de la Ley Constitucional, la confiscación de bienes también se extendió a personas sancionadas por el delito de contrarrevolución (Rivero J. I., 1959). Poco a poco, ley a ley y con sólidos muros de intimidación se estrechaba el cerco tendido a la prensa independiente y discrepante.

Los embates de los órganos oficialistas volverían a combinarse con la acción de quienes ellos representaban. A finales de diciembre, en un acto presidido por un funcionario gubernamental del M-26-7 y militantes del PSP, se celebraría el sepelio simbólico de los "libelos contrarrevolucionarios" nacionales y dos revistas norteamericanas: *Time* y *Life*. Se simularía un cortejo fúnebre que, agrupando alrededor de cinco mil personas, desfilaría por las calles de San Antonio de los Baños, acompañados por la banda municipal y hasta por una conga fúnebre mientras se gritaban consignas contra redactores y directores. Este sería un hecho revelador, pues, mostraría abiertamente la coordinación entre comunistas y funcionarios del M-26-7 (Rodríguez, El sepelio..., 1959). No sin sorpresa, tal detalle lo advertirían los aludidos en el ataque:

> Es decir, que el Comisionado del 26 y el "comisario" del PSP (…) Se unieron, se asociaron para un entierro. Para matar la libertad de expresión, colocarla en un sarcófago, y enterrarla simbólicamente. ¡Enterradores que son!
>
> Pero lo más importante es esa unión. Esa sociedad.

> Razón tenía quien afirmaba que no había infiltración comunista en el gobierno. Eso es un infundio y además echan muchos años por decirlo.
>
> Lo que hay es que algunos funcionarios se unen, se asocian con los comunistas para algunos menesteres "patrióticos" como es el de enterrar la libertad de prensa. Véase pues, que no hay infiltración. Lo que hay en algunos casos es acuerdo, coordinación, asociación, que no es lo mismo ni se escribe igual (Carbó S., Comunistas vs Prensa Libre, 1959, págs. 1, 9).

Justificando este proceder y respondiendo a la denuncia de *Prensa Libre*, los artífices del entierro alegarían que, dado que la libertad a la que se refería *Prensa Libre* era la de «los intereses y monopolios extranjeros» que manipulaban «enormes rotativos de prensa y estaciones de radio y agencias cablegráficas como la UP», frente a tal falsa libertad de los «señores reaccionarios», el pueblo tenía derecho a defenderse (Rodríguez, La Revolución vs Panza Libre, 1959). El *Diario de la Marina* también reaccionaría contra el metafórico sepelio:

> Este edificante espectáculo, prueba inequívoca del respeto a la libertad de expresión, lleva el cuño característico de los procedimientos totalitarios. Primero se mata en efigie, simbólicamente, para ir preparando a las masas, para que no se impresionen por ningún acto de barbarie. Luego se mata de veras y se tiran los cadáveres en cualquier zanja. Es la moral macabra del odio, de la destrucción (Rivero J. I., Nuevo método, 1959, pág. 1A).

De tales temores, Carlos Rafael Rodríguez, con más cinismo que argumentos, se burlaría, delatando, tras el regocijo de veterano camaján, que tenía muy buenas cartas en la mano:

> La decrépita está erizada (…), observa que la cosa se pone fea (…) Una cosa tan inocente como la de que los hombres de San Antonio le muestren su repulsa mediante un entierro simbólico, la molesta y la mueve a hacer un editorial destacado de primera página (Rodríguez, La marina en el erizo, 1959, pág. 1).

El sábado 26 de diciembre se les asestaría el mazazo definitivo a las voces discordantes. En sintonía con la idea barajada por el Comandante en Jefe en el

Congreso Obrero y demostrando la perfecta simbiosis Gobierno-Sindicato, la Junta de Gobierno del Colegio Provincial de Periodistas de La Habana, así como los obreros gráficos y locutores acordarían añadir notas aclaratorias a las informaciones cablegráficas que manifestasen «datos falsos o insidiosos encaminados a dañar el prestigio de la Revolución o lesionar los intereses de la nación». El texto del acuerdo sindical —más tarde bautizado por *Prensa Libre* como "coletilla"—, que se agregaría al final de tales despachos, con ligeros cambios de acuerdo con las distintas situaciones, rezaría:

> ACLARACIÓN: Este cable se publica por voluntad de esta empresa periodística, en uso legítimo de la libertad de prensa existente en Cuba, pero los periodistas y obreros gráficos (o locutores) de este centro de trabajo expresan, también en uso de ese derecho, que lo contenido en el mismo no se ajusta a la verdad ni a la más elemental ética periodística (Rodríguez, Refutan periodistas, 1959, págs. 1, 4).

En un intento desesperado de encontrar coro a la sensatez y sin considerarlo un acto "contrarrevolucionario", *La Marina* llamaría a las urnas el 27 de diciembre, haciendo notar que, si la Revolución se había hecho para recuperar la democracia como sistema de libertad y de soberanía popular, lo lógico y deseable sería conseguirlo por la vía del sufragio universal, porque la única fuente de derecho legítima era, emanado de la urna libre, el consentimiento expreso y mayoritario del pueblo. La urna debería decir la última palabra y mientras no hablase, cada grupo podría considerarse con igual derecho a gobernar. Cuando la urna hubiese hablado, entonces sí habría que acatar su fallo inapelable:

> Basta que en una sociedad haya un solo discrepante para que sea ineludible oír a ese discrepante y darle la oportunidad de que intervenga en la cosa pública por medio del voto (Rivero J. I., Por una democracia..., 1959, pág. 1A).

Una petición de tal género, a tales alturas del juego político, parecería, más que ingenuo, chistoso. El propio Fidel Castro en la primavera de ese mismo año lo había dejado bien claro:

> Cuando un día en una entrevista de prensa me preguntaron por qué no dábamos unas elecciones inmediatas, dije, entre otras razones, que el pueblo no estaba interesado en elecciones (Castro, La Habana, 8 de mayo de 1959).

De modo que no sería una novedad que apenas un día después del llamado de *La Marina*, el 28 de diciembre, como zanjando el asunto, el presidente Osvaldo Dorticós, en aparición televisiva, diese a entender que la Constitución de 1940 había quedado obsoleta y que, sí, había «respondido a imperativos históricos y sociales del momento en que se produjo», pero «muchas de sus pragmáticas» no respondían al proceso revolucionario, por lo que había que «ajustarla a él» y, bueno, se estaba trabajando en eso. Dorticós remataría su intervención diciendo:

> No cuadra en este momento hablar de la celebración de una Asamblea Constituyente, como paso previo a la celebración de elecciones; ni tampoco a fecha determinada para la celebración de elecciones. Mientras la Revolución no cumpla a plenitud sus proyecciones bajo la orientación del Dr. Fidel Castro, no es posible determinar nada a dicho respecto (Carbó S. , Revolución y elecciones, 1959, pág. 7).

Blas Roca, Primer Secretario del PSP, disminuiría la relevancia del sufragio, declarándolo parte de las democracias mediatizadas, semi-coloniales, latifundistas y burguesas. Según el viejo lobo del comunismo criollo, el sufragio era un medio, y sólo un medio, de la democracia, de la que había de muchos tipos: la soviética, la china y, claro, la de la revolución cubana. El dilema entre democracia y totalitarismo, para Roca, era falso; la verdadera disyuntiva era escoger entre revolución y contrarrevolución (Roca, "La Marina...", 1959). Similar disyuntiva, cerrando líneas, presentaría la mímesis de Fidel Castro, el periódico *Revolución* de Carlos Franqui.

El 15 de enero, un día antes de que empezaran imprimirse los primeros ejemplares calimbados por las incómodas coletillas, *La Marina* lanzaría estocadas directas a los del martillo y la hoz con una serie de editoriales propias de la coyuntura histórica. En ellos sostendría que la restauración democrática irritaba a los marxistas cuya

estrategia no era electoral sino «insidiosa, de infiltración, de zapa»; donde había sufragio el comunismo se sabía derrotado de antemano, por eso trataban de descalificar a quien lo propusiese y colgarle el sambenito de "contrarrevolucionario", o recurrían a los lugares comunes de siempre: la "democracia burguesa", el "liberalismo romántico", el "imperialismo yanqui"; para los comunistas la única democracia eran la rusa y la china, la del partido único y las urnas cerradas (Rivero J. I., Democracia sí; comunismo, no, 1960). Por el tipo de mensaje, se deduce que en enero de 1960 el periodismo disidente no consideraba todavía un hecho irreversible la prevalencia de la línea comunista en las fuerzas revolucionarias:

> Nosotros sabemos muy bien que el "26 de Julio" es verde olivo, color de la esperanza, y el comunismo es rojo, color de la sangre. Pero sabemos también, porque saltan a la vista, los esfuerzos que el comunismo hace por teñir con su ideología exótica la ideología cubana, sanamente nacionalista, de los hombres del "26" (Rivero J. I., Sacrificarse por Cuba, sí; por Moscú, no, 1960).

Veían el comunismo como algo todavía reptante, a la sombra, hábil para aprovecharse de la izquierda radical, fingiendo lealtad al empeño democrático, pero sin dejar de trabajar por la imposición de su causa:

> Quieren dictadura como la que existe detrás de la Cortina de Hierro y la sustitución del sufragio por los actos de calle y los mítines de masas. Este es el procedimiento típicamente totalitario.
>
> […]
>
> Hablan de soberanía nacional; pero tampoco sienten este concepto, pues lo que desean es que Cuba sea un satélite más de la Unión Soviética (Rivero J. I., Sacrificarse por Cuba, sí; por Moscú, no, 1960, pág. 1A)

Blas Roca, echando mano a su disco rayado, definiría el llamado a elecciones inmediatas como un truco demasiado evidente, una bandera que sólo servía al imperialismo yanqui, a la contrarrevolución y a los *plattistas*. Repetiría que la

oposición al comunismo, en realidad, era un dardo disparado contra la Revolución, contra Fidel y los líderes revolucionarios (Roca, Sobre la agitación..., 1960).

Las coletillas no fueron aceptadas con tranquilidad por parte de los sufrientes que, en vano, se mancomunaron en la protesta, considerándola un atentado a la libertad de prensa. De aquel certero golpe, Fidel Castro, su autor intelectual, saldría limpio; serían los obreros, como en tantas ocasiones de la Revolución, quienes se mancharían las manos. Las llamadas Comisiones por la Libertad de Prensa harían el trabajo sucio. Todavía hoy, la literatura oficial revolucionaria considera este acto de coacción, ordenado por el Gobierno y ejecutado a través de la cadena ordeno-mando del M-26-7, como una actuación espontánea de las masas trabajadoras. La cronología de los hechos y más de una coincidencia, deja bien esclarecido que aquellos actos, como tantos otros, fueron, más que alentados, orquestados por el poder político.

El 16 de febrero comienzan las coletillas a fastidiar. El periódico *Información* sería el primero en quejarse y, sin resultado alguno, proceder a denunciar el hecho ante la policía. La Dirección de *Información*, en ejercicio de sus funciones, había dispuesto la publicación de dos cables, uno de la *United Press International* (UPI) y otro remitido por la *Associated Press* (AP), pero el personal de redacción y talleres decidió, en contra de lo dispuesto por la Dirección, publicar el periódico "bajo su responsabilidad" con los cables y la "aclaración" anexa. A cierto punto, cuando la Dirección amenazó con dejar el espacio en blanco acompañado de la aclaración, los obreros igual se opusieron alegando que si el periódico salía así —con el espacio en blanco— daría pie a los enemigos del Gobierno Revolucionario a decir que en Cuba había censura de prensa (Rivero J. I., Protesta la prensa..., 1960).

El resto de los periódicos se solidarizaron con *Información*. *El País* lo consideraría un caso insólito, denunciable, no ya ante los funcionarios policiales de turno, sino ante las más altas autoridades nacionales y ante la opinión pública, porque constituía un precedente funesto para el periodismo nacional y una violación indiscutible de la libertad de información. El editorial de *El País* sostenía que una cosa era la

responsabilidad que implicaba un artículo o criterio cualquiera, viniese de donde viniese, y otra bien distinta que se evaluase, antes de su publicación, por personas ajenas a los responsables de su publicación. Para Jorge Zayas de *Avance*, lo que estaba sucediendo no era más que un nuevo paso hacia la meta solapada del gobierno de privar a la prensa de la Libertad de Expresión, algo que se había iniciado desde principios del 1959 cuando el doctor Castro había anunciado que no utilizaría bajo ningún concepto la censura, dejando implícito, por lo tanto, que emplearía otros métodos, los cuales, en efecto, se habían manifestado a través del tiempo: coacción a los anunciantes, difamación, competencia desleal, amplios subsidios a la prensa oficial, cancelación de los anuncios oficiales a los periódicos independientes, encarcelamiento y expulsión de corresponsales extranjeros, privilegios en la distribución de noticias, amenazas de confiscación y fusilamiento, y la modificación de la Constitución para autorizar penas de seis hasta dieciocho años a quienes publicasen noticias "contrarrevolucionarias". A pesar de ello, Zayas, sin otra alternativa, le pedía al señor Primer Ministro del Gobierno que hiciese cumplir a la insubordinada empleomanía del colega *Información* las leyes de la República, aclarando que *Avance* no aceptaría, en manera alguna, la adición de la coletilla a los cables que publicase: «no saldremos a la calle con aclaración impertinente alguna» (Rivero J. I., Protesta la prensa..., 1960).

Prensa Libre y el *Crisol* se sumarían a la protesta. Como era de esperar Fidel Castro no sólo hizo oídos sordos a la petición de Zayas, sino que inmediatamente arreció la presión al ampliar el "nuevo estilo" de censura al de los editoriales (Rivero, Ampliado..., 1960). Órdenes eran órdenes, parecía leerse en los labios de los obreros que ponían en práctica este procedimiento sin precedentes. Un ejemplo de la inflexibilidad del sindicato, se echa a ver, por ejemplo, en el artículo en el que *La Marina* denunciaba esta situación, el cual —como si una no bastase— saldría publicado con tres aclaraciones, dos de los trabajadores, una de la Dirección:

> ACLARACIÓN: Esta información se publica por voluntad de esta empresa periodística, en uso legítimo de la libertad de prensa existente en Cuba, pero los periodistas y obreros gráficos de este centro de trabajo expresan, también en uso

de ese derecho, que lo contenido en la misma no se ajusta a la verdad ni a la más elemental ética periodística.

N. de la D. La "aclaración" que aparece en distintos cables y editoriales de esta edición, ha sido impuesta en la madrugada de hoy en contra de la voluntad de la empresa editora, ampliando a los editoriales del periódico el "nuevo estilo" de censura acordada para la información cablegráfica. Tenemos fe en que el lector sabrá juzgar.

ACLARACIÓN: Esta nota de la Redacción del DIARIO DE LA MARINA, que se publica conforme a la amplia libertad de prensa existente en Cuba, contiene en realidad lo contrario de lo que expresa. Si se tratara de censura impuesta, esta nota aclaratoria no se publicaría. Los periodistas y obreros estamos de acuerdo con que las empresas publiquen —como lo hace este periódico— lo que estimen oportuno, pero queremos que el pueblo conozca que nosotros no somos los responsables de esta política editorial (Rivero, Ampliado..., 1960, pág. 1A).

Las coletillas impuestas por las Comisiones por la Libertad de Prensa, con su sola presencia probaban que eran ellas las que negaban lo que decían defender, pues, a la vez que buscaban suprimir las opiniones discordantes, demostraban que el gobierno revolucionario, con el sindicato como testaferro, tenía "la sartén por el mango". Así, una parte significativa del proletariado, comportándose como un ejército censor y represor, cooperaba en aniquilar a quienes el gobierno consideraba meros obstáculos, e igual contribuía, maquinalmente, a la poda de sus propias alas como bien sostendrían algunos periodistas:

Ante la nueva modalidad de la censura de prensa que se pretende establecer, no por los organismos responsables del gobierno, no por un Poder Ejecutivo receloso, no por un consejo de ministros revolucionario, no por un congreso elegido por el pueblo, no ateniéndose a normas constitucionales ni legales, no debida a la presión de fuerzas represivas, sino, triste es confesarlo, a los propios periodistas, a los que hacen los periódicos independientes y libres, el DIARIO DE LA MARINA, decano de la prensa de Cuba, consecuente con sus principios, protesta ante el país entero, que no podrá explicarse nunca cómo aquéllos que son vigilantes y practicantes de

> la libertad de expresión e información y ejercitan la profesión del periodismo se están convirtiendo en censores y aplicadores de una mordaza.
>
> […]
>
> Para que no haya dudas de ningún género, sin embargo, dejamos constancia de nuestra condenación más enérgica: la censura a la prensa ejecutada por la prensa misma es una imperdonable subversión de las acciones que a cada uno corresponden en este momento decisivo que algún día nos parecerá irresponsable si lo juzgamos o lo recordamos por este contrasentido que se trata de imponer (Rivero, La censura..., 1960, pág. 1A).

Aunque las coletillas nacieron para aplicarse a escritos que hiciesen notar el corrimiento hacia el rojo del joven régimen o que sencillamente criticasen algún radical decreto de su caudillo, también, a medida que la revolución se volvía más abiertamente procomunista y filosoviética, saldría al paso ante otras tendencias. Por ejemplo, según los "soldados sindicales", un contenido como el siguiente, que empañaba la imagen del PSP, tampoco se ajustaría a la verdad ni a la más elemental ética periodística:

> En cuanto a la Revolución, los primeros juicios del comunismo respecto a Fidel Castro y su grupo fueron adversos. Se trataba de un núcleo pequeño-burgués, con sus vetas de catolicismo. El comunismo poco podía esperar de aquellos jóvenes idealistas cuyos métodos de lucha no eran los aconsejados por el marxismo. Sólo cuando la revolución creció y se hizo pujante y desarticuló prácticamente el aparato militar y civil de la dictadura, los comunistas decidieron enviar algunos de sus hombres a la Sierra para que la victoria del "26 de Julio" no los cogiese fuera de base.
>
> […]
>
> Los comunistas le huyen al voto como los vampiros a la luz.
>
> Por otra parte, constituye para ellos un privilegio el ser el único partido político organizado existente en el país, el único que la revolución ha respetado. Harán todo lo posible por no dejarse quitar esa ventaja.

[…]

> La deliberación y el voto son la ruina de los sistemas totalitarios (Rivero, Pluralidad..., 1960, pág. 1A).

Otro ejemplo, sería una detallada coletilla colgada al final del Manifiesto del Movimiento Demócrata Cristiano de Cuba en el periódico *Información*, en donde el autor «sediento de demostrar sus profundos conocimientos históricos», se desdoblaba en crítico y, enjuiciando lo que debía, o no debía ser, el cristianismo, sentenciaba:

> … el socialismo no excluye la libertad, y el mejor ejemplo lo ofrece la propia Revolución Rusa que, en sus comienzos, aun en plena guerra civil y hasta años después, permitió el libre juego de las opiniones no contrarrevolucionarias (León, 1960, pág. 2).

Con la Ley 647[53], aprobada con precedencia al asunto de las coletillas y sólo unos días después del Congreso Obrero, la prensa se hallaba entre la espada y la pared. Si decidía publicar, tendría que hacerlo según las condiciones que el Gobierno imponía solapadamente a través de las tropas obreras; si se oponía a publicar, entonces la empresa sería intervenida y, muy probablemente, confiscada bajo la acusación de contrarrevolucionaria. Una movida en falso y podrían los propietarios de tales órganos independientes darse un chapuzón en la cárcel.

Si interesante resulta, a la luz de los hechos posteriores, que cuanto se especulaba en aquellos despachos noticiosos, estaba muy lejos de ser incorrecto; más interesante es que, todavía hoy, las opiniones oficialistas insistan en que aquellos cables fuesen «insidiosos», que no se ajustasen a la verdad, y que fueran, por tales razones, un ataque a la Revolución. Por ejemplo, uno de los cables de la UPI, supuestamente pérfido, informaba que el representante Allen Smith había declarado en el Congreso que Fidel Castro estaba llevando a Cuba al redil

[53] Esta ley autorizaba al Ministro del Trabajo a intervenir empresas o centros de trabajo que alterasen el normal desarrollo de la producción, como paralizar trabajo, crear conflictos laborales, despidos en masa, etc.

comunista y que Estados Unidos debía impedir que se le diese a la Unión Soviética un asidero en la Isla, y añadía que Castro intentaba provocar descontento y revuelta entre sus vecinos del Caribe. Un cable de la AP, por su parte, informaba que el senador republicano Prescot Bush proponía un proyecto de resolución destinado a impedir que los comunistas tomasen el poder en cualquier nación del hemisferio occidental. Bush, anticipándose a lo que habría de suceder dos años más tarde, terminaba diciendo:

> Si el movimiento comunista mundial llegara a tomar el control de una o más bases en la zona del Caribe —bases desde las cuales podrían disparar proyectiles balísticos a la tierra firme de los Estados Unidos, nuestra posición de defensa sería peligrosamente debilitada (Rivero J. I., Protesta la prensa..., 1960, pág. 2A).

Pese a que también, todavía hoy, la literatura oficialista se enorgullece de las coletillas y las exhibe como una ingeniosa arma que en su momento sirvió para combatir la contrarrevolución y sentar las bases para el cierre de todos los periódicos inalienables; en esencia, estas "aclaraciones", visto que negaban noticias verdaderas, eran un burdo sabotaje a la verdad.

El 18 de enero de 1960, al resistirse a publicar bajo las condiciones impuestas por la Comisión de Libertad de Prensa de los sindicatos, caería *Avance*. Desde el punto de vista del PSP, Jorge Zayas, «personero de la contrarrevolución», había pretendido evitar la salida de *Avance* para dar la sensación de que en Cuba no existía libertad de prensa y que, para consumar su objetivo, había llevado para su residencia todos los materiales de la edición, con la creencia de que este paso impediría la salida de su periódico. Esta maniobra había fracasado gracias a la actitud de los trabajadores que, de todos modos, había conseguido imprimirlo porque entendían que no había derecho, bajo ningún pretexto, «dentro del clima de plena libertad de prensa existente en Cuba», a privar a la opinión pública de ninguno de sus medios de información (Rodríguez, Los trabajadores..., 1960). Zayas, tomando de tribuna el *Diario de la Marina*, declaraba solemnemente que en Cuba se habían acabado las garantías para la libre expresión y narraba cómo los integrantes de la Comisión de

Libertad Prensa habían allanado los talleres de su empresa y, en compañía del mismísimo David Salvador, habían dado un mitin e incitado a los obreros al desacato, la indisciplina y la violencia (Rivero J. I., No hay..., 1960). Intervenido *Avance*, Jorge Zayas se refugiaría en la Embajada de ecuatoriana y de ahí, conducido por el auto del embajador hasta el aeropuerto de La Habana, tomaría un avión hacia Miami desde donde declararía que sólo regresaría a Cuba si Fidel Castro le daba «las necesarias garantías de libertad profesional y personal», (Rivero J. I., Arribó a Miami..., 1960). Al día siguiente, en intervención televisiva, Castro, presentándolo como un conflicto entre trabajadores y patrones, se desentendería del asunto, aunque sí manifestaría que Zayas se había auto-cerrado e ido, y que lo que le preocupaba a él, a Castro, no eran las críticas —de las que él se olvidaba— sino que pudiesen conducir al derramamiento de sangre. El director de *Avance*, según Castro, quería «producir un *show* internacional» (Rivero J. I., Da el gobierno..., 1960, págs. 1A,12A). Destacable aquí el concepto: el disentimiento de la prensa provoca derramamiento de sangre, que ya había sido manejado por otros valladares de la Revolución: Carlos Franqui y el sindicalista David Salvador.

La llegada del viceministro Anastas Mikoyan el 4 de febrero, invitado por el gobierno revolucionario, añadió otra gota de preocupación al gobierno de los Estados Unidos que ya veían a Khrushchev afilándose los dientes, ávido de convertir a Cuba en un satélite ruso a las puertas de la Florida. Dos serían los convenios firmados: uno, de Intercambio y Pago, que comprendía la venta, a dos centavos menos que el precio del mercado, de 426 mil toneladas de azúcar a la URSS en 1960, y cuatro millones en los cuatro años siguientes; el otro sería un Convenio de Crédito, por cien millones de dólares para que Cuba adquiriese equipamiento soviético. También ambos países dejaban expresa constancia del interés de colaborar activamente en la organización de las Naciones Unidas, en favor de la coexistencia, cooperación y amistad de todos los pueblos del orbe (Carbó S. , El Convenio..., 1960).

La embajada de Estados Unidos en La Habana reaccionó emitiendo un informe en el que destacaba, entre otros puntos, que su país le había comprado más de tres millones de toneladas de azúcar a Cuba a casi el triple del precio del mercado en 1959 y le compraría una cantidad similar al año siguiente. El informe terminaba diciendo:

> Se estima que esta comparación aclarará la importancia relativa que tiene para Cuba los Estados Unidos y la Unión Soviética como mercados de azúcar cubano (Carbó S. , Comentarios en el extranjero sobre el pacto ruso-cubano, 1960, pág. 6).

De la visita de Mikoyan se puede entender cómo la orden de apoyar las relaciones con la URSS —paso sumamente importante en las pretensiones de Castro—, se había propagado eficientemente a lo largo de la vertebrada estructura revolucionaria. La prensa independiente, por otro lado, mostraba su inquietud blandiendo la espada:

> Combatimos y seguiremos combatiendo el comunismo porque (…) dicen marchar contra los derechos excesivos de unos cuantos y terminan barriendo con los derechos de todos (…). Porque afirman oponerse a los regímenes de opresión y cuando les llega la hora lo instauran sin recato persiguiendo en nombre de la justicia, encarcelando en nombre de la libertad y matando en nombre de la vida (Carbó S. , Claque y potala, 1960).

En la mañana del 6 de febrero, el viceprimer ministro soviético depositaría una ofrenda floral al pie de la estatua de José Martí en el Parque Central de La Habana. Una hora más tarde, un grupo de jóvenes universitarios católicos se aparecería en el mismo lugar con otra ofrenda y con "cartelones" que rezaban: «Fidel salvó a Cuba y Mikoyan la quiere hundir»; «Ni imperialismo yanqui ni totalitarismo ruso»; «¿Y Hungría qué?[54]»; «No queremos ni Guatemala ni Hungría»[55]. Los estudiantes explicarían que, interceptados por agentes policíacos, les habían preguntado si

[54] En referencia a cómo las tropas de la URSS aplastaron la revolución húngara de 1956.

[55] En referencia tanto a la intervención soviética en Hungría en 1956 como al golpe de Estado orquestado y apoyado por los Estados Unidos en Guatemala contra el gobierno revolucionario de Juan Jacobo Árbenz en 1954.

tenían permiso para llevar a cabo ese acto y que, enseguida, elementos comunistas comenzaron a provocarlos y a atacarlos, rompiéndoles los cartelones y destrozando la corona. Los estudiantes dijeron a la prensa que estaban con la Revolución y con Fidel Castro, pero decididamente contra el comunismo. La policía contaría que los estudiantes, dando gritos y desobedecido las órdenes de retirarse, se habían puesto de acuerdo con periodistas norteamericanos para que fueran y filmasen lo que habría de suceder, entre ellos estaba el periodista norteamericano Andrew Saint George que fue detenido. La alta dirigencia de la FEU, liderada por el comandante Rolando Cubela Secades[56], en reunión extraordinaria, calificaría de contrarrevolucionario el acto y expulsaría de sus cargos en las asociaciones estudiantiles a algunos de los involucrados. Así la FEU expresaría su repudio a quienes «con despreciable artimaña» habían levantado la bandera del anticomunismo como excusa para atacar al Gobierno Revolucionario. Era una lástima «que con demagógicas demostraciones al Apóstol» se agrediese a la «Revolución más pura y martiana de nuestro continente» (Carbó S., Continúan detenidos..., 1960).

Los artículos que relatarían los hechos acaecidos en el Parque Central, que recogerían testimonios de los estudiantes detenidos y de algunos periodistas, serían etiquetados de falsos e insidiosos por los agentes del sindicato de periodistas y gráficos que, coletilla mediante, considerarían la acción como contra-revolucionaria, anti-cubana y una falta de respeto hacia un representante de una nación extranjera, invitado de honor del Gobierno cubano (Carbó S., Continúan detenidos..., 1960). Por su parte, la coletilla adjunta al artículo de *La Marina* informaba que su contenido formaba parte de una conjura contra la Patria (Rivero J. I., Agresión de los comunistas..., 1960).

[56] En 1966, Rolando Cubela Secades, acusado de participar en un complot de la CIA para asesinar a Fidel Castro, sería condenado a 30 años de prisión. Liberado en 1979, se radicó en España, donde ejerció su profesión de médico.

En conferencia de prensa con Mikoyan, cuando el periodista José Luis Massó le preguntara cómo podría la URSS explicar ante la conciencia mundial democrática el caso de Hungría, el Vice-premier soviético se incomodaría:

> La pregunta que hizo usted fue una forma de reproche. Nosotros no recibimos ningún reproche por eso. Nuestra política es justa y honrada. El intento de usted no es muy honrado (Carbó S., Respondió el Vice-Premier, 1960, pág. 4).

La reacción de los presentes en el estudio ante la respuesta de Mikoyan, símbolo de atmósfera entreguista que ya flotaba entre los revolucionarios, fue recogido por *Prensa Libre*:

> Una salva de aplausos subrayó su ríspida, ambigua e intolerable respuesta. Para eso estaba allí la claque de los "cubanski" del Partido, que así premiaba el ex-abrupto de un extranjero contra un periodista cubano.
>
> […]
>
> Claro que lo peor no fue la actitud de Mikoyan. Él tenía que defenderse. Y lo hizo con las armas que acostumbra. Lo deplorable fue la ovación de los que hicieron causa común con un extranjero para poner en solfa a un compatriota (Carbó S. , Mikoyán ante la prensa, 1960).

En horas de la noche del lunes 22 de febrero se daría a conocer que el periódico *El Mundo* y la empresa televisiva *Telemundo S.A*, propiedades de Amadeo Barletta, habían sido intervenidas por el Gobierno revolucionario (Carbó S., Intervenidos..., 1960), se alegaría que su dueño había aceptado beneficios del Gobierno de Batista. Cuando un año atrás, en enero de 1959, Fidel Castro había hecho similares acusaciones al diario *El Mundo* y éstas se habían publicado en *Revolución*, la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) había pedido al Primer Ministro que suministrase pruebas de ello, lo cual éste no hizo. La SIP consideraba que un sistema de subsidios vigente bajo un gobierno no era excusa suficiente para que otro Gobierno destruyese la libertad y la independencia de prensa (Rivero J. I., Condena

la SIP..., 1960). Con la clausura de *El Mundo*, los periódicos independientes se reducían a seis contra ocho oficialistas.

En marzo caerían de golpe otros tres periódicos: el día diez, el pinareño *Vocero Occidental*; en la tarde del miércoles dieciséis, *El País* publicaría su último número; *Excelsior* lo haría el jueves diecisiete por la mañana (Carbó S. , Dejan de publicarse..., 1960). Los trabajadores de la empresa editora de estos dos últimos periódicos y del *Diario Nacional* tomarían el acuerdo —sugerido por Fidel Castro— de convertir los talleres confiscados en la Imprenta Nacional, donde se imprimirían obras cumbre de la literatura universal. A la inauguración de aquel importante paso hacia la socialización de la cultura, asistiría Fidel Castro en persona con dos de sus peones: Armando Hart, Ministro de Educación y Carlos Franqui director de *Revolución* (Rodríguez, Editará el Estado..., 1960). En abril, llegado a Estados Unidos, el ex director de *El País*, Guillermo Martínez Márquez declararía que «su diario había sido cerrado después de negarse a agregar los comentarios del Gobierno de que las noticias de *Associated Press* eran inciertas. Dijo que el régimen de Castro trató de incluir sus comentarios en toda noticia que aparecía en su diario. Agregó que había luchado contra la censura del expresidente Batista. Sin embargo, dijo, la censura era suave comparada con la de Castro» (Rivero J. I., Salió de Cuba..., 1960, pág. 1A). La aclaración a esta información aparecida en el *Diario de la Marina* diría: «contiene expresiones mendaces que sólo tienden a atacar a la Revolución Cubana con falsedades encaminadas a crear en el extranjero un clima de descrédito para nuestra Patria» (Rivero J. I., Salió de Cuba..., 1960, pág. 2B).

Si bien nos hemos concentrado específicamente en la demolición de la prensa plana, vale notar que la ofensiva contra los demás medios: emisoras de radio y televisión, también fue gradual. Al principio se obró con cautela, valiéndose de aviesas maniobras; después se hizo desfachatadamente, a pura fuerza. A mediados de marzo, la propaganda del naciente régimen se hacía sentir. En su sección «Carta sin sobre» de *La Marina*, Jose Ignacio Rivero, describiría la situación del siguiente modo:

> La prudencia aconseja a veces, el silencio, pero cuando todos los días vemos salir a la calle periódicos comunistas, periódicos filocomunistas, programas radiales y televisados que matan el alma de nuestro pueblo con sus falsedades y adoctrinamientos nada democráticos, cuando vemos tantos lobos con piel de oveja vendiendo sus ideas llenas por dentro de rapacidad y malicia, cuando vemos todo esto y muchas otras cosas, a todas luces, no podemos quedar indiferentes ni tolerar callados tanta audacia (Rivero J. I., ¡Me aterra el no decir la verdad!, 1960).

Una de las intervenciones más groseras fue la de la cadena de radio y televisión Circuito CMQ, la más importante en Cuba, formada por las emisoras de radio CMQ, Radio Reloj, Radio Universal, CMQ Televisión y Televisión Interamericana S.A. (TISA). La sede del circuito se hallaba en el Edificio Radiocentro del Vedado, La Habana. El precedente que desencadenó la inexorable confiscación tuvo como principal protagonista al comentarista de radio y televisión Luis Conte Agüero quien, en algún momento, por allá por 1953, había tenido una especie de amistad con Fidel Castro. En el mes de marzo, Agüero desata una ríspida polémica con los comunistas a quienes se les alían refuerzos oficialistas: los periódicos *La Calle*, *Combate*, *Revolución*, el comentarista radial José Pardo Llada y, finalmente, Fidel Castro.

En una serie de artículos publicados a partir del 16 de marzo de 1960, los comunistas llamarían a Conte Agüero «escudero de Urrutia», «agente de propaganda», «hermanísimo» o «hermano y medio» del batistiano Andrés Rivero Agüero[57], «comediante del patetismo cursi», «rey de la ranas», y le sacarían un caterva de trapos sucios, entre ellos, el de haber llamado «bestias y fieras» a los integrantes del Directorio Revolucionario que en 1956 balearon al jefe del SIM, Antonio Blanco Rico, y el de haber escrito y publicado en febrero de 1958 la infame *Carta al patriota* que, «untada del veneno colaboracionista» conminaba a Fidel Castro a desistir de la

[57] Andrés Rivero Agüero, político y abogado cubano, elegido presidente de Cuba en plena guerra civil apenas dos meses antes del triunfo de la Revolución cubana. Nunca llegó a asumir el cargo. Apoyó el golpe de estado de Fulgencio Batista en 1952 y asumió varios cargos en el Gobierno del dictador, primero como Ministro de Educación y después como Primer Ministro. Era hermano por la parte materna (medio hermano) de Luis Conte Agüero.

lucha. Los comunistas involucraban a la CMQ en el proceder del conocido comentarista:

> Conte Agüero utiliza un espacio oficial de esa emisora. Y cobra sueldo en CMQ. Mientras la planta no se desvincule públicamente del peligroso rejuego de su protegido, estará públicamente comprometida con éste (Rodríguez, El fondo de la trama, 1960, págs. 1, 4).

Después de haber sido vilipendiado por el PSP y el resto de los medios oficialistas, Conte, en la cresta del debate, elabora una carta pública dirigida al premier cubano y, después de haberla leído en dos estaciones de radio (Radio CMQ y Radio Progreso), se dispuso a hacerlo en su programa televisivo por el canal 4 de la CMQ (Carbó S. , Texto de la carta..., 1960). A lo largo de la carta Agüero alertaba a Castro de la penetración comunista y de la polémica que, después de dar una opinión más bien negativa sobre la exposición soviética en La Habana, se vio envuelto con las hordas del PSP. Su tono por momentos es ideológicamente neutral, apaciguador:

> Hay que arriar la bandera roja y las que no sean rojas para que ondee solamente la bandera cubana.
>
> Ahora lo patriótico no es ser comunista, ni anticomunista, ni ortodoxo, ni auténtico. El único partido es la Revolución; el único partido es Cuba.
>
> Más tarde habrá tiempo para el justo debate de las doctrinas. Una sola doctrina es admirable hoy: la de la Estrella Solitaria (Carbó S., Texto de la carta..., 1960, pág. 6).

Otras veces el comentarista se decide a tomar partido y no precisamente el del PSP:

> Quien coincide siempre con un hombre superior, es un hombre inferior, y no es leal y no es amigo. Daban en mí como mancha o como culpa lo que en ellos [los comunistas] consideraban discrepancias tácticas, a pesar de que tildaban tu gesta de "putschista" y aventurera (Carbó S. , Texto de la carta..., 1960, pág. 6).

Y más adelante advierte que los comunistas anhelan que Estados Unidos rompa con Cuba y que la agreda, para que también tengan ellos, los norteamericanos, su

Hungría y pueda así el Kremlin desplegar su vasta campaña antinorteamericana porque, añade Conte, aparentemente leales al pueblo cubano, los comunistas llevan escondido dentro de los ropajes rojos, el puñal enrojecido con la sangre de Finlandia, de Polonia y de Hungría (Carbó S. , Texto de la carta..., 1960).

Cuando Conte Agüero llegó en auto a los bajos de los estudios televisivos para desenganchar su bomba literaria, ya lo esperaba una multitud furibunda integrada por comunistas y estudiantes universitarios (Rivero J. I., Quieren los comunistas..., 1960). Conte Agüero que, atemorizado, cuatro días más tarde se asilaría en la embajada de Argentina, declararía:

> …dicen que no concurrí al programa. Falso. Si concurrí. Mi automóvil se abrió paso entre los porristas. Los verdaderos enemigos de la revolución. Lo golpearon lo apedrearon. Traté de bajar de todos modos y no pude porque mis acompañantes lo impidieron. También algunos de los atacantes estaban armados. Salimos con vida por voluntad de Dios. En esto hay una responsabilidad mayor que señalaré si es necesario hacerlo.
>
> Sí, fui a la CMQ. Sí, fui agredido por la porra bolchevique y sus compadres, los enemigos de Fidel, los enemigos de Cuba, los que desean llevarla al desastre (Rivero J. I., "La porra comunista..., 1960, págs. 1A, 2A).

En horas de la tarde, después de la demostración frente a la CMQ, el presidente de la FEU, comandante Rolando Cubela manifestaría que comenzarían a funcionar en la Universidad de La Habana tribunales revolucionarios para juzgar a los estudiantes que se escudasen «tras la desteñida bandera del anticomunismo», y expulsarlos si fuera necesario. De modo que también en la Universidad el ejército rebelde apretaría las clavijas del estudiantado. Alberto Muller, del Frente Estudiantil Universitario Democrático (FEUD), en carta pública se quejaría:

> Se me prohíbe por la FEU seguir publicando en la universidad el periódico "Trinchera", el cual tengo el alto honor de dirigir, se me suspende para ser llevado a unos Tribunales Revolucionarios de depuración universitaria. Me quieren depurar

> por ser anticomunista y por consiguiente "contrarrevolucionario" (Rivero J. I., Protesta por la violencia..., 1960, pág. 8A).

En intervención televisiva, el 29 de marzo, Fidel Castro analizaría exhaustivamente el caso Conte Agüero. Lo catalogaría de «mentecato» que había prestado un insuperable servicio a la contrarrevolución. El premier diría que, sin inmutarse, tomaría «medidas más enérgicas» contra los medios (Piñeiro, 1960), y no mentía. A través del Frente Independiente de Emisoras Libres (FIEL), otro grupo de choque revolucionario, poco a poco todas las estaciones de radio y televisión fueron cayendo. En los días siguientes, el canal 4, donde tenía acciones la CMQ, sería intervenido, y las cuentas de los hermanos Abel y Goar Mestre, propietarios del Circuito CMQ, serían congeladas (Rivero J. I., Grupos airados..., 1960). Más tarde los Mestre se asilarían en la embajada argentina y el resto de todas sus propiedades serían confiscadas antes de concluir el año.

Con todo, la más dramática de las clausuras sería la del *Diario de la Marina*. A los ataques de los periódicos oficialistas, se sumaría en los últimos días uno de los más obedientes voceros del régimen: José Pardo Llada, que había incluso levantado una acusación de fraude contra José Ignacio Rivero.

Varias semanas antes de los hechos finales, la mayoría de los obreros de *La Marina* había firmado espontáneamente una carta de adhesión a la empresa, pero su director José Ignacio Rivero, por temor a represalias contra sus empleados, no la había publicado. El 10 de mayo, el llamado Comité de Libertad de Prensa estuvo agitando en los propios talleres del periódico con mítines relámpagos y coactivamente obtuvo que los empleados firmasen un escrito «injurioso» contra la empresa y su director. José Ignacio entonces ordenó publicar la carta de adhesión. Sin embargo, en la madrugada del 11 de mayo un grupo de hombres armados irrumpió en los talleres de *La Marina*. El reportero gráfico Tirso Martínez, presidente del comité, y el militante del PSP, Dagoberto Ponce, estaban entre ellos. Ya dentro, destrozaron las planchas metálicas donde, lista para imprimirse, estaba la mencionada carta. La empresa intentó publicar un editorial relatando los hechos y

protestando, pero el Comité de Libertad de Prensa estipularon que el Diario de la Marina «no publicaría una sola línea más que ellos estimasen perjudicial a la Revolución» (Zayas J. , Relata el director..., 1960). Así, el 11 de mayo saldría el periódico bajo la responsabilidad del Comité Local de Libertad de Prensa y publicarían una editorial dirigida a la opinión pública en la que describirían la actitud del director señor José Ignacio Rivero de «conspirativa y contrarrevolucionaria» (Rivero J. I., A la opinión pública, 1960, pág. 1A). En una segunda editorial la misma Comisión explicaría que al saber que el *Diario de la Marina* deseaba involucrar a los trabajadores en funestas maniobras habían decidido «asumir la Dirección del periódico», de modo que exhortaban a los demás obreros «a prestar su más decidida y entusiasta cooperación» para librar las «más arduas batallas», a fin de «mantener unido al pueblo de Cuba en defensa de la Revolución» que era en definitiva la que beneficiaba a todas las clases populares del país con sus leyes, y terminaba diciendo:

> Nuestra consigna es Patria o Muerte (Rivero J. I., Al pueblo de Cuba, 1960, pág. 1).

El número del 12 de mayo, con gran titular «Un día con el pueblo» y el subtítulo: «128 años al servicio de la reacción», se exhibiría el linchamiento y la vejación del periódico más viejo de Cuba. En un hecho sin precedentes en la historia de la prensa, por su elevado cinismo, los editoriales elaborados por los "proletarios" crucificarían, apedrearían y cubrirían de inmundicia el periódico en el que habían trabajado hasta ese momento:

> "DIARIO DE LA MARINA" se había convertido en el vocero de la Rosa Blanca y, como en otro tiempo lo fue de los voluntarios españoles y órgano oficial del coloniaje, en esta etapa de nuestra gloriosa Revolución representaba a los peores intereses nacionales, a los latifundistas, a los criminales de guerra, a los imperialistas extranjeros que intentan ensangrentar el suelo patrio, en fin, a todo lo que se opusiera a la libertad y justicia social e independencia absoluta y soberana de la nación cubana (Interventores, 1960, pág. 1).

Los "proletarios" acusaban a su director de cómplice de los Estados Unidos y de la Rosa Blanca[58] —cosa grave, teniendo en cuenta que la contrarrevolución se consideraba un delito severamente castigado— y se declaraban ellos mismos paladines de la Revolución:

> La cívica actitud mantenida por nosotros, negándonos a ser copartícipes de tan ruines planes, motivó que José Ignacio Rivero y demás ejecutivos de la Empresa determinaran abandonar el periódico, en flagrante "lock out", en un empeño vano de lanzarnos al hambre y la miseria.
>
> Decididos, como estamos, a defender a la Revolución, que no es otra cosa que defender Cuba, editamos el periódico por nuestra cuenta y ayer y hoy mismo salimos a la luz pública (Interventores, 1960, pág. 1).

Luego supuestamente ellos mismos, los trabajadores, pedirían la clausura del periódico:

> Queremos subsistir como centro de trabajo, pero con dignidad y respeto, y nos avergüenza, no tenemos reparo en confesarlo, continuar diciendo que somos trabajadores de "DIARIO DE LA MARINA", cuando sabemos, aunque seamos nosotros los que lo editemos, que jamás podrán borrarse de la historia de nuestra nación las dolorosas y fétidas páginas que ha escrito "DIARIO DE LA MARINA" en sus 128 años al servicio de los peores intereses anticubanos. Queremos, pues, como trabajadores dignos y honrados que somos, hacer algo mejor por Cuba, y nada mejor que poner nuestros servicios a los empeños del Gobierno de elevar el nivel cultural de la nación.
>
> Nuestra petición, pues, está decidida: solicitamos que el Gobierno Revolucionario se haga cargo de estos talleres y los dedique al bien, con la edición de libros y folletos populares.

Dos días después Fidel Castro daría la cara ante las cámaras del Canal 2. Aseguraría, primero, que nadie había matado al *Diario de La Marina* sino que éste, víctima de su

[58] Organización con sede en Miami, Estados Unidos, formada por antiguos miembros de la policía y el ejército de Fulgencio Batista y otros elementos desafectos a la revolución cubana.

propia política y traición, se había auto-clausurado, cosa que, según Castro, el mismísimo pueblo había augurado: «lo que quieren es que lo clausuren». Después, el premier hizo un recuento de los pecados de *La Marina* a lo largo de 128 años, leyendo editoriales en los que había defendido los intereses colonialistas de España, o responsabilizado a Carlos Manuel de Céspedes (El Padre de la Patria) como el causante de toda la sangre derramada en la llamada Guerra de los Diez años, o calificado a Maceo y a Martí de bandidos y a Guiteras de gánster. Y mostró Castro en televisión los cheques que probaban los subsidios recibidos por *La Marina* del gobierno anterior y diría que ni él ni el pueblo derramarían una lágrima por el suicidio de una institución mala, vieja y contrarrevolucionaria, que, aunque culparan a su gobierno de esa desaparición, eso no iba a resucitarla (Jiménez, 1998).

No quedando ya voces que se pudieran levantar contra las confiscaciones arbitrarias, el lamento más profundo saldría publicado el 14 de mayo en *Prensa Libre*, de la vehemente pluma de Humberto Medrano:

> Es doloroso ver enterrar la libertad del pensamiento en un centro de cultura. Es como ver enterrar un código en un *Tribunal de Justicia*. Porque lo que se enterró anoche en la Colina no fue un periódico determinado. Se enterró simbólicamente la libertad para pensar y decir lo que se piensa.
>
> […]
>
> Colofón obligado de ese acto ha sido el comentario del periódico "Revolución". El título de ese comentario lo dice todo: "Prensa Libre en el camino de La Marina". No tenían que decirlo. Todo el mundo lo sabe. Como sabe que nadie más interesado en colocarnos en él que los magnates de "Revolución", para apoderarse de nuestros talleres y rotativa. Ese es el único periodismo –aparte de insultar y calumniar sin recato- que saben hacer.
>
> Ustedes nos plantean la disyuntiva que hay que estar con o contra la Revolución. Pero habrá que preguntarles con cuál Revolución. Si con la Revolución Cubana que depuso a un tirano y planteó de inmediato la liquidación del peculado, la reparación de viejas injusticias y la afirmación de nuestras esencias patrias, o la Revolución de

> los excesos, de las mentiras, del odio, de los asaltos a periódicos independientes. Porque junto a la primera estamos y está el pueblo de Cuba. Pero junto a la segunda no están más que ustedes y un grupito de comunistas que quieren transformar la primera para saciar sus apetitos y propiciar sus planes de perturbación.
>
> De lo que pueden estar seguros es que no daremos un paso atrás. Que vemos como aumenta el acoso. Cómo se va cerrando el cerco. Cómo avanzan inexorablemente los planes de exterminio. Ustedes cuentan con todos los resortes. Para eso han copado las dirigencias de todos los sectores. Nosotros no tenemos más que el inmenso poder de la verdad desarmada (Medrano, Los enterradores, 1960, pág. 1)

El 16 de mayo de 1960, las turbas también se apoderarían de *Prensa Libre*, Medrano abandonaría el edificio, tomaría su automóvil y se refugiaría en la Embajada de Panamá desde donde días después saldría con destino a Miami.

Meses más tarde los modernos talleres de *Prensa Libre*, como había previsto Medrano en su último artículo, se le entregarían al periódico *Revolución*; y en los de *Revolución* se apostaría *Noticias de Hoy*. En junio cesaría de publicarse *El Crisol*, en julio, las revistas de Miguel Ángel Quevedo, *Carteles* y *Bohemia* pasarían a manos de los revolucionarios mutando al oficialismo.

Para diciembre de 1960, el Gobierno de Fidel Castro ya tenía todos los medios de información en sus manos. Así, cuando en abril de 1961, en la víspera de la invasión por Bahía de Cochinos, confesase que su programa político era socialista, nadie se atrevería a considerarlo una calumnia.

Hoy la Revolución cubana, en su relación con el resto de las naciones, cuenta con pocos aliados; y en los círculos de intelectuales, con menos aún. Pero no siempre fue así. En algún momento Cuba estuvo de moda, tuvo su pleamar. El primero de enero de 1959, además del entusiasmo doméstico, los valientes barbudos, comandados por Fidel Castro, también provocarían, más allá de las fronteras de la perla del Caribe, una explosión de simpatías. La Revolución, esperanza de los oprimidos, sería aclamada por casi todos los pesos pesados de la izquierda mundial y hasta algunos de la derecha. A más de un renombrado intelectual, deseoso de experimentar en carne propia el histórico advenimiento, se le vio paseándose por La Habana en aquellos primeros años. Reyes Magos siguiendo la estrella de la Revolución, andaban las calurosas callejuelas de la capital cubana, tomándose fotos con los líderes revolucionarios, mezclándose con el pueblo, untándose de alegría y convicciones.

Entre los que veían con buenos ojos aquel rediseño social y plantaban banderas en su nombre, encontramos los ilustres nombres de André Breton, Jean Paul Sartre, Jean Cocteau, Pablo Neruda, Charles Wright Mills, Octavio Paz, Hans Magnus Enzensberger, Mario Vargas Llosa, Allen Ginsberg, Max Aub, Julio Cortázar, Jorge Semprún, Oscar Lewis, Gabriel García Márquez, Michel Leiris, Graham Greene, Carlos Fuentes, Marguerite Duras, Miguel Ángel Asturias, Italo Calvino, Ezequiel Martínez Estrada, Aimé Cesaire, y la lista podría llenar un tomo de cientos de páginas sin tener siquiera que bajar el calibre intelectual de los nominados. Todos ellos defenderían a la Cuba revolucionaria de las infamias occidentales, redactarían y firmarían manifiestos que, publicados en los periódicos más progresistas del mundo, apuntalarían los pasos radicales de Castro y su estilo de regir.

No todos, como era de esperarse, expresaron de igual modo su fascinación. Poetas como Pablo Neruda o el otro Pablo (de Rocka) lo harían con aurorales versos; pensadores como Sartre y Mills, con prosa sosegada, líneas pensativas de quien anota en su diario los resultados de un experimento, los síntomas del conejillo en el

laboratorio social. Cada uno reaccionó como le permitieron las fuerzas de su pluma e intelecto. Sartre escribiría, entre otros muchas, una larga reflexión que saldría a la luz precisamente en *Lunes de Revolución*. Y haría ver al mundo qué había detrás de los premurosos cambios revolucionarios y hasta qué punto la Revolución se construía a partir de los contra-golpes que por "cada ataque" del enemigo occidental estaba obligada a responder. Fue uno de los primeros en manejar este pretexto. Para Sartre, de la *praxis*, estaba surgiendo una ideología: «la práctica lúcida había cambiado en Cuba hasta la noción misma del hombre». Para el intelectual francés, en resumen, la revolución se declararía finalmente socialista, léase: se acogería a una ideología conocida (estábamos en 1960 entonces) sólo impelida por las circunstancias (Sartre, 1961). En otra ocasión, esta vez en una mezcla de conversación con entrevista, respondiéndole a Jean Ziegler en el *Café de Flora*, en el bulevar de Saint-Germain, definiría, siempre según Ziegler, la democracia cubana como una «democracia directa» porque:

> La Revolución cubana está apoyada por la aplastante mayoría del pueblo. Fidel Castro es realmente el líder deseado, escogido por el pueblo. Los que le reprochan al nuevo régimen la ausencia de elecciones, desconocen una verdad fundamental: la democracia no se define necesariamente por el régimen electoral. El gobierno de Castro demuestra evidentemente que una democracia viva y eficaz es posible sin elecciones. Por otra parte, las elecciones sólo sirven con demasiada frecuencia para falsear la realidad (Ziegler, 1960, pág. 23).

Para Sartre (opinión que compartía con otros intelectuales francos) el hecho de que el líder se mezclase con el pueblo, que hablase horas en la televisión explicando cada paso, cada decisión política, que conversase con los campesinos, los obreros, también formaba parte de esa «democracia directa».

Por su parte, apenas Simone de Beavoir se sumergió en el entusiasmo masivo, quedó hipnotizada:

> Yo me he paseado de una punta a otra de la Isla; en los pueblos, los campos, los puertos, las ciudades, las fábricas, todos los rostros se abrían de felicidad.

[…]

> Singular, única, la Revolución Cubana es también un modelo: ha hecho nacer en el mundo entero, para millones de hombres que no comen otra cosa que su hambre, una misma e inmensa esperanza (Beauvoir, 1960).

Y cuando se aludió a la precariedad de la libertad de prensa, Simone de Beavoir, hablaría —algo que más tarde se mostraría como un mal ejemplo— del *Diario de la Marina*, el que a pesar de la oposición fuerte que ofrecía seguía en pie, incólume.

Ambos, Jean Paul y Simone, coincidían en que sí existía libertad prensa bajo la sombrilla castrista; sin embargo, como para desmentirlos, apenas unos días después de aquella respuesta, las fuerzas revolucionarias intervendrían el *Diario* y lo cerrarían para siempre.

Según Claude Roy, el carácter doble (de revolución social y, a la vez, de revolución democrática) era lo que más conmovía del proceso cubano, y más que la misma insurrección, el poeta francés admiraría el estilo fidelista y, como Sartre, opinaría que «gracias a la televisión, a la radio y a Fidel Castro, se diría que la democracia directa de Grecia antigua revivía en Cuba». Tampoco Roy, como tantos, le ahorraría, pinceladas épicas a sus elogios:

> La historia de David y de Goliath es una vieja historia, pero nosotros sabemos hoy, en medio del siglo, cuál es el rostro de David venciendo a Goliath: David tiene una ametralladora, surge de la selva, habla de libertad en español y con acento cubano, es barbudo, vencedor; es una de las grandes páginas de la historia moderna (Roy, 1960, pág. 13).

Pablo Neruda, con más frenesí que oficio, escribiría *Canción de gesta*, en cuya dedicatoria incluiría al líder de la Revolución cubana:

> [Este libro] Lo dedico pues, a los libertadores de Cuba: Fidel Castro, sus compañeros y al pueblo cubano (Neruda, Canción de gesta, 1961, pág. 9)

Asimismo —y permitámonos una vez más acudir a la poesía para explicar la prosa—, lo citaría en varias odas a la Revolución y le ofrendaría una sola a él (*A Fidel Castro*):

> Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen
>
> palabras en acción y hechos que cantan,
>
> por eso desde lejos te he traído
>
> una copa del vino de mi patria:
>
> […]
>
> esta es la copa, tómala, Fidel.
>
> Está llena de tantas esperanzas
>
> que al beberla sabrás que tu victoria
>
> es como el viejo vino de mi patria.
>
> (Neruda, Canción de gesta, 1961, págs. 36-37)

Neruda expresaba, así, por primera vez sin el lustro del sosiego —«tan conmovida, era la voz de esa esperanza»— cuánto significaba la experiencia cubana para Latinoamérica:

> Cuba es un mástil claro que divisan
>
> a través del espacio y las tinieblas,
>
> es como un árbol que nació en el centro
>
> del mar Caribe y sus antiguas penas:
>
> su follaje se ve de todas partes
>
> y sus semillas van bajo la tierra,

elevando en la América sombría

el edificio de la primavera.

(Neruda, Canción de gesta, 1961, pág. 85).

La *Oda a Cuba* de Rocka, flirteando igual con el panfleto, ve a Cuba como «hacha del mundo y pájaro-sol, un terrón de azúcar colosal, rodeado de pirañas y tiburones que babean la lengua de Shakespeare». Y exalta, tal como hiciera su coterráneo Neruda, a Castro, llamándolo «patria del alma americana», «gigante con ametralladoras democráticas» y vaticina que «los vampiros enfurecidos de Yanquilandia», se romperán el hocico contra las masas talladas de los héroes cubanos (Rokha, 1961).

En 1962, Juan Goytisolo —quien, cosa rara, reconocía haber estado pendiente de los eventos en Cuba aun antes del éxito rebelde—, después de visitar varias ciudades de la Isla se traería para España un puñado de anécdotas de la alegría simple de los cubanos y una guasona caricatura de su manera de hablar. Si bien, con menos efusión que los Pablos chilenos, tomaría nota del fidelismo, de un campesinado alfabetizado y satisfecho, de un pueblo entregado a las tareas revolucionarias, del simpático mestizaje cultural, y escribiría Goytisolo, además, un ensayo sobre la lengua española en Cuba. También para Goytosolo, la Revolución cubana representaría el consuelo por otras causas perdidas, en su caso, al parecer, la caída de la República:

> El fracaso de nuestra Revolución significó un retroceso de cinco lustros no sólo para España sino para los pueblos hermanos de América Latina. El aniquilamiento de Cuba alejaría nuestras esperanzas durante otro tanto tiempo. Me basta imaginar el destino doloroso de millones y millones de mis compatriotas, privados unos de patria y otros de libertad —y todos de la posibilidad de vivir dignamente— para llegar a la conclusión de que —si el proceso ha de recomenzar, si los sacrificios han sido inútiles— esta existencia no merece la pena. Al defender su Revolución, los cubanos nos defienden a nosotros. Si deden morir, muramos también con ellos (Goytisolo, 1969, pág. 84).

También el joven Mario Vargas Llosa desde antes del triunfo apoyaba a la Revolución y la seguía, y fue uno de los tantos que el primero de enero saldría a las calles parisinas a celebrar la victoria de los barbudos:

> Cuba me parecía realmente una forma renovada, más moderna, también más flexible y más abierta, de la revolución. Yo viví eso con muchísimo entusiasmo; además, considerando a Cuba como un modelo que podría ser seguido por América Latina. Nunca, antes de eso, he sentido un entusiasmo y una solidaridad tan poderosa por un hecho político (Krauze, 2010, pág. 10).

En 1962, durante la crisis de los misiles, el escritor peruano viaja por vez primera a Cuba y, testigo de los vuelos rasantes de los aviones norteamericanos, dona sangre y hasta experimenta el delirio de la inmolación. Vargas Llosa viajaría a Cuba en otras cinco ocasiones. En 1967, durante su tercer viaje a La Habana, acepta formar parte del Consejo de colaboradores de la revista *Casa de las Américas*, el que también integraban, Julio Cortázar, Mario Benedetti y Roque Dalton, entre otros (Krauze, 2010).

En México, la intelectualidad de izquierda manifestaría un apoyo casi unánime e irrestricto a la imberbe Revolución de los barbudos y, a partir de ésta, un cuestionamiento de la propia realidad mexicana. Nucleados alrededor de *Política. Quince días de México y del Mundo*, revista que, tanto desde el punto vista textual como gráfico, ofrecía la imagen invicta de Castro, se atrincheraron para reaccionar contra quien intentase contrariar o difamar el experimento cubano. El mismo 2 de enero, uno de los fundadores de *Política*, Carlos Fuentes, estaría en La Habana respirando la atmósfera que le serviría para despertar los recuerdos que no tenía de la Revolución mexicana y, ya desde entonces, juraría defender a capa y escapada aquel proceso. Cuando en mayo del 1960, Fuentes regresa a la sudorosa Habana para celebrar allí el Día de los Trabajadores, escribiría:

> Desde la tierra se levanta un vuelo de palomas. Fidel Castro está en la tribuna. La plaza, de extremo a extremo, se ha colmado […] Ahora todo se detiene. Una

> comunicación poderosa, eléctrica, levantada, se establece entre el pueblo y su dirigente. Hay un minuto en el que Fidel parece estar hablando en silencio con ese millón y medio de cubanos, y ellos con él. No se trata, sin embargo, de una mística: se trata de una razón. Lo irracional —dicen todos los rostros, todas las voces de Cuba— es lo que se ha dejado atrás, lo que ese hombre y sus doce compañeros del Granma destruyeron con el apoyo del pueblo (Fuentes, 1960, pág. 46).

Era ésta la romántica visión con que el intelectual promedio de la izquierda daría el visto bueno a la democracia "excepcional" fidelista:

> … las voces del millón y medio de cubanos son una sola voz: *Elecciones, ¿para qué? ¡Ya votamos por Fidel!* (Fuentes, 1960, pág. 47).

Fuentes se unía así a sus coterráneos Fernando Benítez, Víctor Flores Olea, Juan José Arreola, entre otros, que, siguiendo como los franceses Sartre, Bretón, Beavoir, igualarían el sufragio al entusiasmo de las multitudes.

En 1961, Juan José Arreola se disculparía de haber llegado a Cuba con cierto retardo a lugar de los sucesos:

> Muchos amigos mexicanos habían estado aquí; yo me sentía realmente acomplejado frente a ellos, porque no había estado aquí. Me habían contado muchas cosas y había leído los buenos reportajes, los buenos informes, sobre la Revolución de Cuba; había seguido con un entusiasmo anhelante, a veces casi frenético, a la Revolución desde sus comienzos; pero jamás pude yo comprender, pude yo prever lo que era ya la realidad de la Revolución Cubana después de dos años de consumada (Arreola, 1961, pág. 34).

Y expresaría el escritor mexicano su adhesión al «humanismo» de la Revolución, y su compromiso de escribir «alguna cosa buena, de mérito», que respondiese a la realidad de ese proyecto por el que sentía el mismo amor que sintiera por su propio pueblo.

Con más demora que Arreola incluso, en 1962, hace Julio Cortázar su peregrinación a Isla y deslumbrado confiesa su deseo de quedarse a vivir allí. Los cubanos son para Cortázar un pueblo alegre, confiado en sí mismo, dispuesto a hacerse matar por su líder máximo y, al mismo tiempo, sin odio contra sus enemigos. En el culmen del romanceo, afirma el argentino que los cubanos no odian a nadie ni tienen miedo a nadie, son como niños que sólo juegan, se ríen, trabajan bailando y cantan (Montoya, 2008). Como a tantos, Fidel Castro lo hipnotiza, y de él, después de escucharlo maratónicamente, llega a decir: «ese hombre es sobrehumano, y nos dejó a todos literalmente pulverizados». Cuba lo inspira a romper lanzas, no al estilo del Che, sino quedándose en la literatura, en las cosas que sabía hacer.

Hasta el boricua Daniel Santos, sonero, guarachero y bolerista, apropiándose de una frase popular cubana de aquellos tiempos e intercalando notas del *Himno del 26 de Julio*, compondría una guaracha-son de la que unos fragmentos bastarían para entender la naturaleza del credo político que entonces profesaban las masas:

Si las cosas de Fidel

son cosas de comunistas,

que me pongan en la lista,

que estoy de acuerdo con él.

Ha sabido defender

a los pobres campesinos.

Hay escuelas, hay caminos,

y hay felicidad con él.

[…]

Desde Oriente hasta el Mariel

el del pueblo, el campesino,

el blanco, el negro, el chino,

todos están con Fidel.

Se presentará una vez

un milagro en el destino,

Demos gracias al Divino

que nos regaló a Fidel.

La Revolución, por sobre todas las cosas, más que la esperanza, era la receta para aliviar las penas de los oprimidos, la demostración de que se podía vivir contemporáneamente sin burgueses y sin Estados Unidos. En breve, un ingrediente necesario para esa receta transnacional sería la lucha armada, la organización de guerrillas que incitasen a la rebelión de los pueblos y la formación de cuadros latinoamericanos que pudiesen cocinarla. El asunto de la anulación de la democracia sería irrelevante. A ninguno de los paladines foráneos le incomodaba por el momento que en Cuba existiese un solo partido político, que no hubiese ni parlamento ni ningún tipo de órgano que ejerciese el poder legislativo, que las leyes las dictase el Gobierno, que la prensa independiente hubiese sido barrida y, que, sobre todo, el dogma sobre la creación artística caminase sobre ruedas. Puede que cierto espejismo, alimentado por una minuciosa propaganda estatal, contribuyese a obnubilar la visión, puede que la intensa certeza de que el tercer mundo sería al fin redimido hiciese mirar hacia el otro lado ante tales "menudencias autoritarias". Por ejemplo, Vargas Llosa reconocería años después:

> Gradualmente fui viendo —al principio no quería ver, al principio incluso me molestaba reconocerlo— una serie de manifestaciones que indicaban que la

> realidad, en la práctica, no era de ninguna manera lo que la imagen, la publicidad y la ilusión nos querían hacer ver (Krauze, 2010).

Pocos, con menos miopía económica, se preguntaron entonces cómo Castro había conseguido esa "alegría" de los más humildes, qué precio pagaba la sociedad cubana para conseguirlo y qué precio pagarían las generaciones posteriores. La entrega de las tierras a los campesinos, los logros en la instrucción y la salud, que casi de inmediato se hicieron absolutamente públicas, crearon la imagen de una justicia social sin límites. Los miles de millones de divisas llovidos del despojo al sector privado nacional y extranjero, sirvió para suplir por un tiempo la disfunción de una economía que no se repugnaría, sin embargo, de comprar armas ni de exportar guerrillas. Las subvenciones soviéticas taponarían los huecos de la ineficiente administración centralizada y, al mismo tiempo, mantendría a la Isla atrapada en la órbita del socialismo global.

Mientras, figuras como Octavio Paz y Jorge Luis Borges, en las antípodas de un incondicional de siempre como Gabriel García Márquez, se desmarcarían bien temprano de la claque fidelista. Paz se ahorraría la peregrinación a la isla caribeña y rechazaría en 1967 la invitación al Congreso Cultural de La Habana, reconociendo en carta a Fernández Retamar que admiraba lo que de Martí había en la Revolución cubana, no lo que tenía de Lenin. Conocedor de la teoría marxista que veía el socialismo como una consecuencia del desarrollo industrial del capitalismo, Paz desdeñó la farsa de querer convertir el socialismo en un método de desarrollo industrial y económico para países subdesarrollados; lo consideraba un contrasentido teórico y, económicamente, un desastre colosal. Reconoció, «gato escaldado», haber guardado distancias con una Revolución que cada vez más se parecía al régimen de Stalin, al contrario de otros muchos intelectuales latinoamericanos (y no latinoamericanos, agregamos nosotros) que, obliterados por un atracón de ideología, defendían a Fidel Castro en nombre del principio de no intervención, pasando por alto que ese principio se fundaba en el derecho de autodeterminación de los pueblos, un derecho negado al pueblo cubano (Paz, 1995).

Jorge Luis Borges no estaría nunca en Cuba, ni antes ni después del 1959, y, por otra parte, se ocupó casi nada de los autores de la Isla. Siendo un liberal connotado, su posición ante la Revolución cubana se entendía perfectamente:

> ...se empieza por la idea de que el Estado debe dirigir todo; que es mejor que haya una corporación que dirija las cosas, y no que todo "quede abandonado al caos, o a circunstancias individuales"; y se llega al nazismo o al comunismo, claro. Toda idea empieza siendo una hermosa posibilidad, y luego, bueno, cuando envejece es usada para la tiranía, para la opresión (Borges J. L., 1998, pág. 207).

En 1961, Borges firmaría un manifiesto apoyando la invasión por Bahía de Cochinos. Roberto Fernández Retamar, escritor y funcionario cubano, no le perdonaría eso ni tampoco que le hubiese dedicado al presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, la traducción de *Hojas de hierba*, de Whitman (Retamar R. F., 2005). En las líneas que le dedicara a Borges, el funcionario cubano diría que el argentino era una reducción al absurdo, y que, al decir «creo que nuestra tradición es Europa», se hacía eco grotesco del «pertenecemos al Imperio Romano» de Sarmiento. Para Retamar, Borges era el típico escritor colonial, representante de una clase ya sin fuerza. De sus actos políticos, llegaría a la siguiente conclusión:

> Muchos admiradores suyos, que deploran (o dicen deplorar) actos así, sostienen que hay una dicotomía en su vida, la cual le permite, por una parte, escribir textos levemente inmortales, y por otra, firmar declaraciones políticas más que malignas, pueriles. Puede ser. También es posible que no haya tal dicotomía, y que debamos acostumbrarnos a restituirle su unidad al autor de *El jardín de senderos que se bifurcan*. Con ello, no se propone que encontremos faltas de ortografía o de sintaxis en sus pulcras páginas, sino que las leamos como lo que después de todo son: el testamento atormentado de una clase sin salida, que se empequeñece hasta decir por boca de un hombre: "el mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges" (Retamar R. F., 2005, pág. 69).

Las posiciones excepcionales de Borges y Paz no mellarían el monolítico consenso de la izquierda: Cuba era una batalla en la que había que involucrarse y ganar a como diese lugar.

> Lo cierto es que, dentro o fuera de la revolución, participantes o espectadores de ella, no podemos seguir permitiéndonos la vieja libertad de escindir al escritor entre ese ser atormentado y milagroso que crea y el hombre que ingenua o perversamente está dándole la razón al lobo (Collazos, 1970, pág. 29).
>
> […]
>
> El que no esté con Cuba, con su revolución, con Fidel Castro, está del otro lado, de la ignominia y de la traición, está con Franco y con el Departamento de Estado, con las bombas que destripan niños en las calles guatemaltecas.
>
> Juro como poeta y como chileno, que acudiré y acudiremos al llamado de Cuba para defender su victoria y su verdad con toda la pasión y el amor de nuestros pueblos.
>
> Cuba es asunto de vida o muerte para todos nosotros.
>
> Combatiremos por Cuba y por nuestra propia existencia. Si la revolución cubana se extinguiera seríamos borrados de la pizarra del mundo.
>
> Ese es el honor de Cuba del que participamos (Neruda, Saludo a Cuba, 1960, pág. 3).

La creación de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) que perseguía la rehabilitación de los inadaptados (homosexuales, artistas contrastantes, jóvenes burgueses y, por supuesto, delincuentes), así como la acentuación del control dogmático sobre la creación artística, entre otras tantas máculas, erosionaban la imagen chévere del socialismo a la cubana. La obsesión cubanófila de la compacta "legión extranjera", leal a la Revolución, estaba por perder su empuje.

En el ínterin, antes de las grandes ilusiones perdidas, Pablo Neruda, quien más le había cantado a Cuba, se alejaría, o, mejor dicho, Cuba lo espantaría, lo apartaría después de apalearlo públicamente. La causa —la más evidente por demás— sería atribuible a la susceptibilidad política que ya entonces empezaba a emerger en más de un revolucionario de la Isla; hay quien, sin embargo, la achaca a la lucha por la hegemonía cultural latinoamericana; los menos, entre ellos el propio Neruda, a

resentimientos y envidias literarias. Fuere como fuere, en 1966, a raíz de dos hechos "imperdonables": la entrega de una medalla por parte del gobierno peruano de Belaúnde al poeta chileno y una invitación que recibiera éste de los escritores norteamericanos al Congresos Pen Club, los intelectuales lanzarían una carta pública a Neruda.

Todo parece indicar que la redacción del documento saldría de la pluma de cuatro escritores cubanos: Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Lisandro Otero y Ambrosio Fornet. A este último Neruda no lo menciona en sus memorias, pero otros escritores como Jorge Edwards lo colocan en la escena del crimen. La carta, rubricada por numerosos intelectuales cubanos, entre ellos Nicolás Guillén, Lezama Lima, Carpentier, Virgilio Piñera, entre otros, saldría publicada en el periódico oficialista *Granma*, el 31 de julio de 1966, pero su difusión no quedaría ahí. El asunto, al decir del propio Neruda, era «una bola de nieve» que precisaba hincharse a toda costa. Agencias de colocadas en varias capitales despacharon en masa ejemplares de la misiva en cuyo interior se acusaba a Pablo Neruda de contrarrevolucionario (Neruda, 1974). Irónicamente miles de ellas partirían timbradas desde la España fascista de Franco.

La carta más cínica que afable, reprochaba con insolencia que Neruda se hubiese vendido al enemigo. Los cubanos le llamaban Pablo al enorme poeta, como si fuera un igual en términos de valía artística y concluían que, en el contexto de la Guerra Fría, si algún izquierdista recibía visa de los EE.UU. se debía a que se había convertido en su colaborador o al menos esperaba obtener beneficios de ellos. La tesis de los cubanos era palmaria, si los yanquis invitaban a hombres de izquierda en nombre de la coexistencia pacífica eso era inaceptable, no se podría hablar del fin de la Guerra Fría cuando los yanquis intervenían en el Congo, en Santo Domingo, agredían salvajemente a Viet Nam y se preparaban para hacerlo en Cuba. En la lucha contra los yanquis no podía haber concesiones:

> Para nosotros, los latinoamericanos; para nosotros, los hombres del tercer mundo, el camino hacia la verdadera coexistencia y la verdadera liquidación de la guerra (fría

> y caliente), pasa por las luchas de liberación nacional, pasa por las guerrillas, no por la imposible conciliación (Retamar R. F., 1966, pág. 132).

La misión de los revolucionarios, según los cubanos, no podía ser la de prestarse al juego de los imperialistas, sino desenmascararlos y atacarlos, había que declarar en todo el continente un estado de alerta contra la penetración imperialista, contra las becas que convertían a los estudiantes latinoamericanos en asalariados o simples agentes del imperio, contra las donaciones a las universidades, contra la conversión de los escritores —y esto iba con Neruda— en simios de salón y comparsa de coloquios yanquis (Retamar R. F., 1966).

Neruda nunca sería un enemigo de Cuba, pero tampoco regresaría a la Isla. En sus memorias reconocería haber seguido amando y respetando la revolución cubana, pero que se negaba a darles la mano a los que consciente o inconscientemente firmaron aquella infame carta (Neruda, Confieso que he vivido, 1974).

El resto de los intelectuales extrañamente no reaccionaron ante esa campañita acusatoria contra el poeta chileno, al decir de Jorge Edwards:

> Frente a la carta, los escritores latinoamericanos nos sentimos divididos entre la admiración a Neruda y la adhesión incondicional a la revolución cubana. Una operación mental cómoda suavizó el conflicto interior: Neruda representaba el estalinismo y el revisionismo de los viejos partidos; Cuba, en cambio, era la libertad y la revolución espontánea, auténtica (Edwards, 2015).

Serían otros hechos, dos exactamente, los que sacarían a flote las incertidumbres que los izquierdistas y les confirmarían la sospecha de que en Cuba se gestaba una revolución distante de sus expectativas, un estalinismo a escala reducida con tanto tropicalismo que alcanzaba a levantar una fachada muy convincente.

En la noche del 21 agosto de 1968, los países del Pacto de Varsovia encabezados por la Unión Soviética intervendrían militarmente en Checoslovaquia y sus tanques no se detendrían hasta llegar a la capital del país eslavo. Se aplastaría así, con relampagueante maniobra, la llamada Primavera de Praga, aquel primer intento de

democratizar el socialismo. Este hecho no sólo modificaría, una vez más, la percepción que de la Unión Soviética tenía la propia izquierda, sino que, además, contribuiría al descrédito y escisión de los partidos comunistas occidentales que, cansados de girar alrededor de Moscú, apostarían por reinventarse.

La pregunta de qué bando ponerse, tuvo una respuesta rápida y concisa. El 23 de agosto, *Le Monde* publicaría un manifiesto condenatorio rubricado por Vargas Llosa, Simone de Beauvoir y Sartre, entre otros. En Cuba, sin embargo, el hecho pondría a su gobierno en un dilema ético: elegir entre apoyar agradecidamente a su benefactor militar y económico o ser fiel al principio inviolable de la soberanía. Para decepción de sus adictos, tres días después, en una cautelosa comparecencia televisiva, Castro reconocería que la decisión tomada en Checoslovaquia por los países ocupantes sólo se podía explicar desde un punto de vista político y no desde un punto de vista legal porque «visos de legalidad no tenía ninguno»; el remedio había sido traumático y ahora los checos se hallaban ante la trágica circunstancia de reaccionar pasivamente ante la ocupación o aliarse a «la morralla fascista y reaccionaria» que se presentaba como abanderada de la soberanía, del patriotismo y de la libertad. El desgajamiento de un país socialista y su caída en los brazos del imperialismo, concluiría Castro, no era permisible, el campo socialista tenía el derecho de impedirlo a como diese lugar (Castro, Comparecencia..., 1968). La vara pragmática, prolongación de la *realpolitik*, con que el líder caribeño juzgó la invasión, contrarió y enfadó a buena parte de sus devotos. Un mes más tarde, el 20 de septiembre, Vargas Llosa, en un artículo publicado en la revista limeña *Caretas,* bajo el título *El socialismo y los tanques*, escribiría:

> A muchos amigos sinceros de la revolución cubana, las palabras de Fidel nos han parecido tan incomprensibles y tan injustas como el ruido de los tanques que entraban a Praga (Llosa, Contra viento y marea, 1989, pág. 219).

Al año siguiente, al no acudir el escritor peruano a la reunión del Comité de la revista *Casa de las Américas* del que formaba parte, Roberto Fernández Retamar, quizás interpretándolo como un acto de sedición, le escribiría y le informaría al

renegado que su presencia había sido más necesaria que la de otros porque él, Vargas Llosa, había hecho una pública condenación de la política exterior de la Revolución y porque había enviado a Haidée Santamaría, con copia a Castro, una carta colectiva opinando sobre «delicadas cuestiones» de Cuba. Vargas Llosa contestaría que su adhesión a la Revolución, aunque profunda, no era ni sería nunca la de un incondicional alineado en todo con el poder revolucionario, para un escritor resultaba inconcebible tal género de obediencia y, aun confesando su respeto por Castro, el peruano reafirmó que seguía deplorando que éste hubiese apoyado la intervención soviética en Checoslovaquia.

Como reflexionaría años más tarde el escritor chileno Jorge Edwards, el discurso de Castro había sido una puñalada en la espalda a cierta opción socialista que él mismo, gracias a una ambigüedad consentida, había llegado a representar en el exterior. Según rumores transcritos por Edward, el comandante había justificado su actitud argumentando que la invasión era una oportunidad para reconciliarse con la URSS y que los checos no habían peleado, a diferencia de los cubanos que se habrían defendido hasta el último hombre (Edwards, 2015).

El segundo hecho que contribuiría a la ruptura del idilio entre aquel invaluable apoyo intelectual y la Revolución ocurriría en 1971. Se trataría de un caso doméstico que afectaría a una sola persona, pero no a un simple y común mortal, a un disidente de a pie, sino, esta vez, a un integrante de la tribu intelectual: al poeta Heberto Padilla quien, primero con su poemario *Fuera de juego* y después con otros comportamientos "inadecuados", se había pasado de la raya.

Conviene señalar, sin embargo, que ya antes de Padilla, otros habían sentido en carne propia el fierro candente del dogma, aunque, a decir verdad, comparados con Padilla, se trataría más bien de un tirón de orejas. Aun así, valdría la pena detenernos en uno de ellos: el escueto documental *free cinema*, de título más escueto todavía: *P.M.*, acrónimo de pasado meridiano, que describía en apenas 14 minutos La Habana noctámbula, la de la gente de calaña dudosa que cumbanchea y se emborracha, y viceversa. La polémica de este —según Ambrosio Fornet—

«documentalito» de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal, resultó ser histórica porque daría origen a las conocidas *Palabras a los intelectuales*. Orlando Jiménez Leal, uno de sus realizadores, reconocería casi cincuenta años después, que *P.M.* era:

> …un poema a la noche, un corto sin muchas pretensiones. A pesar de todo, ha trascendido de una manera misteriosa... (Zayas M., Un baile..., 2008, pág. 191)

Su cámara, que había osado atrapar el final de una época, aquel submundo curiosamente elegante, aquella Habana secreta y algo «acanallada», paralela a la luminosa y de leyenda que todos conocían, con sus personajes de los muelles, el lumpen con sombrero, traje y corbata (Zayas M., Un baile..., 2008). Aquella imagen disoluta, grabada en enero de 1961, no convenía cuando el zarpazo del «monstruo brutal y revuelto» era casi inminente, pero, sobre todo, no convenía un material que arañase el molde oficialista, la épica de obreros y campesinos trabajando codo con codo, milicianos salvaguardando de agresiones y sabotajes, alfabetizadores, estudiantes, niños, ancianos, todos, en fin, cancelando a brochazos de abnegación un pasado de relajo ontológico.

No convenía, no, y, luego de ser presentado por su patrocinador, la revista *Lunes de Revolución*, en su programa televisivo del canal 2, de pasar ante los televidentes —al decir otra vez de Fornet— sin penas ni glorias, *P.M.* se disponía a irrumpir en las pantallas grandes de la capital.

Así, siguiendo el protocolo, el 2 de mayo de 1961, los realizadores presentarían el film de 16 mm y 500 pies de metraje a la Comisión de Estudio y Clasificación de Películas, adjunta al ICAIC[59], la cual, como sugería el nombre, evaluaría sus rasgos

[59] Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, fundado el 24 de marzo de 1959 con la Ley número 169 del Gobierno con la finalidad de "organizar, establecer y desarrollar la industria cinematográfica, atendiendo a criterios artísticos enmarcados en la tradición cultural cubana".

morales, estéticos, sociales y políticos. La Comisión, reunida en sesión ordinaria emitiría un edicto: prohibir la exhibición de *P.M.* por:

> …ofrecer una pintura parcial de la vida nocturna habanera que empobrece, desfigura y desvirtúa la actitud que mantiene el pueblo cubano contra los ataques arteros de la contrarrevolución a las órdenes del imperialismo yanki» (Rodríguez, Acuerdo del ICAIC..., 1961, pág. 9).

Días después, el 21 de mayo, Néstor Almendros, de *Bohemia*, le daría al "documentalito" cuatro estrellas, de cinco posibles, catalogándola de «auténtica joya del cine experimental» y recomendándola con entusiasmo porque:

> Bien pocas veces, si no ninguna, el espectador habrá tenido la oportunidad de ver una película nuestra que haya llegado tan hondo en la realidad de un aspecto de la vida popular (Almendros, 1961, pág. 80).

Elogiaba el crítico-cineasta, además, la fuerza de aquel arte espontáneo, el buen trabajo de la cámara escondida, nunca impertinente, que «capta la realidad como es, sin actores, sin iluminación adicional como en los estudios, sin que un director prepare o falsee las cosas advirtiendo o decidiendo cada uno de los movimientos o las líneas de diálogo». Había, pues, un tímido alegato estético en la propuesta de los cineastas que se habían auto-costeado incluso. Almendros los alzaba por encima de otros, los del ICAIC, por ejemplo, que con más recursos lograban menos:

> Si se saca una cuenta de la mínima cantidad que costó la película, se comprenderá que el cine no depende tanto del dinero como del talento y el gusto de los que lo hacen (Almendros, 1961, pág. 80).

Ante la proscripción de su película, realizadores y patrocinadores no se quedarían de brazos cruzados. Guillermo Cabrera Infante, hermano de Sabá, alcanzaría a reunir cincuenta firmas de artistas que, en contra de la sovietización cultural, saldrían en defensa del documental.

Alfredo Guevara, acosado por tales descontentos, propuso entonces una proyección en la Casa de las Américas para el 31 de mayo, y dejar en manos de los propios

artistas la suerte de la obra. Sin embargo, no habría consenso. De un bando: Mirta Aguirre, crítica de cine del periódico *Hoy*; Edith García Buchaca, funcionaria del Consejo Nacional de Cultura; Alfredo Guevara, Julio García Espinoza, entre otros, insistirían en considerar a *P.M.* una obra impropia, desafecta; César Leante y Tomás Gutiérrez, se limitaron a considerarla inoportuna porque podría ser utilizada por el imperialismo. Del otro bando, varios artistas consideraban insensata, regenteo de la cultura, la proscripción.

En el fragor del debate, Alfredo Guevara, como si de pronto se le ocurriese, propone someter el documental al criterio de las organizaciones de masas y que dicten ellas el veredicto final. Curiosamente en los archivos de la Cinemateca de Cuba se encuentra la copia de un texto enviado a la Asociación de Escritores y Artistas, fechada el 30 de mayo de 1961, es decir, un día antes de la "espontánea" propuesta, que hablaba de que la decisión de la prohibición había suscitado descontento y temor de que entrañase un ataque a la libertad creadora, entonces:

> Ante este hecho, el ICAIC, a la vez que mantiene la vigencia de la resolución que prohíbe la presencia de "P.M" en nuestros cines, hace saber que está presto a rectificarla tan pronto exista una solicitud en tal sentido, firmada por cualquier organización de masas del pueblo cubano: CTC, FEU, Asociación de Jóvenes Rebeldes, Federación Democrática de Mujeres, etc.
>
> A este fin, el ICAIC proyecta ofrecer exhibiciones privadas de "P.M." ante las organizaciones mencionadas, así como la UIE, la Milicias Nacionales Revolucionarias y cualquier otra cuyo nombre se le sugiera.
>
> El ICAIC opina que nadie más autorizado que estos organismos populares para determinar si la prohibición de "P.M" es una justa medida de protección del prestigio del pueblo de Cuba en estos instantes… (Zayas & Jiménez, 2012, pág. 263)

Como quiera, los defensores de *P.M.*, sospechando que podría haber gato encerrado, refutan el ofrecimiento de Alfredo Guevara:

> A nosotros nos pareció una oferta ridícula, porque, entre otras cosas, esas organizaciones estaban controladas de manera vertical por ellos mismos. Conocíamos cuál era nuestra debilidad, pues nuestra única fuerza era el periódico *Revolución* y, específicamente, su suplemento literario, *Lunes*. Después de muchas horas de debates, se acordó suspenderlos, porque aquello se había convertido en una discusión bizantina. Sólo nos pusimos de acuerdo en que no estábamos de acuerdo, y decidimos que el problema debíamos plantearlo en el Congreso Nacional de Cultura, próximo a celebrarse, como parte de un debate mayor sobre la cultura (Zayas M. , Un baile..., 2008, pág. 193).

Los funcionarios del ICAIC y del Consejo Nacional de Cultura no tendrían la paciencia de esperar tanto. Dos días después, el 2 de junio, en su segunda página, *Noticias de Hoy* publica sobre *P.M.* que, sí, una obra de arte tenía «necesidad de exponer las lacras sociales», «productos de una sociedad en descomposición», pero el fenómeno radicaba en cómo hacerlo. El premuroso artículo decía que *P.M.* sólo recogía lo negativo de una sociedad que la Revolución estaba superando, y concluía:

> Un documental que en estos momentos no vaya reflejando la lucha heroica del pueblo cubano contra el imperialismo yanqui, su decisión inquebrantable por defender el suelo patrio cada vez que sea hollado por mercenarios, gusanera al servicio de los monopolios; un documental que no sea exponente realización de los sacrificios ingentes de los humildes, conciente del rol histórico que en el mundo juega Cuba hoy; un documental que no resalte el entusiasmo de los brigadistas "Conrado Benitez", etc., etc., si no llega a mostrar no solamente a nuestro pueblo, sino al mundo esas verdades históricas, no estará cumpliendo su cometido (Otero, 1961, pág. 2).

En el mismo número de *Hoy*, pero en la novena página, para sorpresa de los artistas que habían estado reunidos en la Casa de las Américas, apareció el titular: *Acuerdo del ICAIC sobre la prohibición del film P.M.* y el subtítulo *Texto de la comunicación enviada por el ICAIC a la Asociación de Escritores y Artistas*. Allí, además de hallarse transcritas palabra por palabra, el mencionado Acuerdo de la Comisión y la carta del ICAIC a la Asociación de Escritores y Artistas, se podía leer:

> En esta reunión, celebrada en "La Casa de las Américas" en la noche del 31 de mayo de 1961, después de exhibida la película y discutidos, ante los realizadores de la misma distintos puntos de vista sobre esta cuestión, se acordó ratificar la prohibición de "P.M." y entregar la copia del film a los señores Sabá Cabrera Infante y Orlando Leal Jiménez (Rodríguez, Acuerdo del ICAIC..., 1961, pág. 9).

Y luego se le encolaba la consabida letanía, que, por entender que era un camino democráticamente correcto, el ICAIC estaba presto a rectificar la prohibición tan pronto existiese una solicitud firmada por cualquiera de las organizaciones de masas del pueblo cubano.

Poco antes de morir, Alfredo Guevara, si bien asumiría la responsabilidad de no haber querido distribuir la película, culparía a Edith García Buchaca de haber destapado la caja de pandora:

> Con la experiencia que tengo hoy, digo que no debí haberme prestado para eso, aunque yo no estaba de acuerdo con la distribución de *P.M.* porque estábamos en el preludio de Playa Girón; ya estaban las ametralladoras emplazadas en las azoteas y en las calles. Estábamos esperando una invasión a Cuba. El problema es que el viejo partido se metió de cabeza en el asunto y llevó las cosas más lejos de lo que yo quería (Sierra & Gámez, Entrevista con A. Guevara, 2014).

Buchaca, quien, según Guevara, todavía nonagenaria seguía fastidiando, diría, por la misma fecha, que Alfredo Guevara se le había acercado pidiéndole que censurara el documental ya que él, por una razón de imagen, no podía hacerlo (Sierra & Guerra, "No se sabía..., 2017). Sobre la noticia aparecida en *Hoy*, Orlando Jiménez Leal, uno de los realizadores de *P.M*, analizaría años después:

> Ese fue el detonante de todo el escándalo: que se atrevieran a publicar, al día siguiente, en todos los periódicos, un decreto oficial donde se alegaba que la inmensa mayoría había aprobado la prohibición, fue una mentira que desbordó la paciencia de la gente. Afirmaban así, con un decreto, lo contrario de lo que había sucedido delante de cientos de personas.
>
> […]

> Cuando salió publicada la noticia diciendo todo lo contrario, le enviamos una segunda carta de protesta, esta vez más enérgica, a Nicolás Guillén. Fue ahí que la dirigencia del ICAIC se percató de que el *affaire P.M.* no era sólo un problema cultural, sino también un problema de Estado. De inmediato, Fidel Castro suspendió el Congreso y convocó a una discusión sobre el tema en la Biblioteca Nacional.

La versión de Guillermo Cabrera Infante aporta un interesante detalle. El Comité Cultural del Partido Comunista, que había organizado el Congreso al que asistirían personalidades extranjeras, creyó que los hombres de *Lunes de Revolución* podían constituir un problema y, presa del pánico, pidieron que no hicieran, por favor, una denuncia pública contra el ICAIC y, en cambio, propusieron retrasar el Congreso y lavar la ropa sucia en casa (Infante, Testimonios, 2007).

Así, un mes después, se reunirían tres veces allá en la Biblioteca Nacional, gobierno e intelectuales, para definir qué se podía decir y qué no, hasta dónde llegaría la libertad de creación. La última de las reuniones concluiría con un discurso de Castro que ha quedado grabado en la historia como las *Palabras a los intelectuales* que, más por su ambigüedad que por su certeza, cerrarían para siempre las puertas a la imaginación.

EL DISCURSO DEL REY

Rodeada de una atmósfera de inquietud comenzó, el 16 de junio de 1961, en el salón de la Biblioteca Nacional, la primera de tres sesiones de aquel debate que, sin concretar nada, extrañamente moldearía para siempre la cultura cubana.

En aquel encuentro, irónicamente, los que habían iniciado el revuelo y catalizado el interés del Gobierno por meter en cintura a los intelectuales, no estarían entre los 73 invitados, no al menos el primer día. Más tarde, quizás porque Heberto Padilla haría

notar la contradicción de que no hubiesen invitado a los causantes del debate, telefonearían a Orlando Jiménez de parte de Castro y Dorticós, que lo invitaban al encuentro de la Biblioteca Nacional, y Orlando, que lo tomaría por una tomadura de pelo, le colgaría a la presunta farsante. Sólo después de otras tres llamadas, entendería Orlando que la mujer hablaba en serio (Zayas M., Un baile..., 2008).

En la tribuna, desde lo alto, para subrayar la verdadera situación de cada cual en la pirámide del poder, estaba Fidel Castro que, para ponerse cómodo, había colocado su Browning 9 mm sobre la mesa; también estaban el presidente Osvaldo Dorticós; el ministro de Educación Armando Hart, su esposa y presidenta de la Casa de las Américas, Haydée Santamaría; estaba Alfredo Guevara, presidente del ICAIC; y tres comunistas de alcurnia: Carlos Rafael Rodríguez, director de *Hoy* y miembro del Consejo Nacional de las ORI[60]; Vicentina Antuña, y Edith García Buchaca, presidenta y vicepresidenta del Consejo Nacional de Cultura, respectivamente.

La voz tranquila, casi afable, de la moderadora, García Buchaca, informaría que aquella reunión había sido convocada por el premier, Fidel Castro, y el presidente, Dorticós, «para tener una conversación con los intelectuales y artistas que han sido invitados, con la finalidad de conocernos un poco mejor todos» (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007). Acto seguido, Dorticós tomó la palabra y, cumpliendo al pie de la letra una la estrategia común, intenta ser modesto, confiesa incluso cierta timidez porque él no es una un intelectual, y revela que el Gobierno desde siempre ha tenido consciencia de las «deficiencias» que han enervado «una cultura sana» y —continúa diciendo— que por eso estaban allí, para fijar posiciones y producir «esclarecimientos recíprocos». Luego, en un santiamén, comienza Dorticós a regentear verbalmente los dominios del arte:

> Creemos, eso sí, y esto constituye para nosotros cuestión de principio incontrovertible, que la cultura debe de estar al servicio del pueblo. Lo que vale

[60] Organizaciones Revolucionarias Integradas. Organización política que en 1961 fundió en un solo partido al Movimiento 26 de Julio, al Partido Socialista Popular y al Directorio Revolucionario 13 de Marzo. En marzo de 1962 pasaría a llamarse Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), el que, a su vez, más tarde sería el Partido Comunista de Cuba (PCC)

> tanto como decir que debe de estar al servicio de la Revolución, y que los hombres que protagonizan la vida intelectual de un país (es decir, los intelectuales, los artistas) no pueden, claro, desasirse de la grave responsabilidad histórica de poner sus talentos, sus capacidades artísticas y su sensibilidad, al servicio del pueblo y de la Revolución (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 158).

¿Al servicio del pueblo? ¿Qué significaba? Si por pueblo se entendía, como era de suponer, a los obreros y a los campesinos, estar a su servicio era un llamado a hacerse comprensible, masticar el arte antes de entregarlo, maniobrar con códigos sencillos, asequibles a los de menos instrucción, a los de menos bagaje cultural. ¿Era éste un enfoque personal de Dorticós o una propuesta de equipo? No sabríamos decir con certeza, pero su posición se acercaba mucho —sospechosamente mucho— a las posiciones que habían adoctrinado la cultura soviética en los años treinta con Gorki como testaferro intelectual de Stalin y después en la post-guerra con Andrei Zhdánov. Si bien *Los bajos fondos*, *La Madre*, podrían haber bastado para fundar, por imitación, una doctrina estética, de su autor, Gorki, se valdría Stalin para lanzar al ruedo algunos estatutos de lo que sería admisible en el arte soviético. El fundador del realismo socialista iría más allá que servir sólo de paradigma y le echaría un cabo enorme al líder del PCUS en adaptar el arte a las nuevas relaciones de producción. En su discurso, durante el I Congreso de Escritores Soviéticos de 1934 manifestaría la superioridad del arte socialista:

> Abrigamos la esperanza, muy fundada, de que cuando toda la historia de la cultura humana sea escrita por marxistas, llegaremos a persuadirnos de que la misión de la burguesía en el campo de la cultura ha sido exagerada (Gorki & Zhdánov, 1968, pág. 19).

Y su crítica a la literatura burguesa —que para él comenzaba «con los cuentos egipcios que tenían por protagonista al ladrón, tradición que griegos y romanos continuaron» (Gorki & Zhdánov, 1968, pág. 24)— le permitió perfilar, primero por defecto, el arte de la nueva sociedad, aquella en la que no tendría cabida el simpático bribón Rocambole ni el detective Shelock Holmes ni Lupin el ladrón de buenas maneras. La literatura socialista, su receta, distinta de ese romanticismo burgués

fundado en el individualismo y tan sustraído de la realidad que, en vez de fincarse en la persuasión de la imagen, se reducía casi exclusivamente al "hechizo del verbo", no podría crear jamás ni un Proust ni un Novalis, ni ninguno de los realistas críticos, cuyo desafío al orden reinante no era motivado «por la justa comprensión de causas sociales o políticas, sino sugerida por la desesperación sufrida en la jaula del capitalismo, o bien por el deseo de vengar su escaso éxito y las humillaciones soportadas» (Gorki & Zhdánov, 1968, pág. 45). En el socialismo «el trabajo de las masas organiza la cultura, es creador de todas las ideas, incluso las que durante siglos contribuyeron a menoscabar la significación decisiva del trabajador» (Gorki & Zhdánov, 1968, pág. 43). Y en cuanto al héroe, Gorki no vacila, tiene que ser el obrero que eleva el trabajo a la altura del arte.

La familiaridad entre las palabras de un funcionario como Dorticós con la de cualquier homólogo soviético era evidente. Los puntos de contacto, por demás, no parecían casuales ni se trataban de conceptos improvisados o preparados individualmente.

Así, después de su "incontrovertible" aclaración, fruto de la escuela de estaliniana, que a su vez había bebido de Robespierre[61]—en la que sólo le faltó decir que estar al servicio de la Revolución implicaba estar al servicio de quien la dirigía—, el presidente de Cuba rogaría que, por favor, se hablase con entera libertad y, todavía entumidas, las intervenciones comenzaron a arañar el hielo.

Algunos de los presentes comenzaron a exhibir su incondicionalidad, aprovechando el momento para hacerse notar delante de la plana mayor, intentando, probablemente, pescar un buen puesto en el futuro. Otros mostraban sin mucha pujanza el fuerte temor a perder la libertad creativa.

[61] Robespierre escribiría en 1792: «El alma de la República es la virtud, el amor a la patria, la magnánima entrega que confunde todos los intereses en el interés general».

La censura de *P.M.* hacía valedero el refrán: cuando veas las barbas del vecino arder, pon las tuyas en remojo, ya que aquella proscripción podría convertirse en el patrón por el cual se iba a definir y juzgar el arte (Zayas M., Un baile..., 2008). Algunos artistas mostraban su desinterés por convertirse en víctimas y otros iniciaban tempranamente a juzgar las posiciones intelectuales. La reunión era, en fin, para trazar límites.

A la luz de hoy, parece absurdo que un artista solicite, como si de un mapa se tratase, demarcar la creación; tal actitud sería sólo achacable a que, a sólo tres años de Revolución y a pocos meses de haberse despejado su ruta política, los artistas, renunciando incluso a su propia individualidad, deseasen sinceramente contribuir al progreso nacional, al diseño de un modelo más justo. Regresando al paralelismo con la Revolución de Octubre, también en aquel remoto congreso ya referido, un grande como Isaac Babel, comunista él mismo, más tarde sería procesado y condenado a muerte por el régimen soviético, manifestaría su adhesión a la política cultural del régimen:

> Lo más serio de todo eso es que nosotros, los literatos, tenemos la obligación de cooperar a la victoria de un gusto nuevo, de un gusto bolchevique, en el país (Babel, 1934).

De modo en el caso cubano, tampoco en aquellos iniciales años los escritores y artistas se desentendieron del proceso. Allí, ante el juzgado gubernamental, estaban los que no habían partido hacia el exilio, los que confiaban en el papel redentor de la Revolución y en la sabiduría y justicia de Fidel Castro.

Así, las peticiones de los artistas que asistieran a aquellos encuentros en la Biblioteca Nacional demostraban, por sobre todas las cosas, su disposición a hacer concesiones —sino totales, al menos parciales— en nombre de aquellas bondades que los ingenieros sociales prometían. Un crítico musical, por ejemplo, pediría que le aclarasen si era posible hacer contrarrevolución a través de una crítica musical; un dramaturgo, Mario Parajón, preguntaría si era posible que los católicos pudieran convivir con los comunistas, trabajar codo con codo en la construcción de la obra

revolucionaria. Anticipando raramente algunos de los códigos y conceptos con que Castro vertebraría el "teque" de la clausura, el joven poeta José Álvarez Baragaño, expresaría que lo fundamental debía ser «la responsabilidad del artista dentro de la Revolución» porque antes, cuando existía un régimen degradado, burgués, explotador, se tenía derecho a una actitud negativa; sin embargo, ahora, había que cantarle a la vida y, casi cantinfleando, diría que ninguna crítica puede ser contrarrevolucionaria porque, de serlo, simplemente no es una crítica, una crítica sólo puede ser correcta o incorrecta (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 161). El músico, Juan Blanco, funcionario por aquella época, inicia su intervención con el estilo dilemático, sin términos medios, ya manejado por los redactores revolucionarios cuando batallaban a brazo partido contra los periódicos independientes:

> Compañeros, yo creo que en Cuba los artistas son revolucionarios o son contrarrevolucionarios (…). Y, si los que estamos aquí somos revolucionarios, nosotros tenemos que tener muy en cuenta nuestra Revolución, y lo que significa ella, y lo que necesita ella de nosotros (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 161).

El concepto central es notable —y parafraseando un proverbio infantil—: limón limonero, la Revolución primero. El futuro pionero de la música electroacústica cubana, también hablaría de las masas, que dieran un paso adelante por medio de la educación, y que los intelectuales diesen otro paso para encontrarse y abrazarse con ellas. Habiendo escuchado esta bucólica figuración, desde la tribuna se apoderó del micrófono Carlos Rafael Rodríguez que, frustrado por el despilfarro de verbo y tiempo, llama a poner el dedo en la llaga:

> Nosotros sabemos que hay problemas, los que vivimos un poco lejos (pero no demasiado lejos) de los problemas de la cultura. Y los protagonistas de los problemas saben que hay problemas. Y, sin embargo, hace hora y media que estamos hablando de los problemas en una forma que nadie se puede dar cuenta de cuáles son los problemas (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 162).

Y, como un árbitro de pugilato, exige Carlos Rafael más acción a los contendientes, más agresividad, que no es posible que las luchas intestinas y el veneno que entre ellos hay no afloren por ninguna parte. «Parece que están discutiendo teorías», dice. Entonces es cuando uno de los escritores allí presentes se alza y opina sin saber siquiera que lo está haciendo para la posteridad, para convertirse para siempre en referencia obligada de aquel histórico momento. Guillermo Cabrera Infante —que, por cierto, estuvo ausente en ese primer día— describiría así, como si lo hubiese visto con sus propios ojos, aquel singular momento:

> Súbitamente, de la masa avergonzada surgió un tímido hombrecito de pelo pajizo, de tímidos modales, sospechoso ya, por su aspecto de marica militante, a pesar de sus denodados esfuerzos por parecer varonil, o si no, fino, y dijo con voz apocada, apagada, que quería hablar. Era Virgilio Piñera (Infante, Testimonios, 2007, pág. 177).

De la épica intervención de Virgilio Piñera, más allá de las borrosas versiones dictadas por la memoria y la imaginación, afortunadamente algunos fragmentos monumentales se han podido rescatar del escamoteo oficialista, entre ellos éste:

> Como Carlos Rafael ha pedido que se diga todo, hay un miedo que podíamos calificar de virtual que corre en todos los círculos literarios de La Habana, y artísticos en general, sobre que el Gobierno va a dirigir la cultura. Yo no sé qué cosa es cultura dirigida, pero supongo que ustedes lo sabrán (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 163).

La manera en que Virgilio dijo ignorar qué significaba «cultura dirigida», fue de un muy atrevido sarcasmo. Precisamente un año antes él había tratado el asunto de la literatura dirigida en la URSS, asegurando que el principio marxista de la "literatura al servicio de la revolución" había perdido peso allí, ya que algunos escritores prohibidos habían sido reincorporados a las librerías y se permitía, incluso, tratar el tema amoroso. Refiriéndose a una conferencia de Marcel Marien sobre Maiakovki diría:

> Expone Marien que, si los escritores soviéticos escriben sobre el obrero, el campo, las máquinas, etc., es porque la Rusia actual no es plenamente comunismo sino un Estado socialista y que en el momento en que el mismo advenga, es decir, cuando las clases sociales se hayan refundido en el Hombre mismo ya no habrá necesidad de una literatura dirigida (Piñera, Literatura y Revolución, 1959, pág. 3).

En ese artículo como en otros, Virgilio llamaría a los escritores a comprometerse con la Revolución, a ponerse al servicio de ella en nombre, sobre todo, de la gratitud:

> Para empezar, la Revolución ha prestado un grandísimo servicio al escritor: lo ha sacado del impasse estetizante en que se encontraba para colocarlo en un plano de confrontación consigo mismo y con su propio pueblo (Piñera, Literatura y Revolución, 1959, pág. 3).

Porque Virgilio era uno de los tantos intelectuales tocados en lo más hondo del alma por el proceso revolucionario, había pasado tiempos difíciles; como él diría, atrás habían quedado los años en los que para publicar un libro o una revista tenía que empeñar su único traje; lejos, borrosos, olvidados, quienes se conjuraban para destruirlo porque él, a su modo, hacía Revolución en las letras (Piñera, Literatura y Revolución, 1959). Unos meses antes de agarrar al toro por los cuernos en aquel encuentro con Castro, Virgilio había escrito:

> Ahora estoy en terreno favorable. La Revolución me ha dado carta de naturaleza. Los años que me queden no volverán a confrontarme con tales humillaciones (Piñera, Mis 25 años de vida literaria, 1961, pág. 3).

Había hecho bien Virgilio en hacerse el inocente con respecto al sintagma «cultura dirigida», porque cayó como una bomba. Castro enseguida pidió nombres. No refutó el premier que el rumor fuese incierto, no, ni siquiera reparó en la gravedad de lo que significaba, sólo quería saber quién lo había dicho. Piñera, sin delatar a nadie, trató, según las circunstancias y la tensión se lo permitieron, de menguar lo dicho:

> …yo no digo que haya temor, sino que hay una impresión, entonces yo no creo que nos vayan a anular culturalmente, ni creo que el Gobierno tenga esa intención, pero eso se dice. Que lo niegan, está bien, pero se dice. (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, págs. 163, 164).

La intervención del dramaturgo expresaba, pues, una preocupación de todos, pero que nadie se atrevía a exteriorizar en voz alta. Castro, después de superar por más de quince párrafos lo dicho por Piñera, llamó a disipar el miedo, a irle de frente. Llamó a exorcizar los fantasmas.

A duras penas, leyendo con mucha generosidad, alcanzamos a interpretar el verdadero temor de Castro. Quizás el líder temía que ocurriesen fuertes polémicas y que fueran a terminar, según sus palabras, en «una cámara húngara», ofreciendo «un espectáculo de discusión inculta» y que todo eso, como es natural, trascendiese. Sería razonable pensar, además, que, como el propio Castro reconociera, su objetivo no fuera trazar pautas, sino encontrarlas, y que, por lo mismo, persiguiese de verdad conciliar los intereses de los creadores y los políticos, resolver «el problema de la libertad dentro de una Revolución». Castro creía que había que dilucidar hasta qué punto le interesaba a la Revolución circunscribir el arte a un círculo muy estrecho; hasta qué punto la manifestación artística debía luchar por la Revolución y trabajar de acuerdo con ella:

> ¿Cómo pueden convivir las dos cosas y ayudarse las dos cosas? (…) Porque tiene que haber un punto realmente práctico, y tiene que haber un punto, una interpretación correcta (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007).

No sólo el líder revolucionario y su séquito buscaban la fórmula para matrimoniar política y cultura de modo que esta última continuase gozando de libertad. Los propios artistas e intelectuales estaban convencidos de que fuese posible, que el fervor revolucionario no significase una atadura.

El debate alrededor de *P.M.* comenzaría a tomarse como pretexto para referirse a puntos más delicados. Tomás Gutiérrez Alea, por ejemplo, lo retomaría para salvar

su cartelito de revolucionario y poder hablar más atrevidamente. Echándole más tierra a *P.M.* de la que le habían echado, la consideró una película que, sin ser contrarrevolucionaria, tocaba de forma indebida un aspecto de la realidad, por lo tanto, mentía hipócritamente porque ocultaba la verdad parcial, lo que la podía convertir en un arma para el enemigo (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 169); dicho esto, el cineasta pasaría a lo más delicado, al peligro de la centralización de la creación artística, hecho que podría favorecer a una sola tendencia estética, evitando que superviviesen otras igualmente valiosas.

La opinión del poeta Manuel Navarro Luna, contrastando con la crítica de Alea, llamó a consagrarse a la Revolución y al descenso a las masas y, haciéndose un haraquiri verbal, se auto-flageló y flageló con palabras duras a los intelectuales que, mirando por encima del hombro al pueblo y llenos de prejuicios, egoísmos, engreimientos, se quedan en su gabinete, en la "capillita", en el chisme, en el cenáculo sucio:

> No hemos hecho entonces ninguna obra a favor de la Revolución. Y lo que se nos pide no es nada más que trabajar a favor de la Revolución con las formas que se tengan, con las esencias que se tengan. Y la Revolución sí que va dirigida a los intelectuales, pero pidiéndoles nada más que una cosa: que estén a favor de ella. Nada más (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 171).

César Leante, retomando el tema *P.M.*, procede como Gutiérrez Alea. Entiende que la estética del documental estaba equivocada, si bien había sido la que habían encontrado los realizadores que, a propósito, eran jóvenes revolucionarios y sanos y, seguidamente, desaprobó el procedimiento al prohibir el documental, el revuelo que se levantó por una obra «intrascendente», «una tontería», que había creado un precedente:

> … si eso había ocurrido en aquel momento con la película, más adelante podía ocurrir con un libro de versos, con un cuadro, con una obra de teatro. Es decir, que por ese motivo se trató de que no se utilizaran esos métodos coercitivos cuando no

> se estaba de acuerdo (con razón, si se quiere) con una obra artística (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, págs. 171, 172).

Vocera del realismo socialista, Mirta Aguirre opina que *P.M.* no muestra más que borrachos, mujeres de vida alegre en los peores bares habaneros, esos que también los intelectuales visitan cuando están de vena, pero que son un rezago social, algo que está muriendo:

> …el artista que encuentra la calidad estética en los bares y no la puede encontrar en un miliciano con su rifle en ningún modo, deja mucho que desear como sensibilidad estética y también como ciudadano (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 173).

Y quitándole dramatismo al hecho de la censura, Aguirre arremete contra quienes habían reaccionado porque veían la prohibición como un síntoma de estalinismo y se extraña de que se temiese que Fidel Castro anunciase el 26 de Julio, fecha histórica, la instauración el arte dirigido, cuando se sabía que la campaña por la libertad de creación *versus* estalinismo estaba en pie, e hizo referencia Aguirre a su intervención en la Casa de las Américas cuando recordó que en Hungría también el movimiento contrarrevolucionario había empezado por movimientos intelectuales que reclamaban la libertad creadora, y terminó pidiéndole a los gobernantes allí presentes que precisasen con claridad:

> … hasta dónde existe la libertad creadora y dónde esa libertad creadora se convierte ya en un peligro para la Revolución (Martínez, Encuentro de los intelectuales..., 2007, pág. 174).

Recordaría Franqui que Alfredo Guevara en aquella sesión, aprovechó para atacar al suplemento *Lunes de Revolución* y al periódico *Revolución* en toda la línea, los acusó de intentar dividir desde adentro; «de ser enemigos de la Unión Soviética; de revisionismo y confusionismo ideológicos; de introducir tesis polacas y yugoslavas, exaltar el cine checo y polaco; de ser portavoces del existencialismo, el surrealismo, la literatura norteamericana, el decadentismo burgués y el elitismo; de ignorar las realizaciones de la Revolución; de no exaltar las milicias»; y de *P.M.* diría que era

contrarrevolucionaria, que fotografiaban fiesta y blandenguería; que Sabá Cabrera y Orlando Jiménez eran el ejemplo de la ideología antirrevolucionaria de *Lunes y Revolución* (Franqui, Fidel y los escritores, 2010).

Franqui reaccionaría con serenidad. *Revolución*, recordaría, había defendido apasionadamente las grandes transformaciones, había llevado a cabo una campaña mundial para atraer el apoyo de la intelectualidad más excelsa. La revista *Lunes de Revolución* había sido la primera en publicar el *Manifiesto comunista* cuando todos se espantaban con el tema. *P.M.* no hacía más que aludir a la índole pachangosa y rumbera del cubano, y recordó que Martí había dicho que había que ser cultos para ser libres. Según la versión del director de *Revolución*:

> … la asamblea se animó y casi unánimemente defendió con bríos a *Lunes*, a la nueva literatura, al arte joven y a la libertad de creación y expresión. El poeta Pablo Armando Fernández con brillante ironía ridiculizó a los sectarios y miedosos y arrepentidos. Retamar y Otero, entonces no aún policías de la cultura, afirmaron que si los políticos no sabían de literatura no podían dirigirla (Franqui, Fidel y los escritores, 2010, pág. 26).

El 30 de junio sería el gran día. En la última sesión de aquellos encuentros, Castro cerraría, como acostumbraba a hacer en cada evento importante con un veredicto (o vero edicto). Así, sin considerarse a sí mismo un perito en el campo de las artes, propondría a los reunidos involucrarse «inevitablemente en una revolución cultural». Después reconocería que «el problema de la cultura» era una madeja bastante enredada, algo que, según él, había discutido con Sartre y con Mills, pero que, mientras escuchaba a los intelectuales, había tenido la impresión de que no acabasen de poner los pies sobre la tierra porque la gran preocupación que todos debían tener era la Revolución (Castro, Discurso pronunciado a los intelectuales, 1961), además carecía de sentido que se devanasen los sesos e inquietasen temiendo que la Revolución pudiera desbordar sus medidas y asfixiar el genio creador:

> …el estado de ánimo de todos los escritores y artistas revolucionarios, o de todos los escritores y artistas que comprenden y justifican a la Revolución, es qué peligros

> puedan amenazar a la Revolución y qué podemos hacer por ayudar a la Revolución misma (Castro, Discurso pronunciado a los intelectuales, 1961).

Lo primero, insistiría Castro, sería la Revolución misma, y después las demás cuestiones; diría que la preocupación por la libertad de expresión era innecesaria, que no tenía razón de ser para el revolucionario que pusiese la Revolución por encima aun de su propio espíritu creador y estuviese dispuesto a sacrificar hasta su propia vocación artística por ella. Desde el inicio de su intervención, Castro prácticamente le propone al artista comportarse como un empleado gubernamental y, deliberadamente discordante, se pone a sí mismo de ejemplo:

> Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo. Y siempre diremos: el pueblo.
>
> […]
>
> El prisma a través del cual nosotros lo miramos todo es ese: para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellos; para nosotros será noble, será bello y será útil todo lo que sea noble, sea útil y sea bello para ellos (Castro, Discurso pronunciado a los intelectuales, 1961).

El arte válido, según el ideario fidelista, allí expuesto, sería aquel dirigido a la masa humilde y explotada y, por ello, quien, considerándose más artista que revolucionario, fuese incapaz de luchar por eso, viviría una tragedia, padecería un conflicto; sin embargo, rescatar a esos escritores honrados, aunque no genuinamente revolucionarios, era un deber de la Revolución, preocuparse por ellos, tener la aspiración de que marchasen junto a ella y de que creasen, con la condición de que fuese «dentro de la Revolución»:

> Esto significa que, dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos; y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir. Y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie —por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación

> entera—, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella. Creo que esto está bien claro.
>
> ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas, revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho (Castro, Discurso pronunciado a los intelectuales, 1961).

Cuesta creer que, como indica la versión taquigráfica, luego de haber escuchado tales palabras, los intelectuales aplaudiesen, porque de ellas se desprendía con nitidez que Castro no los había reunido para llegar a un acuerdo, sino para imponer condiciones.

Al pronunciar aquel «dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada» —un plagio en toda la línea de una de Mussolini: «Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado»— había suscrito la mordaza a la creación artística.

Más adelante, ya libre de decir, Castro expresó la importancia que por encima de otros medios tenía el cine y la televisión y, a la pregunta retórica de si el Gobierno tuviese o no derecho a controlarlos y fiscalizarlos respondería:

> Si nosotros impugnamos ese derecho del Gobierno Revolucionario estaríamos incurriendo en un problema de principios, porque negar esa facultad al Gobierno Revolucionario sería negarle al gobierno su función y su responsabilidad, sobre todo en medio de una lucha revolucionaria, de dirigir al pueblo y de dirigir a la Revolución (Castro, Discurso pronunciado a los intelectuales, 1961).

De aquel decir por momentos neblinoso no se derivaron directrices qué definiesen qué sería, o no, ser endorrevolucionario; de hecho, una interrogante quedaría flotando en el aire ¿a discreción de quién estaría tal definición? Castro diría:

> ¿Quiere decir que le vamos a decir aquí a la gente lo que tiene que escribir? No. Que cada cual escriba lo que quiera. Y si lo que escribe no sirve, allá él; si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie escribir sobre el tema que quiera escribir. Al contrario: que cada cual se exprese en la forma que estime

> pertinente, y que exprese libremente el tema que desea expresar. Nosotros apreciaremos su creación siempre a través del prisma y del cristal revolucionario: ese también es un derecho del Gobierno Revolucionario, tan respetable como el derecho de cada cual a expresar lo que desee expresar.

Con la frase «allá él», colocada al puesto de: se atenga a las consecuencias, y «nosotros apreciaremos su creación a través del prisma y el cristal revolucionario», deslizaba Castro un velado mensaje que, deliberadamente o no, serviría para anunciar, por un lado, la estatalización de la producción cultural, y, por el otro, la justificación anticipada de la censura.

Hallar una conciliación entre el arte y la política durante aquellos intensos encuentros fue una empresa tan insensata como la búsqueda de la Piedra Filosofal. De acuerdo a lo dicho por Fidel Castro al inicio de las conversaciones, cabe pensar con bastante certeza que Castro creyese franca e ingenuamente que podría hallarse una cooperación arte-poder político, un compromiso que, valga la redundancia, no comprometiese la estética ni el valor intrínseco de una obra, y que la subordinación de ésta última a la estrategia gubernamental no lastrase su trascendencia artística. La ambigüedad de la sentencia castrista: «dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada»; demostraba que, como los físicos con la fórmula unificadora de las fuerzas del universo, el premier había fracasado en su intento, y su entendimiento, ya impotente, sólo le ofreció una salida emotiva: ¡Al diablo el arte! ¡Aquí sólo cuenta mi Revolución!

A favor de Castro, cínicamente si se quiere, debe decirse que en un sistema político donde los medios de comunicación están absolutamente en manos del Estado ¿cómo debería reaccionar ese Estado ante una obra que dañase su imagen o su ideología? ¿Tendría sentido promoverla sin que pareciera un contrasentido? La respuesta sería obvia.

La distribución de cultura regida por instituciones estatales estará siempre en un recinto apretado. Esa ha sido la contradicción insalvable del socialismo real: el gobernante, que tiene en sus manos todos los poderes, el cuarto incluido, jamás se

atacará a sí mismo. Por otro lado, el socialismo ha demostrado ser mucho más susceptible y puritano que el capitalismo, lo que convierte la tarea de censurar en algo parecido a taponar con dos manos los múltiples salideros de un depósito de agua.

El dilema de promover o no promover una obra en el socialismo, asediado por una moralidad en la que prevalece el espíritu anti-burgués, la exaltación del proletariado, el anti-clericalismo y, casi siempre, el culto al líder, estrechan aun más el cerco alrededor del creador, pero, a la vez, multiplican los frentes en los que tiene que combatir el Estado y, por la misma razón, intensifica la balacera de matices con los que tendrá que lidiar el soldado censurador en el campo de la creación artística. En general, la historia demuestra que, como en los juicios a los llamados criminales de guerra en los meses inaugurales de la Revolución, en los que a más de un encartado se aplicara la desproporcionada pena de muerte, el proceder del socialismo al proscribir una obra de arte ha preferido indefectiblemente equivocarse por exceso.

Volviendo a la situación que se diera durante aquellos encuentros de 1961, resulta extraño que —tal vez por la impreparación que ante un recién declarado sistema socialista tenían— también la mayoría de los creadores confiasen en que un pacto con el Estado fuera posible. Ignoraban que el hecho de debatir lo indebatible (los grados de libertad del arte dentro de una sociedad) se convertía en un punto en contra de la misma libertad que reclamaban, y que, sobre todo, solicitar a los gobernantes que aclarasen los límites de la creación artística, podía compararse sólo con la elección de un condenado a muerte entre la horca o el garrote vil.

La respuesta más sencilla ante la convocación de aquellos encuentros en la Biblioteca Nacional podría haber sido establecer que el gobernante no estableciera límites a la creación artística, ni formal ni de contenido ni, además, obligar al artista a debatirlo haciéndolo devenir un mero acto de coacción. Sorprende que, dentro de todas las polémicas, nadie expusiera, por ejemplo, que las fronteras de la obra

creativa sólo podrían establecerse en el plano jurídico, pero que, aun así, un Estado, en todo caso, debería empeñarse en garantizar la plena libertad de expresión.

A través de las palabras de los funcionarios y la de sus reclutas culturales infiltrados entre los intelectuales, en aquella reunión se decretaba que los intelectuales se pusiesen al servicio de la propaganda revolucionaria y que todo lo que produjesen se atuviese a esa norma. El gobierno, más allá de proponer un cuerpo de doctrina judicial que funcionase como regulador de los excesos, sólo deseaba alistar a sus productores y encorsetarlos con la moral socialista.

Cuando Fidel expresa que para él será bueno lo que sea bueno para el pueblo; y será noble, bello y útil, lo que sea noble, útil y bello para el pueblo; esta diciendo, ni más ni menos, que el arte será bello cuando ellos, los gobernantes, piensen que será bello para el pueblo. No se está imponiendo una cultura de masas, no, para nada (por mucho que pueda parecerlo), se está conformando una cultura para las masas siguiendo el criterio de los gobernantes.

De modo que la consabida masificación del arte significaba, en la práctica, supeditar la creación artística a los objetivos políticos, que no es lo mismo que hacer potable una obra a las masas. El realismo impúdico de *P.M.*, más allá de sus pretensiones formales, era, a la vez que un divertimento artístico, un producto comprensible para cualquier neófito, espectador común del pueblo, y habría sido incluso gracioso, disfrutable más que cualquier realismo socialista. El asunto de su prohibición fue netamente ideológico, un empeño de sustituirlo por el producto final de un proceso burocrático.

Las palabras del líder máximo no trazaron (no podían trazar) lineamentos estéticos, pero dejó en manos de los gobernantes la decisión de si una obra servía o no. De hecho, la prohibición de *P.M.* se ratificaría y, casi inmediatamente después de aquel discurso, comenzarían los gurús del marxismo a decretar como legisladores culturales qué habría de escribirse y qué no, qué habría de pintarse, qué filmarse, qué canciones componerse y escucharse. Se lanzó la consigna de limpiar el arte de

los rezagos burgueses, del individualismo extremo que lo condenaba a «estériles manipulaciones con sus insustanciales emociones personales y mórbidas fantasías» (Buchaca, La teoría de superestructura. La literatura y el arte, 1961).

Así, dos meses más tarde, en agosto, el presidente Osvaldo Dorticós, confirmando que los gobernantes, más que meter las narices, querían hundirse hasta el cuello en el devenir de la cultura, insistiría en las imposiciones estéticas, que al pueblo había que ir, no descender, porque al pueblo se ascendía, y exigía desterrar el hermetismo y la evasión al que una vida intelectual indigente, atormentada por el imperialismo, había instado en el pasado, y, aunque sin declararse a favor de «fulminar» el arte abstracto, proponía:

> Debemos esforzarnos porque las manifestaciones literarias y artísticas del futuro no estén dominadas en lo esencial por esas corrientes (Dorticós, 1961, pág. 9).

Mientras, por un lado, en un larguísimo informe, Nicolás Guillén aplacaría temores, que no era cierto que al vulgo había que hablarle en necio para darle gusto, que había que ofrecerle lo mejor del espíritu y la técnica, que era importante no ceder a la tentación del camino fácil donde se habían perdido sin remedio muchos creadores verdaderos, a la vez, deslizaría:

> No queremos que la libertad sirva a nuestros verdugos para convertirnos otra vez en esclavos (Guillén, Primer Congreso..., 1961, pág. 19).

Carpentier haría un «recuento de lamentables flaquezas» políticas en el pasado latinoamericano, y juzgaría al Rubén Darío que recibió regalos y comulgó con los tiranos, y juzgaría a Santos Chocano —lo mismo ministro de Pancho Villa que consejero del dictador Estrada Cabrera—, sugiriendo que, dado el perfil redentor de la Revolución conducida por Castro, había llegado el momento de ser «hombres de política» (Carpentier, Primer Congreso..., 1961).

Las palabras de Guillén y Carpentier, si bien pidiendo de los intelectuales bogar junto con la Revolución, fueron moderadas con respecto a las decisiones estéticas.

En cambio, cuando tomó la batuta José Antonio Portuondo, la propuesta sería muy distinta.

Siguiendo la estructura de una narración propia del realismo socialista y embutiendo la historia cultural cubana dentro de conceptos marxistas, Portuondo explicaría que con los primeros románticos cubanos, fascinados ante lo concreto sensible, entre finales del siglo XVIII y el XIX, se formó la «nación en sí», y que, después, la influencia foránea del mundo burgués del siglo XX favorecería el abstraccionismo propio de «una nación fuera de sí», hasta que, finalmente, con el triunfo revolucionario se arriba a la «nación para sí» que deberá tener una expresión estética propia surgida de la nueva estructura social y política:

> Un arte que recobre la totalidad de lo real y no, como en el caso de lo concreto sensible, su bella apariencia externa, ni como en el abstraccionismo, sus supuestas esencias inmutables (Portuondo, Primer Congreso..., 1961, pág. 27).

Luego aclaraba que la fórmula de la nueva estética no estaba dada de antemano ni se impondría por decreto porque «el deber del artista» era hallarla por sí solo, libremente, como —añadimos nosotros— el condenado ha de hallar su calabozo. Pero, aun así, sin resolver la ecuación planteada, de una cosa Portuondo parecía estar filosóficamente seguro:

> Lo que es posible afirmar, desde ahora, es que así como el abstraccionismo se produjo como negación, como antítesis frente a lo concreto sensible, la nueva expresión estética de las nación para sí, verdadera "negación de la negación" se ha de oponer al abstraccionismo e integrar con las mejores conquistas de éste y con lo más logrado de lo concreto sensible, una síntesis que no debe entenderse de modo alguno como compromiso ecléctico entre ambas, sino como una nueva voluntad de forma que exprese una renovada visión de la realidad (Portuondo, Primer Congreso..., 1961, pág. 27).

Al final, como el cierre de una obra de *Les Luthiers*, a la pregunta retórica: «¿qué hemos de hacer nosotros, en este momento presente, para cooperar al advenimiento de esta nueva expresión estética de la nación para sí»? Respondería concretamente

que había que enviar a los artistas a las granjas, al campo a trabajar y a vivir con los campesinos para que sacasen de allí la solución.

El 22 de agosto de 1961, la declaración final de los reunidos en el Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, consideraría esencial «la defensa y engrandecimiento de la Revolución»:

> A través de la más rigurosa crítica, los escritores y artistas depuraremos nuestros medios de expresión (…). Nuestro contacto directo con los trabajadores manuales y con los problemas que, bajo la dirección del Gobierno Revolucionario se acometen y resuelven en fábricas, granjas y cooperativas, nos ayudará, estamos seguros de ello, en la formación revolucionaria indispensable para una más plena interpretación de la realidad, base de toda genuina obra de arte (Portuondo, Estética y Revolución, 1963, pág. 8).

De aquel evento saldría conformada una nueva institución la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba.

Todo parece indicar que después del Congreso se activó un plan con el propósito de imponer la tendencia más políticamente conveniente. El ya referido Consejo Nacional de Cultura, con García Buchaca a la cabeza, dictaría las reglas que permitiría al artista desembarazarse de los mitos, ilusiones y abstracciones ideológicas, y sustituirlas por el conocimiento de lo real, además de rechazar, por nocivos al progreso y la emancipación del hombre, el romanticismo reaccionario que idealiza el pasado de la humanidad falseando la realidad histórica y creando un mundo de fantasía lúgubre en el que se niega la vida y se sublima la muerte. El realismo socialista, que sí daba espacio, por ejemplo, al romanticismo revolucionario, iba camino a imponerse como única tendencia aceptada, y lo habría de hacer extensivamente en todas las manifestaciones artísticas. Se le pedía al artista, al intelectual, poner los pies sobre la tierra, que enraizasen su obra en una realidad estrechamente relacionada con la praxis. El arte abstracto era sencillamente una expresión de la decadencia del capitalismo (Buchaca, La teoría de superestructura. La literatura y el arte, 1961).

Para el juez cultural José Antonio Portuondo, mientras zigzagueaba entre la validez estética de los distintos "ismos" y decretaba, a la vez, el absoluto sometimiento del artista a una renovada visión de la realidad, las palabras de Fidel Castro —nunca mejor dicho—definían la actitud del Gobierno Revolucionario ante los problemas del arte y la literatura y daban por resuelta la polémica entre formalistas y realistas, entre abstraccionistas y figurativos (Portuondo, Estética y Revolución, 1963). Bajo la bandera de la aceptación de todas las corrientes estéticas, se empujaba no obstante hacia el realismo —y no hacia Zolá, sino hacia Gorki.

Cabe pensar que la fascinación por aquella corriente no fuese compartida por todos los funcionarios, ni siquiera por los altos cargos que entendían de la materia. Por ejemplo, un guerrero como Ernesto Guevara, proyectaba un hombre nuevo distinto del *homo sovieticus*:

> Pero, ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista "la libertad", porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy (Guevara E. , El socialismo..., 2011, pág. 16).

La posición del comandante Guevara, quizás mejor informado y sabedor de que el realismo socialista no era exactamente de raíz ni marxista ni leninista sino más bien estalinista, no sería, sin embargo, ni entendida ni promocionada.

En 1965, el Guerrillero Heroico se lamentaría: «No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria» (Guevara E., El socialismo..., 2011, pág. 16).; y ponía éste como el problema cimero de las artes en la Revolución. Guevara depositaba su fe en las nuevas generaciones, pero para ello habría que ensancharles la posibilidad de expresión. Pero, si no podría oponerse la libertad al realismo ¿qué significaría ensanchar la posibilidad de expresión? Difícil de saber.

En cuanto a su concepto de autoridad revolucionaria, se sabe que ni Lino Novás Calco ni Lidia Cabrera ni siquiera José Lezama Lima, la tenían, pero, por ejemplo ¿en dónde colocar a un Alejo Carpentier y a un veterano comunista como Nicolás Guillén? ¿Demasiado neutrales? ¿Y Mirta Aguirre? ¿Y José Antonio Portuondo? A lo mejor el concepto guevariano de autoridad revolucionaria iba más allá de lidiar con las palabras, quizás estos últimos fueran demasiado sovietizantes para su gusto o, peor, eran los que él mismo llamaría «asalariados dóciles al pensamiento oficial, becarios que vivían al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas» (Guevara E. , El socialismo..., 2011, pág. 18).

El escaso andamiaje teórico del que disponían los marxistas criollos para afrontar cuestiones estéticas podía entenderse. Como escribiera, en 1933, Mijaíl Lifshttz, uno de los primeros en recopilar e interpretar algunos de los criterios estéticos que Marx:

> Cualesquiera que fuesen las opiniones de los fundadores del marxismo acerca de la creación artística, no podían ocuparse de ella tan extensamente como tradicionalmente lo habían hecho los filósofos del periodo anterior. En cierto sentido es indudablemente lamentable que Marx y Engels no hayan dejado una interpretación sistemática de la cultura y el arte; sin embargo, eso sólo demuestra que los fundadores de la solidaridad internacional de la clase obrera estaban plenamente a la altura de su tarea histórica, y concentraban todo su pensamiento y su esfuerzo en el problema fundamental de la humanidad sufrida y luchadora (Lifshttz, 1981, pág. 13).

En otras palabras, a partir de 1840, mientras sobrevivían a la marea de las otras tantas corrientes socialistas, Marx y Engels estaban demasiado inmiscuidos en la tarea política para dedicarle escritos de relevancia al arte. La teoría marxista de las artes plásticas nacería, por ejemplo, de algunas reseñas de Engels la "pintura de tendencia" (*Tendenzmalerei)*, específicamente la referida al cuadro *Los tejedores de Silesia* (*Die Weber*) (1844), de Wilhelm Hübner, al que calificaba de «una agitación socialista más efectiva que cien panfletos». Sólo varios años después de la muerte de Marx se comenzaría a considerar el arte moderno un producto de la ideología burguesa, así como un signo de la decadencia de las clases en el poder, y los

intelectuales marxistas comenzarían a manejar la idea de que en el futuro debería aparecer un nuevo tipo de arte popular (Rohrl, 2019).

Serían los soviéticos, los que, basados en los conceptos de lucha de clases de Marx, elaborarían el canon estético adecuado para el proletariado.

De Lenin la directiva más cercana, referida a la literatura, se remontaba al 1905, publicada el 13 noviembre en el diario *Nóvaia Zhizn*, en la que Lenin, contrapuesto a los hábitos burgueses, expone el principio de «literatura de partido», en la que la literatura, sin ser un medio de enriquecimiento, deja de ser un acto individual, independiente de la causa proletaria:

> ¡Abajo los escritores apartidistas! ¡Abajo los superhombres de la literatura! La labor literaria debe ser parte de la causa común del proletariado, debe ser "la ruedita y el tornillito" de un único y grandioso mecanismo socialdemócrata, puesto en movimiento por el conjunto de la vanguardia políticamente consciente de toda la clase obrera. La labor literaria debe transformarse en parte integrante del trabajo organizado, planificado y cohesionado del Partido Socialdemócrata (Lenin, 1976, págs. 39, 40).

En el párrafo siguiente reconocería Lenin que su comparación entre el movimiento vivo de la literatura y un engranaje mecánico renqueaba. La literatura era la que menos se prestaba para un símil de tal naturaleza, ya que era absolutamente necesario facilitar al máximo la iniciativa personal, las inclinaciones individuales, la plena libertad del pensamiento, de la fantasía, del contenido y la forma. Aún así, como si refutase lo anterior, desde aquella precoz data trazaría Lenin la estrategia que doce años después pondría en práctica él mismo y que, más de cincuenta años después, imitarían sus epígonos antillanos: la literatura debía estar necesaria y obligatoriamente ligada de manera indisoluble a los demás aspectos del trabajo del partido. Dentro de la Revolución, las editoriales, distribuidoras, librerías, salas de lectura, bibliotecas y todos los otros similares establecimientos, debía controlarlo el partido. El proletariado socialista vigilaría, supervisaría, y enriquecería la labor literaria con la corriente vivificante de la actividad obrera. Lenin, por un lado,

sugería cautela, que lejos estaba la idea de predicar algo así como un sistema único o de querer aplicarle reglamentaciones:

> No; en este campo lo menos adecuado es el esquematismo (Lenin, 1976, pág. 41).

Pero, sin considerarlo una paradoja, volvería a repetir que liberarían a la literatura del yugo del capital, del individualismo anárquico burgués, para que fuera verdaderamente libre ya que los que se incorporasen a ella no lo harían atraídos por el interés material ni por el afán de hacer carrera, sino por la idea del socialismo y por la simpatía hacia los trabajadores.

Este artículo que preconiza la táctica que los bolcheviques habrían de seguir una vez que se hicieran con el poder político, no dicta, sin embargo, ninguna directriz estética. Si bien por algunos escritos posteriores y menores de Lenin, como su carteo con Clara Zetkin y testimonios dados por personas cercanas a él, se puede inferir cierta preferencia de Lenin por el realismo, jamás el líder concibió algún tipo de estatuto estético. Por ellos, cualquier programa socialista que quisiese legislar al respecto, tendría que improvisar o encomendarse a la experiencia soviética, a los decretos culturales emitidos en el período estalinista.

De las palabras de Castro y sus secuaces en el gabinete gubernamental, se desprende la decisiva influencia que ya ejercían sobre ellos ideólogos filosoviéticos como Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Joaquín Ordoqui, Edith García Buchaca. Un gobernante sólo rociado de nociones marxistas, como lo era Fidel Castro entonces, no habría podido encarar a los intelectuales sin haber sido asesorado por quienes conocían más profundamente la dinámica soviética en el mundo artístico.

Ya en época de Stalin, como preveía Lenin, el arte se transformaría, por decreto del Comité Central del PCUS, en engranaje y tornillos de la grande máquina del Estado. Las revistas, científicas o artísticas, no podrían ser apolíticas, y a la literatura no le estarían permitidos otros intereses que el del pueblo y del Estado, que coincidirían enteramente con el del Estado (Sinjavskij, 1966). Todavía después del llamado deshielo, Khrushchev, fiel epígono del leninismo, repetiría:

> La literatura y el arte son partes integrantes de la lucha de todo el pueblo por el comunismo (…). La más alta función de la literatura y del arte es la de movilizar al pueblo para la conquista de nuevas victorias para edificar el comunismo[62] (Sinjavskij, 1966, pág. 19).

Los años que seguirían al famoso discurso de Castro y al Congreso de los Escritores, serían, además, fértiles de polémicas que, a la luz de hoy, podrían parecernos superfluas, cándidas si se quiere, pero sería insensato negar que translucían el pulseo entre los poderes culturales, y entre estos últimos y los creadores.

Debates ideológicos, profusas exégesis por parte ambas partes de los postulados marxista-leninistas, colmarían las páginas de las publicaciones estatales, pero los actos concretos, dirigidos a desbancarse recíprocamente permanecerían a la sombra de las noticias oficiales.

En tanto que el primer objetivo se había cumplido: expresar a las claras que el Estado se arrogaría el derecho de supervisar el arte que, en consecuencia, devendría *instrumentum regni*; el próximo paso: establecer la estética oficial, todavía no acababa de cuajar y sería causa de más de un debate entre el ala dogmática que buscaba hermanar la cultura cubana con la soviética, y otra, si bien no opuesta visceralmente a ello, que solicitaba un margen de libertad, tolerancia y ofrecía resistencia a la fórmula importada desde el Este europeo.

JUEGO DE TRONOS

En el polícromo tapiz de las rencillas culturales de los años ‘60, individuamos con claridad tres pandillas intelectuales: la encabezada por Alfredo Guevara en el

[62] La letteratura e l'arte sono parti integranti della lotta di tutto il popolo per il comunismo. (…) La più alta funzione della letteratura e dell'arte è di mobilitare il popolo alla conquista di nuove vittorie per edificare il comunismo.

ICAIC; la de los antiguos militantes del PSP[63] que con un periódico, *Noticias de Hoy*, dirigido por Blas Roca, y habiendo apoltronado tanto a Vicentina Antuña como a la indomable Buchaca en lo alto del Consejo Nacional de Cultura, llevaban las riendas ideológicas del arte; y, por último, la pandilla de Carlos Franqui, proclamada revolucionaria a los cuatro vientos, que disponía de un periódico: *Revolución* con el canal 2 de la televisión a su cargo, un suplemento cultural: *Lunes de Revolución* que, a su vez, tenía imprenta propia, un programa televisivo: *Lunes en Televisión*, una editorial Ediciones R y, en camino de inaugurarse, una discográfica (Valle, 2008). Cabría agregar que, de todos, quien más horas de vuelo poseía en el campo de cultural eran los comunistas que, además de editar uno de los periódicos más longevos de entonces, habían incursionado en más de un medio, pues en algún momento tuvieron su propia emisora de radio, la *Mil Diez* (clausurada y destruida en 1948) y hasta su propia productora de películas la *Cuba Sono Films*, que haría documentales y películas de profundo contenido social. En cuanto a revistas, en su haber histórico había más de una: *CTC*, *El Comunista*, *Fundamentos*, *Dialéctica*, *Gaceta del Caribe*, *Nuevas Letras*, *Nuestro Tiempo*, etc.

Los grupos aireaban sus contradicciones a través de artículos, cartas públicas y, sobre todo, tirando de los hilos del poder. Alfredo Guevara, trabajando con Raúl Castro, el Che y Ramiro Valdés, seguía los impetuosos pasos de Franqui, veía cómo avanzaba y se iba apoderando de espacios, de medios (Estupiñán, 2009). El antagonismo entre el director de *Revolución* y el presidente del ICAIC se remontaba a los años pre-fidelistas, de cuando en 1951 habían convergido en la Sociedad Cultural *Nuestro Tiempo* a la que, según Franqui, Alfredo—infiltrado del PSP—contribuyó a dividir y congelar quitándole agresividad artística y política. Franqui acusaba al presidente del ICAIC de haber estado allí donde el partido le señalaba, intrigando, erosionando.

[63] Si bien ya para esa fecha el PSP había dejado de existir al fundirse con las otras dos fuerzas principales de la Revolución para conformar primero las ORI y luego el PURSC, lo cierto que sus estructuras internas se habían mantenido intactas.

Esto último lo confirmaría indirectamente el propio Alfredo cuando, refiriendo una vieja anécdota en la que se discutía expulsarlo del PSP, Carlos Rafael Rodríguez había salido en su auxilio porque Alfredo era su «contacto» con las organizaciones, con el Partido Auténtico, con el Ortodoxo, con el Movimiento 26 de Julio. Tales certezas nos llevan a pensar que la maña de Alfredo para manejar hilos intangibles y entretejer conspiraciones sería determinante para aniquilar a su primer rival.

El golpe infligido por el ICAIC, a raíz de la prohibición de *P.M.* sería definitivo para Franqui. Sin vacilaciones de ningún tipo, Alfredo se había aliado a la tropa de su ex-correligionarios comunistas. Les había pedido que interviniesen. Aunque para muy pocos era un secreto que el revuelo que levantó el documental reflejaba la antipatía mutua entre Alfredo y Franqui, los detalles se habrían de saber más tarde, gracias al carácter abierto del vencedor que narraría su reacción ante el interés de Franqui de apoderarse de las televisoras:

> Carlos Franqui sabía que aquel que dominara los medios podía obtener mucho poder y eso fue lo que trató de hacer, pero gente clave de la Revolución comenzó a conspirar conmigo para adelantarnos a él y así fue. Asaltamos literalmente la televisora de Gaspar Pumarejo, que era el dueño del Canal 12 que estaba en la calle Prado y tenía una salida por la parte de atrás. Ustedes me ven así ahora, pero yo era un joven calientico y con muchas posibilidades físicas. Fui acompañado de unos cuantos salvajes con mandarrias. Asaltamos aquello por la noche y en la mañana, cuando entraron las secretarias y el personal que trabajaba allí, se encontraron que yo era el nuevo Pumarejo. Ya teníamos dos televisoras. Esa noche me acompañaron el Che, Ramiro Valdés y el propio Raúl. Esto lo estoy diciendo por primera vez (Sierra & Gámez, Entrevista con A. Guevara, 2014)

Aunque el grupo alrededor del suplemento *Lunes*, sin haber disparado un tiro, se había convertido, de buenas a primeras, en un todopoderoso, con la línea editorial de la Revolución en sus manos, con muchos recursos, mucha exposición mediática; el jefe de la producción fílmica revolucionaria, según sus propias palabras, no deseaba la desaparición del magacín, sólo había reclamado desautorizarlo como vocero cultural de la Revolución. Así, según él, se lo había planteado al líder

máximo, pero al decir de él mismo, el líder máximo hizo lo que le dio la gana y convocó las reuniones en la Biblioteca Nacional (Guevara A., Testimonios, 2007).

Para Orlando Jiménez, sin embargo, el objetivo de Alfredo Guevara fue precisamente arrasar con todo y con todos:

> Con la prohibición de *P.M.*, Guevara consigue dos cosas: por un lado, acabar con Carlos Franqui, con Guillermo Cabrera Infante y con todo un movimiento artístico que se había atrincherado en el magacín *Lunes* —que contaba con el apoyo del periódico *Revolución*, el más importante del país en ese momento— y acabar, de una vez y por todas, con cualquier vestigio de oposición artística. Se trataba no sólo de terminar con un problema, sino con varios (Zayas M., Un baile..., 2008, pág. 194).

El encuentro de Castro con los intelectuales perseguía unir, aplacar grescas, según cuenta el propio Alfredo, y había empezado a gestarse un año antes, a raíz de un altercado entre este último y Franqui ante el jefe de gobierno. Entonces cuando Castro pidiera explicaciones al presidente del ICAIC, éste le respondería con una piromántica misiva. En ella, repitiendo y respondiendo la anafórica pregunta: «¿qué unidad pueden defender?» Se explayaría Alfredo acusando a los de *Lunes* de silenciar «a una profesora de las calidades intelectuales» de Vicentina Antuña y a «un escritor de talla mundial como Alejo Carpentier», de intentar poner en ridículo a Nicolás Guillen, de criticar a los bailarines clásicos Ramiro Guerra y Alicia Alonso, de calumniar al presidente del ICAIC e interferir en las funciones que le correspondía a su institución (Cairo, 2006).

Días después, de labios de Celia Sánchez, mujer de Castro por aquel entonces, vendría un mensaje para Alfredo Guevara: «Fidel lo ha leído todo y está de acuerdo contigo, ya hablaremos» (Estupiñán, 2009).

Pese a que Alfredo apedreara a *Lunes*, llegándolo a calificar, además de lo dicho antes, de terrorista intelectual, de estigmatizarlo por haber condenado al grupo *Orígenes*, de acusarlo por "abrirle fuego" a los escritores católicos; en realidad, haciendo una lectura de este suplemento a cargo de Guillermo Cabrera Infante, se

puede notar una excepcional apertura de sus páginas a autores tan diversos como Virginia Woolf, Ionesco, Camus, Borges, Nabokov, Octavio Paz, Rulfo, Arreola, Carlos Fuentes, Kerouac, Faulkner, Bretón, Trotsky, Marx, y muchísimos otros, además de dar a conocer a través de Ediciones R a autores autóctonos como Lisandro Otero, Baragaño, Cabrera Infante, Virgilio Piñera, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, Pablo Armando Fernández, Jaime Sarusky. Un grupo de gusto así ecléctico, así abierto, así iconoclasta, no podría haber sobrevivido a los planes expresivos trazados por la burocracia ni a la envidia de instituciones culturales, aunque Alfredo Guevara afirmase que su problema con *Lunes* no era estético sino ético (Estupiñán, 2009). La aclaración la haría Alfredo muchos años más tarde quizás porque en la referida misiva al líder de la Revolución, con fecha del 1 de julio de 1960, denuncia la pretensión del suplemento de buscar la unidad con la subordinación de todo el movimiento intelectual cubano a sus falsos y equívocos criterios estéticos (Cairo, 2006). Aquel viejo enfoque del asunto, Alfredo lo corregiría así:

> Lo que pasa es que no había aprendido yo a medir el lenguaje. Hoy no me equivocaría en las medidas del lenguaje. No había aprendido yo que en materia de estética cada palabra hay que cuidarla mucho (Estupiñán, 2009).

Era muy posible, como demostrarían hechos posteriores, que para Alfredo el problema estético aportase un peso menor en su aversión a *Lunes*, pero el desacuerdo ético tampoco pasaba de ser un diabólico pretexto para extirpar a sus creadores. La verdadera razón de Alfredo, algo que se desprende nítidamente de su prosa oral y escrita, fue la hegemonía cultural, sobre todo la centralización de las producciones fílmicas, su distribución, y su afán por tener en un puño a cuanto cineasta hubiese en el país, pretensión que Franqui, al parecer, quiso obstruir. Por otra parte, no deja de ser malicioso que Alfredo le hubiese deslizado a Castro que la estética de *Lunes* estaba equivocada. Una sugerencia de tal naturaleza, dirigida a un ilustre profano de las artes, habría servido para persuadirlo de lo erróneo de la publicación, sobre todo cuando, con respecto a *Lunes*, también la postura comunista,

afanada en desterrar todas las tendencias distintas del realismo socialista, habría también llegado a oídos del líder, llenándolos de viles rumores.

En suma, esa misma revista, que en su primer número proclamó que había llegado el momento de que una generación tuviese un medio para expresarse sin comprometerse con pasadas posiciones ni con figuras pasadas (Infante, Una posición, 1959), ahora se encontraba en la picota.

De nada le valdría a *Lunes* haberse involucrado con el día a día de la Revolución, de publicar artículos, crónicas, poemas sobre milicianos y rifles y campesinos y luchas y luchadores; de nada hacerse eco de las bondades de la de nueva ideología dedicándole números enteros a China, Corea del Norte, Laos. Franqui había sembrado poderosas antipatías. A la derecha de Alfredo, además de la caballería roja (Antuña, Buchaca, Aguirre, Carlos Rafael), cabalgaban el otro Guevara (Ernesto), Ramiro Valdés, Raúl Castro y hasta el mismísimo Fidel Castro. Se podría decir que el diminuto imperio cultural de Franqui estaba marcado para morir.

El 6 de noviembre de 1961, con un número dedicado a Pablo Picasso, daría *Lunes* su último estertor antes de ser devorado por quien lo había engendrado. El periódico *Revolución* caería un par de años después, en 1965, cuando la fragua fidelista lo fundiera con *Granma* y le diese la batuta a un comunista ciento por ciento: Isidoro Malmierca. Alicaído y defraudado Franqui se exiliaría en 1968.

La alianza del ICAIC con los comunistas, sin embargo, no duraría mucho. Hundido el común contrincante, no se pondrían de acuerdo en repartirse el botín institucional, sobre todo por los irreconciliables conceptos estéticos de ambos bandos.

Alfredo Guevara sabía que los viejos militantes querían de una vez por todas hacerse con el poder artístico; era ésa, por ejemplo, la mentalidad de García Buchaca, que invocaba la creación del Ministerio de Cultura y que se le entregase a el mango de esa sartén. Pretensiones no menos arribistas, arrastrada por el momento, tendría Mirta Aguirre. Según Guevara, ambas mujeres destacaban: «una

de inmenso talento y de inmensa cultura, Mirta; otra, culta y de talento, pero más política y más estalinista que Stalin» (Estupiñán, 2009).

El marxismo aplicado a las artes se propagaba, mientras el ICAIC, enfrascado en la alfabetización cinematográfica, habiendo creado cines móviles, camiones rusos que acarreaban proyectores y carretes de películas hasta los más intrincados rincones, se empeñaba en reconstruir —y, en más de un caso, construir— el paladar fílmico del hombre rústico. El cine, según Alfredo, no debería convertirse nuevamente en cabaret y muchos menos en cabaret de segunda. Con tal discernimiento, promovió lo menos comercial en las salas que ya el ICAIC se había agenciado y se rebajaron las entradas a precios irrisorios (Valle, 2008). Si bien, el atractivo de mucha de esta filmografía estaría bien lejos del canon hollywoodense, también lo estaría del promulgado por los filo-soviéticos que, al decir del director de cine Julio García Espinosa, querían hablar el mismo lenguaje de cuarenta años atrás con la misma actitud recetaria, enarbolar respuestas antes de que la realidad se hiciese pregunta; hombres congelados, detenidos, hombres no ya con camisas de fuerza, sino camisas de fuerza ellos mismos. Por suerte algunos artistas habían decidido arrojar el paraguas de las normas prestablecidas, mojarse, empaparse porque consideraban más honesto y práctico aprender a vivir bajo la lluvia (Espinosa, Vivir bajo..., 2006).

En julio de 1963, los cineastas más relevantes de entonces: Tomás Gutiérrez Alea, Julio García Espinoza, José Massip, Jorge Fraga, Pastor Vega, Humberto Solás, entre otros, firmarían un documento en el que —sin elevarlo al grado de manifiesto— osarían asignarle al Partido y al Gobierno el único papel de promover la cultura, y —condimentado el texto con citas de Lenin, Engels y el mismísimo Marx— declararían a grandes rasgos que la cultura burguesa y la proletaria no eran antagónicamente excluyentes:

> …la supresión de expresiones artísticas, mediante el procedimiento de atribuir carácter de clase a las formas artísticas, lejos de propiciar el desarrollo de la lucha entre tendencias o ideas estéticas —y propiciar el desarrollo del arte—, restringe

> arbitrariamente las condiciones de la lucha y restringe el desarrollo del arte (Pogolotti, 2006, págs. 21, 22).

La respuesta a este documento, publicado en la revista *La Gaceta de Cuba* el 3 de agosto, saldría en la misma revista el 18 octubre bajo la firma de García Buchaca, quien, haciendo una llamada al orden, expondría, como primera aclaración filosófica, que en el socialismo el Gobierno y el Partido no sólo promovían la cultura, sino que también la orientaban y la dirigían. Reconocía Buchaca que, sí, en el socialismo al inicio solían coexistir dos estéticas, la idealista y la de la nueva sociedad: la materialista, pero ello no evitaba que al final esta última aplastase a la otra (Buchaca, Consideraciones..., 2006). Y concluiría su réplica la vice-presidente del Consejo Nacional de Cultura con más de un venablo emponzoñado, graves para los tiempos que corrían, advirtiendo que separar la forma del contenido no era de marxistas:

> Partiendo de que estamos construyendo una sociedad socialista y empeñados en una pelea sin tregua contra el imperialismo que no tolera concesiones en lo ideológico, que exige de nuestro pueblo el mantener en tensión todas sus fuerzas, se impone el rechazo de cuanto, bajo las formas más sutiles y aparentemente inofensivas, pueda tender a minar la confianza y seguridad del cubano en su presente y el futuro de la humanidad (Buchaca, Consideraciones..., 2006, pág. 34).

Por los cineastas, Jorge Fraga le recriminaría a la funcionaria de presentarlos como rebeldes sin causa, abanderados de un inconformismo romántico, y hallaría, además, contradicciones en los presupuestos de Buchaca, ambigüedades que se prestaban a «graves confusiones» (Fraga, Ambigüedad..., 2006). La réplica de Buchaca, de hecho, se había apoyado en la intimidante falacia *ad baculum*, tan efectiva en los regímenes totalitarios. Al sugerir Buchaca que la posición de los cineastas no era marxista, que hacían concesiones ideológicas y que minaban confianza y seguridad, los tildaba con sutileza de contrarrevolucionarios. De ahí que Fraga insistiese en usar el término 'grave' para referirse a las ambigüedades de la funcionaria.

En octubre, al auxilio de su correligionaria, saldría Mirta Aguirre con un artículo en la revista *Cuba Socialista* que, si bien tituló: *Apuntes sobre la literatura y el arte*, en realidad era un misil teledirigido a los "chicos" del ICAIC.

Con prosa más refinada que la Buchaca, diría Aguirre que el dogmatismo es tan enemigo del arte como de la ciencia, que la verdad es multiforme y multiformes los procedimientos para encontrarla, que el tropo, en cualquier arte como en la literatura o en la vida diaria, no renuncia a la veracidad ni a la lógica, sino que, por el contrario, era la forma más veloz y, a la vez, más sintética y sencilla de dar paso a la lógica y a la verdad; que el realismo socialista, que no menospreciaba la belleza, lo entendía como vehículo de la veracidad, camino del conocimiento y arma para transformar el mundo. El arte abstracto, argumentaría Aguirre, separaba las sensaciones de las formas organizadas, se despreocupaba de la inteligencia cediéndola al reinado sensorial, creaba belleza, sí, y esto era fascinante como jugar de nubes, los desconchados de la pared o con la accidental mancha de tinta en el papel, pero hasta ahí la fiesta. Un arte así no podía ser la suprema expresión una sociedad socialista. El pueblo esperaba que sus artistas y escritores los auxiliasen en el cumplimiento de «ciclópeo deber»; de ahí que los artistas más valiosos serían los que contribuyesen a transformar el mundo, mientras los otros podrían dedicarse (interpretamos nosotros) a cortar caña.

Para Aguirre era innecesario enmarañar los problemas estéticos, encuadrar en el materialismo dialéctico criterios, posiciones, corrientes o escuelas que se nutriesen de raíces idealistas.

Del mismo modo que no había conciliación posible entre materialismo dialéctico e idealismo o entre materialismo dialéctico y fe religiosa, tampoco existía esa posibilidad entre las estéticas nacidas de la una o de la otra orientación filosófica:

> Cuando André Breton escribe que la imagen surrealista más lograda y vigorosa es aquella que presenta «el grado más elevado de arbitrariedad», está diciéndonos ya que surrealismo y materialismo dialéctico, surrealismo y realismo socialista son raigalmente incompatibles (Aguirre, 2006, pág. 65).

En la respuesta de Fraga a Aguirre, como había sido a la de Buchaca, se puede apreciar un desesperado deseo de salvar su reputación marxista. De modo que, sin abandonar el concepto de cultura sólo hay una, Fraga recula en cierto modo, empieza a matizar tan "subversivo" planteamiento, alegando se trataba más bien de una antítesis: cultura burguesa de un lado, cultura proletaria del otro, pero una antítesis nada absoluta, sino relativa que contenía, por tanto, una unidad de orden superior (Fraga, ¿Cuántas culturas?, 2006).

Luego, sin embargo, Fraga tiene la osadía de afirmar que la cultura burguesa, la feudal, la esclavista todas, en su conjunto, en su forma y contenido, pasada, presente, futura, deberían considerarse legítima herencia cultural del proletariado, que tal unidad no debilita el dominio del marxismo-leninismo, al contrario, le da mayor alcance y profundidad, y va mucho más lejos cuando, después de haber citado a Lenin y a Roger Garaudy, entre otros, plantea:

> La tarea no es refutar el idealismo; el objetivo consiste en *superarlo*, expropiándole cuanto tenga de valioso. Si no se acepta la cultura burguesa como herencia, si no se reconoce la unidad de la cultura, si se toman de la herencia burguesa sólo técnicas y formas (suponiendo sofísticamente, que hay formas sin contenido), la cultura socialista, que sólo puede desarrollarse en lucha, se aísla (Fraga, ¿Cuántas culturas?, 2006, págs. 80, 81).

Ciertamente, un debate del género, a cualquier otro espectador, militante político o no, podría parecerle estéril, pero en el caso de la Cuba de entonces representaba la lucha del artista por no dejarse engrillar ideológicamente ni dominar por la rigidez de las instituciones. Si bien los cineastas, aprendices de marxismo, manipulaban conceptos tan maleables como el humo de manera que sirviesen a sus objetivos libertarios, probablemente también intuían que tales travesuras alquímicas podían llevarlos a resultados indeseables. Solo eso justificaría que, por ejemplo, Julio García Espinosa, casi se retractara de haber publicado aquel documento «pobre», diciendo sonrojado que no pretendía ser un manifiesto sino sólo un punto de partida para despertar las necesarias polémicas, y que, a causa de una cierta precipitación o de

una cierta ebriedad motivada por aquella primera alegría, se les había escapado alguna que otra opinión que se prestaba a equívocos (Espinosa, Galgos y Podencos, 2006).

El modo con que se retrae Espinosa nos hace pensar que albergaba cierto temor. Observamos por parte de los comunistas la pretensión de imponer la nueva moral, la socialista, superior en comparación con el resto de las morales, sobre todo sobre la, así definida, moral burguesa; a la vez que se intenta, en nombre de esa superioridad, declarar amoral la que se lo oponga. La gravedad de tal acto de oposición, como bien se sabía ya, no se circunscribiría, sin embargo, al marco del debate, sino que podría hacer saltar los confines y atraer consecuencias desagradables.

Cada respuesta de los cineastas a la funcionaria del CNC, no era otra cosa que una agresión verbal contra el Estado. Mientras de la parte de los artistas resulta notable el número de salvedades para no herir ideológicamente las sensibilidades del contrincante estatal, de la otra parte, el Estado imputa con cierta constancia, en nombre de una ideología que al violarla sus oponentes o ponerla en tela de juicio, no están haciendo otra cosa que juzgar la veracidad de la Revolución, es decir, aunque de palabra, están adoptando una postura contrarrevolucionaria. He aquí como a través de la coacción ideológica se intenta revertir el papel liberatorio del arte, conducirlo por el camino de objeto útil al Estado, en subalterno del interés político.

Otra polémica que reflejó un pulseo desigual, esta vez entre ideólogo y artista, ocurrió a raíz de la exhibición de las películas *La dolce vita* de Federico Fellini, *Accatone* de Pier Paolo Pasolini, *El ángel exterminador* de Luis Buñuel y *Alias Gardelito* de Lautaro Morúa. Esta polémica, sostenida entre el ICAIC y los redactores del periódico *Hoy*, se nos presenta con similar apariencia, pero con la particularidad de no tratarse de un asunto entre una institución del Estado y la línea editorial de un periódico, sino entre una institución cultural no profundamente ideologizada (el ICAIC) y los gurús de la ideología revolucionaria.

El presidente del ICAIC, Alfredo Guevara, y los cineastas representaban, o al menos lo intentaban, una institución autónoma, que definía y distribuía un gusto propio, libre del dogma, utilizando los huecos que la doctrina marxista ofrecía. El periódico *Hoy*, órgano del Partido dominante, entonces representaba la línea oficialista, la voz del Estado.

Emergería de tales discusiones la obsesión de los mastines estatales de crear oposiciones a cuanto se desviase del cauce dogmático, aun si estas desviaciones hallasen —con malabares o no— una verdadera base en los preceptos marxistas. El juego con tales preceptos y barajar las categorías como si todas fuesen meros comodines, no perseguía tanto enfatizar la posición marxista del ICAIC, como expandir, legitimadas por ellas, el espectro estético admitido por el socialismo.

El 12 de diciembre de 1963, en su sección «Aclaraciones», el periódico *Hoy* publicaba parte de una carta recibida, en la que un lector después de considerar la negatividad de los filmes referidos, ya que mostraban la vida de los bajos fondos del capitalismo, proxenetas, prostitutas, criminales, exponía una preocupación:

> ¿Es positivo ofrecerle a nuestro pueblo películas con ese tipo de argumentos derrotistas, confusos e inmorales sin que tenga antes, por lo menos, una explicación de lo que va a ver? (Roca, Preguntas sobre películas, 1963, pág. 2).

El periódico después de reconocer no haber visto tales películas, patentiza su rechazo a tales productos que son deformadores de la juventud que, al igual que las películas de gánsteres hollywoodenses, con sus escenas de riñas, crueldades, robos, asaltos, atracos, tiroteos, inducían a millares y millares de jóvenes a seguir los caminos de la delincuencia, de la perversidad, del crimen, de la violencia sin causa, asunto muy grave en los momentos que se vivían, de duro empeño por desarrollar al país y en defensa constante ante las agresiones y amenazas del imperialismo yanqui, sus lacayos y sus gusanos. El arte debía participar en esa batalla por alcanzar los trascendentales objetivos del socialismo, y podría hacerlo directa o indirectamente, por acción u omisión:

> Por acción cuando la obra artística —película, novela, pintura, canción— despierta el afán de trabajo, el ideal elevado, el heroísmo valiente, la fraternidad, el compañerismo, la abnegación.
>
> Por omisión, cuando la obra artística o de entretenimiento evita hacerle propaganda al vago, al proxeneta, al egoísta o presentarlo simpático, atrayente, es decir, cuando evita portar ideas e incitaciones contra la Revolución, contra los objetivos y los ideales de la Revolución (Roca, Preguntas sobre películas, 1963, pág. 2).

El 17 de diciembre los directores de cine del ICAIC lamentarían la falta de seriedad del periódico al «enjuiciar» películas sin haberlas visto y entrometerse en la política de exhibiciones filmográficas. Después, refiriéndose a las sugerencias del periódico, pasarían a la ofensiva ideológica, hallando analogías entre éstas y las propuestas de la Iglesia y las del código de producción cinematográfica de Hollywood, calificando atrevidamente aquellas comunidades de ideas como una deformación dogmática de la filosofía marxista-leninista (Pogolotti, 2006).

> Estamos en desacuerdo, además, con la actitud maniqueísta que domina el espíritu de dichas «Aclaraciones». Al sugerir la prohibición de películas de innegables valores culturales y artísticos, esta actitud tiende a restringir a ultranza el desarrollo de nuestra cultura, a deformar unilateralmente la información, a negar, por último, la libertad que nuestras pantallas cinematográficas conquistaron el Primero de Enero de 1959 (Pogolotti, 2006, págs. 156, 157).

El mismo 17 de diciembre, publicado en *Hoy*, la propia guarida de su adversario, saldría un artículo en el que Alfredo Guevara expresaría su preocupación por el abismo cultural que separaba al redactor de la sección «Aclaraciones» de *Hoy* y al ICAIC. El redactor a todas luces estaba recibiendo el visto bueno del editor Blas Roca, decía Guevara. La preocupación, entonces, se hinchaba porque *Hoy* era el órgano del nuevo partido rector, el PURSC, y porque Blas Roca integraba la Dirección Nacional de ese partido. Nadie podía permanecer al margen cuando allí, donde se abordaban las violaciones de los principios marxistas dentro de la nueva sociedad, emergía un cuestionamiento hacia él.

Alfredo Guevara, con mayor mordacidad que sus subalternos, le espetaría al autor de «Aclaraciones»:

> La propaganda puede servirse del arte, debe hacerlo. El arte puede servir a la propaganda revolucionaria, debe hacerlo. Pero el arte no es propaganda, y ni en nombre de la Revolución resulta lícito el escamoteo de sus significaciones (Guevara A., Responde..., 1963, pág. 2).

Todo parecía indicar que el jefe del ICAIC —que, por cierto, había militado en el Partido Popular Socialista junto con Blas Roca— supiese lo que ocultaba la raíz de aquella aversión por las películas que él había elegido comprar y exhibir. No era primera vez, decía, que escuchaba tales "cantos de sirena": el héroe positivo, la necesidad del final feliz, la moraleja constructiva, la elaboración de arquetipos, en fin, el realismo socialista, una tendencia que él habría aceptado si se le permitiesen al artista posibilidades ilimitadas y lo pusiese en condiciones de realizar su obra sin cortapisas ni presiones reaccionarias; pero eso lamentablemente no era así; en la práctica el realismo socialista se presentaba como «un arte muchas veces reaccionario, arte-opio, adormecedor o excitante, en el que se proponen a los espectadores y lectores, arquetipos abstractos —realmente abstractos— que pueden competir en falsedad e irrealidad con los mejores personajes de Corín Tellado, o la imagen habitual de supermanes de todo tipo» (Guevara A. , Responde..., 1963, pág. 2). Advertía Alfredo que someterse a tan edulcorada tendencia reduciría al público a «una masa de bebés a los cuales maternales enfermeras administrarían la papilla ideológica perfectamente preparada y esterilizada». Así, posiblemente podría lograrse divertir y ayudar al descanso del trabajador, pero el país quedaría expuesto al embrutecimiento y al retroceso. Terminaba diciendo Alfredo que los únicos lineamientos que habría de seguir serían aquellos emanados del discurso de Castro a los intelectuales. Con ello, quizás daba a entender que no se subordinaría ni a la máxima institución cultural del país (el Consejo Nacional de Cultura) ni a los ideólogos del PURSC.

Como un detalle que no podría pasarse por alto, en el mismo número del 17 de diciembre, a la derecha del artículo de Alfredo, saldría otro sobre una película soviética dedicada a la labor de los físicos atómicos; entrevistado, el director diría: «El cine debe despertar en el espectador hondos sentimientos y nobles ideas» (Beltrán, 1963, pág. 2).

Al día siguiente, el periódico *Noticias de Hoy*, otra vez en la sección «Aclaraciones», sostendría que una obra artística no se valoraba por sus valores estéticos, que la cuestión no era de gustos, sino que —y en esto replicaban a Castro o viceversa— debía primar el precepto de que nada que dañase a la Revolución podía ser bueno y, en consecuencia:

> Nada que afloje el espíritu combatiente, de sacrificio y pelea de nuestro pueblo, nada que lo contamine de blandenguería burguesa o de despreocupación frente a los imperialistas, sus lacayos y sus gusanos contrarrevolucionarios es bueno (Roca, ¿Cuáles son...?, 1963, pág. 2).

Y, sentando las rígidas bases de lo que en muy pocos años sería la sovietización de la cultura cubana, interpretaba que tales preceptos serían igualmente aplicables a novelas, artículos y canciones. Esta, sin embargo, no era la respuesta a Guevara, la que sería bombardeada al día siguiente, metralla periodística distribuida en los números del 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26 y 27 de diciembre.

Desde los primeros párrafos del primero de esa serie de ocho artículos, se advierte una velada agresión personal hacia Alfredo Guevara. El artículo, trayendo por los pelos la anécdota de un guajiro a quien el redactor en persona acompañado de Raúl Castro le había entregado el carné del Partido Comunista, decía que se trataba de «un viejo luchador, de esos que nunca dieron la espalda a sus ideales, ni cambiaron sus convicciones, ni intrigaron contra nadie, ni rehuyeron el encuentro con los compañeros, cualesquiera fueran los vientos que soplaran o los rumores que se hicieran correr» (Roca, Respuesta a Alfredo..., 1963). Dado que, según sus propias palabras, el anónimo redactor alardeaba de codearse con el segundo hombre de la Revolución, Raúl Castro, y de tener la potestad de elegir quién podría pertenecer al

PURSC, a tales alturas no era difícil adivinar que se tratase del propio editor del periódico, Blas Roca. Aclarado esto, podríamos decir que era el propio Blas Roca quien, entre sublime y épico, exponía el concepto del arte utilitario, ejemplificando cómo la novela *Los hombres de Pánfilo*, de Alexander Bek, había ayudado a un miliciano a combatir en Playa Girón y que, por ello, agradecía la fecunda idea de Castro de haber impreso en grandes cantidades aquellas excelentes novelas soviéticas, útiles para inspirar a los combatientes; aquella, de hecho, no era papilla ideológica; no, señor. ¿Cómo podría serlo si estaba ayudando a conseguir y mantener la libertad de la Patria? Sin embargo, aquellas obras que despertaban simpatías hacia personajes deteriorados tenían que contraindicarse (Roca, Respuesta a Alfredo..., 1963). En su siguiente batacazo, Roca sugiere la actitud hipócrita de Alfredo Guevara que, haciéndose ayudar de una institución estatal, el Consejo Nacional de Cultura, había censurado el film *P.M.* alegando que resaltaba una parte denigrante de la sociedad cubana, y ahora él mismo formaba un alboroto similar porque alguien criticaba las películas que el ICAIC exhibía. Blas Roca habilidosamente ratificaría a través de las propias palabras de Castro que el Estado tenía derecho a «fiscalizar» los que se le mostrase al pueblo (Roca, II Parte..., 1963).

Para demostrar que se tomaba en serio la opinión de Alfredo Guevara y que estaba dispuesta a responder con la artillería pesada, el bando dogmático, en ese mismo número del 20 de diciembre, publicaría en *Hoy*, la respuesta de Vicentina Antuña, presidente del Consejo Nacional de Cultura. Antuña le refrescaría la memoria al presidente del ICAIC: la política cultural de su institución, delineada en el informe el I Congreso de Cultura, había sido aceptada sin discrepancias por el propio Alfredo Guevara. Además, resultaba «bien insólito» que un funcionario le negase a un organismo estatal las funciones que la ley le confería: dirigir, orientar, y elaborar los planes de la política cultural. A grandes rasgos, Antuña emplazaba a Alfredo a explicar en virtud de qué principios ignoraba las funciones otorgadas por el Gobierno al CNC y qué le hacía pensar que la política cultural de ese organismo contradijera las palabras del máximo líder (Antuña, 1963). En su tercer artículo del 21 de diciembre, Blas Roca se limitó básicamente a transcribir fragmentos del

discurso de Fidel Castro a los intelectuales, aquellos que se referían en lo específico a que la Revolución toleraría la libertad de forma, pero no así la de contenido (Roca, III Parte..., 1963). En un cuarto artículo, el 22 de diciembre, Blas Roca otra vez se haría eco de las palabras de Castro, que se podrían resumir en que el artista era libre de crear siempre que lo hiciera para el pueblo y de modo que no lo dañase. Lo único que se atrevería Blas Roca a añadir sería una definición de pueblo:

> Aquí usamos la expresión pueblo, como dice Fidel, en su sentido real, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir oprimida y explotada y no la minoría de ex-privilegiados, no las minorías que tuvieron acceso a todos los bienes de la sociedad. Pueblo en el sentido de las clases explotadas, de obreros y campesinos, de trabajadores que producen, que crean, con sudor, la base misma de la sociedad y su sustento (Roca, VI Parte..., 1963, pág. 2).

El hecho de que la restringida definición de «pueblo» de Blas Roca excluiría a más de un alto revolucionario por su origen burgués, podría haber sido un punto a favor de Alfredo Guevara, podría haberle servido para poner en crisis al polemista que para validar su definición de «pueblo» cita a quien paradójicamente, según la propia definición, no pertenecería al pueblo. Sin embargo, la mención de Castro, así como otros muchos pasajes del artículo, se presentaba otra vez como una falacia calculada: poner en tela de juicio el origen del líder, así como sus palabras, no se podría hacer sin correr grandes riesgos.

Además, como nota al margen de tales embestidas del antiguo Secretario General del PSP, cabría resaltar que, el hecho de que éste recurriese extensamente a las palabras de Castro para reafirmar su postura, que las citase unas veces como si pertenecieran a un libro sacro y, otras, como si fueran verdaderos decretos, es un claro indicador de que ya, apenas a cuatro años de Revolución, la figura de Castro fuese poco más que faraónica. La actitud de Blas Roca, que había accedido a disolver el PSP y ceder el liderato del nuevo partido, el PURSC, a Fidel Castro, y que le llamaba al joven rebelde «jefe y guía», sería parte de la causa común del movimiento comunista criollo que, siguiendo la tradición soviética y acaso la China, había

decido colocar en un pedestal al nuevo líder y hacerlo hablar por ellos. De este modo, en Cuba comenzaba a replicarse deliberadamente un estalinismo a pequeña escala, con un joven regidor que, a golpes de adulación y ciego acatamiento, podría ser educable y en cierto grado manipulable por los viejos camajanes del marxismo. Sin esperar grandes beneficios personales, los comunistas veían que la fortaleza e imagen inmarcesible del líder sería determinante para alcanzar el propósito final: un modelo soviético en toda la línea.

En el mismo número del 22 de diciembre, contemporáneamente saldría publicado el primer contragolpe de Alfredo Guevara a los tres artículos que había expedido Blas Roca. También Alfredo, como si se tratasen de sacros mandamientos, más que una imposición de estilo, sacó a relucir las palabras de Castro a los intelectuales, y de ellos, dada su ambigüedad, pudo, como antes hiciera su contendiente, agarrarse. Alfredo le pregunta a Roca si él, siendo miembro de la Dirección del PURSC, tenía derecho a establecer un ataque sin base real contra la programación del ICAIC, y seguidamente se respondía: «Estamos seguros que no». Después sugeriría que no acataría nada de lo dijese Blas Roca:

> En todo caso solo estamos dispuestos a aceptarlo cuando parta de nuestro Comandante en Jefe (Guevara A., Declaraciones de..., 1963, pág. 2).

El presidente del ICAIC dejó bien clara su posición, no se identificaría con una versión primitiva y común del realismo socialista ni con la literatura ni el arte soviéticos contemporáneos. El arte, irreductible a lo inmediato y utilitario, sólo podía nacer del pensamiento vivo, anti-rutinario, anti-dogmático, siempre innovador y creativo.

La respuesta de Blas Roca, dos días después, comienza con otra falacia. Él no había visto las películas que había declarado no recomendables para el pueblo ni para la juventud, pero se había basado en la autoridad de las opiniones de los trabajadores que la habían descalificado. ¿Qué mayor autoridad en una sociedad socialista que la de la clase obrera? Parecía preguntar Blas Roca. Por supuesto, poner en

entredicho el criterio de un obrero entrañaba flaqueza ideológica, oponerse en cierto modo a la Revolución y, algo para nada desestimable, enemistarse con muchos de los lectores de *Hoy*. Con habilidad lo expondría Blas Roca:

> Para mí, las opiniones de esos obreros, honrados, laboriosos, revolucionarios que, con su esfuerzo, con su sudor, con su producción hacen revolución todos los días, tienen crédito y autoridad, son dignas de ser consideradas y tomadas en cuenta (Roca, V Parte de..., 1963, pág. 2).

Después volvería a repetir que ni los Accatone ni los Gardelito eran modelos para la juventud, que no eran esos simpáticos proxenetas, pervertidos, ladrones, vagos, irresponsables, lo que debería exhibirse a los jóvenes trabajadores, a los jóvenes becados, los jóvenes estudiantes, en quienes había que despertar el interés por otros asuntos y por otros ejemplos (Roca, V Parte de..., 1963). Y, otra vez, amparándose en el pensamiento del líder máximo, Roca explicaría que los modelos nacidos de la sociedad norteamericano resquebrajaban la moral de la juventud:

> Hace algún tiempo (…) el compañero Fidel Castro, justamente indignado por algunos hechos, condenaba ciertas manifestaciones de «elvispreslianismo» de jóvenes que, guitarra en mano, pelo caído sobre la frente, pantaloncitos apretados se exhibían en actitudes feminoides en diversos lugares de la capital y pretendían invadir la zona de nuestros estudiantes (Roca, V Parte de..., 1963, pág. 2).

Luego, en una declaración adyacente al artículo, firmando con su nombre, Roca se quejaría de que Alfredo, desbordado el debate, hubiese querido presentar a los del periódico como adversarios de la libertad cultural y temerosos de los intelectuales (Roca, Declaraciones..., 1963). En los dos siguientes artículos, tendremos un Blas Roca aparentemente a la defensiva, que le reprocha al ICAIC tergiversar frases aisladas, un recurso barato para instigar contra *Hoy* a los que no concuerden con el sentido elevado y renovador del socialismo; y lo acusa de, con tan deleznable recurso, escamotear el pensamiento revolucionario, achacarle a *Hoy* actitudes que no tiene, promover la división, salir a defender lo que no atacamos, sembrar el

confusionismo y, al amparo de tales respuestas, justificar lo que no tiene justificación (Roca, Respuesta a los directores..., 1963).

En el último de los artículos, Blas Roca haría notar que el ICAIC había reaccionado exageradamente ante una simple opinión del periódico, había formado alboroto sin motivo, achacándole a *Hoy* intenciones que no tenía, fabricando fantasmas para combatirlos luego ruidosamente:

> Alfredo Guevara no quiere ser prejuicioso, pero, por lo visto, no puede evitar el serlo, como lo ha demostrado, con creces, en esta polémica que, con gran sorpresa para nosotros, ha emprendido con tanto encono y a la que ha dado un tono y un alcance que no podíamos ni soñar (Roca, Final de Respuesta..., 1963, pág. 2).

Reconocería el director del periódico no abrigar remordimientos por la supresión de las «manifestaciones de pensamiento» contrarios a la Revolución: revistas, periódicos, y hasta películas como *P.M.*, porque así había evitado dañar a la juventud, a la niñez, a los trabajadores y —no podía faltar el término— al pueblo. Era su deber combatir lo negativo y difundir lo positivo, lo que sirviese al pueblo laborioso, y, dando por zanjado el asunto, proponía no alborotar más, si una película era inadecuada bastaba escogerla mejor la próxima vez (Roca, Final de Respuesta..., 1963, pág. 2).

Lo más llamativo de toda la polémica resulta cómo, ya desde entonces, el político, representado por Blas Roca, intenta no sólo opinar de arte sino trazarle límites, tratarlo como si éste debiese someterse a los estatutos de su Partido que entonces no sólo era el que estaba en el poder sino el único legalmente admitido. No se debatía la libertad en el arte, lo que podría aceptarse, sino su obligación de responder a una ideología. Al final, uno, Blas Roca intentaba demostrar que, a través de las elecciones estéticas del ICAIC, se dejaba ver una postura política, errada por demás; la crítica de arte se convertía así en cuestionamiento de la misma índole. En consecuencia, Alfredo Guevara, corto de armas filosóficas, intentó asirse a las dúctiles palabras del líder de la Revolución para dar crédito a su postura estética en cuanto política.

Aquel síntoma, aquella inclinación de la ideología política a transmutarse en ideología artística o, peor, en volverse ambas una misma cosa, sería lo que regiría los siguientes años de la cultura revolucionaria. La Cuba de 1963, poco a poco, se asemejaba cada vez más a la URSS de 1934, cuando en el I Congreso de los Escritores Soviéticos el discurso de Máximo Gorki dictaría las pautas de la estética oficial. Si se analizan las palabras no sólo del director del periódico *Hoy*, sino las de García Buchaca y Mirta Aguirre, notaremos más de una semejanza con las pronunciadas en aquella ocasión por el escritor ruso.

Si bien hacían un uso iterativo del precepto fidelista «dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada», este lo calzaban con el andamiaje estaliniano voceado primero por Gorki y llevado luego a la práctica por Adréi Zhdánov. El «dentro de la Revolución» no lo cercaban con las palabras tan inútiles como de amplio espectro del líder máximo, sino con las soviéticas. Cuando el comunista criollo se escandalizaba ante *P.M.* tal pareciera que reprodujesen miméticamente la actitud de Zhdánov ante la obra de Mijail Soshchenko en 1946:

> Como en *Las aventuras de un mono*, Zoshchenko estaba acostumbrado a burlarse del estilo de vida soviético, del orden soviético y del pueblo soviético, y ocultaba esta burla tras una máscara de entretenimiento vacío y humor inútil[64] (Жда́нов, 1952).

Y cuando el comunista la emprende contra Accatone, se atienen al catequismo gorkiano, ensañado contra Rocambole, el gánster hollywoodense, y cuanto truhan apareciera en la literatura pre-socialista, porque la literatura del crimen es mala para la clase trabajadora, obstruye el «desarrollo de la conciencia de clase incitando, de paso, simpatía hacia el ladrón hábil, el deseo del hurto» (Gorki & Zhdánov, 1968, pág. 25).

[64] Как и в «Приключениях обезьяны», Зощенко привык глу миться над советским бытом, советскими порядками, со-ветскими людьми, прикрывая это глумление маской пусто порожней развлекательности и никчемной юмористики.

En el orden político, los dogmáticos, fieles en general a la línea soviética, en su afán de encorsetar el libre pensamiento aplicarían invariablemente la estrategia de crear falsos opuestos a sus principios de moral socialista. Uno de los más comunes: oponer individualismo a colectivismo, e incluso a altruismo; o, peor, crear falsos amigos, igualando individualismo a egoísmo. Con tales paradigmas intentarían homogeneizar a conveniencia las masas, mantener a raya las discrepancias y garantizar, al final, un eficiente control social y el unánime consentimiento de la estatalización económica.

En el orden cultural, si bien extremistas como la Buchaca y su esposo Joaquín Ordoqui, condenados a prisión domiciliaria bajo serias acusaciones, saldrían del panorama cultural cubano en 1965, cinco años más tarde, el dogma expandido como un virus en todas las instituciones culturales, terminaría igualando con el arte burgués a cuanto no tuviese ingredientes de realismo socialista y, por lo tanto, no digno de promocionarse. La creatividad sería condenada a la sombra, autores como José Lezama Lima, Dulce María Loynaz, Virgilio Piñera, entre otros, tendrían que esperar varias décadas antes de ser restituidos a la cultura cubana. Los años setenta serían tan grises como soleados los días de la Isla.

EL COMANDANTE SÍ TIENE QUIEN LE ESCRIBA

El 20 de marzo de 1971 con la detención del escritor Heberto Padilla, se inició el capítulo que definiría, más que el estilo chato de la literatura cubana de los años setenta, la verdadera posición del gobierno cubano con respecto al arte: no admitiría críticas al proceso y respondería a estas con mano dura.

Desde la cárcel, Padilla redactaría un largo *mea culpa* renegando de su poesía y, a la vez, acusaría a algunos intelectuales de ser agentes de la CIA. El 27 de abril sería puesto en libertad. Después, casi inmediatamente, vendría el "hasta aquí con Cuba" de los mejores intelectuales y un par de cartas a Fidel Castro serían la mejor constancia escrita de la ruptura.

La medida extrema de encarcelar a Heberto Padilla había sido, como en casi todos los casos de disidencia, un camino labrado a sorbos, a tintineos de pecados revolucionarios que comenzarían en febrero de 1968 cuando la revista *El Caimán Barbudo* —versión caribeña de la soviética *Krokodil*— hiciese una encuesta de opinión sobre la obra *La pasión de Urbino* y sobre *Tres tristes tigres*, de Lisandro Otero y Guillermo Cabrera Infante respectivamente.

Padilla haría una breve pero ardida defensa de la novela de Cabrera Infante, ya en el exilio desde 1965, en detrimento de la *Pasión de Urbino*.

Padilla comenzaría la reseña explicando que el manuscrito de la novela de Otero había pasado por sus manos en más de una ocasión y que, después de muchas, pero insuficientes, modificaciones, él mismo, Padilla, a instancias del autor lo había enviado al concurso Biblioteca Breve de Seix Barral. Allí vencería *Tres tristes tigres* (que tenía otro nombre, por cierto). Padilla decía de la obra de Infante:

> Esta es, sin duda, una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez (Padilla, A propósito..., 1967, pág. 12).

A *la Pasión de Urbino*, en cambio, Padilla la machaca, llamándola «pastiche de Carpentier y Durrell, escrito en una prosa cargada de andariveles». Aun cuando la concisa opinión de Padilla llamase a la UNEAC «cascarón de figurones», defendiese a un traidor en ciernes como Cabrera Infante, declarase que Otero, vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, había dado un salto a la banalidad, lo más grave había sido sugerir que la encuesta se debiese a un presunto policía que había redactado un informe fulminante contra Cabrera Infante.

El escandalizado Consejo de Redacción de *El Caimán Barbudo* —que por una misteriosa razón no bloqueara el desahogo de Padilla— publicaría en el mismo número que el artículo de Padilla, sin ajustarse a lo pedido, había confundido «caimanes con camajanes» y que, con violencia y resentimiento desbordados, la había emprendido a «mandarriazos» contra Lisandro Otero. Criticaría que Padilla hubiese comparado la situación cubana con la de los países de Europa del Este.

Según la revista, Cuba estaba muy lejos de aplicar la mordaza del realismo socialista de Zhdánov, porque, si bien se había prohibido la explotación del hombre por el hombre, jamás se había hecho con pinturas, novelas, películas, composiciones musicales, obras de teatro (Díaz J., 1967).

Padilla se defendería: él sí se había «ajustado a lo pedido», e incluso lo había excedido. Diría que comparar a Cabrera Infante con Otero ilustraba indiscutiblemente las diferencias entre el talento literario y la ramplonería. Padilla se extendería en victimizar a Cabrera Infante, pintar su exilio como causa de la burocracia cubana (Padilla, Respuesta a la redacción..., 1967). Esto último no pasaría inadvertido y se pondría en su contra cuando en agosto del siguiente año Cabrera Infante hiciese declaraciones consideradas contrarrevolucionarias, etiquetándose como traidor y sugiriendo que Padilla era un perseguido del régimen. Tal ruptura del silencio, pretendiendo forjar un frente común, le pondría al defensor de *Tres tristes tigres* una invitante diana en la frente.

En aquella entrevista Cabrera Infante había descrito detalladamente una Cuba ruinosa por la «magia marxista», en la que La Habana había cambiado para peor: «El socialismo teóricamente nacionaliza las riquezas. En Cuba, por una extraña perversión de la práctica, se había socializado la miseria» (Casal, 1971, pág. 15). Aquella afirmación, que no fue la única, habría sido suficiente para considerar toda la entrevista una declaración de guerra a la Revolución cubana. Sabiendo la dimensión de lo que había dicho, Cabrera diría que sólo regresaría a Cuba cuando Lezama Lima fuese ministro del Interior.

En octubre de 1968, el poemario *Fuera del juego* de Heberto Padilla se consideraba favorito para ganar el Premio "Julián del Casal" de la UNEAC. El jurado compuesto por tres cubanos: José Lezama Lima, Manuel Díaz Martínez, José Zacarías Tallet, y dos extranjeros: el traductor inglés John Michael Cohen y el escritor peruano César Calvo, estaba unánimemente de acuerdo.

A la legua se veía en los versos allí amontonados una visión poco sublime de la vida, una amarga crítica de la situación cubana y, casi de costalazo, de los más oscuros momentos de la existencia de la URSS, lo que establecía necesariamente un nexo entre un régimen y otro, una intersección del porvenir del proceso cubano con el pasado estalinista. Si coraje había tenido Padilla en presentar aquel poemario, más lo tendría el jurado —sobre todo la parte cubana— que insistió en premiarlo pese a las consecuencias que tal decisión podría deparar.

Un poemario así en 1971 era poco menos que una bomba, un acto de sabotaje cultural, un alzamiento en armas. Desde el primer poema, *En tiempos difíciles*, la tonalidad estaría trazada. Los primeros versos, más que la situación del poeta, expresaban el drama del hombre común llamado a fundirse, inmolar su personalidad en la masa, convertirse en la ruedita del engranaje social:

> A aquel hombre le pidieron su tiempo
>
> para juntarlo al tiempo de la Historia,

Sin embargo, después, cuando dice:

> le pidieron los ojos
>
> que alguna vez tuvieron lágrimas,
>
> para que contemplara el lado claro de la vida
>
> (especialmente el lado claro de la vida)

El poeta se circunscribe estrictamente a lo estético, a la obligación, a lo impuesto desde arriba: cantar con gozo a la vida, vetando la tristeza, síntoma de flaqueza, de claudicación. Si el poema hubiera terminado ahí, no habría sido hermético, pero tampoco atrevido. A nivel tropológico cualquier referencia a la lengua, cuando no sensual, es verbo, artefacto que a la vuelta de la esquina se halla simbolizando la libertad de expresión:

> Le explicaron después

que toda esta donación resultaría inútil

sin entregar la lengua,

porque en tiempos difíciles

nada es tan útil para atajar el odio o la mentira.

(Padilla, 1968, pág. 23)

Al menos «atajar el odio o la mentira» parecía tan ambiguo como indulgente si se refiriese a la razón del censurador. Como quiera el resto del poema no lo era. Ni el poemario tampoco, en línea general. Mucho se miró el lado inflamatorio de *Fuera del juego*, pero pocos vieron en él, aun después que el paso del tiempo lo permitiese, cuánto de presagio cargaba con respecto a la vida de su autor y de la sociedad cubana.

A la URSS más de una referencia haría Padilla. Explícitamente y no en buenos términos hallamos una en «El abedul de hierro» que concluye diciendo que los muertos de Rusia son savia del abedul; otra, casi enmascarada, en «Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad» que establece un símil caricaturesco entre la troika, danza tradicional rusa, y la obediencia social; un tercer ejemplo, «Cantan los nuevos Césares» habla de un imperio, algo que si bien le quedaba grande a una flaca Isla, entallaba perfecto en el —considerado por occidente— gigante ruso; sin embargo, pese a la disparidad entre 'imperio' y 'Cuba', resulta difícil sustraerse de pensar la propia realidad cubana cuando se lee: «promulgamos leyes más espontáneas que verdugos».

Al llegar a uno de los más directos poemas del libro: *El discurso del método* y leemos una descripción coloquial de los registros de los milicianos en las casas de los escritores, nos preguntamos: ¿Tuvo Padilla una visión de su futuro antes de escribirlo? Podría ser. Lo cierto es que como mismo las profecías bíblicas se basan generalmente en sucesos del pasado, lo que describe Padilla ya les había pasado a otros, lo mismo en Cuba que en la Europa del Este que él conocía bastante bien. Aun

así, no puede dejar de impactarnos la precisión con que se incrustaría en el porvenir del poeta la siguiente imagen:

> Párate ante le espejo más alto de la sala,
>
> tranquilamente,
>
> y contempla tu vida,
>
> y contémplate ahora como eres
>
> porque esta será la última vez.
>
> (Padilla, 1968, pág. 25)

En el poema «Fuera del juego» se advierte que el sujeto lírico, que, de cierta forma, haya inútil al poeta, no puede ser otro que un funcionario cuyo papel es despedir al poeta, expulsarlo de la Revolución, eximirlo de la tarea de construirla porque «no se entusiasma» ni escribe con claridad, sólo objeta, es un aguafiestas, amante de las canciones en inglés (Padilla, 1968). Sin dudas, este es un poema peligroso que induce al lector a preguntarse: ¿Quiénes serán las cacatúas que confunden el amor con el terror? ¿Quiénes los que bailan como les piden que bailen? Reconocer que se sabían las respuestas también sería peligroso. Esta era la travesura de *Fuera del juego*, funcional en el régimen cubano de los años setenta. Si bien poemas como *Bajorrelieve para los condenados*, *Oración para el fin de siglo*, son —si se puede decir de la poesía— políticamente ambiguos, otros, como *Escrito en América*, *Años después*, *Paisajes*, podrían considerarse más revolucionarios que no. Este último, uno de los más logrados, por su carga de sugerencia, su imagen iceberg, su concepto tan inaprensible y tan perfectamente poético:

> Se pueden ver a lo largo de toda Cuba.
>
> Verdes o rojos o amarillos, descascarándose con el agua
>
> y el sol, verdaderos paisajes de estos tiempos

de guerra.

El viento arranca los letreros de *Coca-Cola.*

Los relojes cortesía de *Canada Dry* están parados

en la hora vieja.

Chisporrotean, rotos, bajo la lluvia, los anuncios de neón.

Uno de *Standard Oil Company* queda algo así como

S O Compa y

y encima hay unas letras toscas

con que alguien ha escrito PATRIA O MUERTE.

(Padilla, Fuera del juego, 1968)

Como quiera, en los años setenta, sólo el primer poema del libro habría bastado para anularle la salida al público cubano. Por ello, a cierto punto, comenzarían los cabildeos para impedir que fuese premiado. El teniente Luis Pavón, director de la revista de la FAR, *Verde Olivo*, presionaría a través del poeta Roberto Branly a Manuel Díaz Martínez, sugiriéndole que, si se le concedía el galardón a Padilla, habría consecuencias. Nicolás Guillén presionaría a Lezama Lima para que optase por otro autor: David Chericián.

Alegando una acusación de debilidad ideológica, a Manuel Díaz Martínez lo echarían del jurado para, días después, restituirlo, pero cesándolo como jefe de redacción de la revista *La Gaceta de Cuba* (Martínez, El caso Padilla..., 1997). A pesar de los pesares y presiones, el jurado no se batiría en retirada y daría su voto a *Fuera del juego*. En el acta escribirían:

> La fuerza y lo que le da sentido revolucionario a este libro es, precisamente, el hecho de no ser apologético, sino crítico, polémico, y estar esencialmente vinculado a la idea de la Revolución como la única solución posible para los problemas que

> obsesionan a su autor, que son los de la época que nos ha tocado vivir (Casal, 1971, pág. 56).

Antes de que saliese publicado el poemario, en la revista *Verde Olivo* un tal Leopoldo Ávila, seudónimo de alguien que nunca se supo quién era, hablaría pestes de Padilla y de su libro, lo rebajaría como persona y como creador, lo acusaría:

> Se describe a sí mismo como "fuera del juego" y le hace el juego al imperialismo. Sus últimos poemas son peregrinos, no sólo política, sino incluso literariamente. Las cosas que dice son, más que dignas de un poeta con alguna instrucción y tantos viajes, las que dice frecuentemente Chela Castro en los programas radiales de la CIA (Ávila, 1968, pág. 18).

El artículo de Leopoldo Ávila representaba un preludio de las imputaciones que tiempo después pesarían sobre la cabeza del autor de *Fuera del juego*:

> El imperialismo ha tenido una suerte que no queremos para ellos, ha encontrado un Padilla para que les dé forma poética a sus consignas.
>
> […]
>
> En esta lucha contra el imperialismo, él ha preferido alinearse junto al enemigo del mundo. Allá él (Ávila, 1968, pág. 18).

Otra vez el tenebroso «allá él» que, sin embargo, no contribuiría a volver más cautelosos los pasos futuros del poeta.

Cinco días después, el Comité Director de la UNEAC declararía su decisión de adjuntar notas aclaratorias en la publicación de dos de las obras premiadas en su certamen literario, una, a la ya referida *Fuera del juego*, y otra a *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat, vencedora esta última en la categoría de teatro, porque «ambas ofrecían puntos conflictivos en un orden político, los cuales no habían sido tomados en consideración al dictarse el fallo» (Casal, 1971, pág. 57). Así la UNEAC mostraría su total desacuerdo con obras ideológicamente contrarias a la Revolución porque, aunque la libertad de expresión dentro de la Revolución no podía ponerse en duda,

la decisión de respetarla hasta el mismo límite se había convertido en «libertad para la expresión contrarrevolucionaria» y creado un clima de liberalismo sin orillas y abandono de principios.

Si bien a la obra de Arrufat le dedicarían algunos párrafos, a *Fuera del juego* le iría peor, porque Padilla, escudado detrás de recursos literarios y, así, exonerado de sospechas, se lanzaba contra la Revolución. En sus versos, además, exaltaba el individualismo, la resistencia del hombre a convertirse en «combustible social», a entregarse a los «objetivos comunes», concepción propia de la superada ideología burguesa.

La declaración consideraba hiriente que *Fuera del juego* criticase el estalinismo y veía chocante el trato irrespetuoso a los bolcheviques, «hombres de pureza intachable, verdaderos poetas de la transformación social».

No faltó en el "desacuerdo" de la UNEAC una referencia de pura debilidad ética y política, cuando rememora aquel artículo en *El Caimán Barbudo* donde el autor de *Fuera del juego* había propinado «calificativos denigrantes» a la UNEAC y, para colmo de los colmos, defendido al «tránsfuga» de Cabrera Infante (Casal, 1971).

Aun así, cosa que no pasaría nunca más en la Cuba revolucionaria, el libro saldría publicado en 1968 con aquel prólogo que lo rebajaba, pero también con notas del jurado defendiéndolo. Cohen diría que un libro de aquella dimensión podría haber ganado en cualquier parte del mundo occidental. Ni Padilla ni Arrufat cobrarían el dinero ni el viaje a Moscú que estipulaban las bases del concurso (Martínez, El caso Padilla..., 1997). En compensación, *Fuera del juego* sería traducido al francés en menos de un mes y publicado por la editorial Du Seuil.

Padilla perdería su trabajo en la Casa de las Américas, pero más tarde, por medio de la viuda de un compañero del Che Guevara muerto en Bolivia, le haría llegar una carta a Fidel Castro que le conseguiría trabajo en la Universidad de La Habana. Padilla, creería entonces que aquella intervención del número uno de Cuba, había evaporado sus dificultades políticas y, al contrario, mejorado su posición, que su

estrategia de "pórtate mal para que te traten bien", estaba funcionando. Ante el privilegio de que le hubiesen dado una habitación en el Hotel Riviera para pasar la luna de miel y de que le hubiesen incluso regalado quince noches extras, sentía que alguna mano poderosa lo protegía (Edwards, 2015, pág. 172). No era así, sus pasos estaban siendo observados, sus conversaciones grabadas, tan sólo le daban cordel.

Llama la atención, que mientras se ponía entredicho la militancia revolucionaria de Padilla, mientras "le tendían la cama", el 24 de diciembre, con cierto retraso, se publica una carta suya a Cabrera Infante en la que, reafirmando su fidelidad revolucionaria, acusa al destinatario de desempeñar el arquetípico papel del contrarrevolucionario que le pone zancadillas al que no eligió su mismo camino. Padilla, después de aclarar que respondía en plena libertad y sin presiones, niega que en Cuba exista el terror sugerido por Infante en su entrevista porque, si así fuera, ya estaría él, Padilla, «en la cárcel, condenado por el delito más reprobable, como ocurre generalmente bajo las tiranías (Casal, 1971, pág. 65).

Poco más de un año después, el 20 de marzo de 1971, una decena de agentes de la Seguridad del Estado irrumpirían pistolas en mano en el apartamento del escritor, lo apresarían, y poco después estarían llevándolo a Villa Marista, sede de los calabozos de la seguridad. «Por fuera es el lugar más plácido y agradable que pueda contemplarse —recordaría Padilla—; por dentro es un laberinto de pasillos y escaleras, con celdas consecutivas como un remedo de las prisiones medievales» (Tello Díaz, 2016).

Durante los interrogatorios, haciendo alarde de la mano larga de la Revolución, los agentes le harían escuchar una cinta grabada en México, al parecer en casa de Carlos Fuentes, en la que se dejaría escuchar la voz de Jorge Edwards que junto con el anfitrión criticaba a Castro. El escritor mexicano llamaba al líder cubano "bongosero de la historia". Edwards celebraba su ocurrencia. Padilla, que tenía una estrecha amistad con Edwards, embajador de Chile en La Habana, escuchó aterrado e incrédulo la cinta sin entender lo que pasaba (Tello Díaz, 2016). El miedo que se habrá apoderado del poeta puede imaginarse. En 1971, las paredes de las celdas de

Villa Marista todavía guardaban la última marca de algún recién fusilado. Entonces, no todos los que eran puestos a disposición del Tribunal Revolucionario Número Uno de la Cabaña salían con vida o sin largos años de condena (Cuza, 2002). Según la esposa de Padilla, la única que lo viera en la cárcel, el miedo no habría bastado para apretarle las clavijas al disidente, y aseguraba que lo habían torturado, que le inyectaron drogas para que soltase la lengua y escribiera con su puño y letra una declaración de autodegradación. Lo golpearon al extremo de que enfermó de los riñones y hubo que hospitalizarlo, diría ella (Cuza, 2002). Según Guillermo Rodríguez Rivera cuando le preguntó a Padilla al respecto, este le había dicho que el tormento sólo había consistido en estar en una celda con la luz perennemente encendida.

Tales detalles, ciertos o no, sólo se sabrían mucho más tarde. Entonces sólo se sabía que Heberto Padilla estaba preso. La noticia se esparció. El 2 de abril, el diario *Excelsior*, publicaría una carta del Pen Club de México dirigida a Fidel Castro y firmada por José Emilio Pacheco, Rulfo, Carlos Fuentes, Octavio Paz, entre otros, que desaprobaban la aprehensión del poeta Heberto Padilla y deploraban las declaraciones atribuidas al Primer Ministro cubano por la agencia *France Press*. El 9 de abril, *Le Monde* publicaría otra carta dirigida a Castro, entre los firmantes estarían Sartre, Beauvoir, Calvino, Cortázar, los hermanos Goytisolo, Octavio Paz, Moravia, Carlos Fuentes, Duras, Semprún, Vargas Llosa, quienes «solidarios con los principios y objetivos de la Revolución cubana», mostraban inquietud por el encarcelamiento de Heberto Padilla y hacían notar que ello sólo podría traer «repercusiones negativas entre las fuerzas anti-imperialistas del mundo entero, y muy especialmente en la América Latina», para quienes la Revolución cubana representaba un símbolo y estandarte (Casal, 1971, pág. 74).

Nadie de la oficialidad respondería a los intelectuales. Al contrario, en lo adelante se manejaría la situación de modo más insultante. Después de cuarenta y ocho días sometido a interrogatorios, el 27 de abril, en horas de la madrugada, Heberto Padilla sería puesto en libertad. En la noche de esa misma fecha, en la sede de la UNEAC,

la casona de 17 y H en el Vedado, delante de otros escritores sería obligado a hacerse un harakiri moral. Alrededor de las nueve entraron los invitados al salón de actos:

> Allí todo estaba a punto: las hileras de sillas, la mesa presidencial, los micrófonos, las luces y las cámaras del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos que filmarían el espectáculo bajo la dirección de Santiago Álvarez (Martínez, El caso Padilla..., 1997, pág. 96).

José Antonio Portuondo, sustituyendo al presidente de la UNEAC, Nicolás Guillén, quien para limpiar su posteridad había tomado la precaución de enfermarse, introdujo la autoinculpación de Padilla diciendo que se hacía a solicitud del propio escritor, a lo que, con generosidad, la Revolución había accedido.

Padilla dio las gracias al doctor Portuondo y comenzó su luenga rectificación moral que entre líneas (y sobre líneas) divulgaba el espíritu coactivo del acto. Se apresuraría a confirmar el arrepentido que había sido idea suya, sólo suya, la de reunirse allí con todos sus homólogos, porque la Revolución, como bien se sabía, no imponía a nadie semejantes actos, y que uno de los motivos de aquella experiencia liberadora era que podría ser «ejemplar» (que no ejemplarizante) para muchos de sus «amigos y compañeros». Confesaría Heberto que había estado preso por contrarrevolucionario, por injuriar y difamar a la Revolución y que por ello se avergonzaba y se avergonzaría mientras viviera. Reconocería, además de sus imperdonables, censurables, incalificables errores, que, bajo el disfraz de escritor rebelde, se ocultaba un ser desafecto al proceso revolucionario, y que, como la mayoría de sus colegas escritores, en privado era uno —venenoso, acre contra la Revolución— y públicamente un militante indiscutible. A nivel internacional, más preocupado por su importancia intelectual y literaria que por la importancia de la Revolución, deseaba proyectar la imagen del escritor inconforme, y se retractaba de haber arremetido despiadadamente contra la novela de Lisandro Otero, su amigo de años, para defender, en cambio, a Cabrera Infante, un enemigo, un agente de la CIA.

Padilla se autocriticaría por sus ataques a la UNEAC, al Ministerio de Relaciones Exteriores, a la Seguridad del Estado, y desmentiría —lo que sonaba irónico en aquel contexto— que en Cuba se calcasen métodos de intimidación de otros países socialistas. Refiriéndose a los que desde el extranjero se habían preocupado por su encarcelamiento, el retractado les diría que deberían admitir que el proceso revolucionario cubano superaba al hombre con el que se habían solidarizado. Renegaría Padilla de su obra *Fuera de juego*, con la que según él había inaugurado en la literatura revolucionaria el resentimiento, la amargura, el pesimismo —sinónimos todos de contrarrevolución—, porque aquel desencanto había sido el centro de todo su entusiasmo. Pero ahora era un hombre distinto, ahora podía sentir la primavera, a la que le había escrito un poema incluso, y a esa altura del discurso, las notas excesivas parecían parte de la partitura de una mascarada, y quizás lo fueron, pero lo cierto es que quienes tenían que notarlo no lo notaron, y Padilla siguió, hablo de su encierro como camino transformador:

> Porque yo sentía que aquella cárcel no era un blasón que se podía ostentar como un sacrificio contra una tiranía, sino precisamente una cárcel moral, justa, porque sancionaba un mal contra la Revolución y contra la Patria (Casal, 1971, pág. 95).

Suponemos que uno de los momentos más dramáticos de la confesión haya sido el de las delaciones. Primero, Padilla citaría algunos nombres extranjeros que se habían entusiasmado con su conducta desafecta y recogido opiniones suyas en ensayos y artículos, como el periodista Lee Lockwood —que le llamara a Padilla el *infant terrible* de la política—; el escritor polaco-francés K. S. Karol; el agrónomo francés René Dumont; el poeta y escritor alemán Hans Magnus Enzensberger. Después, el retractado pasaría lista a los escritores del patio. Empezaría por su propia esposa, la poetisa Belkis Cuza, a la que él mismo, con sus problemas de carácter, había transformado en una amargada y desafecta. De Pablo Armando Fernández diría que se había mostrado «triste» con respecto a la Revolución; a César López le reprocharía haber traído a la poesía «la épica de la derrota»; del joven poeta José Yanes, de origen humildísimo, diría que parecía un viejo escribiendo, derrotista también, seguidor de la misma línea enfermiza de César López; a Norberto Fuentes

le recriminó que pensase en la Revolución como una suerte de maquinaria devoradora de escritores; se extrañaría de cómo fuese posible que en Manuel Díaz Martínez se diese una actitud tan desafecta, triste y amargada; del gran Lezama Lima, pieza mayor del tablero, declararía que, en conversaciones que había tenido con otros escritores extranjeros, no había sido justo con la Revolución. Hablando en nombre de todos los allí reunidos, diría Padilla que ningún escritor había estado a la altura de la Revolución, vagos para trabajar y convivir con los campesinos y, sin embargo, para exigir, chismear, protestar, y criticar, los primeros. Casi al final, pocos párrafos antes del Patria o Muerte, desgranaría otra vez palabras de gratitud:

> Yo nunca me cansaré de agradecer a la Revolución cubana la oportunidad que me ha brindado de dividir mi vida en dos: el que fui y el que seré. La Revolución ha sido generosísima conmigo. La Revolución me ha señalado ya un trabajo, compañeros; un trabajo justamente adecuado a mis aptitudes, a mis deseos. No sólo me ha dado la libertad: me ha dado un trabajo (Casal, 1971, pág. 103).

En aquella larga noche, también otros, los que habían sido nominados, pasarían por los micrófonos y se autocriticarían. Sólo Norberto Fuentes, después de expiar sus culpas, en un proceder que ha quedado en el misterio eterno, volvería a tomar la palabra y se declararía un perseguido.

Aquella noche, el peor acto de sadismo cultural del socialismo cubano, quedaría grabada para siempre en la memoria de la intelectualidad criolla como cabeza sangrante en la picota. Las anécdotas de aquel acto, las que no saldrían publicadas en la prensa oficialista, pasarían de boca en boca como ciertos cuentos de horror de la tradición oral y sólo varios años más tarde cuando muchos de ellos (Padilla, Belkis Cuza, Díaz Martínez, Norberto Fuentes) huyesen del país, saldrían dolorosamente a flote.

Tres días después de la expiación, un Comandante en Jefe a todas luces enterado de los pormenores colectados por la Seguridad del Estado y añadidos por Padilla; un Comandante herido en su fuero interno por cómo se desahogaban en privado escritores foráneos y domésticos contra la Revolución y, pecado mayor, contra su

líder indiscutible; un Comandante ofendido por aquella carta que escritores importantes habían firmado; un Comandante, en fin, dispuesto a guerrear, lejos de querer extender una rama de olivo, lejos de proponer las paces, lejos de perdonar a quienes habían confesado sus culpas, se referiría a los intelectuales extranjeros como imperialistas y colonialistas culturales que —ajenos a la épica batalla de Cuba contra el imperio yanqui y el atraso económico— creían que los problemas podrían reducirse a «dos o tres ovejas descarriadas». Y Castro llamaría agentillos del colonialismo cultural, ratas que se hundirían con la Europa capitalista, a los seudoizquierdistas descarados que querían ganarse laureles viviendo en París, Londres, Roma. Una cuota de ese chaparrón de injurias les tocaría a los «descarados latinoamericanos» que, en vez de estar allí en la trinchera de combate, vivían en los salones burgueses, a diez mil millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos. Pero a Cuba, gritó Castro por los altavoces, jamás la volverían a utilizar. Cuba no quería ser defendida por ellos, no señor, ni tampoco volverían a entrar al país, ni para juzgar en certámenes, ni para recibir premios, ni para nada, en Cuba sólo habría espacio para los revolucionarios de verdad. Concursos y revistas serían no aptas para farsantes. De ahora en adelante, sin contemplación de ninguna clase, ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, en Cuba tendrían cabida —y esto iba también con los connacionales—, únicamente los revolucionarios. Los intelectuales y libelistas burgueses al servicio del espionaje imperialista no tendrían entrada como no la tenían ni la UPI ni la AP. «¡Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito!» (Castro, Discurso pronunciado el 30 de abril 1971)

Suponemos que antes del 30 de abril, antes de aquel discurso durante el Primer Congreso de Educación, ya Castro tenía en su poder la grabación de la expiación de los escritores cubanos; sin embargo, llama la atención que, aun así, las claras referencias a estos escritores que acababan de arrepentirse, no fueran para nada benevolentes. Castro no sólo les llamaría ovejas descarriadas que tenían problemas con la Revolución porque ésta no les daba derecho a seguir sembrando veneno,

insidia e intriga, sino que, además, rebajaría el asunto de los intelectuales a algo intrascendente:

> Por eso, cuando trabajábamos en estos días en el Congreso, algunos decían que seguramente a eso me iba a referir yo esta noche. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tengo que referirme a esas basuras? (Castro, Discurso pronunciado el 30 de abril 1971).

Para líder máximo, lo que él consideraba «cuestiones de la chismografía intelectual» no merecía ocupar puestos en la prensa nacional, pues aquellos no eran verdaderos problemas. ¿Entonces por qué haberle dedicado recursos y tiempo a vigilar a escritores nacionales e internacionales? Esto, por supuesto, podría ser su pretexto para ocultar a la opinión pública lo que estaba pasando, una manifestación más de la voluntad de rodear de silencio ciertos procederes arbitrarios y claras evidencias de represión. Sin embargo, lo más innoble había sido, por un lado, obligar a un escritor a degradarse públicamente y, por el otro, seguir llamándolo «basura». Lo que lleva a concluir que la pública expiación de los escritores no tuvo como objetivo perdonarlos, sino presentar un cuadro ejemplarizante y, a la vez, como bien diría Belkis Cuza años más tarde, ultrajarlos por venganza:

> Castro no le importaba que la gente creyese o no en nuestra autocrítica. Sólo pedía —en lugar de la cabeza de Padilla—, la humillación, la retractación. No se trataba de un castigo, sino de algo peor, una muerte silenciosa, el deshonor eterno (Cuza, 2002).

Al difundirse la noticia de la autoinculpación de Padilla, en Barcelona, en casa de Vargas Llosa, se reunirían Juan y Luis Goytisolo, José María Castellet, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Barral y, cada uno por separado, redactaría el borrador de una carta para Castro. Luego de compararlos, por votación se elegiría el de Vargas Llosa, al que Jaime Gil de Biedma enmendaría con un adverbio. Excepto, Carlos Barral,

que al final no la firmaría, la carta hallaría la adhesión de otro grupo importante de escritores, la crema y nata de la intelectualidad de entonces[65] (Retamar R. F., 2005).

Esta segunda misiva, hecha pública el 21 de mayo de 1971, expresaba vergüenza y cólera, pero seguramente más cólera que vergüenza. No era para menos, el régimen, desenmascarado, parecía emprender un trote alocado hacia la peor variante del socialismo real. La imagen de la Cuba socialista y liberal se derrumbaba como un castillo de naipes gaseosos que luego se esfumaba estruendosamente en el aire.

La intelectualidad izquierdista denunciaba que la confesión de Heberto Padilla sólo podría haberse obtenido por medio de métodos que negaban la legalidad y la justicia revolucionarias, y que aquel montaje teatral rememoraba «los momentos más sórdidos de la época estalinista». Exhortaban a Castro con vehemencia a que evitase el «obscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo tipo estalinista». Forzar a un hombre a acusarse a sí mismo de las «peores traiciones y vilezas», más allá de demostrar desprecio a la dignidad humana, alarmaba, porque hoy se trataba de un escritor, pero mañana la víctima podría ser cualquier otro: un campesino, un obrero, un técnico o un intelectual.

No todos los izquierdistas verían el asunto desde el mismo ángulo. Alfonso Sastre, por ejemplo, condenaría la condena. Diría que le daba «una cierta vergüenza y también una pizquita de cólera» el manifiesto y, proponiendo la hipótesis de que la detención de Padilla podría estar justificada, concedía al régimen el beneficio de la duda. Después de observar cierto vulgar tufo anticomunista en la misiva, Sastre se preguntaba ¿por qué precisamente ahora que apresaban a un escritor reaccionaban

[65] A esta carta se sumarían muchos más intelectuales, serían los mismo que, una vez ninguneados por Castro, romperían con el socialismo cubano: Claribel Alegría, Simone de Beauvoir, Fernando Benítez, Jacques-Laurent Bost, Italo Calvino, Josep Maria Castellet, Fernando Claudín, Tamara Deutscher, Roger Dosse, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Magnus Enzensberger, Francisco Fernández Santos, Darwin Flakoll, Jean Michel Fossey, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, Ángel González, Adriano González León, André Gorz, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Rodolfo Hinostroza, Mervin Jones, Monty Johnstone, Monique Lange, Michel Leiris, Mario Vargas Llosa, Lucio Magri, Joyce Mansour, Daci Maraini, Juan Marsé, Dionys Mascolo, Plinio Mendoza, István Mészáros, Ralph Miliband, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Montes de Oca, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pacheco, Pier Paolo Pasolini, Ricardo Porro, Jean Pronteau, Paul Rebeyrolle, Alain Resnais, José Revueltas, Rossana Rossanda, Vicente Rojo, Claude Roy, Juan Rulfo, Nathalie Sarraute, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Jean Schuster, Susan Sontag, Lorenzo Tornabuoni, José Miguel Ullán, José Ángel Valente.

con tanta vehemencia los intelectuales? ¿Cómo así, de la noche a la mañana, eran detractores de lo que antes habían defendido? Sastre, no con poco sarcasmo, decía:

> En el caso de que en Cuba se estuviera produciendo un endurecimiento en cuanto a los problemas culturales, ¿no parece que muestran ustedes una cierta impaciencia en darlo por hecho? (Casal, 1971, pág. 127)

El dramaturgo español terminaría preguntándole a su admirado Jean Paul Sartre que hacía su firma allí, al pie de un documento tan ligero, puerilmente colérico e irresponsable.

Julio Cortázar, presente en la primera carta, no ofrecería su adhesión a la segunda porque le había parecido paternalista, insolente, inaceptable desde todo punto de vista (Retamar R. F., 2005).

En julio de ese año, Octavio Paz, tomando al vuelo el símil que la historia recitaba, escribiría sin restricciones ni benevolencia:

> Stalin obligaba a sus enemigos a declararse culpables de insensatas conspiraciones internacionales, dizque para defender la supervivencia de la URSS; el régimen cubano, para limpiar la reputación de su equipo dirigente; dizque manchada por unos cuantos libros y artículos que ponen en duda su eficacia, obliga a uno de sus escritores a declararse cómplice de abyectos y, al final de cuentos, insignificantes enredos político-literarios... (Padilla, 1968, pág. 171).

La polémica sobre Padilla dividiría a la izquierda, algunos escritores como Sastre, Cortázar, García Márquez mantendrían su lealtad intacta con la Revolución, pero la gran mayoría de los mejores desistiría.

Vargas Llosa, por ejemplo, se sumó a *Libre*, una revista fugaz que, impulsada por Juan Goytisolo, Jorge Semprún y Plinio Apuleyo Mendoza, denunciaría sin cortapisas al régimen cubano. El escritor peruano, a la vez, renunciaría al Comité de la revista *Casa de las Américas*. En carta a Haydée Santamaría, explicaría que Castro prohibiéndole para siempre la entrada a Cuba, no le daba otra salida. De todos

modos, añadía, había tomado tal decisión al leer la confesión de Padilla y los despachos de *Prensa Latina* sobre los sucesos en la UNEAC:

> Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución Cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos. No es éste el ejemplo de socialismo que quiero para mi país (Llosa, 1971).

Haydée le contestaría que su renuncia llegaba tarde, porque dicho comité había sido desmantelado precisamente por la diversidad de criterio de sus integrantes; unos, los de la mayoría, revolucionarios, y otros, como los de Vargas Llosa, cada vez más alejados de esa posición. Y con ríspida cortesía agregaba Haidée:

> Por una cuestión de delicadeza humana de la que usted sabe que le hemos dado pruebas reiteradas, pensamos que esta medida era preferible a dejar fuera del comité a gentes como usted, con quien durante años hemos discutido por su creciente proclividad a posiciones de compromiso con el imperialismo (Santamaría, 1971, pág. 122).

No ocultaba la heroína cubana que alguna esperanza tuvo de que Vargas Llosa rectificase, pero la desilusión había sido descomunal cuando éste había sumado su voz —una voz que la Revolución había contribuido a que fuera escuchada—al coro de los más feroces enemigos de Cuba. Después Haidée confirmaría que Padilla había estado involucrado en actividades contrarrevolucionarias y que, aun así, como el resto de los retractados, andaba libre por las calles de La Habana. En cuanto a la sugerencia de que Padilla había sido maltratado, Haidée, cuyo hermano había sido torturado y asesinado por la dictadura de Batista, le haría saber a Vargas Llosa:

> Se ve que usted nunca se ha enfrentado al terror. Se ve que nunca ha tenido la [des]dicha de ver a hermanos que por lo único que se conocía que eran ellos era por la voz y esa voz era para decirles a quienes les arrancaban la vida en pedazos su fe

> en la lucha, en la victoria final, su fe en la Revolución… (Santamaría, 1971, pág. 123).

En junio de 1971, Roberto Fernández Retamar escribirá *Caliban*, un largo, fundamentado y pretencioso artículo en el que promociona, en modo enmarañado, si se quiere, a un Fidel Castro como continuación histórica de José Martí, y a su Revolución como meta suprema de Latinoamérica. No puede ocultar Retamar que la publicación de su artículo en fecha tan oportuna se deba al deseo del régimen de, usando a uno de sus fieles amanuenses, contrarrestar las críticas que a Castro le habían llovido a raíz del caso Padilla.

Caliban intentaba, analizando actitud política y creación literaria, deslindar un tipo de intelectual latinoamericano de otro. Lo mismo la santificación de Martí como la demonización de Sarmiento parecían desmedidas en un pantano de argumentos históricos ortopédicamente vistos. Su condena política a Carlos Fuentes y, peor, a Jorge Luis Borges, nacían más de una fanática defensa del régimen fidelista que de una sosegada visión política (o inteligente, libre, valoración literaria). Quizás como resultado de esa tensión, Retamar se cuida, sin embargo, de nominar aliados, a excepción de Cortázar y otros difuntos. Su olfato político, le permite no fiarse de la veleidosa lealtad. Ya se había visto cómo un paso en falso podía estimular el cambio de casacas. Aunque los nombres de los enemigos políticos gotean poco a poco en el profuso texto, con detenimiento no sólo se alcanza a individuarlos, sino incluso a adivinar qué se les imputa. De Borges, el caso más escandaloso, porque años más tarde Retamar, en segundas visitas a *Caliban*, lo adularía hasta el tuétano, diría:

> La escritura de Borges sale directamente de su lectura, en un peculiar proceso de fagocitosis que indica con claridad que es un colonial y que representa a una clase que se extingue (Retamar R. F., 2005, pág. 69).

Y tal teoría marciana, más que marxista, de acercarse dicotómicamente a Borges a través de su escritura y sus posiciones políticas, la repetirá Retamar más de una vez en *Caliban*, porque Borges, según él (o según otros que él cita para no decir que lo dice él) solía escribir «textos levemente inmortales, y por otra, firmar declaraciones

políticas más que malignas, pueriles», y luego Retamar agrega con más estilo que sentido racional:

> … no se propone que encontremos faltas de ortografía o de sintaxis en sus pulcras páginas, sino que las leamos como lo que después de todo son: el testamento atormentado de una clase sin salida, que se empequeñece hasta decir por boca de un hombre: "el mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges" (Retamar R. F., 2005, pág. 69).

A Carlos Fuentes, «vocero de la misma clase de Borges», pero que, según Retamar, a diferencia del argentino —que es un escritor verdaderamente importante— no asume su condición de hombre de derecha, sino que actúa como tal y pretende parecer de izquierda, lo maltrataría, llamándolo, como a todos los escritores mexicanos que se habían cansado de Cuba, integrante de la mafia mexicana, asalariado de la CIA, y resaltando una miopía crítica en él que había osado decir que la nueva literatura latinoamericana era sobre todo «hazaña del lenguaje». ¿Y el contenido histórico no cuenta? Preguntaría, más o menos, Retamar. Pero en la mira de Retamar había más de uno. Refiriéndose a la revista *Mundo Nuevo*, subsidiada por la CIA, descargaría su espada sobre Emir Rodríguez Monegal, Severo Sarduy, Cabrera Infante, los Goytisolo y el propio Fuentes.

Más adelante, después de muchas páginas, iría Retamar al cogollo de su ensayo. Cuba, su Revolución, ya no sólo pertenecía a la gran familia latinoamericana sino a una vanguardia planetaria: «la de los países socialistas», la herencia de Cuba se identifica con la herencia mundial del socialismo, el capítulo más hermoso de la humanidad. Cuba no tenía que responderle a nadie por sus actos, y después pega Retamar en su estudio un texto similar en contenido a las palabras que un mes antes había dicho Fidel Castro en el Congreso de Educación y en el que dentro de pocas líneas nos detendremos:

> (…) ¿por qué debemos estar dando explicaciones sobre los problemas que afrontamos al construir el socialismo, a esos supuestos amigos, quienes, por su parte, se las arreglan con su conciencia permaneciendo integrados a sociedades

> explotadoras: y, en algunos casos, abandonando incluso nuestros países neocoloniales para demandar, con el sombrero entre las manos, un sitio en las propias sociedades explotadoras? (Retamar R. F., 2005, pág. 85)

Por muy importante que hayan sido otros documentos que nacieran a raíz de la polémica del caso Padilla. Ninguno fue más determinante en el futuro paisaje cultural cubano que los inspirados en el discurso que Fidel Castro dijera en el Congreso de Educación.

El desafío de Heberto Padilla contribuyó a que el Primer Ministro se quitara la careta y metiese personalmente la mano donde hasta aquel momento no la había metido. Si bien desde 1961, cuando con cierto deseo de dejar abierto el asunto dijera sus palabras a los intelectuales, se había dedicado más a la nacionalización y a crear focos guerrilleros, diez años más tarde, impondría su voluntad de politizar la producción artística del país. Un reflejo de lo que significó su reacción fue su propio discurso, que trazaría líneas precisas de la actitud del gobierno revolucionario ante los escritores y artistas. El desprecio de Castro cuando se refiere al grupito monopolizador del título de intelectual:

> Esos son como los hechiceros de las tribus en las épocas primitivas, en que aquellos tenían tratos con Dios, con el Diablo también, y además curaban, conocían las hierbas que curaban, las recetas, las oraciones, las mímicas que curaban (Castro, 1971).

No es desprecio puro, de clase, sino de postura política. Ya en sus palabras está el empeño de erradicar esa élite, sustituirla por otra nueva, más dócil, más compenetrada con la estética de la nueva moral, más política y, por lo mismo, más capaz de crear de acuerdo con los antojos del gobierno. Para conseguirlo, el primer paso debería ser masificar la cultura; luego, de esa masa, cosechar nuevos creadores:

> Y por eso se ha planteado que nosotros en el campo de la cultura tenemos que promover ampliamente la participación de las masas y que la creación cultural sea obra de las masas y disfrute de las masas.

[…]

> ¿Qué pueden preocuparnos a nosotros las magias de esos hechiceros? ¿Qué pueden preocuparnos, si nosotros sabemos que tenemos la posibilidad de a todo un pueblo hacerlo creador, de a todo un pueblo hacerlo intelectual, hacerlo escritor, hacerlo artista? ¡Todo un pueblo! (Castro, Discurso pronunciado el 30 de abril 1971).

De las declaraciones finales de aquel Congreso, podemos captar en toda su grandeza el impacto que en él tuvieran la presencia y el ideario de Castro. De allí no sólo saldrían lineamientos pedagógicos sino, además, preceptos que moldearían la nueva moral cubana en las venideras décadas.

Cuando leemos, por ejemplo, que un asunto como el hábito en el vestir se analizó desde un punto de vista político e ideológico, se puede comprender desde qué hondura quería empezarse a edificar al hombre nuevo. La moda a partir de ahora la regiría el Estado. El vestir extravagante, nacido de la «putrefacta» sociedad burguesa, expresaba evasión y llevaba «en su seno el germen de la protesta», cosa no recomendable para los jóvenes cubanos (Primer Congreso..., 1971). Suponemos que el texto se refiriese de soslayo al movimiento *hippy*, mal visto por una Revolución que ya a no pocos jóvenes de pelo largo y vaqueros que gustaban del rock había apresado y conducido a los campos de la UMAP. Hubo un período en el que sólo el uso de vaqueros se asociaba a rebeldía juvenil o, como se dijo en el Congreso, a la dependencia cultural.

Volviendo a la declaración, allí también se lanzaría la estrategia para enfrentar la homosexualidad; se definiría «su carácter de patología social» y quedaría claro «el principio militante de rechazar y no admitir en forma alguna estas manifestaciones ni su propagación» (Primer Congreso..., 1971, pág. 140).

El homosexualismo, sin ser considerado un problema central, debería solucionarse por su carácter antisocial con el «saneamiento de focos e incluso el control y reubicación de casos aislados, siempre con un fin educativo y preventivo» (Primer Congreso..., 1971, pág. 140).

La comisión del Congreso consideraría inadmisible que, pretextando "calidad artística", reconocidos homosexuales incidiesen en la formación juvenil. De hecho, para evitar que estos tuviesen relación directa con los jóvenes, se sugería reubicarlos en otros organismos. Además, se evitaría que los homosexuales, por no corresponderse su moral con el prestigio de la Revolución, representasen artísticamente a su país en el extranjero.

En cuanto a la «actividad cultural», la comisión del Congreso, mezcla de refrito con exégesis del discurso de Castro, se extendería más. Echándole mano a la paradoja de que «el socialismo permite la auténtica libertad de creación», pero condena el libertinaje que enmascara el veneno contrarrevolucionario, la Comisión propondría seleccionar, según sus condiciones políticas y —como si no fuera lo mismo— ideológicas, a los trabajadores de las instituciones supraestructurales: universidades, medios masivos de comunicación, instituciones literario-artísticas, etc. Luego, quizás para prever crisis como las inspiradas por *Fuera de juego* y *Los siete contra Tebas*, establecía que tanto jurados como premiados de los certámenes literarios deberían ser revolucionariamente aptos; y que intelectuales extranjeros que se invitasen debería ser rigurosamente seleccionados para evitar que personas con ideología y obras en pugna con los intereses de la Revolución alentasen a sus amanuenses del patio:

> Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales, en expresiones del arte revolucionario, alejados de las masas y del espíritu de nuestra Revolución (Primer Congreso..., 1971, pág. 145).

La declaración del Congreso dedicaría algunos párrafos a los pequeñoburgueses seudoizquierdistas, portadores de la nueva colonización cultural que, usando a la Revolución como trampolín para prestigiarse ante el mundo subdesarrollado, habían intentado penetrarla con sus «ideas reblandecientes», imponerle sus modas y sus gustos, juzgarla y dictarle normas desde las capitales del mundo occidental. Y

refiriéndose a los arrepentidos de la UNEAC, diría que estos seudoizquierdistas habían encontrado en Cuba «un grupito de colonizados mentales» que habían «servido como caja de resonancia a sus ideas» (Primer Congreso..., 1971, pág. 149). Su condena a los de países vecinos sería enérgica:

> Condenamos a los falsos escritores latinoamericanos que después de los primeros éxitos logrados con obras en que todavía expresaban el drama de estos pueblos, rompieron sus vínculos con los países de origen y se refugiaron en las capitales de las podridas y decadentes sociedades de la Europa Occidental y los Estados Unidos para convertirse en agentes de la cultura metropolitana imperialista. En París, Londres, Roma, Berlín Occidental, Nueva York, estos fariseos encuentran el mejor campo para sus ambigüedades, vacilaciones y miserias generadas por el colonialismo cultural que han aceptado y profesan. Sólo encontrarán de los pueblos revolucionarios el desprecio que merecen los traidores y los tránsfugas.

Como es de suponer, después del Congreso, el mapa de la cultura se llenaría de minas explosivas, la Revolución entraría en una etapa que suprimiría abiertamente, y despreciando el qué dirán público, toda manifestación liberal del arte. También la cultura importada estaría más vigilada de lo que se había prometido. Todo cuanto hediese a «putrefacta» cultura capitalista, desde los cándidos cartones de Walt Disney y los comics de superhéroes, hasta la exaltación de sus éxitos, serían ignorados, suprimidos de telerreceptores, radios y librerías.

Aun en el campo de la música popular, las canciones en inglés de cualquier género estarían prohibidas por largos años. Autores que mostraban (o se decía que mostraban) antipatías por la Revolución, desaparecerían de los medios sin saberse razones. De pronto dejarían de escucharse autores ligeros como Julio Iglesias, José Feliciano, Camilo Sesto, Roberto Carlos. Todo músico del patio residente en el extranjero quedaría igual vedado: Celia Cruz, Dámaso Pérez Prado, Olga Gillot, por mencionar algunos.

La literatura tendría una larga lista negra encabezada por los exiliados Cabrera Infante, Severo Sarduy, Gastón Vaquero, Lino Novás Calvo, Lidia Cabrera,

Reinaldo Arenas; por los apóstatas Vargas Llosa, Carlos Fuentes; los críticos Borges, Octavio Paz; y por escritores considerados reaccionarios como Orwel, Pasternak, Bulgakov, Kundera, o inmorales como Bukovki, Gingberg, Kavafis. Muchos, como Borges, Carlos Fuentes, Bulgakov y Lino Novás Calvo, después de muchos años, serían reinsertados en las librerías cubanas; otros como Octavio Paz y Vargas Llosa, todavía hoy, al escribir estas páginas, brillan por su ausencia.

Para más de un estudioso, la retractación de Padilla fue demasiado exagerada, demasiado una copia al carbón de aquellas otras que en la Rusia de Stalin habían hecho los acusados de traidores del pueblo. Se ha especulado que Padilla, que vivió un largo período en la URSS, conociese de las actas de aquellos procesos e, intencionadamente, para burlarse y, a la vez, denunciar el rumbo estalinista de Cuba, decidiese basarse en ellas para vertebrar su discurso de expiación. Guillermo Rodríguez Rivera aseguraba que, en un encuentro con Padilla, éste había reconocido que sí, que se había vengado de sus captores parodiando a los grandes purgados de la era estaliniana. Para Eduardo Galeano, esa señal de humo que lanzó Padilla al mundo intelectual, y que pasaría desapercibida para los Órganos de la Seguridad del Estado cubano, fue una estocada certera a la Revolución, que la dejaría herida para siempre (Rodríguez Rivera, 2017).

Los cierto es que luego, en los años que siguieron a su inculpación, él y los demás escritores que él denunciara como paladines de la angustia, la tristeza y el derrotismo, se hallarían sin espacio editorial, y hasta sus artículos y ensayos serían excluidos de las publicaciones periódicas (Rodríguez Rivera, 2017).

El caso Padilla puede considerarse un catalizador de muchos de los hechos que afectaron a la cultura cubana, pero sólo eso. Achacarle a ese evento alguna contribución más importante sería excesivo. La ruptura de la izquierda progresista con el régimen de Castro, la supresión de escritores considerados no afines a la estética oficial, la condena del homosexualismo, la imposición de rígidas normas estéticas en el ámbito artístico, el adoctrinamiento y sovietización de la cotidianidad, habrían de ocurrir de una manera u otra. Una vez que Cuba vendió

su alma al socialismo, su porvenir cultural estaba sentenciado a tales acontecimientos.

Si bien en los ’60 verían la luz la obra cumbre de Carpentier: *El siglo de las luces* y, publicadas por Ediciones R del periódico *Revolución,* una novela de tema personal como *Pequeñas Maniobras* de Virgilio Piñera (1963); si bien los primeros cuentos de Guillermo Cabrera Infante saldrían en la revista *Lunes de Revolución*, y la poco distribuida *Paradiso* (1966) de Lezama Lima sería publicada; la narrativa más promocionada de los sesenta sería aquella engordada con el caudal de la gesta revolucionaria. Textos sobre la resistencia urbana y la brutal respuesta batistiana, sobre la lucha contra conspiraciones contrarrevolucionarias, sobre los alzados, sobre las tareas ingentes de la Revolución (la zafra cañera, la campaña de alfabetización, la vigilancia miliciana) y, aunque paradójicamente menos, sobre la lucha en la Sierra Maestra, se llevarían las palmas en los certámenes literarios más reconocidos de la Isla. Obra paradigmática de este período podría considerarse la novela vencedora del Premio Casa de las Américas 1960, *Bertillón 166*, de José Soler Puig, enfocada en la lucha clandestina en Santiago de Cuba, escrita con premura pero útil para el régimen.

En ese contexto de exacerbada épica se publican libros de relatos como los *Años duros* (1966), de Jesús Díaz, también galardonado con el Premio Casa de las Américas, mestizaje de historias sobre los hechos más notables de los primeros años de Revolución; *Los condenados del condado* (1968), de Norberto Fuentes, que trata sobre la lucha contra-bandidos, vedado por Castro porque —según el patrón oficialista— no salían bien caracterizados “los buenos”; *La guerra tuvo seis nombres*, de Eduardo Heras, sobre la batalla de Playa Girón; *Días de guerra* de Julio Travieso, sobre el mismo tema; y tantos otros. La fuente épica, como era de esperar, se iría secando y, a la vez, los mandatos culturales de las instituciones, inspirados en el Primer Congreso de Educación, empujarían a los narradores hacia el abismo del realismo socialista, cerrándole la puerta en la cara a los héroes imperfectos y a las fracturas y manchas de la nueva sociedad:

> El realismo socialista –la literatura como pedagogía y hagiografía, orientada metodológicamente hacia la creación de «héroes positivos» y la estratégica ausencia de conflictos antagónicos «en el seno del pueblo»– producía en nosotros, mis amigos pequeñoburgueses y yo, la misma reacción de quien se encuentra una mosca en el vaso de leche (Fornet, 2007, pág. 6).

El término «diversionismo ideológico» importado del mundo militar, condenaría no sólo la prosa disidente sino cualquier crítica al sistema (Rodríguez Rivera, 2017). El «Quinquenio Gris» —nombre, por cierto, acuñado por Ambrosio Fornet— paupérrimo en cosecha de prosa significativa y profuso de arte sovietizado, coincidiría con la presencia de Luis Pavón al frente del Centro Nacional de Cultura; por ello, este período a menudo se referencia como el pavonato (Fornet, 2007). Con Luis Pavón, de formación militar, «las palabras a los intelectuales», cuya ambigüedad sólo anunció la existencia de minas antipersonales en la topología literaria, ahora ofrecían con claridad la ubicación de tales puniciones. La pobreza artística, engendro de la voluntad política, bajaría como un torrente desde arriba, instalándose en todo el espectro cultural.

Aunque *El quinquenio gris*, como su nombre lo indica, suele restringirse a los cinco años que van desde el 1971 hasta 1976, año en el que se crea el Ministerio de Cultura con Armando Hart como ministro, no se puede decir que la década en su conjunto haya sido áurea. Sí hubo obras notables como las noveletas de Alejo Carpentier: *Concierto barroco* (1974) y *El arpa y la sombra* (1979), ambas, como se sabe, de tema histórico, pero en esos diez años abundaron textos policíacos de lenguaje anodino, estructuras rudimentarias y acartonados personajes. *El pan dormido* de José Soler Puig, en medio de tanta narrativa nublada, pareció entonces una obra maestra, y todavía hoy, sin tener en cuenta su relativo valor de entonces, algunos críticos así lo siguen considerando (López Sacha, 2000). Emblemática de aquel período sería la novela *La última mujer y el próximo combate* (1971), Premio Casa de la Américas, de Manuel Cofiño.

Los años ochenta, más fértiles, aún no se desprenderían de las edulcoraciones dejadas por la década precedente. Surgen nuevos autores como Francisco López Sacha, Senel Paz, Reinaldo Montero, entre otros, que, sin caer en el pecado del realismo socialista, seguirán atados a la manera no conflictiva de ver la sociedad, aunque, eso sí, con nuevas propuestas a formales y de lenguaje.

En los noventa, tras el colapso socialista en Europa, Cuba queda desprotegida, sin la URSS, su guardaespaldas político y económico. Obligada a seducir nuevos aliados, se maquilla de tolerancia y ensaya una imagen más liberal. En lo doméstico, como en los inaugurales años de la Revolución, llama a la unidad a la vez que promulga una transigencia sin precedentes que ve al Partido Comunista abrir puertas y ventanas a religiosos y homosexuales. En contra de su propio deseo y rígida ideología, Castro legaliza la pequeña propiedad privada, libera el mercado agropecuario y estimula las inversiones extranjeras en el país. Ninguna de estas medidas, sin embargo, conseguiría esquivar la avalancha. El embargo económico de los Estados Unidos arrecia con la Ley Helms Burton. La escasez de comida, de luz eléctrica y de absolutamente todos los productos básicos, alimentó la desilusión y precipitó la decadencia social. Entra en apogeo la prostitución y el mercado negro. Contemporáneamente a la esmirriada apertura, la censura se contrae y, aunque la ausencia de papel agigantase el hambre de las imprentas, un grupo de escritores muy jóvenes, con entre veinte y treinta años de edad y casi nada que perder en cuanto a privilegios y estatus social, se abrió camino en concursos, encuentros de talleres literarios y publicaciones periódicas. A estos jóvenes, portadores de tanta efervescencia creativa se les llamó, como a otros antes, *novísimos*. Serían Francisco López Sacha, Eduardo Heras León, Salvador Redonet, Arturo Arango, entre otros, quienes escribirían sobre esta juventud a la que dedicarían más de un ensayo, más de un artículo, más de una clasificación. Algo nuevo estaba sucediendo en el panorama literario de la Isla. Los primeros libros de esta nueva ola, que escribía sin compromiso político, saldrían publicados en 1994 por la editorial Letras Cubanas, en una colección llamada *Pinos Nuevos* que, después de un concurso nacional,

elegiría veinticinco cuadernos de narrativa entre los que estaría *Modelar el barro* de David Mitrani Arenal.

No podemos decir que aquellos textos fueran de abierta denuncia social, no podían serlo y ser publicados contemporáneamente. La censura había cedido, pero sin abrir las rejas de par en par para que escapasen de sus prisiones todos lo temas. Se permitía, a lo sumo, salir a pasear al patio y señalar con recato las imperfecciones del muro social. Por algunas rendijas de esa prisión expandida se escapaban frases que mellaban tabúes. *Modelar el barro*, con mucha cautela, demuestra este proceder. Detrás de un tema tan palmario y universal como la infidelidad, nos deja caer en pocas líneas el super tema de esos relatos. Sólo así, sin explayarse, consigue pasar inadvertido y saltar la tapia. *Modelar el barro,* que podría leerse como una noveleta despedazada en viñetas, donde cada una contiene un germen, un elemento que lo conecta a las otras, utiliza, como el mago los ademanes, el desenfado, la dialogicidad ejecutada muchas veces con el fin de distraer la vigilancia oficialista. En este caso, tales "ademanes" esconden pinceladas atrevidas, el decir de lo prohibido, el tocar la herida donde duele. En «Tres planos para la octava», una historia que se desarrolla en 1990 y cuyo título quizás aluda a los tres planos narrativos utilizados por el autor, el personaje Odel Barlía, un conquistador experto en adúlteras primerizas nos cuenta:

> Le dije que para amar solíamos y debíamos aproximar tanto que mentir era imprescindible. Entonces ella defendió la pureza, y venció (Mitrani Arenal, 1994, pág. 8)

Al principio, la porfía entre Odel e Ivelín parece reducirse, no a la pulsión sexual, al impulso instintivo, sino al ansia del conquistador por demostrar la vulnerabilidad de la esposa fiel. La lealtad parece reducirse al estricto ámbito de la pareja, pero más adelante, con pocas líneas deslizadas aquí y allá, con destellos eróticos y despolitizados, se sugiere que la psicología del personaje, la causa de sus acciones podría ser más profunda que la demostración de tan palmaria tesis. Quizás sea el humor situacional, ameno contrapeso de la tristeza, el que contribuya a enturbiar

aún más la diana del discurso, la tensión entre joven desencantado y muchacha fiel a su esposo. Ella, ilógica e imperdonablemente feliz, contrasta con él para quien «todo se ha venido abajo, fuera y dentro»:

> Tridimensionales delitos: ladrones, asesinos, violadores ¡desafortunados ustedes que no ostentan mejor armadura para eludir leyes! ¿Y tú, qué esperas? Únete a nosotros, solubles en vicio. Hay poco pan y mucho circo. Todos incurren en la cuarta dimensión de la culpa: hipocresía, servilismo, cobardía, traición, demagogia, y tú, purificando este pálido planeta inútilmente. Ven, Ivelín, destruye el último vestigio de paz, prolonga tu cuerpo sobre el mío hasta que mi huella te corrompa (Mitrani Arenal, 1994, pág. 9).

Frente al naufragio social —que el protagonista considera planetario, pero que bien podría circunscribirse a un país—, frente al delito intangible, frente al «mucho pan y mucho circo», Odel Barlía se pliega, se deja vencer y quiere destruir lo poco que se ha salvado: la pureza de Ivelín. No lucha Odel por amparar lo que se está yendo a pique, sino contra lo que perdura de un pasado feliz. El hombre nuevo claudica, no cree en sí mismo, no cree en que la sociedad pueda redimirlo ni redimirse. ¿Qué impulsa a destruir lo único puro que queda? Si algo sobreviviese inmaculado, podría ser un pretexto para que las reglas injustas continuasen inmutables. Podríamos, entonces, estar ante la destrucción no presentada como justicia, sino como paso previo para alcanzarla. Sin pretextos que puedan esgrimirse en su defensa, una sociedad puede ser cambiada y su imagen inmejorable arrasada minuciosamente. Odel Barlía será el individuo descontento que, vencido por el mal y convertido a él, busca adeptos; Ivelín el bien, proclive a corromperse, pero también luz, esperanza de que no todo está perdido. El mensaje del forcejeo entre ambas fuerzas empieza a ser más claro a medida que avanza la lectura. En algún momento Odel apunta su arma a la prensa y lo hace con sarcasmo, con una hipérbole que denuncia a un periodismo disociado de la realidad:

> «Si llego aturdido, harto de Ivelín y del mundo, leo el *Granma*, y ya está, duermo feliz» (Mitrani Arenal, 1994, pág. 9).

Seguidamente, con brochazos ágiles, describe la crisis, el racionamiento, su porvenir detenido: «¿Dónde está el resto de su trayecto?», se pregunta Odel y, después de confesarse sin sueños, sin ni siquiera pesadillas, vuelve a preguntarse: «¿Cómo tramar un golpe contra los símbolos?», que quizás podría leerse: cómo destruir los símbolos. ¿Y qué serían los símbolos? No lo dice el protagonista, pero tal giro en un país con el materialismo como religión de estado, no hay identificación más clara que las figuras políticas o ideológicas. Ante tales interrogaciones el lector podría desubicarse: ¿Qué relación hay entre Ivelín y lo que sea que sean «los símbolos»? Por lo pronto, el autor parece insinuar que algo tienen que ver. Cercanos al final del relato, una vez que Ivelín da un paso hacia la infidelidad, en la casa donde deberá consumarse la traición, Odel describe un cuadro pintado por él mismo:

> — ¿Ves este otro? —se refería a *Supremo Dios*—. Lo pinté a los veinte años. Predominan el verde, referencias oníricas y algunos conceptos de los que prescindí más tarde (Mitrani Arenal, 1994, pág. 13).

El lienzo *Supremo Dios* no llega a describirse al detalle; de un relato, su ritmo, no siempre permite extenderse, pero podríamos aventurarnos a pensar que se trate en realidad de una alusión al líder supremo de la Revolución, al mismísimo Fidel Casto. Eso explicaría por qué la predominancia del verde y por qué Odel prescindiría, años después, de los conceptos que hay en él: ¿el culto?

El desenlace del cuento, la renuncia de Odel a concluir el acto sexual, más que mera venganza, es triunfo amargo, demostración de la veracidad de su tesis: el descalabro de la pureza, el fin de la lealtad, el total desmoronamiento del sistema.

En el relato «Confesión de la Cuarta», narrado en forma epistolar, Migdy (probable apócope de Migdalia) se despide de su esposo, un militante comunista todavía fiel a su credo, un caballo orwelliano, la persona con espíritu de sacrificio de la que hablaba el Che, un hombre nuevo que ha roto el cascarón definitivo hacia el fato inevitable: el comprometimiento revolucionario. Aquí, en una situación similar a «Tres planos para la Octava», Migdy, que escapa ilegalmente del país, le reprocha a su esposo que todavía persista en creer (en la Revolución):

> Pude tener una casa mejor y unos muebles mejor y mejores ropas y mejor de todo. Pero la honradez, primero que nada. Terminé la Universidad, total para qué. Mira que te lo dije veces. La vida verdadera es la que se vive en abundancia, la otra es para los comemierdas. Y tú te reías y me pasabas la mano y yo te odiaba, aunque tu mano me persuadiera y me acostara contigo (Mitrani Arenal, 1994, pág. 29).

Sin embargo, si bien sus palabras denotan reproche: «Hice muchas locuras para liberarme de ti o al menos de ese testimonio que era tu presencia, pero ninguna fue suficiente. Y nada será suficiente» (Mitrani Arenal, 1994, pág. 28); resulta difícil no percibir la compasión hacia el hombre al que está abandonando, conflicto que, sin que la mujer sea consciente de ello, deriva de repudiar el sistema, pero no al hombre decente que le sirve:

> Aunque deje de verte, estarás ahí, silencioso, viviendo cuidadosamente, pidiéndome café, escuchando los discursos, fumando, comentando los discursos, durmiendo. De tan lejos no podré burlarme de tu idealismo, y me molesta. Hace tanto que no te comprendo que la inminencia de que te comprenda alguna vez me asusta. Ahora mismo me asusta tu guayabera gris y tus botas de trabajo voluntario, y el librerito donde están las obras completas de Lenin, y me asusta tu ronquido desmedido, inocente de esta despedida. No sé por qué este miedo. Tal vez si no durmieras así, tan cansado, me dolieran menos esas botas sucias y olvidara lo tanto que me burlé de tu guayabera gris (Mitrani Arenal, 1994, pág. 29).

En este párrafo, elementos de una fotografía que hablasen por sí solos, el volumen de información se intensifica y alcanza para caracterizar al esposo de Migdy. Las obras completas de Lenin lo colorean de rojo; escuchar "discursos", de fidelista. La guayabera —prenda de cubanía rescatada por la moda socialista y enfrentada al traje y la corbata—, las botas, el trabajo voluntario, el hombre que duerme cansado, describen en toda la línea a un comunista ortodoxo, ejemplar. Si bien Migdy reconoce que odia a su esposo, bien supone el lector que no estamos ante el odio proverbial. Hay indicios para sospecharlo: el sólo hecho, por ejemplo, de sugerir que es un idealista. El esposo —a todas luces buena persona— representa, como antes Ivelín, un remanente de pureza que podría validar un sistema disfuncional;

por eso despreciarlo es borrarlo, cancelarlo o al menos demeritarlo, para dejar sin argumentos un proyecto social fallido.

> ¡Qué día te he dado! Después de un mes sin vernos te abrumo la noche con resentimientos y luego, para el desayuno, te entrego en una carta lo que callé durante tanto tiempo. Pero quién sabe, a lo mejor es necesario que yo te mire mientras escribo, y que no me veas porque lloro mejor sin ser vista y te considero más viéndote. ¿Qué pasaría si me pides el por qué? ¿Crees que yo sería capaz de compadecer tus ojeras o tu pantalón de tienda cubana o tus reuniones o tu carné rojo? ¿Crees que rechazaría esa oportunidad de culparte? Por eso lo prefiero así ¿Para qué herirte al final, si ya con irme es suficiente? Despídeme de tu mamá y de tu hermano Odel, y por favor no te pongas bravo conmigo (Mitrani Arenal, 1994, pág. 29).

El mazazo final, que casi nos hace solidarizarnos con ese señor que duerme cansado, inocente, casi perdedor, cae con la revelación de que Migdy, la cuarta infiel, no es otra que la cuñada de Odel Barlía; un detalle que, por supuesto, no puede pasarse por alto.

A lo largo del libro, en más de una historia, la infidelidad se presenta como un síntoma de decadencia directamente relacionado con el fiasco social. Sólo en «Tres planos para la Octava», sin embargo, se dice de manera tajante, y no por boca del narrador omnisciente, sino a través del monólogo de Odel, escrito en su diario personal. También la carta de Migdy en «Confesión de la cuarta», como hemos visto, roza lo explícito. Tanto el diario como la carta son formatos ideales para explorar las más hondas reflexiones de los personajes y, a la vez, excelentes pretextos para no subordinar ese peligroso papel al narrador omnisciente. No es extraño, además, que sea la escritura dentro de la escritura la que permita, no sólo la mejor organización de los pensamientos de los protagonistas, sino el espacio idóneo, y creíble, para que expresen con libertad sus inquietudes políticas. En el resto de *Modelar el barro*, con un lenguaje donde predomina la recreación de la oralidad, los narradores sólo cuentan sus anécdotas sin —como justamente sucedería en una situación de precaria libertad— exponer criterios políticos al

narratario. Sin embargo, tales anécdotas apolíticas perfilan a los personajes más importantes. Así encontramos a una Ivelín fuera de sus cabales en «Malas noticias» y, en una de las confesiones, descubrimos que una de las infieles sería precisamente la mujer del Guille. La imagen del conquistador, así, decrece mientras se va hacia atrás en el tiempo y hacia adelante en la trama de la historia integral. Odel Barlía, que, al inicio, si bien con fuertes visos machistas, alcanza a transmitir cierta simpatía, poco a poco, en la medida que lo conocemos mejor, se desmorona, se degrada hasta tocar puntos bajísimos. A veces se tiene la impresión de que, después de una empatía inicial, el propio autor desencante en contra de su personaje. Así, la primera infiel, una morena sexualmente agresiva, insatisfecha con Odel, será quien quizás desagravie a las adúlteras que le sucederán; aunque también a través de ella, de su profesión de enfermera (lo que no puede ser casual), se mansilla, rozándolo, una de las joyas de la propaganda castrista: el sistema sanitario.

No es casual que la moral de Odel Barlía, ingeniero y funcionario del Estado, se vaya corrompiendo marcha atrás en el tiempo y que así el autor decodifique la moral del protagonista, enseñándonos, ya en su pasado, la presencia de un presente perverso. Alguien capaz de traicionar la confianza de sus mejores amigos y hasta de su propio hermano, cosa que inferimos por las llamadas confesiones de las adúlteras, no puede representar menos. ¡Qué lejos, Odel, de los héroes que exigían los apólogos del realismo socialista! ¡Qué antagónico con los héroes arquetípicos de Cofiño y de Soler Puig, y, en cambio, qué cerca de cuanto despreciaban las instituciones culturales de los primeros treinta años de Revolución! Si el Accatone de Pasolini despertaba repulsión en los viejos militantes del PSP de los años sesenta ¿qué habría provocado este personaje extremamente imperfecto, producto torcido del plan "hombre nuevo"?

En *Modelar el barro*, título que se nos antoja alusivo a la confección casi fabril del prototipo socialista, el manejo del tiempo —ya sea hacia atrás como hacia delante— secunda la gradual erosión del protagonista. Si bien en «Tres planos para la Octava», la injerencia del monólogo interior podría despertar cierta solidaridad con

el protagonista, en la medida en se retrocede temporalmente, éste va perdiendo atractivo, empuje, y las adúlteras van robándole fuerza. El cuento final, a la vez desenlace del conjunto: «La inclemencia de los años», aunque no mencione su nombre, parece sugerir que el entrevistado, el viejo escritor, no sea otro que el propio Odel Barlía visto en el futuro. Aquí, el Odel del porvenir, convertido en poeta reconocido, ridiculizado a través de los títulos de sus poemas, se presenta en toda su mediocridad y, acaso, pusilamidad. Este texto, con ese salto hacia adelante en el almanaque, parece decirnos que el hombre descontento del presente, tal vez por conveniencia, se replegará ante el sistema. Esta ópera prima de Mitrani, tiene la particularidad de exponer algunas facetas del hombre nuevo: el apóstata (Odel Barlía), el traicionado (el hermano de Odel Barlía), y el oportunista (el Odel escritor). Precisamente, la idea final de un Odel Barlía, ya anciano, manso, convertido en aclamado poeta y, en consecuencia, amalgamado con el poder, no puede dejar de hacernos pensar en que sea éste el alegato de *Modelar el barro*: ante la máxima falla del sistema, los descontentos sólo buscan acomodarse, adaptarse a él, renunciando a modificarlo. No sería desatinada tal interpretación, cuando se sabe que más de un escritor que en los años grises sufrió represión y silencio editorial, después, indultado y rehabilitado, fue retribuido con reconocimientos oficiales y ayudas económicas. *Modelar el barro* fue cauto en ofrecer detalles del llamado Período Especial cubano. En sus textos ciertamente hay ínfimos rastros de las condiciones de guerra que, en tiempos de paz, vivió la Cuba de aquella época: el cese de los subsidios soviéticos contraería drásticamente la importación de combustible y, en consecuencia, reduciría casi a cero el transporte público, hecho más tarde mitigado con el uso extenso e intenso de pesadas bicicletas chinas; se establecería el régimen de apagones de hasta dieciséis horas diarias y desaparecerían del mercado corriente todos los productos de higiene personal; el valor de la moneda nacional decrecería a niveles, más que alarmantes, ridículos; aparecería la polineuritis como efecto de la desnutrición. Ninguna escena de *Modelar el barro* detalla los trágicos efectos de la caída de la URSS; sin embargo, resulta innegable que el disfraz pícaro de sus relatos

consiguió que el principal aspecto, la crisis del hombre nuevo, traspasase el fino tamiz de una editorial del gobierno.

En 1997, apenas tres años más tarde, saldría publicado un segundo libro de cuentos de Mitrani: *Santos Lugares*. La situación editorial cubana para esa fecha era muy distinta a la de toda la historia de la Revolución. La llamada crisis del papel ya no era tan profunda y el régimen intentaba ofrecer, más que nunca, una versión abierta hacia distintos temas y tendencias artísticas. Aun así, sería incorrecto decir que la apertura fuese total. Los síntomas podían exponerse, pero sus profundas causas seguían siendo intocables.

Santos Lugares sería casi todo lo opuesto de lo que en los años '60 y '70 establecía el patrón estético institucional. No había en *Santos lugares* ni un sólo personaje que según los parámetros de entonces pudiera considerarse positivo, ejemplo para la clase obrera. El título no dejaba de ser irónico desde varios puntos de vista, pues nada de beato había, sobre todo, nada de socialismo puritano, en el mundo de la prostitución de «Caza blanca» o de los travestis de «Otra vertiente del perfume». El sarcasmo se redoblaba cuando más de un texto hacía añicos los estereotipos de antes: la inmaculada imagen del policía revolucionario, la actitud heroica de los que delataban a los delincuentes, la épica de la guerra de Angola. *Santos lugares* desentonaba dentro del coro del oficialismo. «1980», el relato inaugural, que recreaba uno de los episodios más significativos de la historia de Cuba, relacionado con la emigración cubana hacia los Estados Unidos, indicaba desde bien temprano la intención, el espíritu de aquellos textos.

Antes de proseguir, se impondría un necesario paréntesis histórico. En 1980, el 1 de abril, un autobús con doce personas que pretendían pedir asilo político, se lanzó contra el cercado de la embajada de Perú. El vehículo sería ametrallado a mansalva por los custodios y, uno de ellos, víctima del rebote de las balas, caería mortalmente herido. En contra del deseo del gobierno de Castro que, acusando de asesinos a los intrusos, pedía sus cabezas, la embajada ofrecería asilo a los solicitantes desarmados y, bajo protección diplomática, brindaría atención médica a uno de ellos, herido con

dos impactos de bala. Fidel Castro presionaría a la embajada peruana y al explicarle el embajador Ernesto Pinto Bazurco cómo el derecho jurídico preveía la concesión de asilo en tales casos, Castro respondería: «Bueno, pero hay una diferencia bien grande, yo sé matar, tú no». Pese a la clara intimidación, el embajador peruano no cedería (Pinto Bazurco, 2017).

El 4 de abril, el gobierno cubano anunciaría que retiraba la custodia de la embajada peruana. En menos de dos días una marea de cubanos ocuparía el recinto solicitando asilo. La prensa oficialista activaría la campaña de difamación:

> Tal como se esperaba a las pocas horas del retiro de las postas cubanas cientos de elementos constituidos por delincuentes, lumpens, antisociales, vagos y parásitos en su inmensa mayoría se dieron cita en el patio de la embajada de Perú. Al cabo de las 48 horas eran más de tres mil, procedentes fundamentalmente de la Ciudad de La Habana y las provincias occidentales del país. Algunos de estos elementos infortunadamente llevaron también familiares e incluso niños (Mendoza, La posición de Cuba, 1980, pág. 1).

A partir de entonces todo el que mostrase su deseo de abandonar el país sería tratado con los peores epítetos y condenado públicamente. El órgano del Partido Comunista establecería oficialmente el repertorio de injurias que en los próximos días rotularían pancartas y gritos:

> Aunque en nuestro país no se persigue ni hostiga a los homosexuales, entre los que se alojaron en el patio de la embajada peruana había no pocos de ellos, amén de aficionadas al juego y a las drogas que no encuentran aquí fácil oportunidad para sus vicios.
>
> La exigencia, la disciplina y el rigor están reñidos con la blandenguería, la delincuencia, la vagancia y el parasitismo. Nuestro pueblo trabajador piensa unánimemente:
>
> "¡Que se vayan los vagos! ¡Que se vayan los antisociales! ¡Que se vayan los lumpens! ¡Que se vayan los delincuentes! ¡Que se vaya la escoria!" (Mendoza, La posición de Cuba, 1980, pág. 1)

Castro movilizaría las masas y organizaría un desfile multitudinario que, llamado «Marcha del pueblo combatiente», pasaría el 19 de abril por delante de la embajada del Perú gritando consignas e improperios a los miles de asilados allí. El tono militar del periódico *Granma* para darle un viso glorioso a un burdo montaje masivo, iba encaminado a enaltecer el espíritu belicoso de cubanos enfrentados a cubanos:

> Como ejércitos a la ofensiva, uno tras otro, fueron arribando a la Quinta Avenida, en flujo ininterrumpido y en filas apretadas, los contingentes de cada uno de los 15 municipios de nuestra capital, y las masivas huestes de la provincia de La Habana. (Mendoza, Hay que mostrarle..., 1980, pág. 1)

La prensa televisada y radial transmitió en tiempo real y en vivo durante todo el día y hasta las primeras horas de la noche, un desfile que duró más de trece horas. *Granma* también haría pública la decisión del gobierno cubano de no detener las embarcaciones que, provenientes de los Estados Unidos, viniesen a recoger a todo el que quisiese emigrar:

> Desde la Florida anuncian la llegada por su cuenta de algunas embarcaciones para recoger a los elementos antisociales que recibieron autorización de salida. Ya arribaron dos al puerto de Mariel. Por supuesto que no los vamos a recibir a cañonazos porque no vienen en son de guerra y no tenemos ningún inconveniente en aceptar que se los lleven (Mendoza, Hay que mostrarle..., 1980, pág. 1).

Como resultado más de 125 mil cubanos partirían hacia los Estados Unidos por vía marítima y otros cinco mil hacia Perú y Panamá en aviones y, desde ahí, gracias a la ayuda de instituciones humanitarias internacionales, emprenderían viaje hacia tierra estadounidense.

Mientras se mantuvo en marcha ese convulso proceso de emigración, el régimen cubano se apoderó de las calles y arengó desde todos los medios de comunicación. Las multitudes cargarían contra todo los que decidían abandonar el país. Se harían canciones contra ellos, espectáculos de teatros, intervenciones televisivas. Advertidos por la policía de los potenciales "traidores", los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) organizaban los llamados "mítines de repudios". Las turbas,

guiadas por dirigentes cederistas, rodeaban las casas de "los que se iban" y comenzaban a apostrofarlos y bombardearlos con huevos y piedras. Estos actos, que provocarían más de un incidente violento y más de un herido, más allá de ser criticados, serían azuzados por el poder.

En su discurso del 1 de mayo de 1980, en la Plaza de la Revolución, Castro usaría indistintamente las palabras 'lumpen' y 'antisocial' para definir a quienes se habían asilado en la embajada de Perú, y, ante las risotadas de la multitud, haría socarrona referencia a los homosexuales que allí estaban, llamándoles 'flojitos' (Castro Ruz, 1980). En aquella intervención también anunciaría que el país se desharía de la 'escoria' e, incluso, conminaría a convertir aquella fuerza tremenda, derivada de la «colosal batalla de masas» y del «odio» expresado «contra el vago, contra el parásito, contra el lumpen, contra el antisocial […] en una fuerza de conciencia». Castro, además, como solía hacer desde el mismo triunfo revolucionario, alertaría de una posible invasión norteamericana. Algunos reservistas serían movilizados y, paralelamente el gobierno abriría las prisiones y daría luz verde a cuanto criminal quisiera abandonar el país. Así, las embarcaciones que llegaban desde Miami a recoger a determinadas personas estaban obligadas a embarcar a la llamada 'escoria' y llenarse hasta el tope.

En la narrativa oficial, aquellos días, de lucha contra el imperialismo y contra los traidores, se considerarían otra de las páginas heroicas de la Revolución. De literatura poco se había publicado sobre aquel drama, al menos poco que reprochase los excesos. El cuento «1980» de David Mitrani, publicado diecisiete años después, sería una de las primeras lecturas alejadas de la oficialista que saldría de una imprenta nacional. ¿Cómo pudo suceder que cruzase la barrera de lo proscrito? Para el propio Mitrani sería un enigma, aunque reconocería que el libro en el que apareciera este relato no tendría ninguna promoción y una tirada muy corta.

«1980» replica —como más de un relato de Mitrani— el procedimiento chaplinesco de la jocosidad que, en un abrir y cerrar de ojos, desemboca en tragedia. Una broma estudiantil se convierte en detonante para que la turba enfurecida se disponga a

linchar a un joven universitario. Narrado en presente con ritmo *in crescendo*, trepidante en el nudo, quieto, amargo, en el desenlace, el relato sorpresivamente se revela como una remembranza del narrador. El hecho —basado según Mitrani en hechos reales—, está fechado: «Hoy es 23 de abril de 1980, Bizco. No se me olvida». Indica que se desarrolla en los momentos más álgidos de la confrontación entre la mayoría que se quedaba en la Isla y la minoría que se iba.

El narratario —inconsciente de serlo, ya que el narrador se dirige a él con el pensamiento—, no es otro que "El Bizco", otrora víctima de una ristra de bromas del narrador. El hecho que una broma se convierta en incontenible desahogo del populacho irascible:

> Pero son más de cien. ESCORIA, GUSANO, GUSANO. Y tú Bizco, bizcocho, huevo sin sal, dices que no, que es mentira. Pero la gente no quiere creer, es tan bueno no creer, gritarte escoria y que tú Bizco seas un gusano, con tu pitusa y tus espejuelos fondos de botella, y tu cara de burguesito. ESCORIA. GUSANO (Mitrani Arenal, 1997, pág. 11).

y que, además, alguien que desee emigrar sea vilipendiado, vejado, y hasta lapidado, es una interpretación severa de los sucesos, un claro dedo que condena la manipulación inescrupulosa de las masas. No hay en el relato más consigna que las que corea la turba enardecida, no hay reflexión de lo sucedido, sólo trazos, sugerencias, signos de puntuación anárquicos, un óleo dinámico, frases rápidas y, a la vez, voluminosas, retratos del fanatismo que empujaba, agitaba, envalentonaba a los manifestantes. Ese odio al que Castro se refería en el discurso no estuvo entonces restringido al antisocial ni había sido despertado exclusivamente para abominar al vago, sino también para estigmatizar a los que se marchaban, a los homosexuales y a los considerados «burguesitos», a los que, por ejemplo, sólo por llevar vaqueros desteñidos, hacían concesiones con el capitalismo, reverencias al enemigo:

> ¿Quién es?, pregunta de la facultad Transporte. El de la pitusa, digo yo. ¡Ah, el de la pitusa! —y la palabra pitusa la dice entre dientes y grita: EL DE LA PITUSA,

> (coge aire), ¡ESCORIAAA!, y los que te ven pasar casi corriendo, preguntan ¿Qué pasa, qué pasa?, Nada que se va del país y es homosexual. ¿Homosexual? Sí, sí. ¡ESCORIA! ¡LUMPEN! ¡GUSANO! ¡MARICÓN! (Mitrani Arenal, 1997, pág. 10)

La eficacia de la propaganda que, con todos los medios a su disposición, consiguió desatar los más oscuros y absurdos resentimientos sociales, Mitrani consigue condensarla en apenas en un par de párrafos:

> Y no sé quién te lanza una piedra que te aturde y te parte el párpado. La recoges mareado y la sostienes en la mano, sorprendido, y recoges los espejuelos y te frotas el ojo izquierdo, el más bizco, y otro se te acerca y te da con un tubo de cartón para guardar planos, y tú, que no matarías ni una mosca, casi sin querer le devuelves la piedra y la gente te viene arriba, y Pacho y Guido y yo vamos a desapartar. Que no caballero, que no, que es una broma, y también nos pegan, y Tamara te viene a defender, mordiéndose la lengua de rabia y la derriban al suelo de un piñazo. ESCORIAS, ESCORIAS, GUSANOS. Toda la CUJAE encima de nosotros, pero más sobre ti, que caes al piso y comienzan a patearte, ESCORIA, ESCORIA. Entonces consigo separarme y busco a la policía, y el policía que por casualidad encuentro se acerca caminando lentamente como si fuera a organizar la cola de un cine (Mitrani Arenal, 1997, pág. 11).

Ese policía que parsimonioso viene a salvar al Bizco, nos indica la connivencia de las autoridades, el estímulo gubernamental a la hostilidad contra el que se iba, la imposición de la regla: todo vale contra los "traidores". El lugar donde se desarrollan los hechos: la Universidad, parece, a su vez, delatar que ninguna capa, ni siquiera la menos vulnerable a las engañifas mediáticas, estuvo a salvo del desahogo social.

La mirada del Bizco, a quien el narrador encuentra después de muchos años, se nos antoja un símil de las cicatrices y sentimientos de culpa que aquellos acontecimientos dejaron en la memoria de los cubanos:

> Y tú, Bizco, que sabes quiénes hemos sido los verdaderos culpables, no dices nada. Deberás estar dos meses reponiéndote de los golpes y no dirás nada. Te operaran

de la córnea y no dirás nada. Te volverán a operar y no dirás nada. Te cambiarán de nombrete y no dirás nada. Bizco, Cuatro ojos, si me miras de frente te doy un real. No dirás nada. Y tú lo sabes porque me viste, porque me divertía que asumieras con cara resignada la burla, porque siempre estaba jodiéndote, como mismo me jode ahora que te encuentro en la calle y me saludas con sincera efusividad, y conversas conmigo de los tiempos de estudiante, tiempos que fueran felices recordarlos si pudiera esquivar tu mirada (Mitrani Arenal, 1997, pág. 6).

Si la policía de «1980» mira para el otro lado mientras masacran al Bizco, en un «Joven de pelo largo», es ignorante, inculta, a la que Marcos le toma el pelo:

— Así que eres estudiante — me pregunta, el de la voz finita—. ¿De qué me dijiste?
— Informática.
—Eso se estudia en la CUJAI ¿no?
— Sí.
— ¿Por qué le llaman así? —me pregunta, esta vez virándose hacia mí.
— Es el apellido de un líder esclavista: Mellitus Cujai. Medio hermano de Lupus Cujai, al que mataron cuando la toma de La Habana por los holandeses en el siglo doce. Murió de un tiro en la vulva (Mitrani Arenal, 1997, págs. 30,31).

Más adelante, el interrogatorio, tipo Gestapo, a Marcos, que había dejado inconcluso un grafiti amoroso, sirve de pretexto para resaltar la paranoia de un sistema siempre vigilante y, además, el tímido afloramiento de la disidencia:

Después vinieron los policías y me quitaron la brocha como si fuera un puñal. No sé nada, no pregunte.
— ¿Cómo que nada? ¿Qué significa MARI...? ¿Tú no sabes que hay por ahí otros carteles con esa misma pintura? En esta mismísima semana apareció un cartel en el parque de G que decía "ABAJO QUIEN TÚ SABES".
— No sé nada de eso.
— Tú sabes más de cuatro cosas. ¿Qué ibas a poner? ¿Quién te mandó hacerlo? Estás enredado, por si no lo sabes. ¿Qué ibas a poner ¿MARI...CÓN? ¿Sí? ¿MARICÓN quién? ¿Cómo? ¿Es otra cosa? Bueno, cuéntame esa otra cosa, porque te estás complicando. Si alguien te mandó, dímelo. Se sabe que hay determinado

> elemento que se vale de los jóvenes para hacer contrarrevolución (Mitrani Arenal, 1997, pág. 25).

Marcos, al inicio del relato se había confesado descontento, desencantado, compasivo hacia los que creyeron en los cantos de sirena del socialismo:

> ¿Qué importará luego, no necesariamente en la infinidad del tiempo, los pequeños pormenores que engrandecían mi rabia; que mi viejo, por ejemplo, siga afirmando que la antesala del comunismo es esta heroica escasez; que mi viejo, es otro ejemplo, haya llenado de tan minúsculos sucesos la historia de mi país, que haya sido, ¡oíd mortales!, coordinador provincial de los C.D.R, y haya ido a diez zafras cañeras, y haya alfabetizado con sólo quince años; o que mi tío, ex-oficial del MININT, sea gerente en una corporación, y que cuando vaya de visita a mi casa rechace quedarse un rato más porque no resiste el televisor en blanco y negro? ¿Qué importarán luego mis emotivos aplausos, mi utópico cuerpo doblado voluntariamente ante un surco sembrado? (Mitrani Arenal, 1997, pág. 26)

Pero en el interrogatorio, Marcos, temeroso, miente:

> — No, ella no sabe nada. Más nunca la he visto. Mire, pregunte en la universidad, yo pertenezco a las M.T.T y hago las guardias del C.D.R. Yo creo en esto. Mucha gente está confundida, pero yo creo en esto. Le digo que María...

Marcos confiesa que cree en la Revolución, pero el autor desliza que «mucha gente está confundida». ¿En qué consiste esa confusión? Por lo sugerido antes por boca de Marcos, narrador de la historia, no es más que la extinción de la fe revolucionaria. Al final del relato, cuando Marcos retoma la escritura del grafiti, se describe cómo varias personas lo rodean y lo instan a concluir, creando una atmósfera de complicidad, de descontento colectivo, de estímulo a la subversión. Al concluir Marcos aquella «botella de Robinson Crusoe» sin connotación política: «María, Marcos aún te busca», las personas se miran decepcionadas y se marchan. Marcos, no huye, decepcionado con el sistema, pero sometido e incapaz de reaccionar, se dejará capturar otra vez.

Otra re-lectura de la historia oficial cubana la encontramos en «Uno de los argonautas» que aborda el tema de la intervención de Cuba en Angola, otro conflicto bélico generado por la Guerra Fría y que Castro justificara como parte del internacionalismo proletario, principio basilar de la ideología comunista. La intervención de casi medio millón de soldados cubanos en la guerra civil angolana comenzó en 1975, desde casi el mismo momento en que Portugal desistiera de su colonia africana, y se extendería por casi veinte años. En este conflicto se enfrentarían, apoyadas por el bloque socialista, las fuerzas del MPLA[66] de Agostino Neto, con las fuerzas del FNLA[67] y de la UNITA[68], apoyadas por Estados Unidos, Sudáfrica y, paradójicamente, China. Cuando el 22 de diciembre de 1988 al fin se firman los Acuerdos de Paz de New York, con la implementación de la Resolución 435 de la ONU, las tropas cubanas comienzan a retirarse y Fidel Castro proclama su espuria victoria (Edward, 2005). Mucho se hablaría del heroico papel de Cuba en África, poco, sin embargo, del sentido inútil de aquella guerra en la que dieran la vida más de dos mil cubanos. La literatura y el cine sólo reflejarían la parte bélica, la visión romántica del héroe comunista dando la vida por sus ideales. En el relato de David Mitrani el enfoque es muy distinto, más humano, menos edulcorado, el soldado recuerda a su hijo, reconoce su miedo individual, el suyo, en él no están la patria ni los mártires, y, lo más novedoso, reflexiona de cómo será recordada su heroicidad:

> Pienso en la mirada que pondrás cuando yo vuelva, en la sensación de padre nuevo que tendré, como si nunca antes hubiera sido tu padre. Pienso en los futuros ojos con que me seguirás viendo, ojos desconcertados, intolerantes. Presiento que te alejarás de mí, que se harán incomprensibles mis actos de hoy: «¿por qué lo hiciste viejo? ¿para quién? ¿internacionalismo proletario, dices? ¿Lenin?» Responderé sinceramente, con la honestidad que brinda el cansancio de la edad y el cambio inexorable de las épocas (Mitrani Arenal, 1997, pág. 40).

[66] Movimiento Popular para la Liberación de Angola.

[67] Frente Nacional para la Liberación de Angola.

[68] Unión Nacional para la Independencia Total de Angola.

Ese presentimiento, en el que ve al hijo, ya crecido, años después, cuestionando el significado de estar en aquel lugar remoto haciendo una guerra que no le pertenece, no es más que la propia duda del soldado, pero a la vez la certeza de que sus ideales pasarían de moda, la época futura sería diferente. La descripción de la guerra, y otra vez la presunción de la azarosa y anónima muerte en una batalla olvidada, rondan todo el relato. El tiro de gracia, el desenlace narrado por el hijo, esa fotografía de su padre que su madre descuelga de la pared, cuenta en toda su dimensión, más que el rotundo olvido del caído en combate, su infinita inutilidad. Un precedente de este relato de David Mitrani, del concepto del doloroso drama de los cubanos caídos en Angola, lo encontramos en su poema *Acuse del soldado desconocido*, dado a conocer en 1991 cuando ganara el Premio del Encuentro Talleres Literarios de La Habana, y recogido en un posterior poemario *Hereje inadvertido*. En aquel poema, el sujeto lírico, un soldado, clama por ser recordado:

> Prohíban que mi lápida lleve un epitafio general
> que me acoja como héroe.
>
> (Mitrani Arenal, 2003, pág. 28)

Y, después de una descripción de ambiente selvático, añadía en forma de prosa y con ritmo poético:

> Eviten rescatarme desde un periodo que se caracterizó por ayudar al prójimo, al vetusto prójimo que agradecerá la concordia devenida y olvidará a duras penas, aunque irremediablemente, la lanza que llevo a través del cuerpo, la seriedad con que me desangro (Mitrani Arenal, 2003, pág. 28).

Otro de los asuntos "santos" que desacraliza Mitrani es la inexistencia de la prostitución, algo con lo que más de una vez el líder de la Revolución se llenaría la boca para resaltar la superioridad del socialismo. En «Hombre a todo», un cuento aparentemente ligero, sobre la identidad sexual de un hombre, las enjundiosas digresiones caracterizan a la prostituta de nuevo tipo que se pasea por las calles de La Habana y se especializa en clientes extranjeros, a la vez que "miran" de soslayo

una policía corruptible e inescrupulosa. Sin embargo, un elemento más atrevido que la casi caricaturización de la policía, sería la taimada presencia del informante en «Cruce de caminos». Un efecto directo de la fundación de los llamados Comités de Defensa de la Revolución (CDR), organizaciones de masas fundados en 1960, con sedes cada cien metros de cada ciudad, diseñadas para vigilar, según Castro, a los lacayos del imperialismo, sería la presencia de los informantes quienes, ojos fieles de la Seguridad del Estado y de la policía, ocupaban generalmente el cargo de vigilancia dentro de los Comités. En estos informantes se delegaba el papel de seguir los pasos ya fuera de delincuentes como de disidentes. En el caso del relato de Mitrani, los delatados son un delincuente común y, al parecer, un funcionario corrupto. No habiendo en el relato una intención de juzgar éticamente al delator, dado que él mismo es el narrador, lo único que sugiere la perfidia de éste, es el momento en que, después de presenciar la captura del funcionario, cuenta lo acaecido al padre de éste, al que llama «mi amigo Simón». Sólo al final, entonces, comprendemos que el informante no sólo ha delatado a Rubén y en tiempos pasados a Pirry, el malhechor, a quienes conoce desde que eran niños, sino que lo ha hecho, en el caso de Rubén, aprovechándose de la amistad con su padre y movido, todo parece indicar, por la envidia. Que el informante sea un anciano, es un ingrediente significativo y no casual, un símil del sistema que agoniza, pero que, aún con las pocas fuerzas que le quedan, se aferra a la existencia.

En *Ganeden*, la primera novela de Mitrani, publicada en 1999, uno de los protagonistas, Rubén Barlía, se nos antoja una vuelta al Rubén de «Cruce de caminos» y, la novela, una prolongación del relato. *Ganeden*, que profundiza en la vida de un empresario estatal que, después de un periodo de ortodoxia comunista, se desencanta y se corrompe, sería, como era de esperarse, censurada en Cuba. Se demostraba así que ni entonces ni ahora la crítica explícita al sistema podía pasar el severo filtro. En uno de los diálogos de *Ganeden*, entre Rubén Barlía y su padre Shelomo, el primero asegura que es mejor desbaratar el sistema, pero el padre, antiguo militante del Partido Socialista, ex miliciano y fundador de los CDR, le espeta al hijo que mucha hambre le había matado Fidel, a lo que el hijo responde:

«Esto es una trampa» y lo remata un párrafo después con el adagio popular: «Esto nadie lo tumba, pero nadie lo arregla» (Mitrani Arenal, 1999, pág. 56). Si bien *Ganeden*, con el contrapunteo entre Shelomo, revolucionario de pura sepa, y Rubén, de acuerdo con barrer el socialismo, conseguía equilibrar el punto de vista del autor y, en gran medida, neutralizarlo, la novela, al parecer, se consideraría inadecuada y no vio la luz en ninguna editorial cubana.

Quizás por ello con su próximo libro *Los malditos se reúnen*, regresaría Mitrani con más fuerza y madurez a las claves y a las condenas veladas, disueltas entre relatos borgeanos o deudores del realismo sucio. Con «Erecciones en el bus» una historia retozona en espacio y tiempo, que salta de una guagua, a una parada, a un encuentro sexual, a un conductor de autobús que piensa en su nuevo negocio de hacer pizzas, a un perro abandonado que se afana en hallar a un dueño, a un hombre atormentado por la infidelidad de su esposa. En este relato, crónica subyacente del ya referido Periodo Especial, el principal símbolo de la decadencia será un animal, un perro abandonado a su suerte cuando, ateniéndonos al gracejo cubano, "la caña se puso a tres trozos" y los recortes de la economía familiar condujeron a deshacerse de los animales domésticos. La tradición literaria de la edulcoración socialista que tuvo su apogeo en los setenta, se desacata no sólo a través de una realidad gris, obscena, profundamente individualista, sino presentando sobre todo una nueva imagen del proletario, antes glorificado, y ahora traicionado por su incapacidad de sostener el porvenir.

La ancestral lucha por la supervivencia otra vez empuja hacia a deslealtad. Hay dos personajes opuestos, sin embargo: un perro y una esposa. La esposa traiciona por varias razones, una de ellas, quizás la preponderante, económica. Su hombre, un mecánico, incapaz de colmar expectativas materiales. La respuesta de la adúltera cuando su pareja le echa en cara su traición es tajante:

> —Vete pa'l carajo, vete para el coño de tu madre, que me tienes jodida. Me haces pasar hambre, y este sí me resuelve. Te lo advertí, comemierda, que me iba a buscar otro (Mitrani Arenal, 2003, pág. 7).

El perro, aun abandonado, expuesto a una penosa vida, es fiel a su dueño y, a riesgo de perder la vida, sale en su defensa cuando éste se halla en peligro. El perro se nos antoja, la fidelidad inquebrantable, ciega y, nunca mejor dicho, irracional, del fidelista, del revolucionario, del adoctrinado; la mujer, el ser humano que, ahogado por las penurias, en una situación límite, de sobrevivencia, decide prescindir de cualquier ideal, de cualquier principio ético. El dueño de Nomo, el perro, es un intelectual, alguien empobrecido, un igual a todos, atrapado en el hoyo negro, en el pantano social, representado por ese infernal autobús, de excesivo calor y robusto hacinamiento. También Goyo, el marido engañado, tuvo su momento de buena vida, su pasado de bonanza tropical:

> Tuvo el recuerdo de los días de fiesta, las borracheras sabrosas, los bailes, las risas, y después la cama fulgente, la templeta salvaje. Tuvo el recuerdo de cuánto le había dado a la infiel: casa, prendas, comida, exorbitantes antojos (Mitrani Arenal, 2003, pág. 7).

Y a través de Goyo, se recrea la corrupción de aquellos días difíciles, el robo a la orden del día, brochazos que habíamos visto con timidez y rapidez en *Modelar el barro*. Aquí el cuadro, sin embargo, fluye más grotesco, también el lenguaje, ropaje más adecuado a las circunstancias, se explaya sórdido, áspero, con empape marginal. Goyo ha caído en desgracia:

> Tuvo el recuerdo de cuando lo sorprendieron rapiñando tanques de combustible, haciendo un billete largo (Mitrani Arenal, 2003, pág. 7).

Y, antes un ladroncillo, se considera a sí mismo alguien que ha descendido en la escala social:

> Tuvo el recuerdo: delito, catástrofe, multa, expulsión, estigma. Ahora a trabajar de mecánico. Ya no era igual. Había que afanarse con heroísmo proletario y llegaba todos los días con las manos apestando a grasa, las uñas renegridas, la ropa hecha una asquerosidad (Mitrani Arenal, 2003, pág. 7).

Esta mural anti-proletario, si bien descrito desde el punto de vista del escritor, y que expresa también, inmiscuyéndose en el personaje con sutileza, el sentir de Goyo, vuelve a ser una novedad con respecto a las reglas del realismo socialista y a la imagen encorsetada del oficialismo. Esta desacralización del obrero, la dureza y lo ingrato de su trabajo, ese escarbar allí en la baza del socialismo, disminuir a quien se supone no sólo dicte las reglas de ese régimen sino quien con su bienestar (o malestar) mide su éxito, es subversión diluida en erotismo, mensaje ideológico, meollo del asunto enmascarado en un relato formalmente ingenioso que fluye en el espacio-tiempo sin dejar ver las costuras que cosen un salto al otro. También la recompensa al sacrificio, a la lealtad, se pone en tela de juicio cuando Nomo, el perro feo y sin pedigrí, muerde a Goyo, pero luego de este acto de infinito heroísmo, huye en dirección opuesta a la de su dueño, sin ser siquiera reconocido por éste.

El segundo relato, que encaja aún más con la herejía inadvertida, «El esclavo del pianista», no es más que una alegoría del sometimiento. Con cierta alusión al síndrome de Estocolmo en su partitura general, el relato muestra más que eso. También en el esclavo del pianista el protagonista es un intelectual, un músico que desprecia el trabajo físico al que, sin embargo, reconoce más lícito ante los ojos del mundo, de la sociedad en que vive:

> Si cortara mi jardín acostado boca arriba, la absurda postura agregaría un esfuerzo adicional a mi labor y tan sólo me haría parecer más imbécil, pero no un vago. El trabajo físico siempre es victorioso (Mitrani Arenal, 2003, pág. 32).

La víctima: el barman, candidato que había competido con otros dos músicos, se describe como alguien bondadoso, rutinario, trabajador, vigoroso, que, detalle ineluctable, ama el béisbol, deporte promovido por la Revolución y que, a lo largo de sus más de cincuenta años de vida, lo ha usado tanto como circo sedante como estimulante de sentimientos chovinistas. ¿Por qué un candidato de tal naturaleza sería más sometible que las otras dos opciones? La caracterización del futuro esclavo se empareja mejor con la del proletario común, así el proceder del pianista se nos antoja símil de una maniobra política que resulta difícil no paragonar, en un plano

de una realidad diferente, a los métodos revolucionarios de acatamiento. El pianista, sería pues, a la vez que intelectual, funcionario, político, hombre en el poder. Así, a medio camino entre lo borgiano y lo kafkiano, «El esclavo del pianista» transluce la intención de metaforizar el éxito de un régimen en doblegar la libertad humana, de obligarlos a aceptar como generosas dádivas las limosnas económicas y los derechos básicos. El poder, representado por el pianista que, harto de podar su jardín, decide delegarlo en alguien, no a través del pago de un salario, sino esclavizándolo, es una referencia bastante manifiesta del régimen comunista y, por extensión, a los líderes de siempre, los que cortaban el bacalao de la Revolución, los intelectuales de extracción burguesa que terminaron explotando a los obreros. Si bien el pianista narra la historia en primera persona, no es difícil imaginar que detrás de sus palabras estén los propios criterios del autor. El concepto de que ciertos seres humanos, dada su índole esclava, jamás se rebelarían, alegoriza la mansedumbre de un pueblo sometido y anestesiado a través de un intenso y bien calculado adoctrinamiento, pero, además, el hecho de haber sido recreado con tanta crudeza, denuncia esa trampa, la delata. Hay una sutil referencia a los cacareados logros de la Revolución, fichas que el poder de Castro ha usado magistral y macabramente no sólo como parte de la propaganda de cara al exterior, sino también hacia adentro, como testaferro retórico de la demagogia y el populismo. Lo que deberían ser derechos normales en una sociedad democrática, moderna, Castro siempre los ha presentado como parte de la infinita bondad del régimen, de su éxito. Incluso, el uso de ciertos términos va siempre dirigido a dejarles bien claro a los habitantes insulares que cuanto reciben del gobierno son gratuidades y no algo que ellos mismos paguen con el sudor de sus frentes. Por ejemplo, a la instrucción y a la sanidad públicas, Castro y sus secuaces, las han privado del adjetivo "pública" y, en cambio, les han añadido convenientemente "gratuitas", para dejar entrever que nadie del pueblo paga por ellos, sino que es mérito del gobierno, como si los recursos que sostuviesen tales servicios saliesen de los bolsillos de los gobernantes o fuera generados con la varita mágica del máximo líder. Así, ese esclavo inculto, ese *barman* sólo interesado en el béisbol podría ser la representación de esa mayoría

mansa, con espíritu de rebaño, confundida, que ha caído en las redes del plan pedagógico de un régimen que no incluye en los programas escolásticos la enseñanza de su propia Constitución o el modo en que funcionan las elecciones en su país ni en ningún otro. Esa parte del pueblo que ha sucumbido a los narcóticos ideológicos, esa recua alienada a través de un falso progreso social, la representa el *barman*. Otra analogía palmaria, presente en «El esclavo…», la hallamos en la entrega de las armas al esclavo:

> Su mansedumbre ofrecía tanta seguridad que decidí ser menos hostil y no sólo le permití usar cuchillos de cocinas, tenedores, martillos… (Mitrani Arenal, 2003, pág. 41).

También Castro, temeroso de algún tipo de sublevación, en los primeros meses de 1959, diciendo: «¿Armas para qué?», recogió las armas de fuego de otros movimientos armados que habían contribuido a derrocar a Batista y estableció sucesivamente un estricto control de éstas; más tarde, sin embargo, formaría las llamadas Milicias de Tropas Territoriales (MTT), a las que llamaría "el pueblo armado", y a las que, al menos los fines de semana, les permitiría usar fusiles porque como decía Castro: "Todo cubano tiene que aprender a tirar, y a tirar bien". A propósito de tales riesgos, el pianista del relato reflexionaba:

> Creí la docilidad cumbre de la esclavitud. Craso error. La máxima ambición del amo es la fidelidad del súbdito (Mitrani Arenal, 2003, pág. 41).

El tercer relato que podría declararse conflictivo a escondidas: «No hay regreso para Johnny», título que el autor, con gesto irónico, toma prestado de un poco conocido film checoslovaco de los años '70 sobre la guerra en Vietnam, manifiesta una serie de contradicciones de la psicología social cubana en su compleja relación con los norteamericanos. Johnny, sí, tiene una amante cubana: Lilita, la que se insinúa sea

jinetera[69]; sin embargo, Johnny no es el típico practicante de turismo sexual, sino un hombre de izquierda, confeso "amigo de Cuba":

> Esto es país lindo, de gente linda *and hot, I mean*… fuego, *yes*, caliente. Yo algún día veo gran cosa aquí. Nosotros, I mean, mis amigos, creo en lo futuro ser buen país esto. Cada vez yo vengo a Cuba, traigo ropas para ustedes, para niños, porque allá sobrar. Allá preguntan a mí ¿servir esto a cubanos, Johnny? *Yes, yes*, yo decir, *everything*, todo servir. Siempre sueño venir a esta isla (Mitrani Arenal, 2003, pág. 76).

Johnny hace donaciones para los policlínicos, hace trabajos agrícolas voluntarios y, sobre todo, se integra a la comunidad, participa en las fiestas del barrio, baila son, se relaciona con los habaneros, les da regalos y, así, como dice la madre de Lilita, se los ha echado en un bolsillo. Johnny, está con el régimen, comparte su política:

> Tú sabes que Meña está medio loca. Ella quejándose como siempre, de que si falta la leche, de que si el apagón, y él —para que tú veas lo que son las cosas—empezó a hablarle de lo mismitico que habla Fidel, de que si los hospitales son gratis, de que si las operaciones allá cuestan miles de dólares y aquí hasta uno de nosotros puede hacerse una. Hasta de Martí habló. Meña quedó calladita sin saber qué decir primero pero ya como convencida contestó: «Bueno, tú puedes explicarme y requetexplicarme, yo sólo sé que hay mucha hambre» (Mitrani Arenal, 2003, pág. 81).

Este pasaje del yanqui conversando con una «loca» del solar, se narra como algo simpático, marginal al cogollo de la anécdota; sin embargo, no por ser unas pocas líneas, carecen de relevancia. La respuesta de Meña, aturdida quizás por los argumentos fidelistas, es sólida y desmonta cualquier diatriba favorable al régimen: «hay mucha hambre». Hay, además dos Johnny. Uno jocoso, relativamente austero, anti-capitalista:

> Así gusta a mí la vida. Hoteles, piscinas, *restaurants* son *shit*, mier-da. Mejor entre ustedes, tomo ron, como chicharrones, juego dominó, y Lila conmigo siempre para

[69] Mujer que ejerce una prostitución muy singular, a mitad de camino entre una dama de compañía y una prostituta propiamente dicho.

> dar besitos. Ustedes no saben que ser felices. Mi país no es humano, sino máquina, no amar, sino piensa en dinero. Ustedes ser so-cia-bles. Allá no (Mitrani Arenal, 2003, pág. 82).

El otro Johnny, sin embargo, es impulsivo. Cuando le chocaron el coche, «salió como una fiera» a agredir al chofer del camión que lo había embestido. A esa versión del yanqui, los mismos cubanos que le reían los chistes, no lo toleran y lo amenazan aun cuando el vapuleado no es otro que un grosero y belicoso camionero que nadie hasta ese momento había visto. La gente, pues, se pone en su contra cuando en el otro bando hay un connacional. Un mensaje parece claro: el voluble perfil sicológico del cubano, inaprensible aun para sus aliados de la izquierda mundial. La extorsión de la que después es víctima el norteño por parte de dos buscones habaneros fue la que le puso tapa al pomo, la que ocasionaría su decepción definitiva, su ruptura con Cuba.

El relato, en parte narrado por uno de los chantajistas y en parte moldeado con los monólogos de los protagonistas, ofrece un lienzo vivaz de La Habana, pero también, a través del personaje de la jinetera deja ver algunos de los menos conocidos problemas irresueltos de Cuba: el racismo a nivel social, por ejemplo. Lilita nos cuenta:

> Antes, cuando estaba en el Pre, las blanquitas me miraban por encima del hombro y me acomplejaban. Tú las veías moviendo el pelo, hablando de que si el champú daba caspa, de que si tenían que ir a la playa a solearse, de que si el bronceador… Me acomplejaban (Mitrani Arenal, 2003, pág. 85).

A través de Lilita, Mitrani expresa una paradoja interesante de la pirámide social cubana, el estatus económico de la jinetera, más alto que el de un médico, la convierte en un personaje reverenciado:

> La vida es así. Mira ahora la cara que pone la gente cuando me bajo del carro con Johnny. Me miran y hacen lo imposible por saludarme (Mitrani Arenal, 2003, pág. 86).

Resulta de una exquisita ironía, además, que la joven negra, que debió abandonar la Universidad por razones económicas, comience a sentirse verdaderamente apreciada sólo a partir de la relación amorosa con un estadounidense blanco y rubio:

> Desde que conocí a Johnny mi vida cambió. Empecé una relación verdadera. Yo misma empecé a verme distinta, a descubrir mis virtudes, a darme valor (Mitrani Arenal, 2003, pág. 86).

Tal descubrimiento de sí misma nos recuerda la de Celie Harris, en el *Color púrpura*, a través de Shug Avery.

El tema racial será varias veces tratado en la narrativa de Mitrani, la discriminación asumida con naturalidad por la sociedad y, por lo mismo, negada por la misma cultura popular.

A los *Malditos se reúnen* pertenece también el relato *Tiro de cámara* donde, si bien con mucha sutileza, uno de los malditos llamados a colación es Fidel Castro. Se trata, pues, de un magnífico ejemplo de transgresión a través de adecuado uso del punto de vista. Este relato nace como encomienda del oficialismo cubano y formaría parte además de una compilación de relatos, todos basados en hechos reales, que denunciaban "los actos terroristas" cometidos contra Cuba por parte de los contrarrevolucionarios radicados en Miami y la CIA. A este proyecto se sumarían varios escritores de distintas generaciones como Eduardo Heras León, Waldo Leyva, Alexis Díaz Pimienta, Adelaida Fernández y Milene Fernández entre otros. El cuento de Mitrani debería narrar las interioridades históricas de un fallido atentado a Fidel Castro en Santiago de Chile en 1971. Resulta llamativo cómo Mitrani renuncia al narrador omnisciente y elige la primera persona encarnada en un militar chileno, por demás no muy simpatizante ni de Castro ni de Allende, que treinta años después, atormentado por su pasado represor, rememora un hecho «histórico y secretísimo». Gracias a ello, porque no sería justificable desde el punto de vista dramático, puede el escritor evadir tanto la apología hacia la Revolución cubana y su líder como la condena hacia sus enemigos, mientras, en cambio, puede asumir un tono de indiferencia muy sano para la escritura. «Me importa un bledo

lo que pase», dice en algún momento el protagonista al referirse si Castro venía ultimado o no.

Tiro de cámara, de manera neutral consigue condenar la flojera de los perpetradores en el momento cero. Curiosamente sólo se menciona el nombre de Castro una vez y no a través de la voz del militar chileno sino por medio de una cita apócrifa. El narrador, pulverizándole el halo de respeto, se refiere a Castro unas veces como «el barbudo» y otras como «el objetivo». La curiosidad del relato está en que, como decíamos, justificado por su perfil imparcial, el narrador por momentos satiriza la retórica y el proceder castrista:

> El objetivo, de pie, dedo índice en alto, habla del imperialismo yanqui, alarga sus respuestas, habla de Chile, del camino luminoso que va a emprender.
> […]
> Mientras el objetivo continúa dando respuestas a los periodistas y siempre, haciendo un giro milagroso, acusa a los americanos de sabotajes, difamación, bloqueo económico (Mitrani Arenal, 2003, págs. 71,72).

Las imprentas cubanas no suelen imprimir oraciones donde el líder de la revolución se presenta como un personaje normal, un político tradicional, un orador que tiene un *modus operandi*. Sin embargo, ahí está escrito y no sólo impune sino publicado en millones de copias.

Una desmitificación más audaz, sin embargo, la leemos más adelante, cuando el narrador-personaje, al referirse a Fidel Castro dice:

> Allá, en la propia África, ciertos chamanes le han preparado un resguardo más fuerte que el que pudiera tener mortal alguno. Tetis sumergió al pequeño Aquiles en el río sujetándolo por los talones. A éste, los negros brujos le han protegido hasta el último pelo de la barba, y sus compatriotas, caribeños al fin, quedan hipnotizados, aplauden con delirio cada frase, cada pausa, cada gesto. La paloma que cierta vez, sin que nadie la obligara, se posó en su hombro, fue un santo africano convertido en ave que apareció para pro- clamar su alianza con él. Aquel discurso fue un mero pretexto para demostrarlo. Después nadie ha podido quebrar el mito. Cosas de

> negros, diría cualquiera, pero hasta sus enemigos se dejan impresionar» (Mitrani Arenal, 2003, pág. 69).

Luego, siguiendo el relato, cuando el magnicidio está por completarse, se añade a la escena un elemento fantástico:

> Entonces, por primera vez, descubro la sombra, se escurre entre el público con rapidez de gacela (…), ondea encima del hombre y éste hace un último esfuerzo, alcanza a separar los pies, a sobreponerse del temblor sorpresivo (Mitrani Arenal, 2003, pág. 73).

El elemento sorpresa se transforma «en algo agudo, un sable quizás» que encajándose en el vientre del asesino lo obliga a recular y a abortar la misión. Ahora bien ¿por qué el autor eligió que una sombra protegiese a Castro? ¿Por qué no, ya que de seres fantásticos iba la cosa, un ente radiante, luminoso? En la religión yoruba alguien puede tener una sombra mala o, lo que es lo mismo, una sombra maléfica de la que necesite curarse; puede ser, sin ser dañina necesariamente, el espíritu de alguien que desde el más allá nos visita, pero, sobre todo, la sombra también puede ser un ente en sí misma, aliada de la muerte, amiga del enemigo y salvadora de los inocentes. La sombra paradójica cobija y mata (Cabrera, 2006). ¿Y por qué interpretar tal símbolo a través de la religión afrocubana? Porque el propio autor nos induce a pensar en ello cuando en las primeras páginas del relato nos advierte del pacto de Castro con los dioses africanos. Como sea, cualquier género de disquisición místicas, aunque sólida, siempre dejará colgando en el misterio la aparición de la sombra salvadora. La relación de Castro con la sombra, según los ojos con que se mire, podría actuar o no en detrimento suyo. Para un católico, por ejemplo, todo lo relacionado con la brujería pertenece al ámbito de lo demoníaco; mientras que para un santero es visto sin prejuicio alguno. Más allá de tales inquietantes consideraciones, lo verdaderamente asombroso es que un relato de semejante ambigüedad haya sido numerosamente publicado con la venía del Ministerio del Interior y su editorial *Capitán San Luis*.

Siguiendo la línea temporal de las publicaciones nacionales de la obra de David Mitrani, llegamos a la novela *Deja dormir a la bestia*, publicada en el 2010 por *Letras Cubanas* en una edición de bolsillo con papel de muy mala calidad y una modesta tirada de dos mil ejemplares. Por su aspecto físico y el silencio que la rodeó, el libro en sí parece ser una incomodidad resuelta. Incomodidad, aclaro, para el Estado. Y es extraño porque la historia trata de las tribulaciones de una pareja en la búsqueda de un lugar donde vivir y, además, cumple los requisitos de no indagar en las causas profundas de la vida precaria. Si hurgamos bien, sin embargo, Mitrani toca más de un punto sensible para cualquier vigilante del régimen.

El primer disparo de *Deja dormir a la bestia* contra el modelo cubano nos lo tropezamos cuando en la escena aparece Teo, tío del protagonista. Presuntamente liberado del sanatorio donde lo habían confinado después de una crisis de paranoia, Teo regresa a su casa. El autor, con un salto hacia atrás en el tiempo, narra cómo la policía después reducir a un Teo que, cegado por la locura, ha embestido y dañado a más de un vecino, confina al enloquecido en Mama Loba donde la cura mágica, electrochoques, le borra los recuerdos diabólicos: «La condena se cumplió con eficacia, el voltaje, aseguraron los médicos, había barrido, limpiado, exorcizado» (Mitrani Arenal, 2010, pág. 12). No es difícil adivinar que Mama Loba, el nombre, está al puesto de Mazorra, nombre popular por el que se conoce uno de los hospitales psiquiátricos de La Habana, paradigma del buen trato a los enfermos mentales. Un par de páginas más adelante, el autor referencia con rápidos pincelazos escriturarios los sucesos de la emigración en masa de 1980. Se narra el momento en que la policía fuerza a un delincuente a emigrar hacia los Estados Unidos porque allá «en aquel infierno, lugar de mafiosos, drogadictos y racistas, está el lugar justo para tan notable escoria» (Mitrani Arenal, 2010, pág. 14), irónicamente, el emigrante a la fuerza es «despedido por la turba entre gritos de *A los negros que se van que los coja el Ku Klux Klan*» (Mitrani Arenal, 2010, pág. 15). Se tratan de líneas breves, pero locuaces.

El personaje más interesante, según el tema que nos ocupa, es el coronel Vitalio Cordero. Su caracterización se ofrece en dosis homeopáticas, como si hacerlo de un tirón entrañase mayor riesgo y desmenuzarla se echase menos a ver. Por mucho, este personaje y las escenas relacionadas con él son el más intrépido acercamiento al poder de la crítica de Mitrani. Se nos presenta en todo su esplendor autoritario durante el funeral de su hermana Rafaela, un pasaje también agudo. La difunta Rafaela, excombatiente revolucionaria, antes de morir había dicho que no quería ningún tipo de «honor mierdero» en su funeral:

> … porque Rafaela en los últimos años había cambiado mucho, le daba igual ocho que ochenta y ocho, y tiró a mondongo muchas de las orientaciones del partido, y mandó bien lejos a quienes quisieron cuestionarla, y empezó a creer en Cristo y en el resto de los apóstoles (Mitrani Arenal, 2010, pág. 87).

Vitalio, sin embargo, impondría su rango e, irrespetando el último deseo de la hermana, le ordenaría al jefe de los combatientes retirados:

> — Quiero inmediatamente una guardia de honor y en el ataúd una bandera. Elabora tú mismo la despedida del duelo. Ellas no deciden nada (Mitrani Arenal, Deja dormir a la bestia, 2010, pág. 87).

Al final el anciano excombatiente, asustado, tartamudeando, obedecería la orden del soberbio coronel. El último pincelazo de la personalidad de Vitalio, el que completa como golpe de escena su retrato definitivo, nos llega casi en las páginas finales, como un epílogo prácticamente de la novela. Nos enteramos entonces de cómo, entre Rafaela y su hermano Vitalio, se las arreglan para despojar a Lino, cuñado de ambos, de su hija. La técnica narrativa que utiliza Mitrani, como en otras ocasiones, es la epistolar, la que, narrando todo desde el punto de vista del personaje, le permite al autor alcanzar registros más intensos:

> Ahí tu tío montó en cólera y gritándome inmoral y otros improperios por el estilo, me advirtió que si me acercaba a ti, me iba a meter preso sin contemplación alguna, que sabía cómo hacerlo. Él todavía no se había mudado para la capital, sin embargo ya tenía grados suficientes para hacer lo que le viniera en gana en Caspa del Sur;

> con todo y eso no me rendí, busqué a un abogado y echamos la pelea por recobrarte. Y tu tío movió influencias y salió a relucir que yo era un borracho mujeriego, que me fajaba con las personas decentes, que armaba escándalos donde quiera, que casi me habían expulsado de mi trabajo, y declaró la mujer lenguona y dijo una sarta de mentiras que todos creyeron y miles de cosas más que yo nunca asocié con tenerte a mi lado. A partir de entonces, hijita mía, fui nadie en el pueblo, la verdad, y me impidieron abrazarte, existir para ti (Mitrani Arenal, 2010, pág. 292).

Ignoramos cuánto pueda haber de ficción o de real en el personaje del coronel Vitalio Cordero; algo, sin embargo, es cierto, la intención del autor de representar a través de él la tremenda autoridad y abuso de poder con actúan los militares dentro del régimen cubano.

Podría sorprender que una novela con escenas de tal naturaleza haya conseguido infiltrarse en el plan de publicación de una editorial tan alerta como *Letras Cubanas*; sin embargo, (Cabrera, 2006)el hecho de que haya sido una publicación descuidada y apenas promocionada por la editorial lo explica todo.

MARGINAL PERO INSTRUIDO

En febrero del 2004, ya casi se me había acabado mi beca de investigación y también ya casi había dado por concluida mi tesis sobre la *Poesía Oral Improvisada en Cuba*. Llegué al Centro Iberoamericano de la Décima alrededor de las nueve de la mañana. Alguien había traído un termo de café y unos vasos plásticos y estábamos allí, bebiéndolo y conversando, en el salón, cuando apareció David Mitrani, saludó desde lejos con un seco "buenos días" y, sin incorporarse al grupo, subió a la segunda planta.

Una hora después Mitrani bajaría. Se acercaría. Alguien le brindaría un café que él rechazaría sin dar las gracias (los cubanos no suelen hacerlo):

— Lo de *Mama Inés* es mentira —diría Mitrani—, no todos los negros tomamos café.

Alguien reiría por puro formalismo, pero nos miraríamos sin entender el chiste. Después de un rato, Mitrani, dirigiéndose mí, me preguntaría a boca de jarro:

— Te gustaría ir a un encuentro de improvisadores en Matanzas.

Respondí que sí y dos semanas más tarde estábamos en un pueblito llamado Limonar, escuchando a los repentistas que competían en un concurso para jóvenes. Mitrani integraba el jurado junto con otros dos reconocidos poetas. Me sorprendía que un narrador bien asentado, mostrase esa veta, ese conocimiento del arte oral y que gozase de prestigio entre sus más altos cultivadores. A diferencia de la falta de empatía que percibí con sus colegas, el escritor parecía sentirse en su agua entre los repentistas. Bebía con ellos, improvisaba (discretamente, por supuesto), se divertía y divertía. No fue hasta que regresamos de Matanzas que tuve la oportunidad de entrevistarlo, allí, en el patio del Centro de la décima. Por aquellos días Mitrani estaba impartiendo un curso sobre la historia de la poesía a los improvisadores. Así que pude pescarlo sin mucho esfuerzo. Todas mis preguntas rondaron en aquella ocasión alrededor del repentismo, y no porque yo quisiera, sino porque Mitrani me prometió que me concedería una segunda entrevista en la que se abordasen otros temas. Se acabó el curso de poesía y otra vez nos desencontramos. En vano le había dejado mensajes con la secretaria del Centro, en vano intenté localizarlo por teléfono (él no lo tenía) y, cuando quise llegar a su casa, el chófer del Centro me asustó:

—Ni lo pienses. Mitrani vive en casa de las quimbambas.

No sería hasta febrero del año siguiente, ya prácticamente con un pie en el avión para regresar a Italia, cuando se pudo dar un segundo. Esta vez Mitrani me pidió que la entrevista no fuese en el Centro. Me sorprendió porque era mucho más cómodo. Bajamos hasta la avenida 23 y fuimos hasta el llamado parque del Quijote. Nos sentamos en uno de los bancos curvos, frente al famélico Quijote-mambí de alambrón corroído. Saqué mi cuestionario preparadísimo, activé la grabadora y, no

sé por qué, saltándome las primeras tres preguntas, empecé por la tercera y, a partir de ahí, lo que debería haber sido algo muy premeditado, devino diálogo saltarín, mariposa, colibrí, que me sacaría de mí, hasta entonces, carácter metódico de italiana del Norte.

GDV: ¿Se considera, usted un escritor comprometido?

DM: ¿En qué sentido? ¿Político?

GDV: Sí. Político.

DM: Tengo una posición política, como debe ser, pero mi obra literaria no está comprometida con ninguna ideología de partido. Lenin estaría verdaderamente decepcionado de mí. Por otro lado, aunque quisiera, no podría hacerlo. Sería como ponerle una camisa de fuerza a mi loco interior, que es el que escribe. No creo que sea ni siquiera inteligente mezclar ambos asuntos: obra creativa y postura partidista, quiero decir. La mayoría de las veces es pernicioso, nocivo, muy nocivo para crear. Ha habido excepciones, a Nicolás Guillén, yo diría, que no le fue mal, casi toda su obra fue partidista. De Neruda no se puede decir lo mismo. Su *Canción de gesta* es muy menor y no sólo con respecto a él mismo. Y eso es en poesía que traduce emociones, y en ella caben himnos y odas, y hasta podría verse bien cuando navega bien en los turbios mares del panfleto. La prosa literaria no aguanta la propaganda, allí no se sostiene. Lo peor de Carpentier, por ejemplo, se le sale cuando intenta producir literatura partidista. Para mí, ningún criterio de ideología política puede superar en alcance al de una obra literaria. Mientras que detrás del ensayo político, por ejemplo, te encuentras la racionalidad, la conceptualización obligatoriamente consciente; detrás de la obra de arte se esconde un análisis más profundo, tanto es así que ni siquiera sus objetivos llegan a estar claros para el autor, que no los conoce de forma consciente. A veces se trata complejas paradojas, cuya solución no propone sino sólo expone, lanza al debate. Por ello ves a un García Márquez que se sorprende de que los críticos hallen en *Cien años de soledad* conceptos que él no suponía que hubiesen existido. Y no es que los críticos siempre se inventen cosas. A

eso que llamamos intuición estética, yo le llamaría de otro modo, no sé, una especie de súper-racionalidad inconsciente. No me creo muy autorizado para estar acuñando términos en el campo de la neurosicología, pero creo que habría que abandonar la idea de que todo lo que parece intuitivo es irracional, irreflexivo. Yo creo que tenemos esa percepción porque esa coherencia es tan compleja que no alcanzamos a concientizarla o a arroparla con conceptos conocidos. Sucede, por ejemplo, en situaciones menos complejas que la de construir una novela, como el ajedrez, en el que a veces el jugador tiene la sensación de mover las piezas siguiendo la intuición y, sin embargo, hace las jugadas correctas, dictadas por un razonamiento ágil y a la vez complejo.

GDV: Como puede suceder en el lenguaje.

DM: Sí, podría ser… Las llamadas estructuras profundas del lenguaje, y que me perdone Chomsky, se forman desde muy temprano, el ser humano las racionaliza y luego las utiliza a gran velocidad sin estar consciente del complejo mecanismo que debe activar en cada momento para decir, aunque sea, la más rústica frase. Por lo mismo, yo no sé, o al menos no siempre sé, qué mecanismos, qué conceptos, estoy expresando exactamente cuando describo una escena o un comportamiento, pero estoy seguro que los hay, tiene que haberlos, es algo que puedo tocar, casi… Pero, volviendo a la pregunta… Espero no haberme perdido del todo. (Risas) Creo, si mal no recuerdo, que hablábamos de si escribo condicionado por un partido político. ¿Es así? ¿No?

GDV: Bueno, le pregunté precisamente si usted se considera un escritor comprometido.

DM: Exacto, esa fue la pregunta. Quiere decir si escribo condicionado por mis convicciones políticas. ¿No?

GDV: Sí, claro, si las tiene, por supuesto.

DM: Las tengo, pero nada que ver con lo que escribo, o, para ser más claro, no están ahí cuando me pongo a escribir, ni para bien ni para mal. Aunque quisiera, no podría tenerlas en cuenta, vaya. Quizás cuando escribí mi primer poema, hace un montón de años ya, que fue un atrevimiento horrible, intenté reflejar un poco la doctrina. Ahora no, si quisiera desahogarme políticamente siempre tengo a mano otros géneros que se adaptan mejor: el ensayo, los artículos, las intervenciones públicas... Como quiera, y antes que me lo preguntes, tampoco suelo escribir nada de política, no porque lo desdeñe sino porque no me siento suficientemente sólido en esa materia. Es la verdad.

GDV: Cuando usted dice doctrina ¿a qué se refiere?

DM: A la marxista, por supuesto.

GDV: ¿Es usted comunista?

DM: Ahora mismo no sigo ninguna ideología de las inventadas por unos y revisadas por otros. Panfleto aparte, yo creo en la necesidad de que haya justicia social y no sólo en Cuba, sino en el mundo entero; creo que las riquezas se deben distribuir mejor, en que hay que salvar al planeta, eso, como línea general, y, claro, desde el punto de vista de cómo debe funcionar un país tengo ideas quizás muy opuestas a las que se aplican aquí. Yo quiero decirte que pertenecí al Partido por un par de años, después me auto-expulsé. No fui más nunca a ninguna reunión. Allí dentro no se podía arreglar nada, cualquier discusión era estéril y hasta arriesgada. Hoy, no es secreto para nadie, hay mucha decepción entre los cubanos por lo que en la práctica nos ha mostrado ser el socialismo. Nosotros la hemos sufrido en carne propia, esa decepción. Los escritores cubanos no somos, como lo pueden ser, por ejemplo, los de los llamados países capitalistas, una especie de espectadores. Somos los gladiadores que están ahí en la arena luchando por su vida. Pero, igual te digo que no se puede negar que mucho del bien que hoy, por ejemplo, el que hay en Europa, Italia, Francia, Suecia, se debe en gran parte a políticos de izquierda, muchos de ellos de formación marxista. Sé que ahora mismo hay un pulseo en el

que el modelo liberalista podría acabar con esas conquistas de la izquierda europea, pero todavía hoy, hasta la fecha, ahí están en su mayoría.

GDV: En su primer libro, que casi fue publicado íntegramente en Italia…

DM: Sí, es verdad, gota a gota, de antología en antología, se puede decir…

GDV: He notado en algunos monólogos de *Modelar el barro* una ligera influencia del *Llano en llamas*. ¿Estoy en lo cierto?

DM: Puede que sí. Yo disfruté mucho a Rulfo y todavía de vez en cuando lo releo, así que siempre va a ser parte de la herencia literaria que he recibido como escritor.

GDV: En *Modelar el barro*, en apariencia divertido, se transpira precisamente cierto espíritu de decepción. ¿Era usted así en los noventa?

DM: Me parece recordar que sí y, como antes te sugerí, no es que me haya recuperado del todo. Pero ya que me hablas aquel libro y me dices algo así como que era aparentemente epidérmico, te voy aclarar una cosa. Tenía que ser como fue, no podría haber sido de otro modo, de lo contrario no lo habrían publicado, y tú y yo no estuviéramos hablando de él ahora mismo. Digamos que esto es una especie de principio antrópico del universo editorial cubano: si dices mucha verdad, corres el riesgo de quedarte más desconocido que un limpiador de botas. Es así, no tiene vuelta de hoja. Si arropas de diversión tu obra y en el núcleo le metes sustancia, la cosa funciona. Y con respecto a lo que te referías, eso de la decepción, algunas veces detrás del narrador de «Tres planos para la Octava» —uno de los cuentos—, detrás del tono, si se quiere, festivo, había, digamos, un narrador un poquitín cínico y también amargado, porque casi siempre van de la mano el cinismo y la amargura; y, bueno, aquel tono, no era otro que el mío propio, para qué mentirte, así me sentía en aquella época. Y no era el único. Creo que la pureza se había ido al garete, así (MITRANI CHASQUEA LOS DEDOS), en nada, y yo, que entonces tenía veintitrés años, o por ahí más o menos, no podía dejar de ser golpeado por las circunstancias que eran bastante adversas. En ese cuento «Tres planos para la Octava» hay muchas

claves para entender el sentido total del libro, que para mí no deja de ser una novela breve hilvanada con anécdotas.

GDV: ¿Ese "sentido total" podría ser que el hombre nuevo había fracasado?

DM: Más bien que el hombre viejo había fracasado en su intento de modelar al hombre nuevo. Comprendimos que muchas de nuestras mejorías en el plano socio-económico no habían sido gracias a nuestras propias fuerzas, sino que habíamos cobrado por servicios políticos. Al menos así lo veo yo.

GDV: Antes dijo que una obra literaria tiene más alcance que un ensayo político. ¿Por qué?

DM: Dije, me parece recordar, haber usado la palabra «criterio», no «ensayo», pero está bien igual, aunque «criterio» es más amplio como término porque puede expresarse lo mismo verbalmente que por escrito y no tiene que considerarse necesariamente una tesis como lo puede ser un ensayo. Bueno, en fin… Me refería a que un criterio político puede envejecer dada su propia naturaleza, una naturaleza casi siempre inflexible, lo mismo los criterios morales. Los ejemplos huelgan. La obra literaria es otro tipo de animal. Está asociada a un personaje, a un ser ficticio, no al autor; y sí es verdad que un autor podría dejar entrever sus prejuicios, sus perversiones, sus sueños, sus expectativas sociales, a través de sus personajes, pero no siempre es así, o no lo es tan claro. Por ejemplo, el Fagin de *Oliver Twist*, puede pensarse que Dickens era un antisemita irredento, cosa que él negó siempre. ¿Era antisemita Dickens? No se puede asegurar. Es decir, la obra no siempre es una opinión de primera mano para definir cosas esenciales del autor, puedes equivocarte aun si te llamas Jung o Freud, y esa es una buena coartada para que la obra perdure. Y repito, no se puede decir lo mismo del criterio político. Ahí tienes cómo han sido cambiantes, inconstantes tantos intelectuales en sus posiciones políticas y, sin embargo, qué perennes han sido sus obras. Te hablo de Vargas Llosa, por ejemplo, y, sin ir muy lejos, de Cabrera Infante…

GDV: Sé que a veces entender un chiste es un signo de inteligencia, pero, si quiere usted que le sea sincera, yo no entendí lo que dijo aquella vez en el Centro.

DM: ¿En el Centro? ¿Cuándo?

GDV: Aquello de *Mamá Inés*.

DM: ¿*Mamá Inés*? No me acuerdo… Eso fue ¡uff! hace meses. ¡Imagínate!

GDV: Dijo algo así como que «no todos los negros toman café».

DM: ¡Ah, sí! Hacía referencia a una canción cubana.

GDV: Eso lo sé. Pero ¿qué quería dar a entender?

DM: Nada, una tontería. A veces cuando estoy un poco tenso mi coherencia se vuelve demasiado privada. Me parece recordar, así muy vagamente, que en aquel momento quise decir que yo era negro. Sí, no te rías. Te puede parecer extraño, pero eso es lo que pienso que soy. De niño yo siempre andaba en la calle, mataperreando como se dice, descalzo, en short y sin camisa. Medio encueros, prácticamente. Ahí, cogiendo sol todo el año. Y estuve así toda la niñez. Te puedes imaginar, la piel la tenía prieta, como algunos de los que viven aquí en el Oriente de Cuba. Vaya, negro no, pero por mulato podía pasar, y eso, entonces, en los setenta, era lo mismo que ser negro, y súmale a eso que yo no tenía amigos blancos, si acaso, a mucho estirar, uno solo, y no porque no los buscase sino porque se apartaban de mí. Recuerdo que mi hermana mayor se casó con un mulato que era más claro que yo. Para qué decirte, de niño yo no me consideraba blanco. Después, poco a poco, a partir de los quince, estando más a menudo en la casa y más vestido por la calle, la piel se me fue como lavando. Pero eso fue por fuera, culturalmente yo soy otro, blanco no.

GDV: ¿De dónde le vino lo de escritor?

DM: Uhm, esa es una pregunta difícil. Yo, como es natural, empecé siendo lector. Leía novelas de aventuras: Dumas, Verne, Jack London, y Salgari, y eso a una edad bastante temprana. Pero lo de escribir un libro, a mí siempre me pareció algo

sobrehumano. Amaba los libros, eso sí, pero, para serte franco, no tenía alternativa. En mi barrio, en Martín Pérez, éramos una de las familias sin televisión. Bueno, teníamos un televisor RCA Víctor, roto, que le faltaba una válvula, decían, y yo tenía la costumbre de pararme delante de él y, mirándome así en el cristal negro, me ponía a actuar, a imitar a los personajes de las aventuras, imaginándome cómo iba a ser cuando lo arreglasen. Pero eso nunca pasó, se quedó roto hasta que un buen día lo botamos. Entonces, como te podrás dar cuenta, los libros eran, diría yo, un buen sustituto, un remedio a la falta de imágenes televisivas. Encima, mi papá, que había estudiado pintura en San Alejandro y, hay que reconocerlo, vivía con mucha seriedad eso de ser culto —paradójico en un barrio marginal, pero era así—, recuerdo que nos gritaba acémilas cuando nos veía perder el tiempo o él pensaba que estábamos perdiendo el tiempo. Algo que lo irritaba muchísimo es que siguiéramos el día a día de los deportes. Cuando oíamos por radio, la pelota (el béisbol) se irritaba, se ponía que si lo pinchaban explotaba, y era cuando lanzaba su ofensa ¡acémilas! Él no era de ahorrarse malas palabras, pero para ofender usaba aquella. Yo practicaba deportes de combate, judo, lucha libre, llegué a practicarlos los dos a la vez, y cada vez que regresaba a mi casa, mi padre me caía encima diciéndome que eso no daba nada, que era cosa de acémilas, y tanto insistió que los dejé, y, para darle por la vena del gusto, me acuerdo que me inscribí en un curso de esperanto nocturno. Más o menos a las ocho de la noche salía de casa, agarraba un par de guaguas para ir a la escuela que estaba en Aramburu, en Centro Habana. Dos años de mi niñez estuve estudiando un idioma casi inútil. Para matricular hasta alteré un documento de la escuela. Me pedían un certificado de octavo grado, y yo lo que había terminado era sexto. Fue fácil, cambié el seis por un ocho y ya. Total, quién a iba a pensar que un niño de once falsificase algo y, además, para estudiar esperanto.

De todos modos, el viejo, a su manera, fue determinante en mi formación, pese a que perdiera los estribos con bastante frecuencia. Yo era un muchacho inquieto, de jugar mucho por la calle, de mataperrear como decimos aquí, pero terminé cogiéndole el gusto a leer. Recuerdo que llegué a hacer una lista de los libros que

me iba leyendo y se la enseñaba de vez en cuando al viejo. Otra cosa, también notable, diría yo, y que a veces paso por alto, es que mi papá fue mi maestro en segundo y tercer grado. De sus siete hijos, yo fui el único que tuvo ese privilegio.

Entre nosotros los hermanos había una especie de competencia de quién leía más. En mi casa había un montón más libros y un montón de polvo también. Llegó un momento que hasta en la mesa de comer había libros y, entonces, teníamos que comer por turnos, porque no cabíamos todos alrededor de la mesa. Mi madre, sin embargo, leía más que mi padre. Él comenzaba muchos libros, pero terminaba algunos. A él sobre todo le gustaba tenerlos. Apenas entraba un libro a casa, fuese de quien fuese, disciplinadamente le escribía en la página de cortesía: *Pertenece a Salomón Mitrani*. Tampoco le gustaba prestarlos. Yo a sus espaldas presté algunos que nunca me devolvieron y todavía lo lamento. El viejo también tenía su archivo de recortes de periódicos, sus álbumes de sellos, sus colecciones de cajas de fósforos, de caracoles, de monedas y todo eso ocupaba espacio. Tenía obsesión por coleccionar. Muchos libros de aventuras eran de mi hermano Alberto que los compraba con los ahorros del dinero de su merienda. Y teníamos todos los clásicos del siglo XIX, sobre todo los rusos y los franceses. Yo empecé por los rusos: Gogol, Tolstoi, Turgueniev, Dostoievki, y algo de Chéjov; después le entré a los franceses Hugo, Balzac, Maupassant, algo de Zolá incluso. Empecé leyendo prosa, la poesía no me interesaba cuando aquello, en lo absoluto, me parecía más ridícula que incomprensible, para qué mentirse. Es verdad que había leído los poemas de los programas escolásticos de las distintas tendencias, Beudulaire, Bretón, Darío, Maikovki… pero la escuela era otra cosa. Te enseñaban una interpretación del poema que después en el examen bastaba repetirla palabra por palabra y así resolvías. Sin embargo, llegó un momento en que desdeñé casi por completo la prosa. Precisamente cuando empecé a escribir poesía. Estuve un par de años, quizás más, en los que sólo leía poesía. Vallejo fue mi preferido, siempre regresaba a él, todavía hoy es así.

Creo que mi primer intento de narrar historias fue con los *cómics,* como hacía mi hermano Jacobo, pero qué va, ni los diálogos ni los dibujos me salían. Eso de dibujar el personaje con las mismas proporciones en cada escena, desde diferentes perspectivas, me resultó un ejercicio verdaderamente frustrante. También más de una vez intenté llevar un diario, pero esa era una cuestión más arriesgada. Mis hermanos siempre estaban al acecho de lo que yo pudiera decir de mí mismo, para burlarse. Traté de tomar medidas. Recuerdo, que intenté escribirlo en esperanto, pero qué va, lo que sabía yo de esperanto era poco, rudimentario para hacer escritura, no podía ir más allá de escribir mi nombre, mi edad y, a mucho estirar, cosas como que se había muerto mi perro, por ejemplo.

Dando un salto más hacia delante en el tiempo, te diría que yo empecé escribiendo poesía. Y eso fue, más o menos, a los dieciséis años. Alexis Díaz, que era mi compañero de albergue en la beca, ya hacía sus poemas en verso libre con una influencia de Bretón que después perdió. Yo, al principio, le tomaba el pelo. Me reía cuando lo veía, ahí, sin pena ninguna, leyendo en voz alta, con énfasis, delante de los demás muchachos aquel chaparrón de imágenes surrealistas. Después, un buen día, ni sé por qué, me decidí a escribir un poema yo mismo, que prefiero no recordar. Alexis, que siempre fue muy generoso, me animó a que siguiese. Y, así, fundamos un tallercito literario en la beca, que primero era binario, nosotros dos nada más, pero después se nos unieron al menos otros cuatro. Y a partir de ahí, yo nunca paré de escribir, todo fue como deslizarse por un tobogán en sentido antigravitatorio.

GDV: Por Waldo supe que usted había estudiado algo relacionado con la informática, y eso me dejó un poco confundida. Cuando usted decidió estudiar ingeniería, imagino que ya escribía ¿no? Entonces ¿por qué no eligió una carrera de letras?

DM: Sí, hacía poemas, pero no escribía; no en el sentido en el que lo consideraría un escritor. Me atraía mucho el mundo de las letras, pero igual me atraían y me siguen atrayendo las ciencias. Por otro lado, yo estaba bastante seguro de que podría vivir

mejor de ingeniero que de escritor, y eso, para mí que venía de una familia numerosa, fue determinante. Yo era, por aquel entonces, el mejor expediente de mi escuela y elegí la carrera que me dio la gana, la de mi gusto. Afortunadamente estudié lo que quería, no lo que podía. Me pareció espectacular estudiar algo llamado Máquinas Computadoras, me trasladaba al mundo futurístico de Asimov, de verdad. Por otro lado, en 1984, a mí, que todavía era bastante pragmático ante la vida, me pareció la opción con mayores perspectivas, y lo era. Ya en 1979, cuando tenía unos trece años, me había cautivado la palabra 'cibernética', y recuerdo haber escrito en uno de mis tantos diarios que eso estudiaría de grande. El diseño de computadoras no era exactamente lo mismo, claro está, pero se parecía. Fue una muy buena decisión, gracias a la que, años más tarde, cuando la caña se puso a tres trozos, pude alimentar a mi familia. No me puedo quejar. Reconozco que las relaciones que se pueden hacer en el mundo de las letras, te pueden catapultar más rápido que aquellas que haces en otro ambiente. Se sabe que quien tiene acceso a las Universidades, que puede crearse y colgarse un cartelito de escritor, las tiene más fácil con las editoriales y los concursos porque puede crea relaciones y sacarles partido. Pasa en el mundo entero y pasa también aquí. Pero es un precio que desde el principio estuve dispuesto a pagar.

GDV: Antes de empezar a grabar, usted me dijo que antes había trabajado como gerente de una tienda de equipos informáticos. Imagino que sería mucho más remunerativo que trabajar aquí en el Centro ¿no?

DM: Relativamente sí, aunque la idea de gerente aquí es muy diferente a la de otros países.

GDV: Bueno, mi pregunta es ¿por qué decidió dar ese giro tan abrupto?

DM: Desde el punto de vista del salario, como creo que sabrás, la diferencia no ha sido sustancial; ahora bien, como gerente tenía mi oficina, mi computadora, cuantas hojas quisiera y un transporte a mi disposición. Tenía recursos e incluso tiempo para escribir, sólo que ese tiempo se lo robaba a mis responsabilidades, y eso no estaba

bien, me incomodaba. Unas veces me decía: "todo sea por la literatura", pero en el fondo, no sé si para bien o para mal, me sentía deshonesto. Necesitaba escribir sin esa carga de culpa. Así que un buen día fui a ver a quien estaba por encima de mí, y le dije: "Me voy a dedica a escribir solamente". Más de un escritor, entre ellos recuerdo a Angelito Santiesteban, me dijo que había cometido una locura. Pero, nada, la decisión ya estaba tomada.

GDV: En *Ganeden*, el personaje Rubén Barlía se corrompe en un tipo de trabajo muy parecido al que usted tenía. ¿Hay algo de autobiográfico en él?

DM: Autobiográfico no. Rubén era un comprador, que es la función que más se presta para, como se dice aquí, "meter las manos", por el asunto de las comisiones. Yo nunca fui comprador. Sin embargo, sí hay algo de personas que conocí. Eso lamentablemente es cierto, no me lo inventé.

GDV: Tengo la percepción de que Rubén Barlía, es otro hombre nuevo fulminado. ¿Estoy en lo cierto?

DM: Se podría tener en consideración, como también que su padre representa el estoicismo revolucionario.

GDV: En algún momento de la novela, cuando se derrumba la casa de su padre, Rubén, explícitamente le hace entender que ya nada valía la pena. ¿Se refería a la Revolución?

DM: Me maravilla cómo vas directo a la yugular... Bueno, yo diría, para darle la connotación precisa, que Rubén Barlía le hace entender al padre que todo se había ido al diablo, y, claro, como bien dices, ese todo no era más que el socialismo. Es así rigurosamente. La decepción desembarcó en los noventa aquí en Cuba. Se nos gastó el credo. No voy a hacerte la historia del tabaco, sólo te voy a decir que estábamos mucho, pero mucho peor que ahora. Los pocos que quedaban a la izquierda, se fueron pasando al centro, o a la derecha, diría que a pasos de cangrejo sigiloso. Y el hombre nuevo se cansó de serlo. Él, que era la base del sistema, quien le daría

sentido a la abolición de la propiedad privada, dijo basta. Sin él todo se desmoronó. Esa es la vulnerabilidad del socialismo. Pienso que con el adecuado adoctrinamiento puedes alcanzar que una sociedad este formada al 99 por ciento de hombres nuevos, pero el otro 1 por ciento, individualista, arribista, corrupto, siempre colocado en lo más alto, funcionario, político, empresario, será suficiente para desencantar al resto. Mientras haya bonanza, las mínimas desigualdades en la distribución de riqueza no se echan a ver, pero, apenas se desata una crisis económica, las que eran desigualdades mínimas, se hacen más grandes, sobre todo, porque los que están más arriba tomarán para sí lo poco que hay. Tal fenómeno será suficiente para revelarle al hombre nuevo la inutilidad de que lo siga siendo.

GDV: La edición de *Ganeden* que tengo, que me prestaron, es de una editorial mexicana, hay alguna edición cubana que yo pueda comprar.

DM: No, no existe. Yo envié la novela a una editorial cubana, a Unión, y nunca me respondieron, ni siquiera me dijeron que no tenía calidad, que es lo que se acostumbra a decir cuando es censurable.

GDV: ¿Cree usted que la censuraron?

DM: Sería ingenuo no pensarlo. De cualquier manera, eso me desanimó a seguir empujando para publicarla.

GDV: En *Santos Lugares*, algunos cuentos como «1980» y «Cruce de caminos» que, bueno, tratan de temas bastante delicados, me hacen dudar de la presunta censura en Cuba.

DM: Yo agregaría «Un joven de pelo largo» y «Uno de los argonautas». El primero deja entrever un clima de descontento social y el segundo, por el tono sombrío más que nada, cuestiona la intervención de Cuba en la guerra en África, el llamado principio del "internacionalismo proletario". Tampoco se puede decir que haya una denuncia abierta de nada, porque no la hay ni podría haberla habido, por lo que sabemos. Creo, que, para el lector cubano, ciertos códigos son suficientes para

entender lo que otros no entenderían. De todos modos, han pasado los años y todavía me sorprende la facilidad con que salió publicado. Había quedado segundo en el concurso UNEAC de cuentos y pensé que la cosa se quedaría ahí, en algo para, digamos, sumar al currículum, pero al poco tiempo me dijeron que lo iban a publicar. Me sorprendió porque yo no moví un dedo para que lo eligieran, y me sorprendió aun más que no le pusiesen "peros" a los textos, ni uno solo. También hay que decir que la tirada fue bien corta y, aunque el libro se agotó rápidamente jamás lo reeditaron. De esos cuatro cuentos, de los que hemos hablado, yo creo que «Cruce de caminos», más que «1980», es el más atrevido.

GDV: ¿Alguno de esos cuentos están basados en hechos reales?

DM: Me parece recordar que «1980» está basado, al menos en parte, en una anécdota que un colega de trabajo me hizo una vez. Él me la contó en forma de chiste. A mí desde el inicio me pareció un drama. «Un joven de pelo largo», en cambio, nació de un grafiti que me parece haber visto sobre una de las paredes del monumento a José Miguel Gómez. Misteriosamente cuando volví a pasar por ese sitio después de algunos días, ya no estaba. Estoy bastante seguro de que no lo soñé.

GDV: ¿Por qué *Santos Lugares* sí sale publicado y *Ganeden* no?

DM: Uno es deliberadamente explícito, el otro no. Así de simple. Uno cuestiona la validez del camino que hemos emprendido, el otro, si se quiere, sólo muestra los síntomas.

GDV: ¿Alguna vez se ha sentido perseguido por lo que escribe?

DMA: Sinceramente nunca. En el año 1991 después de ganar el Encuentro de Talleres Literarios de La Habana, con el poema *Acuse del soldado desconocido*, alguien de quién me reservo el nombre, me dijo que un agente de la Seguridad del Estado estuvo indagando sobre mí, pero hasta ahí, luego, que yo sepa, no pasó más nada.

GDV: Usted ganó el año pasado el Premio "Alejo Carpentier" con *Los malditos se reúnen*. Lo he leído y, quizás porque no estoy familiarizada con los códigos cubanos,

no veo textos que pudieran considerarse conflictivos. ¿Ya le atraen menos los problemas de Cuba?

DM: ¿Que no hay cuentos conflictivos, dices? ¡Es un alivio! Como quiera, no voy a ser yo quien señale los conflictos, no me toca, sería improcedente y, además, podría bloquearme para siempre cualquier reedición, porque una cosa es que lo sugiera la obra, otra bien distinta es que lo afirme yo.

GDV: En el libro hay un cuento dedicado a Fidel Castro.

DM: No, dedicado no. Ni siquiera es sobre Fidel Castro, sino sobre un atentado a él.

GDV: En el fondo parece ser un texto comprometido.

DM: Comprometido sí, con el proyecto anti-terrorista en el que apareció antologado. Ahora bien, no hay culto, si es a eso a lo que te refieres, ni la adopción de una postura política específica. Lo dije hasta en la televisión, que elegí de narrador a un militar chileno para no convertir el texto en un burdo panfleto, en un elogio a Fidel.

Quise que fuera un cuento objetivo, de alguien que prepara un atentado, pero que al final no alcanza a hacerlo. En algún momento, dado que quien narra en primera persona, como te dije, es un chileno, me permito la travesura de caricaturizar la retórica de Fidel. Por supuesto, lo hice para darle credibilidad a ese narrador que a las claras no comulgaba con las ideas de Fidel.

GDV: La sombra que impide el atentado ¿qué significa?

DM: Dímelo tú.

GDV: A ver, intentaré ser inteligente…

DM: Aquí se trata de ser suspicaz.

GDV: Bueno, vamos a ver. Hay un momento en el que se habla de que Fidel Castro ha recibido algún tipo de protección de los santos, se hace referencia a su visita a un país africano y demás. Así que esa sombra podría ser un modo de manifestarse esos santos ¿sí?

DM: No estás mal orientada, pero no es todo, ni tampoco te lo voy a decir.

GDV: De acuerdo. Prometo que voy a investigar sobre esa "sombra".

DM: Una vez que tengas una hipótesis, me la puedes consultar, eso te lo puedo conceder.

GDV: En resumen, yo quería hacerle notar que en *Los malditos se reúnen*, los conflictos son, algunos no todos, del tipo borgeano como en el relato que le da nombre al libro y en el «Esclavo del pianista». En otros, como «No hay regreso para Johnny» y «Erecciones en el bus», se insiste en darle sustancia a través de la forma a historias de la vida cotidiana, si se quiere, triviales. ¿Es así?

DM: Hablar de mis propios cuentos no me ennoblece en lo más mínimo, ni me gusta, pero esta es una entrevista y se supone que yo debería responder las preguntas, atenerme a eso, me guste o no. Entonces, yo creo, como bien has dicho, que *Los malditos se reúnen* —el cuento quiero decir—, tiene cierta complejidad estructural y también coincido en que esa complejidad es protagónica, pero llamarle "trivial" a esa y a otras historias sólo porque formalmente rehúyen la linealidad espacio-temporal, me parece inapropiado. Yo no lo voy a decir de ningún cuento mío, ni mucho menos voy a apoyar a quien lo diga. Creo que, entre otros mensajes sumergidos o enmarañados en «No hay regreso para Johnny», deslicé, por un lado, la dicotomía entre el carácter abierto, a veces manso, del cubano, y su trasmutación una vez que lo siente avasallado; por el otro, el incurable complejo de superioridad del extranjero, que él no advierte, por cierto, en relación al cubano. Entonces, eso de que no hay conflictos, tal vez no se sostenga. Tampoco puedo asegurarte que hubiese preestablecido este tipo de conceptos en mi cabeza cuando escribí la historia, no al menos con esas palabras, pero estoy seguro de que tuve la intención

de mostrarlos. Aquí regresamos a lo que estábamos hablando antes ¿no?, que no tenía el concepto delineado en frases sino en una anécdota. Habrá quien exprese ese concepto en la pintura, por ejemplo, o en la escultura. Yo lo hice con las herramientas expresivas de las que disponía, la narración. Lo mismo vale para «Erecciones en el bus», en el que la estructura otra vez es —no lo niego— protagónica, pero la anécdota tiene lo suyo también, y no sé qué transmita, pero al menos yo me conmoví escribiéndola, y bastante. Reflexionando un poco sobre mi propia escritura, yo diría que quise representar algo semejante a lo que le sucede a un barco en medio de una tormenta. El capitán intenta deshacerse de parte de la carga para evitar que el barco se vaya a pique. El perro sería aquel que ha sido abandonado a su suerte a pesar de haber sido fiel y de estar dispuesto a seguir siéndolo hasta las últimas consecuencias, y su dueño es alguien, que mejor posicionado en la pirámide social, lo traiciona y se deshace de él para sobrevivir a toda costa.

El otro relato al que hiciste referencia fue…

GDV: «El esclavo del pianista».

DM: Ya. Bueno, no es borgeano en lo absoluto; en todo caso kafkeano, pero no creo haber pensado en Kafka cuando lo escribí, aunque otras veces sí lo he hecho y nadie lo ha notado. Lo que expresa está muy claro, huelga que yo explique.

GDV: ¿Si yo le digo le que pienso de ese cuento, usted me diría si tengo razón o no?

DM: Depende lo que me diga. Puede que no tenga una respuesta. No todo en la vida es un dilema de sí o no. ¿O sí?

GDV: Bueno, yo le leo lo que he escrito y usted me dice que piensa de lo que yo pienso.

DM: Perfecto.

GDV: Yo creo que hasta para el más desentrenado lector, el esclavo es una alegoría de quien está oprimido a la fuerza, pero al final, si le aflojan un poco la opresión, lo agradece. Sin embargo, me gustaría aventurarme a decir que es una denuncia, donde el esclavo representa esa parte del pueblo cubano que no se rebela, que no advierte ni siquiera que ha sido sometido y que cualquier mínima cosa que le den, así sean migajas, la agradece. Le pregunto otra vez: ¿Podría ser así?

DM: No es una novedad. Creo que muy pocos lo han leído de otra manera.

GDV: Si usted debiera definirse de acuerdo a ese cuento, sería esclavo o esclavista.

DM: Yo sería el cantante del piano bar, definitivamente.

GDV: ¿Tiene alguna técnica específica para escribir?

DM: Para las novelas sí, para lo cuentos son más ecléctico. Ya en ningún caso comienzo a escribir con una idea muy precisa. Cuando arranco lo hago como lo hace un tren lanzado hacia un porvenir vago, alcanzo a ver lo más inmediato y, cierto punto, diviso en la lejanía el final, impreciso, borroso, así, sigo escribiendo, y mientras más me acerco a ese destino, más claro lo veo. Los personajes desde mismo inicio me dominan y me obligan a cambiar mis planes constantemente. Así escribo y es el único modo en el que me divierto. Una vez, no sé cómo, cuando tenía poco más de veinte años, me encontré a mí mismo en casa de Imeldo Álvarez, que entonces ya había publicado y se decía que fuese un buen editor de novelas, que se las sabía todas en ese campo. Entonces me dijo que antes de empezar una novela, se tenía que hacer una especie de proyecto detallado, un esquema que incluyese cada personaje, la relación entre ellos, sus características físicas, de carácter y cosas así. Cuando empecé a escribir *Ganeden*, intenté seguir esas directivas, pero qué va, me costaba mucho trabajo crear. Desistí bastante rápido de hacerlo así. Más nunca lo he hecho así.

GDV: ¿Cómo lo hace?

DM: Creo que todavía no es el momento de decirlo. No quisiera influir a nadie. Creo que cada cual debe seguir el estilo que más se le antoje o que más se adapte a sus capacidades, a su gusto. Yo, por ejemplo, no necesito tener una estructura preconcebida ni una historia milimétricamente clara. Sé muchas veces que ya existe, que está dentro de mi cabeza, viva, voluble, y vaga, y si la intento mapear, o convertirla en un esquema, lo más probable es que se convierta en algo muerto. Con respecto a la literatura, no me gustan las cuentas claras. Creo que eso es todo cuanto puedo decir por ahora de mi técnica.

GDV: Me queda bastante claro.

DM: Me alegra, que te quede claro, que no me gusta tener claras mis ideas.

GDM: Bueno, quisiera terminar la entrevista con la primera pregunta del cuestionario que había preparado. Si tuviera una máquina del tiempo ¿a qué época le gustaría viajar?

DM: ¿En qué dirección?

GDV: Hacia atrás.

DM: Al 1 de enero de 1959.

GDV: ¿Por qué o para qué?

DM: Con lo que sabemos de este presente, creo que podría convencer a muchos de hacer las cosas de otra manera para construir una sociedad menos vulnerable a las veleidades de la historia.

GDV: Creo que sería un óptimo empleo de un artefacto que permitiese viajar en el tiempo, y ya con esto hemos terminado. Le agradezco haberme dedicado un poco de su preciado tiempo. Muchas gracias, de verdad.

DM: De nada, ha sido un placer.

CONCLUSIONES

Sólo una democracia organizada y regida por dioses podría ser perfecta, de modo que al alcance de los mortales quedaría la migaja de la aproximación, de la democracia defectuosa, bajo la cual, contra viento y marea, debe prosperar la expresión libre y su connotación caligráfica: la literatura. Cualquier democracia, aun la menos perfecta, ofrece mayores garantías para el buen arte que la mejor de las dictaduras.

Si el lustre de las sociedades antiguas se midiese por la grandeza de su democracia, el lugar cimero en el podio le habría correspondido, sin lugar a dudas, a Atenas. Por supuesto, los parámetros actuales habrían sido demasiado rigurosos para homologar el modelo ateniense como respetuoso de los derechos fundamentales del hombre. La esclavitud consagrada y la mujer privada del voto serían suficientes pretextos para descalificarla. En cuanto a la libertad de expresión, no podríamos soslayar que, por ejemplo, un intelectual del calibre de Sócrates fue obligado a beber cicuta por, precisamente, exteriorizar sus ideas; y, por similar osadía, las obras de Protágoras ardieron en las llamas y su autor condenado al destierro; Anaxágoras fue encarcelado; y hasta el eximio Aristóteles estuvo en el punto de mira de quienes velaban con celo que el dogma religioso se respetase. Sería, pues, exagerado remontar la noción moderna del "individuo con derechos" a la Atenas del siglo V a.C., donde ciertas prerrogativas individuales no formaban parte del cuerpo jurídico de la ciudad Estado. No obstante, pese a las imperfecciones propias de la época, resulta innegable el papel categórico que el pensamiento ateniense jugó en el nacimiento de la filosofía política Occidental y el concepto de democracia. El mundo griego, sobre todo Atenas, fue el único pueblo de la antigüedad que floreció gracias a las instituciones democráticas, por lo que no resulta casual que la edad de oro de su cultura coincida con el período de las reformas de Pericles y con el establecimiento de la *Constitución de Atenas*. Por el contrario, durante la etapa de las monarquías helénicas, cuando se prohibieron los ataques al rey y el libre debate, en

la cultura griega, acorralada por las interdicciones regias, decayeron géneros literarios como la comedia y la oratoria. El teorema que, desde tiempos inmemoriales, se desprende de la experiencia histórica, está claro: la ausencia de democracia depreda la cultura, algo que no siempre podría decirse de su relación con la economía.

Mientras la Alemania nazi conseguía innegables éxitos económicos y Lenin junto a sus descendientes políticos salvaba a Rusia del atraso feudal, ambos totalitarismos hacían del arte una ramera política al servicio de la propaganda estatal. Los movimientos de vanguardia de uno y otro régimen se evaporaron (o fueron evaporados) y, por temporadas, se mudaron hacia el clandestinaje. No sorprende que ambos regímenes, hasta su enfrentamiento crucial en 1941, colaborasen en materia de inteligencia incluso antes de la firma del Pacto Ribbentrop-Molotov. Hoy se sabe, por ejemplo, que Stalin entregó a la Alemania Nazi a comunistas alemanes y austriacos refugiados en la URSS tras el ascenso de Adolf Hitler al poder en 1933.

En Rusia, donde, por su vínculo genealógico con Cuba y a riesgo de ser repetitivos, valdría la pena detenerse, la Revolución de 1917, en sincronía con la metamorfosis socio-económica y animado por el desafío al arte de Occidente, detona auténtico deseo de renovación cultural; hecho que, como efecto correlativo, generó incluso duelos estéticos entre los protagonistas de tal entusiasmo:

> Quizá por el hecho de que los conflictos en los terrenos pantanosos de la política y la economía podrían haberse considerado fácilmente demasiado alarmistas, las guerras artísticas y literarias se convirtieron (…) en el único campo de batalla verdadero para las ideas (Berlin, 2009, pág. 56).

Fue el momento de Vlamidir Mayakovski «quien, a pesar de no ser un gran bardo, sí fue un innovador literario radical y emancipador» (Berlin, 2009, pág. 59). Descollarían también Boris Pasternak, Elena Ajmatova, los novelistas Alexei Tolstoi, Isaac Babel, Mijail Bulgákov, los teóricos y críticos literarios Iuri Titiánov, Boris Eichenbaum, Kornéi Chukovki. Por otro lado, si bien por breves años, también las artes plásticas y la cinematografía se desbordaron de talento en proporciones tales que sus delirantes travesuras repercutirían para siempre en el arte moderno. Así,

los aportes teórico prácticos de Serguei Eisenstein y Alexander Dovzhenko, el cine *verité* de Dziga Vertov, las experimentaciones de Vasili Kandinski, Kasimir Malevich, Vladimir Tatlin, Mark Chagall, Alexander Ródchenko y El Lissitzky, la poderosa armada femenina con a la cabeza Alexandra Ekster, Liubov Popova, Natalia Goncharova, Varvara Stepanova y Olga Rozanova, más allá de firmar obras imperecederas, dejarían semillas fecundas, influyentes en movimientos como el *art-decó*, el *op-art*, el *Free Cinema*, el *Direct Cinema* y la escuela *Bauhaus*.

Premonición de la avalancha de censura y persecución que se avecinaba sería el éxodo temprano que vio a un grupo de vanguardistas como Kandinsky mudarse, ya en 1921, hacia Alemania, y a Chagall, Ekster, Goncharova hacia París entre 1921 y 1924.

En 1934, en el I Congreso de los Escritores Soviéticos culminaba el proceso de estatalización cultural y degradación de la literatura a *instrumentum regni*. El Realismo Socialista se instituyó como doctrina de creación. Según el propio Máximo Gorki, representante del canon y orfebre del decreto, el arte soviético debería, por sobre todas las cosas, ser relevante y comprensible para el obrero; mostrar escenas cotidianas del pueblo; ser realista en cuanto a su presentación y, lo más duro de aceptar sin desdoblar la cerviz, apoyar los ideales del Estado y del Partido.

Aquellos artistas que optaron por renegar de la fe soviética, escaparían incólumes hacia el extranjero y otros, menos afortunados, como Viktor Serge, penarían en un gulag siberiano.

Durante las purgas, inauguradas en 1937, escritores de la talla de Isaac Babel, Boris Pilniak, Osip Mandelshtam, entre otros, caerían, junto con más una figura política, acribillados en los inexorables paredones de fusilamiento. Bajo aquellas condiciones, la creación cautelosa, el buen zigzagueo en el pantano del Realismo Socialista, permitió a algunos mantenerse a flote, pero la calidad creativa no pudo jamás igualar, a lo largo de toda la vida soviética, las memorables obras que los primeros años de la Revolución inspiraron.

La persecución, si bien considerada el peor mal, no es, por mucho que pueda parecerlo, el mejor golpe del totalitarismo contra el arte. La metastásica censura, desparramada dentro del individuo hasta la más recóndita neurona y transmutada en autocensura, cae, pinchazo de anestesia, contra el pensamiento que, más allá de cohibir su expresión, lo atrofia y le extirpa la libertad. Como culpa que atormenta al piadoso cristiano, la penosa acrobacia a lo largo de la línea roja trazada por la política mortifica la inspiración, derrenga el ímpeto, amansa a los epígonos. De ahí que tantos creadores artísticos opten por el voto de silencio ante el cerco oficialista. La censura, proscribiendo una obra, exiliándola de las imprentas nacionales, librerías, museos, lugares públicos; silenciando su referencia y la de su autor en los medios masivos, tiene el poder de enterrar vivo al artista, emparedarlo con su maquinaria.

La censura, además, puede insonorizar al país, bloquear las voces externas que no son de su agrado, prohibir, si menester fuera, la importación de cualquier producto cultural sea éste visivo, escrito o sonoro; inherente a todas dictaduras, es el paso previo a la represión física, pero puede sobrevivir sin ella y, por lo mismo, practicarse muchas veces sin empañar la imagen de quien la ejerce.

Dada la tendencia del régimen cubano —y al fin caemos en Cuba— a plagiar en más de un compás político la macabra partitura estalinista, no sería descabellado pensar que, como ya habíamos sugerido en páginas precedentes, la intervención de Fidel Castro ante los intelectuales cubanos en 1961 haya estado espiritual y calculadamente impregnada del decreto cultural soviético de 1934. Ya entonces se habían utilizado conceptos tales como «cultura al servicio del pueblo» y, por equivalencia, «al servicio de la Revolución» o, lo que es lo mismo, del Estado, que siendo totalitario y tiránico, se contraía en una sola persona: Fidel Castro. Apenas dos meses después de aquel cuasi decreto, los creadores cubanos, como los soviéticos, celebrarían su I Congreso de Escritores y Artistas, y fundarían, también como los "hermanos soviéticos", su organización aglutinante: la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), con sus estatutos, su sede y, como era de

esperarse, su presidente comunista: Nicolás Guillén. La UNEAC, de más está decirlo, contemplaba en sus estatutos su entera sumisión al Partido y al Estado.

A finales de 1989, después del colapso socialista europeo, el régimen cubano, necesitado de mejorar su imagen ante el mundo, aflojó la mano, y comenzó a tolerar atrevimientos temáticos. La línea roja entre lo publicable y lo no publicable fue modificada. Se admitió la crítica social, sobre todo las dirigidas al propio pueblo, a su descomposición, siempre que, además, se presentase, implícita o explícitamente, como situación ajena al modelo socialista, un efecto más del "bloqueo" económico de los Estados Unidos de América. El ataque a la nomenklatura criolla, obviamente, seguiría siendo tabú.

Por eso, porque quizás imaginemos una Cuba varada en las tácticas represivas de los años sesenta, nos podría sorprender que ciertos textos de David Mitrani hayan sido publicados.

El mundo mitraniano descarnado, pesimista, y de contenta indiferencia al mismo tiempo, es un manifiesto de horror hacia lo apolíneo socialista donde pocos escenarios ameritan belleza y pocas acciones virtud. Todo es periferia en la ciudad en la que hormiguean los personajes de Mitrani. Todo está roto, corrupto: el humo de los autos siempre negro, las paredes siempre desconchadas o polvorientas, las calles bordadas de baches, medioevo moderno, tropical. Los cubanos simulan, engañan, se prostituyen. El cuerpo, otrora espejo del alma, ha devenido grito epidérmico del sexo; el prójimo, mero objeto de placer (o, si lo requieren las circunstancias, aliado en la aventura brutal de la sobrevivencia). La libertad negada para plasmar las causas de la degradación se revierte en descripción ensañada, enceguecida, contra la realidad, apedreo silábico contra el hombre nuevo y su isla feliz. Emanciparse de la realidad mediante la hipérbole de lo monstruoso es lo perfectamente opuesto a lo que se les exigía a sus predecesores de los '60, una aparente violación de lo pactado con el Estado socialista, una infracción de los estatutos de la UNEAC. Así, su narrador, el de Mitrani —lo que agrava la lobreguez del texto— omnisciente o en primera persona, transmite la misma cínica sensación

que sus protagonistas y se escora a menudo hacia un distanciamiento más perverso qué técnico. Por tal razón, por la no capitulación ante la exigencia oficialista, por estar en las antípodas de ella, no se puede entender esta narrativa sin su fuerte índole política, su énfasis en dibujar el desmoronamiento de un Estado, la anarquía postapocalíptica (léase post-caída del Muro de Berlín) que engendra al hombre bestia, antisocial y apolítico: «Pues, así como el hombre perfecto es el mejor de los animales, así también, apartado de la ley y de la justicia, es el peor de todos» (Aristóteles, 1988, pág. 52)

Pero ¿cómo una obra así, que maltrata todo y a todos, que masacra la moral colectiva, pudo emerger y, además, ser aplaudida? La pregunta se agranda si tenemos en cuenta que a David Mitrani, después de tales publicaciones, se le concedió incluso, de manos del propio Ministro de Cultura, la Distinción por la Cultura Nacional. Ya vimos en páginas anteriores que hubo límites, sin embargo, que tales publicaciones nunca traspasaron, entre ellas: no rozar a la nomenklatura ni adentrarse en disertaciones políticas. El hecho de que ningún texto crítico hacia la clase política cubana haya sido jamás impreso por una empresa del gobierno, es prueba suficiente de que no está permitido hacerlo. De las penurias económicas sí se puede hablar, de hecho, lo hacen la prensa y los políticos, pero no imputan la ineficacia del sistema, sino al archienemigo yanqui y su "injusto, inhumano, brutal bloqueo".

Ahora bien, en la obra mitraniana igualmente se cuestiona la resiliencia del homo revolucionario, afloran las grietas del proletario, se expone, a fin de cuentas, tanto su irrevocable decepción como su derrota. También esta consideración espiritual podría, en última instancia, achacarse a las carencias materiales y por extensión al imperialismo. Tales subterfugios le permiten al Estado, al tiempo que publica un texto que podría considerarse osado, atenuar la imagen represora ante los ojos de la izquierda y de las democracias mundiales. Pero, Mitrani, como hemos visto, conocedor del juego, hace trampas y desliza sus mensajes interlineares contra la

iconografía del régimen, como en su relato *Tiro de cámara* y su novela *Deja dormir a la bestia*.

Un caso de la obra de Mitrani que refuerza la tesis de la línea roja, y no tratado hasta ahora por nosotros porque precisamente no se trata de un texto "codificado", es *Ganeden*, su primera novela. En esta obra, publicada por la editorial mexicana Lectorum en 1999, sí encontramos una crítica explícita a la disfunción del modelo cubano. El protagonista Rubén Hasday, un ingeniero que trabaja en una fábrica, transita de estar comprometido con la Revolución, a ser defenestrado y, finalmente, a corromperse. Su padre Shelomo, representa al comunista ortodoxo que «había pertenecido al Partido Socialista Popular y había lanzado proclamas contra Batista» (Mitrani Arenal, 1999, pág. 56); Rubén al proyecto anquilosado del hombre nuevo. En varios pasajes de la novela atestiguamos duelos entre las dos generaciones representadas ambos. En algún momento Ruben dice: «Mejor desbaratar el sistema» y el padre le responde: «Mucha hambre que te ha matado Fidel para ser tan blandengue», a lo que el hijo replica: «Esto es una trampa» y varias líneas después, ante la mirada severa del padre, añadiría: «Esto nadie lo tumba, pero nadie lo arregla» (Mitrani Arenal, 1999, pág. 56). Si bien estas palabras, como tantas otras, las pone el autor en boca de un personaje, más adelante veremos cómo su imparcialidad parece tambalearse cuando el narrador omnisciente toma la palabra y, casi periodísticamente, en prosa prosaica, narra:

> ¿Quiénes habían sido los gusanos? Los apóstatas. A quienes ambos en una época habían condenado implacablemente. En otros tiempos el gusano era el rival del revolucionario, el que abandonaba el país, el que gritaba abajo Fidel, el que llamaba ruso al ruso. Gusano al que hablaba bien del capitalismo, resaltando las bondades de aquel modelo social. Gusano al que decía la palabra comunista en tono peyorativo, al que criticaba las medidas revolucionarias, al que celebraba la Navidad. Gusanos, incluso, fueron los que se arroparon con *jeans*, los que usaban melenas, los que gustaban del *rock*, los que no pertenecían al CDR. Gusanos los que se asilaron en la embajada de Perú en 1980… (Mitrani Arenal, 1999, pág. 57)

Aquí, pese a que no juzga, el narrador nos enumera las banalidades por las cuales un cubano podría ser estigmatizado y declarado traidor. Con tal elenco —que desvela a Rubén y lo hace debatirse entre la política y afecto— nos sugiere Mitrani el extremismo ideológico de la Revolución.

En *Ganeden*, palabra que irónicamente en hebreo significa Jardín del Edén, hay un leitmotiv: el desencanto nacido íntegramente del sistema. La inútil intervención de Cuba en la guerra de Angola, otro infranqueable tabú, también a cierto punto recibe su ramalazo. Esto ocurre cuando Víctor, el hermano de Rubén muere en la guerra en la que se enroló como voluntario. Entonces nos tropezamos con un monólogo del propio Rubén hablándole al, quizás, fantasma de su hermano:

> Tú eras la luz. Pero la muerte creció contigo, te sedujo disfrazada de mí, de papá con sus medallas, de mamá orgullosa de él. Fuimos muchos los que te engañamos (…) Tú enfrentaste la muerte creyendo, yo la enfrento descreyendo. Tú debiste ser un cadáver iluminado, joven; yo seré gris y viejo. Tú no cargarás la culpa de tu muerte, yo lo haré por ti (Mitrani, 1999, pág 86).

Todo el capítulo, viñeta monologal, por su tono, se nos emparenta con el poema *Acuse del soldado desconocido*, y siendo prosa, explica mejor los versos.

En algún momento, cuando la casa de Shelomo se derrumba —metáfora fácilmente identificable con fracaso del socialismo—, padre e hijo se hayan atrapados entre los escombros. Cuando al fin son rescatados, Shelomo le pide al hijo que intente salvar los libros, a lo que el hijo responde: «Los libros ya no importan, viejo». ¿Qué quiso significa el autor con esta lapidaria respuesta? Se nos antoja pensar que, dada la profunda conexión autobiográfica del texto con el autor, más que una respuesta del personaje, podría ser del autor, un esfuerzo por caracterizar el momento que vivía Cuba en los años noventa cuando lo único que importaba era sobrevivir y la literatura era algo muy superfluo.

Por todo lo antes expuesto, no es de extrañar que *Ganeden* fuera rechazada por las editoriales cubanas. Por desgracia obras de tal naturaleza difícilmente consiguen

emerger del anonimato y, cuando lo consiguen, lo hacen a destiempo y después de sortear más de una vicisitud. Hoy, por ejemplo, no existe buen lector que desconozca la novela satírica *El Maestro y Margarita*, del escritor ruso Mijail Bulgakov; sin embargo, esta pudo no haber visto jamás la luz. La primera versión, la habría quemado el propio autor en un arranque de rabia e impotencia al recibir la noticia de que otra de sus obras, *Cábala de santurrones*, había sido censurada por los estalinistas. *El Maestro y Margarita* sería publicada en la URSS, con algunas partes canceladas y otras adulteradas, entre 1966 y 1967, en la revista *Moscva*.

Llegados a este punto, podría pensarse que, bajo la compulsión de la censura, el empleo de engañifas lingüísticas y técnicas le aporta un valor agregado a una obra; que la censura, por sus consecuencias finales, podría considerarse un progenitor de lo hermético más que del decir abierto y, por carambola, responsable de una estética de la sugerencia. Sin embargo, más allá de ser un obstáculo, la censura es un verdugo, bajo su hacha caen obras, autores y voluntad creativa. Un libro como *Rebelión en la granja* de George Orwell, jamás habría sido publicado en un país sovietizado; de hecho, el Estado soviético lo prohibió; *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, necesitó de la deserción de su autor y de una editorial foránea para existir; de no haber sido así, probablemente ni siquiera habría sido escrito. Un Estado totalitario genera mucho arte mediocre, encumbra a muchos artistas menores y doblega, comprando o intimidando, la creatividad de los que no lo son. La ideología de los Estados totalitarios también asegura la sucesión de la mediocridad. En el campo que nos ocupa, la siembra de un gusto por el panfleto literario y la repugnancia ante la libertad no hace más que perpetuar el nacimiento de intelectuales rengos. El sistema de instrucción de un Estado totalitario fabrica al hombre del futuro, lo somete a un aislamiento que correlativamente, cuando no a la ignorancia, lo conduce hacia la ingenuidad cultural. El hombre de un Estado totalitario, por desgracia, desconoce que el andamiaje de sus creencias sumisas ha sido, desde su más tierna infancia, fabricado minuciosamente por el Estado. Toda obra con verdadero valor estético que ha logrado sobrevivir a la censura de un

Estado totalitario —la de David Mitrani es un buen ejemplo—, lo ha conseguido a pesar de ella, no gracias a ella.

CURRICULUM

Nacionalidad: Cubana

Lugar y fecha de nacimiento: La Habana, Cuba, 12 de mayo 1966

Estado Civil: Casado

Instrucción: Ingeniería en Máquinas Computadoras

Publicaciones

A. Narrativa

- *Modelar el barro*. La Habana: Letras Cubanas, 1994.
- *Santos lugares*. La Habana: Unión, 1997.
- *Ganeden*. Ciudad México: Lectorum, 1999.
- *Los malditos se reúnen*. La Habana: Letras Cubanas, 2003; 2ª ed. *ivi* 2005; 3ª ed. Barcelona: Hiru, 2006; trad. inglés: *Coven of the cursed*. La Habana: José Martí, 2006.
- *Deja dormir a la bestia*. La Habana: Letras Cubanas, 2011.
- *Mátame si retrocedo.* Giudid Ediciones: 2021.

B. Poesía

- *Robinson Crusoe vuelve a salvarse*. Las Tunas: San Lope, 1994 (con Alexis Díaz Pimienta).
- *Hereje inadvertido*. La Habana: Unicornio, 2003.

C. Cuentos en antologías y revistas

- «La strada» en *A labbra nude*, Milán: Feltrinelli, 1995, (tít. orig. «La calle»).
- «Tu mujer» en *La Gaceta de Cuba*, 1995.
- «Un joven de pelo largo» en *Premios Cuentos de Amor*, Las Tunas: San Lope, 1996.
- «Adultere Esordienti» en *Vedi Cuba poi muori*, Milán: Feltrinelli, 1997, (tít. orig. «Siete mujeres para Odel»).
- «1980» en *Cuentos habaneros*, México, D.F: Selector, 1997.
- «Un joven de pelo largo» en *Cuentos habaneros*, México, D.F: Selector, 1997.
- «No hay regreso para Johnny» en *La Gaceta de Cuba*, 1997.
- «Un joven de pelo largo» en *Otra vez amor*, La Habana: Letras Cubanas, 1997.
- «1980» en *ConfinI*. N° 7, Universidad de Milán, Diciembre 1999.
- «Der Lauf der Dinge» en *Argonautenschiff*, Jahrbuch 8, Berlín, 1999, (tít. orig. «Cruce de caminos»).
- «No hay regreso para Johnny» en *Cubanísimo!*, Berlín: Surhkamp, 2000.
- «Pas de billet de retour pour Johnny» en *Des nouvelles*, París: Metellié, 2000, (tít. orig. «No hay regreso para Johnny»).
- «No hay regreso para Johnny» en *Nueva narrativa cubana*, Madrid: Siruela, 2000.
- «El esclavo del pianista» en *Casa de Las Américas* N° 224, La Habana, 2001, pp. 55-62.

- «Modelar el barro» en *Irreverente eros*, La Habana: José Martí, 2001.
- «*Keiner kennt den Fliegenfänger*» *ADAC*, Berlino, 2002, (tít. orig. «Ya llegará el día del cazador»).
- «Tiro de cámara» en *Cicatrices en la memoria*, La Habana: Capitán San Luis, 2003.
- «Tiro de cámara» en *Cicatrices en la memoria*, México, D.F: Océano, 2003.
- «Un joven de pelo largo» en *Colinas como elefantes blancos*, La Habana: Extramuros, 2003.
- «Ya llegará el día del cazador» in *La Jiribilla*, La Habana, No 113, año III, 4 julio, 2003.
- «El esclavo del pianista» en *La Letra del Escriba*, La Habana, 2004.
- «No turning back for Johnny», en *The cuban reader*, California, USA: Duke University Press, 2004, (tít. orig. «No hay regreso para Johnny»)
- «El esclavo del pianista» en *Conversaciones con el búfalo blanco (La línea que cruza el agua). Antología de cuentos y entrevistas a autores cubanos*, La Habana: Letras Cubanas-Monte Ávila, 2005.
- «Erezioni nel bus» en *Con L'Avana nel cuore*, Roma: Marco Tropea, 2005, (tít. orig. «Erecciones en el bus»).
- «Uno sparo dalla telecamera» en *Nero e Avana. Antologia di racconti cubani contemporanei*, Roma: Bookever-Editori Riuniti, 2007, (tít. orig. «Tiro de cámara»).
- «Vuoi che ti chiamino Gina?» en *Nero e Avana. Antologia di racconti cubani contemporanei*. Roma: Bookever-Editori Riuniti, 2007, (tít. orig. «¿Quieres que te llamen Gina?»).

- «Morir es un placer» in *Caminos de humo. Antología de cuentos cubanos con aroma de tabaco.* Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2010.

D. Poesías en antologías y revistas

- «Algoritmo I» en *Agua del ciervo que canta*, La Habana: Letras Cubanas, 1992.
- «Conversación con mi hijo» en *La Gaveta*, Pinar del Río, 2002.
- «Épico» en *La Gaveta*, Pinar del Río, 2002.
- «Acuse del soldado desconocido» en *La Gaveta*, Pinar del Río, 2002.
- «Renga haikai, transcripción de una improvisación», Japón, Osaka, 2003.
- «Algoritmo II (fragmento)» en *Que caí bajo la noche*, Ciego de Ávila: Ediciones Ávila, 2004.

E. Artículos y ensayos

- «La nueva décima cubana: novodecimismo» en *La décima popular en Iberoamérica*, Veracruz, México: 1994.
- «Telegrama en diez versos» en *Habáname* N° 1, 1997.
- «Zamora Jo y el paraíso» en *La Letra del Escriba* N° 34, noviembre, 2004, p. 14.
- «L'elemento comico nella poesia orale cubana», en las Actas del Congreso *Intrecci di culture, marginalità ed egemonia in America Latina e Mediterraneo*, organizado por las Universidades de Estudios de Boloña, Cagliari y Siena (23-24 septiembre 2005), Roma, Meltemi, 2008, pp. 243-260.
- *Cuba Improvvisa. Antologia del "repentismo" cubano*, compilación de G. Della Valle y D. Mitrani, selección y traducción de décimas improvisadas,

traducción de G. Della Valle, Iesa, Gorée, 2006, con prólogo de A. Melis (con dvd).

- *Caffè diVERSO* o *La poesia orale dominicana,* a cargo de G. Della Valle e D. Mitrani, Iesa, Gorée, 2010.

- «Acercamiento a la técnica poética de los repentistas cubano», en *Verba Manent. Oralità e scrittura in America Latina e nel Meditarreno,* Roma: Editoriale Artemide, 2011.

F. Filmografía

- Director y guionista del documental *Cuba Improvvisa*, publicación anexada a la antología *Cuba Improvvisa*, cit.

- Director y guionista del documental *Caffè diVERSO* (la poesia orale nella Repubblica Dominicana), cit.

- Dirección, guión y montaje del documental *Al compás del socabón* publicado anexo al libro *La Decima nel Perù. Omaggio a Nicomedes Santa Cruz,* Roma: Editoriale Artemide, 2011.

Principales críticas sobre el autor

- «Cuentos y cerámica de la vida» (de Jorge Ignacio Pérez), *Granma*, 5 mayo 1994, La Habana.

- «Paradies ohne Papier» (di Josef Keller), *Berliner Morguenpost*, 16 noviembre 1998, Berlín.

- «En Cuba hay logros sociales que no han conseguido otros países» (de Araceli Juan). *Op. Cit* N° 37, octubre 1999, p. 14, Ciudad de México.

- «Los cubanos, puerilmente, están convencidos de que son los mejores escritores del mundo» (de Sandra Licona), *La Crónica*, 14 septiembre 1999, Ciudad de México.

- «En Cuba, el índice de tolerancia aumenta a partir de 1986» (de Oscar Enrique Ornelas), *El Financiero*, 13 septiembre 1999, p. 100, Ciudad de México.

- «El paraíso es una isla» (de Magda Reisik Aguirre), *Juventud Rebelde*, 23 julio 2000, La Habana.

- «Eine Episode, ein Nichts» (de Paul Ingendaay), *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 3 enero, 2001, Madrid.

- «Nuestros autores». *Bohemia*, N° 17, 22 agosto 2003, p. 62, La Habana.

- «Los malditos se reúnen en Sábado del Libro» (de Sonia Sánchez), *Granma*, 12 septiembre 2003, La Habana.

- «Dios los cría» (de Rogelio Riverón), *Granma*, 7 octubre 2003, La Habana.

- «Algunos seremos elegidos por la desmemoria» (de Rogelio Riverón), *Juventud Rebelde*, febrero 2004, La Habana.

- «Sobre los malditos» (de Mitil Font), *Letra del Escriba*, 2003, La Habana.

- «Creerse el mejor es ser un tonto» (de Mario Vizcaíno), *Caimán Barbudo*, septiembre - octubre 2004, pp. 18-19, La Habana.

- «La literatura siempre ha sido un arma» (de Fernando León Jacomino), *La Jiribilla*, 27 noviembre 2005, La Habana.

Premios principales y honoríficos

- Università la Sapienza di Roma. Enero 2010. Es nominado "Cultore della materia" para "Lingua e Traduzione Spagnola" en L'Università la Sapienza di Roma (L-LIN 07).

- Orden del Ministerio de Cultura de Cuba *Distinción por la Cultura Nacional*, 2004.

- Segundo Premio en el Concurso Nacional de Décimas "Cucalambé" por el cuaderno *Vértigo sagrado*, 2003.

- Premio Nacional "Alejo Carpentier" por el libro *Los malditos se reúnen*, 2003.

- Segundo Premio en el concurso Nacional *Crítica Literaria sobre la Décima* organizado por la "Casa de la décima" de Las Tunas por el ensayo *Breve análisis estructural de la improvisación*, 2002.

- Premio Internacional "Anna Seghers" instituido por la Fundación omónima y la Academia de Artes de Berlín, por el conjunto de la obra, 1998.

- Diploma de la Unión de Artistas y Escritores de Cuba (UNEAC) *Joven más destacado de la narrativa cubana*, 1998.

- Secundo Premio en el Concurso Nacional de cuentos *La Gaceta de Cuba* por *No hay regreso para Johnny,* 1997.

- Segundo Premio en el Concurso Nacional de cuentos de la revista *Revolución y Cultura* por *Un joven de pelo largo*, 1996.

- Segundo Premio en el Concurso Nacional de décimas "Cucalambé" por el cuaderno *Noticias de Troya*, 1996.

- Premio Nacional "Cuentos de Amor de Las Tunas" por *Un joven de pelo largo*, 1996.

- Segundo Premio en Concurso Nacional UNEAC de cuentos "Luis Felipe Rodríguez" por el libro *Santos Lugares,* 1995.

- Premio en el Concurso Internacional de poesía "La Rambla", Almería, España, por el libro *El Arca: cinco días del diluvio,* 1995.

- Premio en el Concurso Nacional de cuentos "Pinos Nuevos" por el libro *Modelar el barro*, 1993.

- Tercer Premio en el Concurso Nacional de cuentos "Ernest Hemingway", 1993.

- Premio en el Concurso Nacional de Décima "Cucalambé" por el libro *Robinson Crusoe vuelve a salvarse*, 1993.

- Segundo Premio en el Concurso Nacional de Cuentos "Luis Rogelio Nogueras", 1991.

- Premio de Poesía "I Encuentro de Jóvenes Creadores de Ciudad de La Habana" por *Acuse del soldado desconocido*, 1991.

- Premio en el Concurso Nacional de Cuentos "26 de Julio" por el libro *Algo más sobre los inmortales*, 1990.

Principales participaciones en eventos culturales

- Imparte conferencia de título: *La poesía improvisada del Caribe: los casos de Cuba y de la República Dominicana* durante el coloquio internacional *Verba manent. Oralità e scrittura in America Latina e nel Mediterraneo* organizado por el C.I.S.A.I. (Centro Interdipartimentale di Studi sull'America Indigena), Università degli Studi di Siena, en el Collegio Santa Chiara - Via di Valmontone, 1° de junio 2010.

- Imparte conferencia de título: *La poesia cubana nel mondo: tradizione della decima improvvisata* durante el convenio *Su Mutetu* organizado por la

Regione Sardegna con colaboración del Comune di Quartu S. Elena (Cagliari), 19 diciembre 2009.

- Presentación de la antología *Cuba Improvvisa*, en el Ayuntamiento de Cisterna Latina, 6 abril 2008.

- Ciclo de conferencias sobre la literatura cubana en el ámbito de la Feria Internacional del libro de Frankfurt, octubre 2007.

- Presentación de la antologia *Nero e Avana* en el Instituto Cervantes de Milán, 24 de mayo 2007.

- Presentación de la antología *Nero e Avana* en la Universidad de Siena, 22 de mayo 2007.

- *Caraibi: Mediterraneo d'America*. Conferencia en la Feria Internacional del libro de Turín, 11 de mayo 2007.

- Presentación de la antología *Cuba Improvvisa*, en la Universidad de Siena, 31 de enero 2007.

- Lección *L'elemento africano nella letteratura ispanoamericana*, en la Universidad de Émpoli, 27 enero 2006.

- Conferencia *La decima a Cuba* en la Universidad de Siena en el ámbito del ciclo *Oralità e Scrittura* organizado por el *Master in Traduzione Letteraria ed Editing dei Testi* y por *Dottorato in Letteratura Comparata e Traduzione del Testo Letterario*, 23 mayo 2005.

- Conferencia *Alcune caratteristiche della decima improvvisata a Cuba*, Festival internacional de Poesia Estemporanea organizado por la LIPE (Lega Italiana Poesia Estemporanea), 22 mayo 2005.

- Coordinador didáctico del III Seminario Nacional de Niños Improvisadores con sede en la ciudad de Morón (Ciego de Ávila) y Las Tunas. Imparte

lecciones a los profesores de poesía improvisada, 31 enero- 04 febrero y 12 noviembre – 22 noviembre, 2005.

- Conferencia *Que viva changó, un himno*, "Coloquio Música y Tradición" durante la celebración del Festival Nacional de Música Campesina, Instituto "Juan Marinello", La Habana, 2005.

- Presentación del libro *Los malditos se reúnen*. "Feria Internacional del Libro de Guadalajara", México, 2004.

- Conferencia *La rueda de los difuntos*, "IX Encuentro Iberoamericano de la Décima", Las Tunas, Cuba, julio 2003.

- Docente en el II Seminario Nacional de Niños Improvisadores en la "Escuela de Instructores de Arte de La Habana, 27 agosto - 1 septiembre, 2003.

- Presentación del libro *Cicatrices en la memoria* "Feria Internacional del Libro de Caracas", Venezuela, 2003.

- Conferencia *Poesía oral improvisada y poesía escrita*, "Feria Internacional del Libro de Caracas", Venezuela, 2003.

- Docente en el I Seminario Nacional de Niños Improvisadores en el Instituto Superior de Arte de La Habana, 27 agosto - 1 septiembre, 2001.

- Conferencia *La estrategia de la humildad en la controversia*, "VIII Encuentro Iberoamericano de la Décima" Las Tunas, Cuba, 2001.

- Presentación de la novela *Ganeden*. "27 Fiera del Libro di Buenos Aires", Argentina, 2001.

- Conferencia *Escritura y verso improvisado*, "Coloquio Décima y Repentismo: Tradición y permanencia en la cultura popular cubana", durante el II Festival Nacional de Música Campesina, La Habana, 2000.

- Conferencia *Por qué una nueva generación*, "II Encuentro de Narradores Jóvenes Hispanoamericanos", Universidad del Claustro de Sor Juana, Ciudad de México, 1999.

- Conferencia *La nueva décima cubana: novodecimismo*, "IV Encuentro Iberoamericano de la Décima", Las Tunas, Cuba, 1993.

SIGLAS

ANAP — Asociación de Agricultores Pequeños
AP — Associated Press
BRAC — Buró de Represión Anti-comunista
CDR — Comité de Defensa de la Revolución
CIA — Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América
CNC — Consejo Nacional de Cultura
CTC — Central de Trabajadores de Cuba
DEA — Departamento Anti-drogas de los Estados Unidos de América
DRE — Directorio Revolucionario Estudiantil
EE.UU. — Estados Unidos de América
FEEM — Federación Estudiantil de la Enseñanza Media
FEU — Federación Estudiantil Universitaria
FMC — Federación de Mujeres Cubanas
FNLA — Frente Nacional para la Liberación de Angola
FAR — Fuerza Armadas Revolucionarias
FARC — Fuerza Armadas Revolucionarias de Colombia
FMC — Federación de Mujeres Cubanas
ICAIC — Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos
ICAP — Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos
IPUEC — Instituto Pre-Universitario en el Campo
MPLA — Movimiento para la Liberación de Angola
MININT — Ministerio del Interior
MTT — Milicias de Tropas Territoriales
M-26-7 — Movimiento “26 de julio”
OPJM — Organización de Pioneros José Martí
ORI — Organizaciones Revolucionarias Integradas
PCC — Partido Comunista de Cuba
PSP — Partido Socialista Popular
PCUS — Partido Comunista de la Unión Soviética

PURSC — Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba

SIM — Servicios de Inteligencia Militar

UIE — Unión Internacional de Estudiantes

UJC — Unión de Jóvenes Comunistas

UNEAC — Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba

UNITA — Unidad Nacional para la Independencia Total de Angola

URSS — Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

UPI — United Press International

Aguirre, M. (2006). Apuntes sobre la literatura y el arte. En G. Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (págs. 43-71). La Habana, Cuba: Letras Cubanas.

Alexander, R. (26 de enero de 1959). *The vengeful visionary*. (R. Alexander, Ed.) *Time, LXXIII (*4), p. 41.

Almendros, N. (21 de mayo de 1961). Pasado Meridiano (P.M.). *Bohemia, 53* (21), pág. 80.

Álvarez, L. (18 de marzo de 2018). El juicio de los aviadores. Recuperado el noviembre de 2019, de *El País*: https://www.elpais.com.uy/opinion/columnistas/luciano-alvarez/juicio-aviadores.html

Antuña, V. (20 de diciembre de 1963). El Consejo Nacional de Cultura contesta a Alfredo Guevara. *Noticias de Hoy, XXV (*300), 2.

Araceli, J. (octubre de 1999). En Cuba hay logros sociales que no han conseguido otros países. *Op. Cit* (37), 14.

Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo.* Madrid: Santillana Ediciones.

Aristóteles. (1988). *Política.* Madrid: Gredos.

Arreola, J. J. (15 de marzo de 1961). Por qué estoy con Cuba. *Política. Quince días de México y del Mundo* (22), págs. 34-35.

Ávila, L. (10 de noviembre de 1968). Las provocaciones de Padilla Leopoldo Ávila. (L. Pavón, Ed.) *Verde Olivo, VI (*45), págs. 17-18.

Aznarez, J. d. (26 de agosto de 2019). Fidel Castro editaba mis textos en Granma. Pablo Socorro redactó la versión oficial del juicio que en 1989 condenó a muerte a cuatro oficiales cubanos. Recuperado el 17 de julio de 2020, de *El País*: https://elpais.com/internacional/2019/08/25/actualidad/1566753725_106850.html

Babel, I. (17 de agosto de 1934). *Discurso de Isaak E. Bábel en el Primer congreso de escritores soviéticos - Agosto de 1934*. Recuperado el febrero de 2021, de Foro Comunista: https://comunistas.superforo.net/t25949-discurso-de-isaak-e-babel-en-el-primer-congreso-de-escritores-sovieticos-agosto-de-1934

Barredo, L. (Ed.). (21 de junio de 2006). Información del Buró Político sobre Juan Carlos Robinson. *Granma, 42* (172), 1.

Barthes, R. (1977). *El placer del texto y lección inaugural de la Cátedra de Semiología Literaria del Collège de France.* México D.F: Siglo Veintiuno Editores.

Barthes, R. (1977). *Introducción al análisis estructural de los relatos.* Buenos Aires: Centro Editor de América.

Baulch, J. T. (15 de julio de 1959). "F. Castro trajo a Cuba una dictadura comunista". Lanz. *Diario de la Marina, CXXVII (*164), 1A, 2A.

Beauvoir, S. D. (15 de abril de 1960). La Revolución Cubana hace nacer una Esperanza. *Revolución*, pág. 2. Recuperado el noviembre de 2020, de La Habana Elegante: http://www.habanaelegante.com/Archivo_Revolucion/Revolucion_Sartre_02.html

Beltrán, A. (17 de diciembre de 1963). 9 días de un año. *Noticias de Hoy, XXV (*297), 2.

Benemelis, J. F. (2002). *Las guerras secretas de Fidel Castro.* Miami: Fundación Elena Mederos, Primero Derechos Humanos.

Berlin, I. (2009). *La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo.* Barcelona: Galaxia Gutemberg.

Berrellez, R. (21 de abril de 1959). Se debió la victoria a que los rebeldes no predicaron la lucha de clases", dijo Castro. *Diario de la Marina, CXXVII (*93), págs. 1A, 2A, 14A.

Beruff, J. R. (1 de marzo de 1970). La reforma agraria cubana (1959-1964): el cambio institucional. *Revista de Ciencias Sociales* (2), págs. 203-231.

Beto, F. (1985). *Fidel y la religión: conversaciones con Frei Beto.* La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Blanco, A. P. (2019). *Terror Castrista.* Sevilla, España: Punto Rojo.

Blaquier, A. R. (abril-mayo-junio de 2009). La unidad como factor de triunfo. El PSP entre 1952 y 1961. Una visión desde la historia. *Caliban. Revista Cubana de Pensamiento e Historia*, págs. 39-47.

Borges, J. L. (1998). *Diálogo II.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Borges, R. (29 de octubre de 1959). Queman ejemplares del Diario y de otros periódicos. (J. Rivero, Ed.) *Diario de la Marina, CXXVII (*255), 1A.

Borges, T. (2011). *Un grano de maíz.* Caracas: El perro y la rana.

Braddock, D. M. (1959, april 14). Foreign Relations of The United States, 1958–1960, Cuba, Volume VI Document 278. Despatch From the Embassy in Cuba to the Department of State1. Retrieved July 11, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d278

Buchaca, E. G. (1961). *La teoría de superestructura. La literatura y el arte.* La Habana: Ediciones del Consejo Nacional de Cultura.

Buchaca, E. G. (2006). Consideraciones sobre un manifiesto. En G. Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (págs. 26-34). La Habana: Letras Cubana.

Cabrera, L. (2006). *El monte.* La Habana: Letras Cubanas.

Cairo, A. (2006). *Viaje a los frutos.* La Habana: Ediciones Bachiller.

Canels, F. P. (8 de febrero de 1959). Estrategia comunista en la Revolución cubana. *Bohemia, 51* (6), págs. 66, 109.

Carbó, U. (5 de diciembre de 1959). La oposición. (S. Carbó, Ed.) *Prensa Libre, XIX (*3370), 1, 2.

Carbó, S. (Ed.). (22 de diciembre de 1959). Confiamos en los cubanos dignos para defender la Revolución. *Prensa Libre, XIX (*3384), 1, 8, 10, 40.

Carbó, S. (Ed.). (30 de diciembre de 1959). Revolución y elecciones. *Prensa Libre, XIX* (3390), 6, 7.

Carbó, S. (Ed.). (14 de febrero de 1960). Respondió el Vice-Premier de la URSS a un panel de periodistas ante las cámaras. *Prensa Libre, XX (*3429), 4.

Carbó, S. (Ed.). (16 de febrero de 1960). Comentarios en el extranjero sobre el pacto ruso-cubano. *Prensa Libre, XX* (3430), 6.

Carbó, S. (Ed.). (16 de febrero de 1960). El Convenio Comercial entre Cuba y Rusia. *Prensa Libre, XX (*3430), 4, 21.

Carbó, S. (Ed.). (16 de febrero de 1960). Mikoyán ante la prensa. *Prensa Libre, XX (*3430), 1, 2.

Carbó, S. (Ed.). (2 de febrero de 1960). Comunismo vs. Prensa Libre. Claque y potala. *Prensa Libre, XX (*3418), 1.

Carbó, S. (Ed.). (24 de febrero de 1960). Intervenidos el diario El Mundo y la planta de TV Telemundo C-2. *Prensa Libre, XX (*3437), 1, 11.

Carbó, S. (Ed.). (25 de diciembre de 1959). Comunistas vs Prensa Libre. *Prensa Libre, XX (*3387), 1, 9.

Carbó, S. (Ed.). (18 de marzo de 1960). Dejan de publicarse Excelsior y El País. *Prensa Libre, XX (*5456), 1,21.

Carbó, S. (Ed.). (27 de marzo de 1960). Texto de la carta del doctor Luis Conte Agüero al Premier de la República, Dr. Castro. *Prensa Libre, XX (*5464), 6, 15.

Carbó, S. (Ed.). (7 de febrero de 1960). Continúan detenidos los estudiantes acusados de alterar el orden público. *Prensa Libre, XX (*3423), 1, 11.

Carpentier, A. (28 de agosto de 1961). Primer Congreso de Escritores y Artistas. Memoria del Congreso. Alejo Carpentier. *Lunes de Revolución* (120), págs. 20-22.

Carpentier, A. (1978). *La consagración de la primavera.* La Habana: Siglo XXI.

Casal, L. (1971). *El caso Padilla: Literatura y Revolución en Cuba. Documentos.* New York: Ediciones Nueva Atlántida.

Castro, F. (30 de octubre de 1955). Discurso pronunciado por el doctor Fidel Castro Ruz en el salón "Palm Garden", en New York, el 30 de octubre de 1955. Recuperado el 3 de marzo de 2020, de Fidel, soldado de ideas. Discursos e intervenciones: http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-por-el-doctor-fidel-castro-ruz-en-el-salon-palm-garden-en-new-york

Castro, F. (1 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, en el parque Céspedes de Santiago de Cuba, el 1ro. de enero de 1959. Recuperado el 23 de enero de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f010159e.html

Castro, F. (4 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, en la plaza de la Ciudad de Camagüey, el 4 de enero de 1959. Recuperado el 23 de enero de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f040159e.html

Castro, F. (6 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, desde el balcón de la Sociedad "El progreso", de Sancti Spiritus, Las Villas, el 6 de enero de 1959. Recuperado el 26 de abril de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba.: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f060159e.html

Castro, F. (8 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, a su llegada a La Habana, en Ciudad Libertad, el 8 de enero de 1959. Recuperado el 26 de abril de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f080159e.html

Castro, F. (15 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el Club Rotario de La Habana, el 15 de enero de 1959. Recuperado el 9 de febrero de 2020, de Fidel, soldado de ideas. Discursos e intervenciones: http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-el-club-rotario-de-la-habana

Castro, F. (17 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, en su visita a la ciudad de Pinar del Río, después del triunfo revolucionario, el 17 de enero de 1959. Recuperado el 23 de enero de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f170159e.html

Castro, F. (21 de enero de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, en la magna concentración popular, en el Palacio Presidencial, el 21 de enero de 1959. Recuperado el 26 de abril de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f210159e.html

Castro, F. (23 de enero de 1959). Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. Recuperado el 12 de mayo de 2020, de Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la Plaza Aérea del Silencio, en Caracas, Venezuela, el 23 de enero de 1959: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c230159e.html

Castro, F. (11 de marzo de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la concentración celebrada en la avenida de Michellson, en Santiago de Cuba, el 11 de marzo de 1959. Recuperado el 3 de marzo de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f110359e.html

Castro, F. (17 de abril de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario de Cuba, durante el almuerzo ofrecido por la Asociación Americana de Editores de Periódicos, con motivo de su visita a Estados Unidos, en el Hotel Statler. Recuperado el 9 de febrero de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c170159e.html

Castro, F. (1959). *¡No he venido aquí a pedir dinero! Discursos pronunciados por el Primer Ministro del gobierno revolucionario comandante Dr. Fidel Castro Ruz en los Estados Unidos de Norteamérica.* La Habana: Talleres del Ejército Rebelde.

Castro, F. (8 de mayo de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la concentración celebrada a su llegada del extranjero, en la Plaza Cívica, el 8 de mayo de 1959. Recuperado el 9 de febrero de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f080559e.html

Castro, F. (19 de octubre de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en el acto celebrado con los

trabajadores bancarios, el 19 de octubre de 1959. Recuperado el 27 de abril de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c191059e.html

Castro, F. (21 de octubre de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en el campamento "Agramonte", en Camagüey, el 21 de octubre de 1959. Recuperado el 27 de julio de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f211059e.html

Castro, F. (26 de octubre de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, ante el pueblo congregado en el Palacio Presidencial para reafirmar su apoyo al gobierno revolucionario y como protesta contra la cobarde agre. Recuperado el 25 de julio de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f261059e.html

Castro, F. (18 de noviembre de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la apertura del X Congreso de la CTC, el 18 de noviembre de 1959. Recuperado el 20 de octubre de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f181159e.html

Castro, F. (27 de noviembre de 1959). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en la Universidad de La Habana, el 27 de noviembre de 1959. Recuperado el 28 de julio de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c271159e.html

Castro, F. (30 de junio de 1961). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y Secretario del PURSC, como conclusión de las reuniones con los intelectuales cubanos, en la Biblioteca Nacional el 16, 23 y 30 de junio de 1961. Recuperado el 6 de agosto de 2020, de Fidel soldado de las ideas: http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/conclusion-de-las-reuniones-con-los-intelectuales-cubanos-efectuadas-en-la-biblioteca

Castro, F. (13 de marzo de 1962). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del gobierno revolucionario, en el acto homenaje a los mártires del asalto al Palacio Presidencial, en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1962. Recuperado el 30 de septiembre de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f130362e.html

Castro, F. (26 de julio de 1965). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del PURSC y Primer Ministro del gobierno revolucionario, en el XII aniversario del ataque al cuartel Moncada, en la ciudad de Santa Clara, el 26 de julio de 1965. Recuperado el 10 de diciembre de 2019, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1965/esp/f260765e.html

Castro, F. (1968). *Comparecencia del comandante Fidel Castro Ruz para analizar los acontecimientos de Checoslovaquia: Viernes 23 de agosto de 1968.* La Habana: Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno revolucionario, Instituto del libro.

Castro, F. (30 de abril de 1971). Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, efectuado en el. Recuperado el 23 de octubre de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html

Castro, F. (3 de febrero de 1977). El principal problema de Cuba es la hostilidad de Estados Unidos: Entrevista con PBS William Moyers. Recuperado el marzo de 2020, de Fide, soldado de las ideas: http://www.fidelcastro.cu/es/entrevistas/el-principal-problema-de-cuba-es-la-hostilidad-de-estados-unidos-entrevista-con-pbs

Castro Ruz, F. (1 de mayo de 1980). Discurso pronunciado por el comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en el Acto Conmemorativo del Primero de Mayo, efectuado en la Plaza. Recuperado el 26 de marzo de 2021, de Fidel soldado de las ideas: http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-el-acto-conmemorativo-del-primero-de-mayo-efectuado-en-la-plaza-de

Castro, F. (30 de enero de 1985). Crisis migratoria: Entrevista con The Washington Post. Recuperado el 23 de julio de 2020, de Fidel soldado de las ideas: http://www.fidelcastro.cu/es/entrevistas/crisis-migratoria-entrevista-con-washington-post

Castro, F. (27 de marzo de 1985). Nada podrá detener la marcha de la historia: Entrevista con los congresistas Mervin Dymally y Jeffrey Elliot. Recuperado el 23 de julio de 2020, de Fidel soldado de las ideas: http://www.fidelcastro.cu/es/entrevistas/nada-podra-detener-la-marcha-de-la-historia-entrevista-con-los-congresistas-dymally-y

Castro, F. (3 de agosto de 1985). Cuba mantendrá sanciones rigurosas contra los narcotraficantes: Entrevista con Playboy. Recuperado el 23 de julio de 2020, de Fidel soldado de las ideas:

http://www.fidelcastro.cu/es/entrevistas/cuba-mantendra-sanciones-rigurosas-contra-los-narcotraficantes-entrevista-con-playboy

Castro, F. (12 de julio de 1989). Intervención en la reunión del Consejo de Estado en relación con la causa No. 1 de 1989, celebrada el 9 de Julio de 1989. *Granma* (164), 2-7.

Castro, F. (1 de mayo de 2000). Discurso pronunciado por el presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba, Fidel Castro Ruz, en la tribuna abierta de la juventud, los estudiantes y los trabajadores por el Día Internacional de los Trabajadores, en la Plaza de la Revolución. Recuperado el 19 de febrero de 2020, de Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2000/esp/f010500e.html

Castro, F. (2007). *La historia me absolverá.* La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Castro, F. (3 de marzo de 2009). Reflexiones del Comandante Fidel: Cambios sanos en el Consejo de Ministros. *Granma, 62*.

Castro, F. (2017). *Discursos de Fidel Castro.* Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.

CBS. (1978, February 26). Drug Trafficking in Cuba. The Castro Connection? Retrieved July 22, 2020, from Latin American Studies: http://www.latinamericanstudies.org/drugs/60-minutes.htm

Cienfuegos, C. (21 de octubre de 1959). La voz de Camilo (+ Audios). Recuperado el 02 de 2020, de Victoria. Diario digital de la Isla de la Juventud: http://www.periodicovictoria.cu/la-voz-de-camilo-audios

Cofiño, M. (1971). *La última mujer y el próximo combate*. La Habana.: Casa de las Américas.

Collazos, O. (Junio-Julio-Agosto de 1970). La encrucijada del lenguaje. *Nuevos Aires* (1), págs. 17-29.

Comisión Internacional de Juristas. (1962). *El imperio de la ley en Cuba*. Ginebra: Comisión Internacional de Juristas.

Constitución de la República de Cuba de 1940. (s.f.). Recuperado el 2 agosto de 2020, de Instituto de Investigaciones Jurídicas. UNAM: https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2525/36.pdf

Cuba, C. M. (2001). Inocentes los aviadores. Estados Unidos de América. Recuperado el 14 de julio de 2020 de *Dokumen*: https://dokumen.tips/documents/inocentes-los-aviadores.html?page=3

Cuellar, J. H. (17 de febrero de 2009). Diálogo con Roberto Álvarez Quiñones, ex periodista de Granma. Recuperado el agosto de 2020, de En defensa del neoliberalismo: http://www.neoliberalismo.com/entrevista-quinones.htm

Cuenca, A. M. (2013). *Leyes penales cubanas comentadas*. La Habana: Editorial Unijuris.

Cuza, B. (27 de septiembre de 2002). La "mala fama" de Heberto Padilla. *El Nuevo Herald*.

De la Osa, J. A. (6 de julio de 1989). La pena que pide el fiscal es justa; ninguno debe merecer el perdón; la Revolución será más fuerte que nunca; deben ser castigados como pidió el fiscal. *Granma*, 25 (159), 1.

Decreto-Ley No. 370/2018 Sobre la Informatización de la Sociedad en Cuba (GOC-2019-547-O45). (4 de julio de 2019). *Gaceta Oficial* (45).

Díaz, J. (Ed.). (febrero de 1967). Respuesta de la redacción de El Caimán Barbudo a Heberto Padilla. *El Caimán Barbudo* (15).

Domínguez, M. N. (1999). *Demanda del Pueblo Cubano al Gobierno de los Estados Unidos por los daños económicos ocasionados a Cuba*. La Habana: Editora Política.

Dorticós, O. (28 de agosto de 1961). Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas. Memoria del Congreso. Palabras del Presidente Dorticós. Lunes de Revolución (120), págs. 8-9.

Edward, G. (2005). *The Cuban intervention in Angola, 1965–1991: from Che Guevara to Cuito Cuanavale*. New York: Frank Cass.

Edwards, J. (2015). *Persona non grata*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Emerson, R. W. (1950). *The complete essays and other writings of Ralph Waldo Emerson*. New York: The Modern Library.

Espinosa, J. G. (2006). *Galgos y Podencos*. En G. Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (págs. 86-94). La Habana: Letras Cubanas.

Espinosa, J. G. (2006). *Vivir bajo la lluvia*. En G. Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (págs. 9-13). La Habana: Letras Cubanas.

Esteban, E. G. (18 de abril de 1959). Declara Fidel que el Comunismo no tiene en Cuba ninguna posibilidad de éxito. (J. Rivero, Ed.) *Diario de la Marina*, CXXVII (91), págs. 1A, 8B.

Estupiñán, L. (6 de septiembre de 2009). El peor enemigo de la Revolución es la ignorancia. Entrevista con Alfredo Guevara. *Revolución y Cultura* (5), pág. 11.

Fernández Cuenca, W. (2016). *La imposición del silencio: Cómo se clausuró la libertad de prensa en Cuba*. Madrid: Editorial Hypermedia.

Font, M. (2003). Sobre los malditos. *Letra del Escriba*.

Fornet, A. (enero-marzo de 2007). Quinquenio gris: revisitando el término. *Casa de las Américas*, págs. 3-16.

Fraga, J. (2006). *¿Cuántas culturas?* En G. Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (págs. 72-85.). La Habana: Letras Cubanas.

Fraga, J. (2006). *Ambigüedad de la crítica y crítica de la ambigüedad*. En G. Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (págs. 35-42). La Habana: Letras Cubanas.

Franqui, C. (15 de julio de 1959). Zona Rebelde. En defensa de la patria amenazada. *Revolución*, 1.

Franqui, C. (1981). *Retrato de familia con Fidel*. Barcelona: Seix Barral.

Franqui, C. (2010). *Fidel y los escritores*. En A. Julián, *Homenaje a Carlos Franqui* (págs. 23-29). Santo Domingo, República Dominicana: Editora Digital Gratuita: https://www.scribd.com/document/30537297/HOMENAJE-A-CARLOS-FRANQUI-POR-AQUILES-JULIAN#

Franqui, C. (invierno de 2007). Testimonios. *Encuentro de la cultura cubana* (43), págs. 184-185.

Fuentes, C. (15 de mayo de 1960). Primero de mayo en La Habana. *Política*. *Quince días de México y del Mundo*, 1 (2), págs. 46-47.

García, A. S. (1994). Azúcar y Revolución el sector azucarero de la economía cubana durante los primeros doce años de la Revolución (1959-1970). *Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 12(1), págs. 111-141.

Genette, G. (1989). *Palimpsestos.* Madrid: Taurus.

Genette, G. (2001). *Umbrales.* México D.F.: Siglo Veintiuno.

Gorki, M., & Zhdánov, A. (1968). *Literatura, filosofía y marxismo*. México D.F.: Grijalbo.

Goytisolo, J. (1969*). Pueblo en marcha*. Montevideo, Uruguay: Libros de la pupila.

Guevara, A. (17 de diciembre de 1963). Alfredo Guevara responde a las Aclaraciones. *Noticias de Hoy* (297), 2.

Guevara, A. (22 de diciembre de 1963). Declaraciones de Alfredo Guevara. Noticias de *Revolución*, XXV (302), 2.

Guevara, A. (invierno de 2007). Testimonios. Alfredo Guevara. *Encuentro con la cultura cubana* (43), págs. 178-179.

Guevara, E. (2011). *El socialismo y el hombre en Cuba*. La Habana: Ocean Sur.

Guevara, E. (7 de mayo de 1964). Discurso Che Guevara en la ONU: Hemos fusilado. Recuperado el 14 de junio de 2020, de Youtube: https://www.youtube.com/watch?v=uo6QlMglhI4

Guevara, E., Díaz, C., & Jiménez, A. N. (1960). *Manual de capacitación cívica*. La Habana: Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Guillén, N. (1964). *Tengo.* Villa Clara: Universidad Central de las Villas.

Guillén, N. (1972). *Obra poética 1920-1972*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

Guillén, N. (28 de agosto de 1961). Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas. Memoria del Congreso. Nicolás Guillén informa. *Lunes de Revolución* (120), págs. 14-19.

Guillén, N. (7 de marzo de 1959). Peor que un crimen. *Noticias de Hoy*, XXI (52), 1, 3.

Hilb, C. (2010). *Silencio, Cuba*. Barcelona: EDHASA.

Infante, G. C. (23 de marzo de 1959). Una posición. *Lunes de Revolución* (1), pág. 2.

Infante, G. C. (invierno de 2007). Testimonios. *Encuentro de la cultura cubana* (43), págs. 176-178.

Ingendaay, P. (3 de Enero de 2001). Eine Episode, ein Nichts. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.

Interventores. (12 de mayo de 1960). Al pueblo de Cuba y al Gobierno Revolucionario. *Diario de la Marina*, CXXVIII (112), 1A.

Jiménez, A. N. (1998). *En marcha con Fidel 1960*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.

José Bell, D. L. (2006). *Documentos de la revolución cubana 1959*. La Habana: Ciencias Sociales.

Khrushchev, S. (2002, October). How My Father and President Kennedy Saved the World. The Cuban Missile Crisis as seen from the Kremlin. *American Heritage*, 53 (5).

Krauze, E. (noviembre de 2010). Mario Vargas Llosa: Vida y libertad. *Letras Libres* (143), págs. 6-16.

Lanz, P. L. (21 de octubre de 1959). Carta abierta al pueblo de Cuba del Comandante Pedro Luis Díaz Lanz (ex-jefe de la FAR). Recuperado el 11 de febrero de 2020, de Latinoamerican Studies: http://www.latinamericanstudies.org/cuba/diaz-lanz.pdf

Lenin, V. (1976). *La organización del Partido y la literatura del Partido*. En V. Lenin, *Obras Completas. Tomo X* (págs. 38-43). Madrid: Akal Editor.

León Jacomino, F. (27 de Noviembre de 2005). La literatura siempre ha sido un arma. *La Jiribilla.*

León, L. A. (16 de marzo de 1960). Una coletilla extranjera. (S. Carbó, Ed.) *Prensa Libre*, XX (5454), 1, 2.

Ley No 22. (5 de marzo de 1979). *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, 6.

Ley No. 3. (9 de agosto de 1977). *Gaceta Oficial de la República de Cuba*.

Ley No. 62. (1998). *Código Penal anotado con Instrucciones y Sentencias del Tribunal Supremo Popular.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Lifschitz, M. (1981). *La filosofia del arte de Karl Marx.* México D.F.: Siglo Veintiuno Editores.

Llada, J. P. (1959). *Fidel, sacude la mata y... ¡adelante! Santiago de Cuba*: Cadena Oriental de Radio.

Llosa, M. V. (1989). *Contra viento y marea (Vol. 1).* Barcelona, España: Seix Barral.

Llosa, M. V. (mayo de 1971). Carta de Mario Vargas Llosa a Haidée Santamaría. *Libre* (1), pág. 122.

López Sacha, F. (2000). Literatura cubana de fin de siglo. *Temas*, 20, 155-160.

Luis, W. (2003). *Lunes de Revolución. Literatura y cultura en los primeros años de la Revolución.* Madrid: Editorial Verbum.

Lyotard, J. F. (1987). *La condición postmoderna.* Madrid: Cátedra.

Mañach, J. (1955). *Indagación del Choteo.* La Habana: Libro Cubano.

Marinello, J. (6 de enero de 1959). El derrocamiento de la tiranía y las medidas inmediatas. *Noticias de Hoy*, XXI (1), 1, 2.

Marinello, J. (8 de enero de 1959). El anticomunismo, consigna batistiana. (C. R. Rodríguez, Ed.) *Noticias de Hoy*, XXI (3), 2.

Marrero, J. (2018). *Dos siglos de periodismo en Cuba. Momentos, hechos y rostros.* La Habana, Cuba: Editorial Pablo de la Torriente.

Martí, J. (1991). *José Martí: obras completas. Volumen 2.* La Habana: Ciencias Sociales.

Martí, J. (1991). *Obras Completas (Vol. 2).* La Habana: Ciencias Sociales.

Martí, J. (2001). *Obras completas.* La Habana: Centro de Estudios Martianos.

Martí, J. (2010). *José Martí, Obras Completas.* Edición crítica. *1882-1884. Estados Unidos (Vol. 17).* (F. G. Cintio Vitier, Ed.) La Habana, Cuba: Centro de Estudios Martianos.

Martí, J. (2011). *Obras completas (Vol. 19).* (C. V. Marruz, Ed.) La Habana: Centro de Estudios Martianos.

Martín, L. M. (6 de marzo de 1959). Los aviadores de la tiranía eran los más criminales y los más odiados por la población. *Noticia de Hoy*, XXI (51), 1, 3.

Martínez, M. D. (Ed.). (invierno de 2007). Encuentro de los intelectuales cubanos con Fidel Castro. Fragmentos de la primera sesión. Biblioteca Nacional, La Habana, 16 de junio, 1961. *Encuentro de la cultura cubana* (43), págs. 157-175.

Martínez, M. D. (invierno de 2007). La pistola sobre la mesa. *Encuentro de la cultura cubana* (43), págs. 147-156.

Martínez, M. D. (primavera/verano de 1997). El caso Padilla: crimen y castigo (recuerdos de un condenado). *Encuentro de la cultura cubana* (4-5), págs. 88-96.

Massón, C. (2013). Los comunistas cubanos y las luchas por el poder en los años 50. *Revista de Estudios e Pesquisas sobre las Américas*, 7(2), págs. 237-256.

Mathews, H. (1957, February 24). Cuban rebel is visited in hideout. *New York Times*, 1-34.

Matos, H. (2002). *Cómo llegó la noche. Barcelona*: Tusquets Editores.

Medrano, H. (14 de mayo de 1960). Los enterradores. *Prensa Libre*, XX (5505), 1.

Medrano, H. (9 de diciembre de 1959). Lo que se debate. (S. Carbó, Ed.) *Prensa Libre*, XIX (3373), 1, 10.

Mejía, J. R. (2007). *La Revolución cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*. México D.F.: Universidad Autónoma de México.

Mendoza, J. E. (Ed.). (21 de abril de 1980). Hay que mostrarle al imperio yanqui qué es Cuba. *Granma*, 16(98), 1.

Mendoza, J. E. (Ed.). (7 de abril de 1980). La posición de Cuba. *Granma*, 16(84).

Mills, C. W. (2019). *Escucha yanqui*. La Revolución en Cuba (3ra ed.). México DF, México: Fondo de Cultura Económica.

Mitrani Arenal, D. (1994). *Modelar el barro*. La Habana: Letras Cubanas.

Mitrani Arenal, D. (1995). *La strada*. In D. Manera, A labbra nude. Racconti dall'ultima Cuba (D. Manera, Trad.). Milán: Feltrinelli.

Mitrani Arenal, D. (1995). *Tu mujer. La Gaceta de Cuba*.

Mitrani Arenal, D. (1996). *Un joven de pelo largo*. En Premios Cuentos de Amor. Las Tunas: San Lope.

Mitrani Arenal, D. (1997). *1980*. En R. Martínez Enríquez, & P. Romo Lizárraga (Ed.), Cuentos habaneros. México D.F.: Selector.

Mitrani Arenal, D. (1997). *Adultere Esordienti*. In D. Manera, Vedi Cuba poi muori (D. Manera, Trad.). Milán: Feltrinelli.

Mitrani Arenal, D. (1997). *No hay regreso para Johnny*. La Gaceta de Cuba.

Mitrani Arenal, D. (1997). *Santos lugares*. La Habana: Unión.

Mitrani Arenal, D. (1997). *Un joven de pelo largo*. En R. Martínez Enríquez, & P. Romo Lizárraga (Ed.), Cuentos habaneros. México D.F.: Selector.

Mitrani Arenal, D. (1998). *Un joven de pelo largo*. En L. Otero, Otra vez todo el amor: Premios del concurso nacional de cuentos de amor (1994-1998). La Habana: Letras Cubanas.

Mitrani Arenal, D. (1999, diciembre). 1980. *ConfinI*, 7.

Mitrani Arenal, D. (1999). Der Lauf der Dinge. *Argonautenschiff*, 8.

Mitrani Arenal, D. (1999). *Ganeden*. Ciudad México: Lectorum.

Mitrani Arenal, D. (2000*). No hay regreso para Johnny*. En Cubanísimo! Berlín: Surhkamp.

Mitrani Arenal, D. (2000). *No hay regreso para Johnny*. En Nueva narrativa cubana. Madrid: Siruela.

Mitrani Arenal, D. (2000). *Pas de billet de retour pour Johnny*. In Des nouvelles de Cuba (1990-2000). París: Métailié.

Mitrani Arenal, D. (2001). El esclavo del pianista. *Casa de Las Américas*, 224, 55-62.

Mitrani Arenal, D. (2001). *Modelar el barro*. En P. P. Rivero, Irreverente eros. La Habana: José Martí.

Mitrani Arenal, D. (2003). *Hereje inadvertido*. La Habana: Unicornio.

Mitrani Arenal, D. (2003). *Los malditos se reúnen*. La Habana: Letras Cubanas.

Mitrani Arenal, D. (2003). *Tiro de cámara*. En Cicatrices en la memoria. La Habana: Capitán San Luis.

Mitrani Arenal, D. (2005). *Los malditos se reúnen* (2 ed.). La Habana: Letras Cubanas.

Mitrani Arenal, D. (2006). *Coven of the cursed*. (M. Karakas, Trans.) La Habana: José Martí.

Mitrani Arenal, D. (2006). *Los malditos se reúnen* (3 ed.). Barcelona: Hiru.

Mitrani Arenal, D. (2010). *Deja dormir a la bestia*. La Habana: Letras Cubanas.

Mitrani Arenal, D. (n.d.). *Keiner kennt den Fliegenfänger*. ADAC.

Mitrani Arenal, D., & Diaz Pimienta, A. (1994). *Robinson Crusoe vuelve a salvarse*. Las Tunas: San Lope.

Montoya, P. (2008). Julio Cortázar y la revolución. *Revista Universidad EAFIT*, 44(151), págs. 53-65.

Neruda, P. (1961). *Canción de gesta* (2da ed.). Santiago de Chile, Chile: Empresa Editora Austral.

Neruda, P. (1974). *Confieso que he vivido*. Barcelona: Seix Barral.

Neruda, P. (abril de enero de 1960). Saludo a Cuba. *Lunes de Revolución* (41).

Ortega, G. (14 de diciembre de 1959). 128 años de infamia. *Lunes de Revolución* (39), 6, 7, 9.

Otero, J. M. (2 de junio de 1961). "Hoy" en la vida cultural. El documental PM. *Noticias de Hoy*, XXIII (129), pág. 2.

Padilla, H. (1967). Respuesta a la redacción saliente de El Caimán Barbudo. *El Caimán Barbudo* (19).

Padilla, H. (1968*). Fuera del juego*. La Habana: UNIÓN.

Padilla, H. (febrero de 1967). A propósito de 'Pasión de Urbino', de Lisandro Otero. *El Caimán Barbudo* (15), págs. 12-15.

Padilla, H. (marzo-junio de 1971). Heberto Padilla: Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. *Casa de las Américas*, XI (65-66), 191-203.

Padrón, A. I. (2 de octubre de 2015). La prensa cubana en el primer decenio de la Revolución. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 2, págs. 101-109.

Paz, O. (1995). *Obras Completas. Ideas y costumbres I*. La letra y el cetro. (Vol. IX). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Phillips, R. H. (1959, January 16). Castro says Cuba wants good ties with Washington. *New York Times*, 1,3.

Pineda, W. (6 de enero de 1959). Mi gobierno será básicamente nacionalista. Queremos elevar el nivel de vida de los obreros. *Diario de la Marina*, CXXVII (4), pág. 1.

Pinto Bazurco, E. (2017). *Diplomacia por la libertad. Lima*: Fondo Editorial del Congreso del Peru.

Piñeiro, S. (30 de marzo de 1960). Fidel Castro en TV. *Prensa Libre*, XX (5466), 1,3.

Piñera, V. (18 de junio de 1959). Literatura y Revolución. *Revolución*, 3.

Piñera, V. (3 de febrero de 1961). Mis 25 años de vida literaria. *Revolución*, 3.

Pogolotti, G. (2006). *Polémicas culturales de los 60*. La Habana: Letras Cubanas.

Popper, K. (2006). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Madrid: Paidos Surcos.

Popular, A. N. (10 de abril de 2019). Constitución de la República de Cuba. *Gaceta Oficial de la República de Cuba* (5), págs. 69-116.

Popular, B. E. (15 de julio de 1959). Sobre el falso e injusto ataque del señor Presidente. *Noticias de Hoy*, XXI (160), 1, 7.

Portuondo, J. A. (1963). *Estética y Revolución*. La Habana: Ediciones Unión.

Portuondo, J. A. (28 de agosto de 1961). Primer Congreso de Escritores y Artistas. Memoria del Congreso. José Antonio Portuondo. *Lunes de Revolución* (120), pág. 27.

Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. (1971). *Referencias*. Universidad de La Habana, 2 (3).

PSP. (3 de septiembre de 1953). El Camino. Carta Semanal citado por Caridad Massón Sena. Los comunistas cubanos y las luchas por el poder en los años 50. *Estudios y Pesquisas sobre las Américas*, vol. 7, num 2, 2013, pp 237-256(4), pág. 2.

Quevedo, M. Á. (Ed.). (11 de enero de 1959). 20 mil muertos arroja el trágico saldo del régimen de Batista. *Bohemia*, 51 (2), págs. 180-191.

Quevedo, M. Á. (Ed.). (11 de enero de 1959). De las tinieblas a la luz. *Bohemia*, 51(2), págs. 28, 29, 162.

Quevedo, M. Á. (Ed.). (11 de enero de 1959). No es la decisión interesada. *Bohemia*, 51(2), pág. 17.

Quevedo, M. Á. (Ed.). (30 de noviembre de 1959). Bajo la bandera del 26 de Julio el nuevo ejecutivo de la C.T.C. *Bohemia*, 51(48), págs. 59-62, 78-79.

Ramírez, R. (1 de diciembre de 2016). Fidel Castro, la clase obrera y el socialismo. *Socialismo o Barbarie* (408), págs. 4-7 [en línea]: https://www.mas.org.ar/periodicosdata/408.pdf

Redonet, S. (1993). *Los últimos serán los primeros: novísimos cuentistas cubanos*. La Habana: Letras Cubanas.

Reed, J. (1967). *Diez días que estremecieron al mundo*. La Habana, Cuba: Instituto Cubano del Libro.

Reguera, J. E. (5 de julio de 1989). Texto íntegro del informe oral conclusivo del Fiscal General de Brigada Juan Escalona Reguera. *Granma*, 23(158), 3,4.

Retamar, R. F. (2005). *Todo Caliban*. Bogotá, Colombia: Ediciones Antropos.

Retamar, R. F. (Ed.). (septiembre-octubre de 1966). Carta abierta a Pablo Neruda. *Casa de las Américas*, págs. 131-135.

Richardson, P. (1982). A note on the origins of anti-castro sentiment: the press treatment of cuba's war crime trials. *Anuario de historia de América Latina* (19), pp. 391-415.

Riego, M. L. (19 de febrero de 1959). Sobre el "anticomunismo" imposible. *Diario de la Marina*, CXXVII (42), 4A.

Rivero, J. (Ed.). (17 de enero de 1960). Ampliado el "nuevo estilo" de censura de prensa. *Diario de la Marina*, CXXVIII (14), 1A.

Rivero, J. (Ed.). (17 de enero de 1960). Censura de Prensa, otra vez. *Diario de la Marina*, CXXVIII (14), 1A.

Rivero, J. (Ed.). (17 de enero de 1960). Pluralidad de partidos, sí; partido único, no. *Diario de la Marina*, CXXVIII (14), pag. 1A.

Rivero, J. (Ed.). (22 de octubre de 1959). Repórtase normalidad en el territorio de la República tras los sucesos del día de ayer. *Diario de la Marina*, CXXVII (249), 1A, 2A.

Rivero, J. (Ed.). (23 de octubre de 1959). Concentrará Fidel Castro un millón de personas frente a Palacio el próximo lunes día 26. *Diario de la Marina*, CXXVII (250), 1A, 6A.

Rivero, J. I. (15 de enero de 1960). Democracia sí; comunismo, no. *Diario de la Marina*, CXXVIII (12), 1A.

Rivero, J. I. (16 de enero de 1960). Sacrificarse por Cuba, sí; por Moscú, no. (J. I. Rivero, Ed.) *Diario de la Marina*, CXXVIII (13), 1A.

Rivero, J. I. (18 de marzo de 1960). ¡Me aterra el no decir la verdad! *Diario de la Marina*, CXXVIII (65), 1.

Rivero, J. I. (22 de noviembre de 1959). El Diario no es enemigo de la Revolución cubana. *Diario de la Marina*, CXXVII (276), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (1 de abril de 1960). Grupos airados y violentos trataron de entrar en CMQ. Diario de La Marina, CXXVIII (77), 1A, 4A.

Rivero, J. I. (Ed.). (1 de julio de 1959). Renuncia Pedro L. Díaz Lanz al mando de la Fuerza Aérea. *Diario de la Marina*, CXXVII (152), 1.

Rivero, J. I. (Ed.). (11 de mayo de 1960). A la opinión pública. *Diario de la Marina*, CXXVIII (111), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (11 de mayo de 1960). Al pueblo de Cuba. *Diario de la Marina*, CXXVIII (111), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (12 de junio de 1959). Dejan el gabinete Agramonte, Sorí Marín, Martínez Páez, Elena Mederos y Luis Orlando. *Diario de la Marina*, CXXVII (136), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (14 de julio de 1959). "Los comunistas han hecho un daño horrible a Cuba". *Diario de la Marina*, CXXVII (163), 1A, 8A.

Rivero, J. I. (Ed.). (15 de abril de 1960). Salió de Cuba hacia E.U el Dr. M. Márquez. *Diario de la Marina*, CXXVIII (89), 1A, 2B.

Rivero, J. I. (Ed.). (16 de enero de 1959). Mantiene Estados Unidos su política de no intervención. *Diario de la Marina*, CXXVII (13), 1.

Rivero, J. I. (Ed.). (17 de enero de 1960). Protesta la prensa por el incidente de "Información". *Diario de la Marina*, CXXVIII (14), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (18 de julio de 1959). "A la Revolución no he renunciado, ni renunciaré jamás", dijo Fidel Castro al explicar las causas de su dimisión. *Diario de la Marina*, CXXVII (167), 1A, 5B, 6B.

Rivero, J. I. (Ed.). (18 de julio de 1959). Designado anoche Presidente el Dr. Osvaldo Dorticós Torrado. *Diario de la Marina*, CXXVII (167), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (19 de enero de 1960). "No hay garantías para la Prensa", dice Jorge Zayas. *Diario de la Marina*, CXXVIII (15), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (19 de noviembre de 1959). Inaugurado anoche el décimo Congreso Nacional del C.T. C. *Diario de la Marina*, CXXVII (273), 1A, 10A.

Rivero, J. I. (Ed.). (20 de enero de 1960). Da el gobierno veinticuatro horas de plazo al embajador de Espña para abandonar Cuba. *Diario de la Marina*, CXXVIII (17), 1A, 12A.

Rivero, J. I. (Ed.). (21 de abril de 1959). El comunismo contrarrevolucionario. *Diario de la Marina*, CXXVII (93), 4A.

Rivero, J. I. (Ed.). (21 de enero de 1960). Arribó a Miami el Director de Avance, Sr. Jorge Zayas. Diario de la marina, CXXIX (17), págs. 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (22 de diciembre de 1959). Aprobada la ley de confiscación en el Consejo de anoche. *Diario de la Marina*, CXXVII (301), 1A, 16A.

Rivero, J. I. (Ed.). (22 de enero de 1959). Advertencia del Dr. Tony Varona contra el peligro comunista. *Diario de la Marina*, CXXVII (18), 1A, 6A.

Rivero, J. I. (Ed.). (22 de noviembre de 1959). Ante la agresión y el boicot. *Diario de la Marina*, CXXVII (276), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (22 de noviembre de 1959). Hay intensa pugna en el X Congreso Nacional Obrero. *Diario de la Marina*, CXXVII (276), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (24 de noviembre de 1959). Clausurada la Asamblea de la CTC y designado el Ejecutivo. *Diario de la Marina*, CXXVII (277), 1A, 1B.

Rivero, J. I. (Ed.). (24 de noviembre de 1959). Pactar con los comunistas es poner en peligro a Cuba. *Diario de la Marina*, CXXVII (277), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (24 de octubre de 1959). Se dirige a Fidel Castro la esposa de Hubert Matos. *Diario de la Marina*, CXXVII (251), 1A, 5B.

Rivero, J. I. (Ed.). (26 de diciembre de 1959). Nuevo método de censura: un entierro más. *Diario de la Marina*, CXXVII (304), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (26 de febrero de 1960). Condena la SIP intervención de "El mundo". *Diario de la Marina*, CXXVIII (47), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (26 de marzo de 1960). Quieren los comunistas hacer de Cuba la Hungría de América dice Conte Agüero al Premier. *Diario de la Marina*, CXXVIII (72), 1A, 2A, 10A.

Rivero, J. I. (Ed.). (27 de diciembre de 1959). Por una democracia representativa. *Diario de la Marina*, CXXVII (305), 1A.

Rivero, J. I. (Ed.). (27 de marzo de 1960). "La porra comunista me impidió leer la carta a Fidel".—Conte. *Diario de la Marina*, CXXVIII (73), 1A, 2A.

Rivero, J. I. (Ed.). (29 de marzo de 1960). Protesta por la violencia en la Universidad el FEUD. *Diario de la Marina*, CXXVIII (74), 1A, 8A.

Rivero, J. I. (Ed.). (3 de abril de 1959). Solicítase la devolución de El Camagüeyano. *Diario de la Marina*, CXXVII (78), 1A, 11A.

Rivero, J. I. (Ed.). (6 de febrero de 1960). Agresión de los comunistas a estudiantes católicos cuando se disponían a honrar a Martí. *Diario de la Marina*, CXXVIII (31), 1A, 2A.

Robespierre, M. (2005). Por la felicidad y por la libertad: Discursos. Barcelona, España: El viejo topo.

Roca, B. (17 de febrero de 1959). “Bohemia” contrarrevolucionaria y pro-imperialista. *Noticias de Hoy*, XXI (37), 1, 3.

Roca, B. (17 de julio de 1959). El anticomunismo es un pretexto. *Noticias de Hoy*, XXI (162), 1, 5.

Roca, B. (19 de enero de 1960). Sobre la agitación contrarrevolucionaria de “La Marina”. *Noticias de Hoy*, XXII (15), 1, 7.

Roca, B. (24 de diciembre de 1963). Declaraciones de Blas Roca. *Noticias de Hoy*, XXV (303), 2.

Roca, B. (24 de noviembre de 1959). El “Diario de la Marina” siempre contra la Revolución. *Noticias de Hoy*, XXI (273), 1, 4.

Roca, B. (30 de diciembre de 1959). “La Marina”, la democracia, las elecciones y la revolución. *Noticias de Hoy*, XXI (303), 1, 4.

Roca, B. (Ed.). (12 de diciembre de 1963). Aclaraciones. Preguntas sobre películas. *Noticias de Hoy*, XXV (293), 2.

Roca, B. (Ed.). (18 de diciembre de 1963). Aclaraciones. ¿Cuáles son las mejores películas? *Noticias de Hoy*, XXV (298), 2.

Roca, B. (Ed.). (19 de diciembre de 1963). Aclaraciones. Respuesta a Alfredo Guevara. *Noticias de Hoy*, XXV (299), 2.

Roca, B. (Ed.). (20 de diciembre de 1963). Aclaraciones. II Parte de respuesta a Alfredo Guevara. *Noticias de Hoy*, XXV (300), 2.

Roca, B. (Ed.). (21 de diciembre de 1963). Aclaraciones. III Parte de respuesta a Alfredo Guevara. *Noticias de Hoy*, XXV (301), 2.

Roca, B. (Ed.). (22 de diciembre de 1963). Aclaraciones. IV Parte de respuesta a Alfredo Guevara. *Noticias de Hoy*, XXV (302), 2.

Roca, B. (Ed.). (24 de diciembre de 1963). Aclaraciones. V Parte de Respuesta a Alfredo Guevara. Noticias de Revolución, XXV (303), 2.

Roca, B. (Ed.). (26 de diciembre de 1963). Aclaraciones. Respuesta a los directores cinematográficos. *Noticias de Hoy*, XXV (304), 2.

Roca, B. (Ed.). (27 de diciembre de 1963). Aclaraciones. Final de Respuesta a Alfredo Guevara. *Noticias de Hoy*, XXV (305), 2.

Rodríguez Rivera, G. (2017). Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución cubana). La Habana: Ojalá.

Rodríguez, C. R. (11 de enero de 1959). El anticomunismo es el último reducto que queda a los imperialistas para lograr la división de las fuerzas revolucionarias. *Noticias de Hoy*, XXI (6), 1.

Rodríguez, C. R. (12 de junio de 1959). En torno a un discurso de Huber Matos *Noticias de Hoy*. *Noticias de Hoy*, XXI (132), 1, 7.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (1 de julio de 1959). Sustituido el Jefe de la Fuerza Aérea, ayer tarde. *Noticias de Hoy*, XXI (148), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (11 de diciembre de 1959). No levantar falsos testimonios. *Noticias de Hoy*, XXI (288), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (11 de enero de 1959). Tesis de la situación actual. *Noticias de Hoy*, XXI (6), 2.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (11 de junio de 1959). Rechaza EE. UU. la oferta azucarera que hizo Fidel. *Noticias de Hoy*, XXI (131), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (12 de junio de 1959). Insolente nota de los norteamericanos. *Noticias de Hoy*, XXI (132), 1, 7.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (13 de enero de 1959). El dilema de "Bohemia". *Noticias de Hoy*, XXI (7), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (17 de marzo de 1960). Editará el Estado obras cumbres de la literatura. *Noticias de Hoy*, XXII (63), 1, 5.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (17 de marzo de 1960). El fondo de la trama. *Noticias de Hoy*, XXII (63), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (18 de julio de 1959). "La actitud del señor Presidente ha estado bordeando en la traición". *Noticias de Hoy, XXI (*163), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (19 de enero de 1960). Los trabajadores del periódico "Avance" rompen nueva maniobra de la contrarrevolucionaria empresa. *Noticias de Hoy, XXII (*15), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (2 de junio de 1961). Acuerdo del ICAIC sobre la prohibición del film P.M. Texto de la comunicación enviada por el ICAIC a la Asociación de Escritores y Artistas. *Noticias de Hoy, XXIII (*129), pág. 9.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (20 de enero de 1959). Abrir brechas en la unidad sindical es abrirle el camino al enemigo. *Noticias de Hoy, XXI (*13), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (20 de noviembre de 1959). Voto de condenación a Washington. *Noticias de Hoy, XXI (*270), 1, 6.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (22 de noviembre de 1959). Otorgado el voto de confianza a David Salvador, sugerido por Fidel Castro. *Noticias de Hoy, XXI (*272), 1, 4, 7.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (22 de octubre de 1959). Ametrallada criminalmente la población de La Habana. *Noticias de Hoy, XXI (*245), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (23 de diciembre de 1959). El sepelio de los libelos. *Noticias de Hoy, XXI (*298), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (27 de diciembre de 1959). La Revolución vs Panza Libre. *Noticias de Hoy, XXI (*301), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (27 de octubre de 1959). La nación revolucionaria entera, puesta de pie, no puede temerle a nada ni a nadie. *Noticias de Hoy, XXI (*249), 1, 5.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (29 de 12 de 1959). La marina en el erizo. *Noticias de Hoy, XXI (*302), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (29 de diciembre de 1959). Refutarán periodistas cables insidiosos contra Cuba. *Noticias de Hoy, XXI (*302), 1, 4.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (3 de marzo de 1959). El latifundio se acabará grite quien grite, afirmó Fidel en "Las Martinas". *Noticias de Hoy, XXI (*48), págs. 1, 3.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (4 de marzo de 1959). El peligro principal, hoy, para las fuerzas revolucionarias, está en el exceso de confianza Importante resolución del PSP sobre la situación nacional. *Noticias de Hoy, XXI (*49), págs. 1, 3.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (6 de enero de 1959). El derrocamiento de la tiranía y las tareas inmediatas. *Hoy, XXI (*1), 1-2.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (6 de junio de 1959). Ofrece Castro abastecer el mercado azucarero de EE.UU. *Noticias de Hoy, XXI (*127), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (7 de marzo de 1959). La prensa "seria" alentadora de la contrarrevolución. *Noticias de Hoy, XXI (*52), 1.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (7 de marzo de 1959). Veré al grupo reaccionario que se está gestando, unirse a los criminales de guerra. *Noticias de Hoy, XXI (*52), 1, 3.

Rodríguez, C. R. (Ed.). (9 de enero de 1959). ¡No es comunismo, es liberación nacional! *Noticias de Hoy, XXI (*4), 1.

Röhrl, B. (2019). *Filosofía marxista e historia del arte.* Madrid: Editorial Síntesis.

Rokha, P. d. (1961). *Acero de invierno.* Santiago de Chile, Chile: Editorial Multitud.

Román, E. (Ed.). (11 de julio de 1989). Reunión del Consejo de Estado en relación con la causa No. 1 de 1989. *Granma, XXV (*163), 3-7.

Román, E. (Ed.). (14 de junio de 1989). Información del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: Arrestado y sometido a investigación el general de división Arnaldo Ochoa. *Granma, XXV (*140), 1.

Román, E. (Ed.). (16 de junio de 1989). Una verdadera Revolución no admitirá jamás la impunidad. *Granma, XXV (*142), 1.

Román, E. (Ed.). (22 de junio de 1989). Sabremos lavar de forma ejemplar ultrajes como este. *Granma, XXV (*147), 3-4.

Román, E. (Ed.). (3 de julio de 1989). Ni una sola piedra de las trincheras de la moral y del honor de Cuba puede quedar sin reparar. *Granma, XXV (*156), 1.

Roy Richard Rubottom, J. (1958, June 26). Memorandum From the Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Rubottom) to the Deputy Under Secretary of State for Political Affairs (Murphy). Retrieved June 18, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d68

Roy, C. (4 de enero de 1960). De Claude Roy al pueblo de Cuba. *Lunes de Revolución (*41), pág. 12.

Ruiz, L. (1965). *Diario de una traición.* Miami, Florida, United States of America: Florida Typesetting of Miami.

Salado, M. (2016). *Censura de prensa en la Revolución cubana.* Madrid: Verbum.

Santamaría, H. (mayo de 1971). Respuesta de Haidée Santamaría a Mario Vargas Llosa. *Libre* (1), pág. 122.

Santos, J. C. (25 de junio de 1987). Versión del discurso de Fidel ante la televisión y la radio nacionales sobre la destitución y arresto de Luis Orlando Domínguez (continúa) y la traición de Rafael del Pino Díaz. *Granma, XXIII (*148), 1.

Sartre, J. P. (1961). *Sartre visita Cuba* (2da ed.). La Habana: Ediciones R.

Shaw, C. (22 de febrero de 1959). La actitud de los Estados Unidos hacia Cuba. *Bohemia, 51*(8), págs. 4, 5, 6.

Shólojov, M. (1973). *Campos roturados.* Moscú: Progreso.

Sierra, A., & Gámez, N. (20 de mayo de 2014). *Entrevista con Alfredo Guevara*. Recuperado el septiembre de 2020, de Letras Libres: https://www.letraslibres.com/espana-mexico/politica/entrevista-alfredo-guevara

Sierra, A., & Guerra, L. (23 de enero de 2017). “No se sabía dónde estaba la verdad y dónde estaba la mentira": Entrevista a Edith García Buchaca, 30 de abril de 2012. *Cuban Studies, 45*, págs. 359-371.

Simo, R. F. (1962). *Novísima poesía cubana.* La Habana: El puente.

Sinjavskij, A. (1966). *Che cos'è il realismo socialista?* Roma: Unione Italiana per il Progresso della Cultura.

Sixto, G. (6 de enero de 1959). Nuestra gratitud eterna a los héroes que nos libertaron. *Diario de la Marina, CXXVII (*4), pág. 5A.

Suárez, L. G. (2004). *La Unión de Jóvenes Comunistas. Bosquejo Histórico 1962-2005. V Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas, 1ro - 4 de abril de 1987, Centro de Estudios Sobre la Juventud (CESJ).* La Habana: Centro de Estudios Sobre la Juventud (CESJ).

Tello Díaz, C. (febrero de 2016). Cultura y política en los primeros años de la Revolución Cubana: el caso Padilla. *Cuadernos Americanos* (156), págs. 177-194.

The vengeful visionary. (26 de January de 1959). *Time, Vol. LXXIII No. 4*, pág. 41.

Thornton, M. (6 de November de 1982). Four cuban officials indicted in drug smuggling. *The Washington Post*.

Torres, A. G. (4 de marzo de 1959). Actuará como Fiscal en juicio contra aviadores el Ministro de Defensa. (J. Rivero, Ed.) *Diario de la Marina, CXXVII (*52), 1, 6B.

Torres, A. G. (6 de marzo de 1959). Nueva censura del Fiscal en el juicio a los pilotos. *Diario de la Marina, CXXVII (*54), 6B.

USA, D. o. (1959, April 17). Foreign Relations of The United States, 1958–1960, Cuba, Volume VI. Document 285. Telegram From the Embassy in Cuba to the Department of State. Retrieved July 21, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d285

USA, D. o. (1959, April 19). Foreign Relations of the United States, 1958–1960, Cuba, Volume VI. Document 287. Editorial note. Retrieved July 20, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d287

USA, D. o. (1959, April 23). Foreign relations of The United States, 1958–1960, Cuba, Volume VI. Document 292. Memorandum Prepared in the Department of State. Retrieved July 20, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d292

USA, D. o. (1959, Jun 12). Foreign relations of the United States, 1958–1960, Cuba, volume VI. Document 320. Telegram From the Embassy in Cuba to the Department of State. Retrieved July 4, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d320

USA, D. o. (1959, May 27). Foreign relations of the United States, 1958–1960, Cuba, Volume VI. Document 310. Memorandum of a Conversation, Department of State. Retrieved July 23, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d310

USA, D. o. (1959, May 7). Foreign relations of The United States, 1958–1960, Cuba, Volume VI. Document 304. Summary of Remarks by the Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs (Rubottom) at the Latin American Chiefs of Mission Meeting. Retrieved July 20, 2020, from Department of State. United States of America. Office of the Historian: https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1958-60v06/d304

Valdés, J. E. (2015). *Persona non grata.* Madrid, España: Ediciones Cátedra.

Valle, S. d. (mayo-diciembre de 2008). Cine y Revolución. La política cultural del ICAIC en los sesenta. *Perfiles de la cultura cubana (*2), págs. 1-35.

Vicent, M. (11 de octubre de 1992). El PC de Cuba confirma oficialmente la destitución de Carlos Aldana. *El País*, 10.

Vicent, M. (29 de mayo de 1999). *Fidel Castro destituye a Robaina en Exteriores, en un clima de vuelta a la línea dura y ortodoxa*. Recuperado el febrero de 2020, de El País: https://elpais.com/diario/1999/05/29/internacional/927928819_850215.html

Y la luz se hizo. Folleto No 3 de Adoctrinamiento Síndico-revolucionario (Vol. 3). (1960). La Habana, Cuba: Secretaría de Propaganda de la Confederación de Trabajadores de Cuba.

Zayas, J. (Ed.). (24 de junio de 1960). Acotaciones. *El Avance Criollo* (1), 2, 14.

Zayas, J. (Ed.). (24 de junio de 1960). Relata el director de "Diario de la Marina" el asalto al periódico. *El Avance Criollo* (1), 12.

Zayas, M. (otoño de 2008). Un baile de fantasmas. Entrevista a Orlando Jiménez Leal. *Encuentro de la cultura cubana (*50), págs. 193-203.

Zayas, M., & Jiménez, O. (2012). *El caso PM. Cine poder y censura.* Madrid, España: Colibrí.

Ziegler, J. (2 de mayo de 1960). La Revolución Cubana: éxito y ejemplo. *Revolución*, 23.

Жда́нов, А. (1952). *ДОКЛАД О ЖУРНАЛАХ «ЗВЕЗДА» и «ЛЕНИНГРАД».* Москва, URSS: ГОСПОЛИТИЗДАТ.